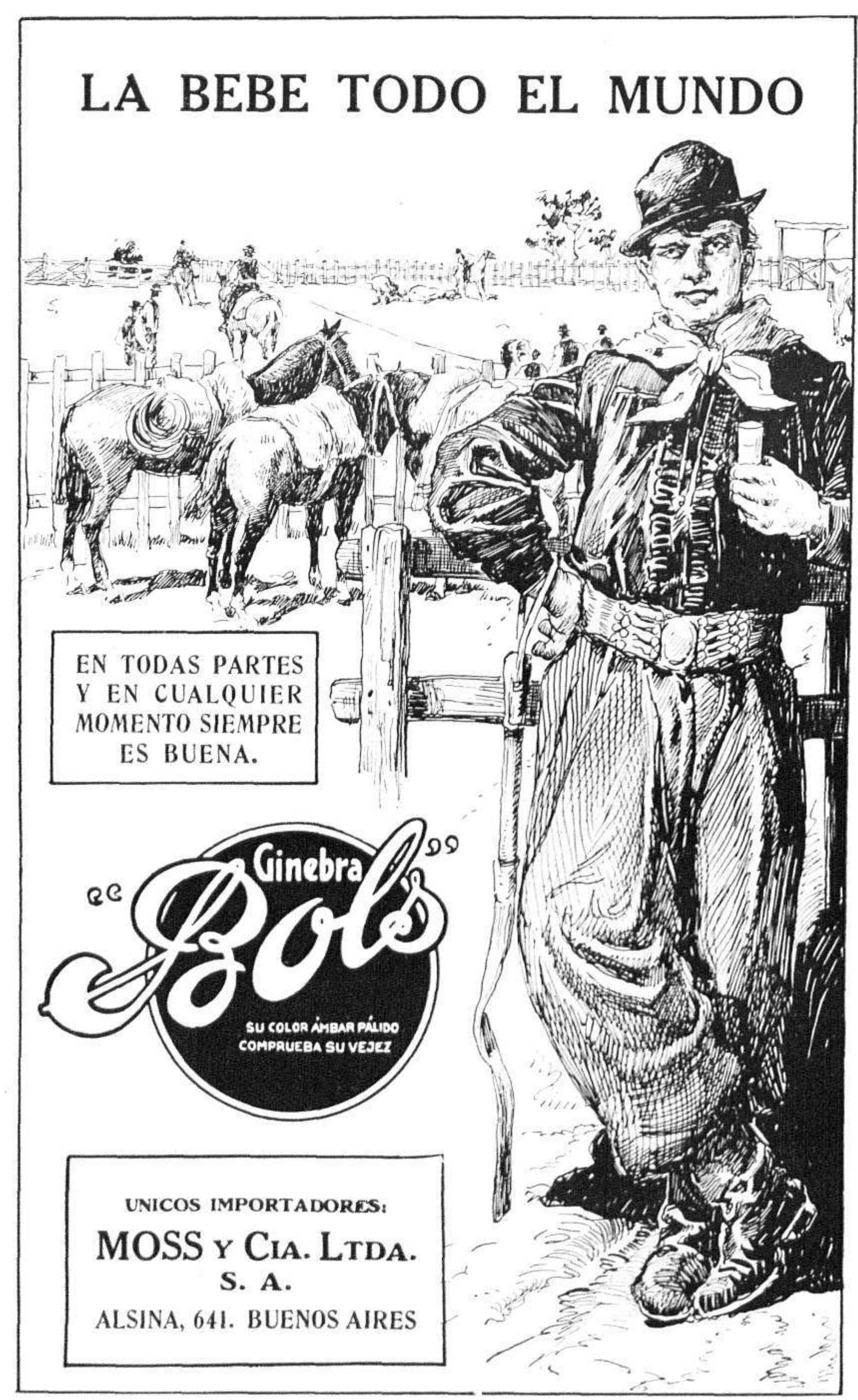
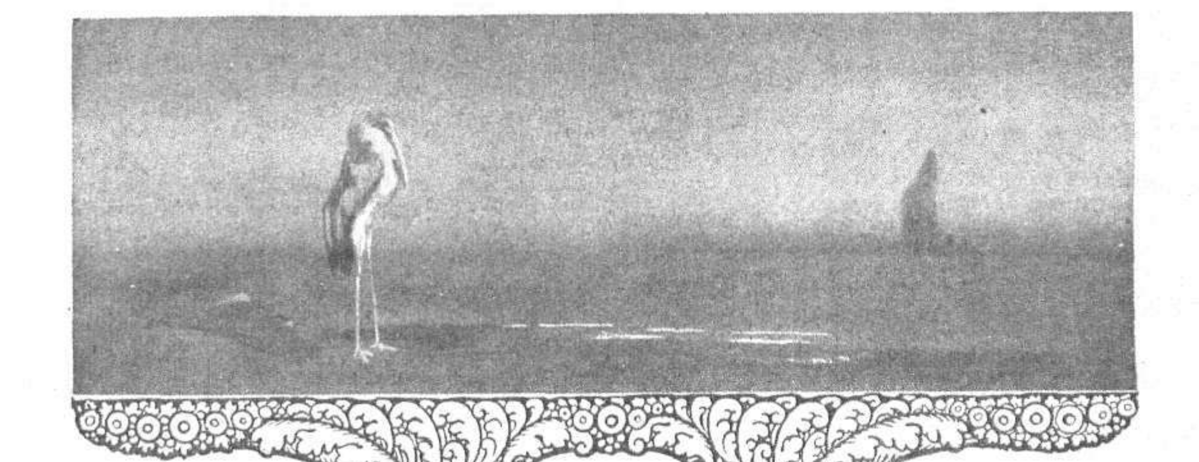
CARAS Y CARETAS



DANZA SIN FIN

BATIENDO EL RECORD DE TODOS LOS BAILES


LA BEBE TODO EL MUNDO
EN TODAS PARTES
Y EN CUALQUIER
MOMENTO SIEMPRE
ES BUENA.
"Ginebra
Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS Y CIA. LTDA.
S. A.
ALSINA, 641. BUENOS AIRES



LA TUMBA EGIPCIA DE SIR BURDON

EL TERREMOTO

La señora Langley y su compañera miss Gilderay consideraban en grado excelente la amistad de Mr. Agravine. Era la primera visita que hacían al legendario Egipto, y la experiencia del citado caballero les había sido muy grata en sus diversas excursiones. Hombre ya maduro y de rostro marchito, conservaba, sin embargo, su foco vital en la luz que despedían sus magnéticos ojos.

—Ha de tener una interesante historia, por supuesto —dijo la miss.

—Todos y todas tenemos una historia que nunca relatamos — contestó la dama con la autoridad que sin duda le daban sus personales observaciones.

La joven se ruborizó. Era una muchacha sencilla, sincera y afectuosa con treinta años ya a cuestas. La señora Langley le llevaba cinco años y aparentaba cinco menos. Sin ser una belleza ni mucho menos, sus ojos y su figura resultaban agradables.

—Me alegro mucho de que arribe en el «Ramsés» —dijo ésta. — Es un hombre muy placentero y gran egiptólogo. También Mr. Castle lo parece, pero presumo que ha de ser en extremo fastidioso a juzgar por sus maneras.

—Fastidiosísimo el pobre. Me da pena que lo sea tanto —asentó la joven.

Dos días después, en el hall del hotel, durante las horas de la noche, gratas a la tertulia, Mr. Agravine hablaba con ellas acerca de la tumba egipcia de sir Félix Burdon.

Aquel subterráneo era bien conocido y apreciado por los conocedores y excavadores del Cairo y de Luxor; en sus amplios huecos guardábanse bastantes curiosidades; pero su actual poseedor no se limitaba a realizar trabajos de exploración arqueológica así como quiera, sin fundamentos científicos. La tumba por él descubierta y habitada fuera la sepultura de un gran sacerdote de Tebas, muerto doce siglos antes de Jesucristo; un taumaturgo con «poderes» especiales para, al modo de Moisés, imponerse y sorprender a las multitudes. Según se desprendía de ciertos papiros e inscripciones, la liturgia de la cual era oficiante Salantrax-Tuhla pertenecía al culto esotérico u oculto, a la «magia» de la religión; es decir, a los misterios religiosos que entonces se murmuraban de oreja a oreja entre las contadas falanges de iniciados, en el mayor secreto; frases que, como la de «Osiris es negro», todavía preocupan a los exégetas de hoy, ansiosos de desentrañar su significado.

Amplia y amurallada, en sus paredes intactas la lima del tiempo no había podido morder las pinturas simbólicas y las escrituras jeroglíficas explicativas de las funciones que en vida desempeñara el gran mago.

Mr. Agravine mostraba vivos deseos por visitar la famosa tumba e invitó a las damas, disponiendo varios preparativos conducentes.

Describíales éstas y otras curiosas particularidades acerca de la sacerdotal morada y escuchábanle ellas con despierta curiosidad, cuando apareció Mr. Castle y se incorporó a la reunión. Siempre se presentaba así, de golpe, suave, bastante fastidioso con frecuencia, no importándole ser tachado de importuno. Apenas contaba veinte y nueve años, viajaba por su cuenta y pagaba exceso de equipaje, pues poseía varios baúles repletos con trajes y demás prendas personales de todos los estilos y para todas las horas. En fin, un «dandy» puesto en locomoción.

Algunas de esas oportunidades de vecindad en el hotel le pusieron en contacto con Mr. Agravine, y éste no tuvo otro remedio, por elemental cortesía, que presentarlo a las señoras, que le estrecharon la mano.

A la mayor mirábala el mozo, desde hacía una semana, con un interés y una insistencia casi amorosa. Desde el principio de su mutuo conocimiento, ella pareció aceptar sus finezas como un agradable pasatiempo, como un galanteo sin consecuencias que la distraía.

Entablada entre ambos cierta confianza, la señora Langley solía poner a prueba la buena voluntad de tal caballero.

—Vaya y averigüe el nombre y procedencia de aquella hermosa muchacha de cabellera roja — le ordenó una noche.

La «girl» aludida viajaba con dos maduras damas ataviadas a la moda victoriana mientras que ella vestía uno de aquellos vaporosos trajes de las heroínas alemanas de los cuentos de hadas.

Mr. Castle, que ignoraba quienes eran, no logró obtener información alguna en toda la semana siguiente.

Al comunicárselo así a su amiga, ésta se burló de su ineptitud y de nuevo ordenóle que se informara, prohibiéndole dirigirle la palabra en tanto no la complaciera.

Por fin, al cabo de muchas y diversas indagaciones, Mr. Castle pudo saber algo y fué derecho a

verse con la señora Langley, sonriendo triunfalmente.

— Ya sé — dijo: — se llama miss Averil.

— ¿Quién es? — inquirió ella.

— La muchacha de la cabellera roja. Viaja con dos damas que son hermanas, las señoritas Bryan. Creo que son sus tías.

— Bueno; eso no me importa tanto. Yo quiero conocer particularidades de la señorita Averil.

Al siguiente día, ya embarcados todos los expedicionarios a bordo del «Ramsés» rumbo a Luxor, la señora Langley, en la cubierta del barquito después de la cena, díjole a Mr. Castle que se hallaba a su lado:

— Aquí anda ella. ¡Ah, querido, cuán idiota es usted no logrando satisfacer mi curiosidad! Todavía no sabe usted su nombre de pila. Le doy dos minutos para que lo acierte como yo lo he acertado.

— ¿Su primer nombre? — contestó pacientemente el joven.

— Claro que sí. Siendo un poco psicólogo, usted debiera adivinarlo con solo mirarla.

— ¿Se llamará Yseult? — aventuró el hombre.

— No, cielos, no. Su nombre de pila es Zoe. ¿No le parece a usted que está bien puesto?

— No — dijo Mr. Castle. — Zoe es nombre de doncella en Atenas e indica color obscuro.

— ¡Cáscaras! Zoe Averil no será doncella de Atenas, pero seguramente lo es de Oxford, merézcalo o no. Sus tías parecen gente educada. En fin; es usted una calamidad para enterarse de algo.

Luego le envió por una taza de café al estilo francés, pero, cuando el obediente joven se la servía, ella decidió tomarlo a la moda turca y de nuevo el joven hubo de complacerla.

Indudablemente, la señora Langley no trataba muy bien a su adorador. Sus modales para con él eran completamente diferentes a los que empleaba con Mr. Agravine.

Llegaron a Luxor. Mr. Agravine habló a las damas de la posibilidad de visitar la tumba egipcia de sir Félix Burdon. Hizo algunas averiguaciones y supo que el egiptólogo había suspendido sus excavaciones en espera de nuevos materiales. El piloto del barquito que los condujera les explicó que podrían sin duda visitar el interesante subterráneo excepto ciertas cámaras privadas que el excéntrico decubridor acondicionara para vivir confortablemente en ellas como en cualquier departamento del centro de Londres.

Los excursionistas, en número de treinta, cruzaron el río y caminaron algunas millas, hicieron alto en un montículo para luego descender, precedidos del guía, por una arenosa pendiente, y llegaron hasta la primera galería de la tumba.

— No ha sido visitada por persona alguna la gran excavación interior ni siquiera las primeras cámaras de la tumba de sir Burdon — explicó el «dragomán» que les acompañaba: — ni hombres ni mujeres extraños. Será muy difícil que... miren aquellos dos caballeros: son alemanes — se interrumpió — y han sido rechazados.

En esto vieron frente a ellos un personaje ataviado con pardos calzones de franela, chaquet castaño bastante original y un casco gris de corcho. Tanto por su figura como por su rostro semejábase algo a algunas pinturas arbitrarias de Don Quijote.

Habló este caballero preguntando a quién deseaban ver. Su voz, cortés y autoritaria a la vez, demostraba al hombre solitario y estudioso.

Miss Gilderay murmuró algunas palabritas al oído de la señora Langley y ésta contestó:

— Creo que sí.

Y entonces, avanzando dos pasos gentilmente, se dirigió al desconocido que los interrogara.

— ¿Es usted sir Félix Burdon? — preguntó.

— Sí; ese es mi nombre.

— Yo quiero darle a usted las más expresivas gracias por habernos permitido llegar hasta estas primeras galerías de su tumba. Nos parece todo interesantísimo para ser explicado ahora con palabras. Yo y todos nosotros sentiríamos mucho haber interrumpido sus ocupaciones, señor.

— No del todo. Nosotros no reanudaremos las excavaciones hasta mañana. Estoy esperando materiales de Luxor, que llegarán de un momento a otro. Entre tanto, como he de vivir aquí durante más de dos meses...

— ¿Vivir aquí en la tumba? — se atrevió a decir miss Averil.

— ¿Por qué no? En la tumba pernocto y a veces en un pabellón contiguo. Muy confortablemente, por cierto, y ello me evita las molestias de ir y venir si me hospedara en un hotel de la ciudad.

— ¡Ah! Muy bien dispuesto. Sin embargo, yo creía que se hospedaba usted en su bote-motor «Lotus», que hemos visto en el río.

— Mañana sale para Asuán y recogerá a varios amigos que desean visitar la segunda catarata.

Mientras el egiptólogo hablaba, sus ojos recorrían el grupo que se había adelantado. Mr. Castle llenaba la cámara fotográfica y el abanico de palma de la señora Langley, que aparecía encantadora; luego destacábase miss Gilderay, escuchando muy atenta y graciosa, y a su lado la muchacha del pelo rojo conversando con Mr. Agravine.

— Bien — continuó sir Burdon con acento hospitalario. — Hay algunas interesantes pinturas en la segunda cámara de la izquierda, y como vuestro «dragomán», que no la conoce, se perdería, estoy dispuesto a ser yo el cicerone. Traeré algunas lámparas.

— ¡Oh! Es usted muy complaciente — expresó la señora Langley. — Pero ¿esperarán los demas de la partida por nosotros?

— Si, desde luego. Vuestro guía se ha dado cuenta de que están ustedes hablando conmigo y que, por consiguiente, debe aguardar órdenes. Nosotros tardaremos en volver poco más de cinco minutos.

Penetró en una de sus estancias subterráneas y apareció a poco con una caja de lámparas.

Cuando fueron encendidas, sir Burdon oyó mencionar el nombre de Mr. Agravine.

— ¿Es usted — preguntó con curiosidad — Mr. Agravine, el gran coleccionador de cuadros, autoridad en los de Corot?

— Gran autoridad en nada, señor baronet, mucho me lo temo. He sido coleccionador toda mi vida y sigo siéndolo, siento confesarlo.

— Pero ¿por qué ha de sentirlo?

— ¡Oh! Es una historia larga de contar ahora.

— Cuando nosotros regresemos — dijo miss Gilderay encendiendo su lámpara — el resto de la partida se mostrará muy celoso de lo que hayamos visto.

— ¿Por qué supone usted que estén ansiosos? — preguntó con tono ligero sir Burdon.

— Porque nosotros hemos tenido especial privilegio. Ellos tienen simplemente un guía indígena y mis compañeros y yo somos conducidos por un verdadero explorador.

— No se puede, en realidad, mostrar celo exagerado cuando no hay grandes cosas que enseñar.

— ¿No será modestia por su parte?

Sir Burdon se encogió de hombros.

— Porque en este viejo Egipto lo único importante de su vida es... su muerte. Una vez conocido su pasado cesa el interés por su presente.

— No deja de ser curioso que usted tenga tan singular punto de vista — dijo la miss.

— No tanto, créalo usted. Para desarrollar este tema se necesita mucho tiempo... hasta el can-

sancio. Aquí está lo que deseaba enseñarles. Alumbren alto con sus lámparas, hagan el favor. Así. Resulta, en verdad, asombroso considerar la antigüedad de estas pinturas murales. Vean cómo esta figura...

No acabó de explicarse. El piso de la cámara se balanceó bruscamente como la cubierta de un barco cuyo casco recibe un golpe de las olas. Atónitos, todos se juntaron formando corrillo. Miss Gilderay habíase asido con ambas manos a un pequeño relieve de la pared y perdiendo el equilibrio cayó grotescamente en el suelo.

Oyóse un agudo silbido, luego un ruido retumbante que ahogó fuertes exclamaciones de sorpresa, y en seguida el sonido de un golpe ciclópeo semejante a un gigantesco martillazo que un Hércules descargara sobre la tierra. Todos, ilesos, hallábanse consternados. Sir Burdon conservaba en una de sus manos la lámpara. Las otras yacían por el piso cuarteado. Ayudó a levantarse a la «girl» y se aseguró de que ninguno se hallaba lesionado. En silencio, fueron reencendiendo sus lámparas.

— ¿Qué habrá ocurrido? ¿Qué terrible conmoción ha sido ésta? — exclamó miss Gilderay.

— Me parece que se trata de una sacudida sísmica — opinó Mr. Agravine. «Algo» como una montaña debió aplastarse encima de nosotros.

— Creo que no se engaña usted, por desgracia — dijo sir Félix. — Si no les molesta esperar unos minutos, voy a cruzar la galería y a enterarme de lo ocurrido. Regresaré en cuanto pueda.

Largos les parecieron a las damas y a los caballeros los minutos que tardó en volver. Hablaban despacio, comentando el siniestro.

Cuando de nuevo apareció el egiptólogo, su rostro mostrábase más blanco y grave que de costumbre, pero sin que se le advirtieran signos de pánico. Todos le miraron ansiosos, pendientes de sus palabras. Vaciló un instante sin despegar los labios, pausa que aquellas cinco personas supieron interpretar.

— Trae usted malas noticias, estoy segura — dijo la señora Langley. — Pero nosotros las esperábamos. ¿Acaso la entrada de la tumba quedó obstruida?

— Así es — contestó con seria naturalidad sir Burdon. — Muy deplorable para todos, especialmente para mí, que debo sacarlos de este encierro casual. El resto de la partida se halla libre del otro lado. Haya ánimo. Nosotros debemos ver si podemos trabajar para encontrar vía libre. Yo tengo aquí un pico y dos palas.

— ¿Podemos nosotras ayudar en algo? — murmuró con suavidad miss Gilderay.

— Por el momento no, me parece. Muéstrense tan animosas y confortables como puedan, eso es tódo — aconsejó sir Burdon señalando en dirección a una de sus cámaras.

Las tres mujeres, con dócil complacencia, apuntaron una sonrisa y entraron en la habitación indicada, mientras los tres hombres, provistos de sus útiles, se fueron a la entrada de la tumba y comenzaron su ardua labor. Pronto se dieron cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, pero algo había que hacer. Avalanchas de arena y cascote se les venían encima a medida que cavaban. Al fin alzaron sus brazos y dejaron caer sus herramientas.

— ¿Quiere cualquiera de ustedes avisar a las señoras? — dijo sir Burdon. — Deben de saber lo que ha sucedido.





El «dragomán»

LA CONFESION DE SIR FELIX BURDON Y LA DE MR. CASTLE

Las damas ocuparon sillas plegadizas, Agravine y Castle se sentaron en el suelo, recostándose en la pared, y sir Félix Burdon permanecía de pie. Las lámparas encendidas iluminaban plenamente la amplia habitación, amueblada con sencillo esmero.

— Ahora díganos usted, con toda franqueza, cual es nuestra situación, sir Félix — dijo serenamente la señora Langley.

— Nosotros vamos a examinar primero el lado favorable — contestó el aludido. — Estamos a cinco horas de Luxor. Las herramientas, el material y los hombres que espero y que nos desenterrarían, pueden llegar de un momento a otro. Ustedes han venido recomendados a la firma Thomas Cook and Son y esta compañía no descuida a su clientela y evita siempre dificultades a sus viajeros. Además, dispone de grandes recursos e influencias en Egipto. Harán en seguida las averiguaciones del caso y saben emplear el látigo con los reacios excavadores cuando las circunstancias les apremian. Yo creo que se hará todo lo posible por salvarnos.

—Ya veo — dijo Zoe Averil sonriendo — que usted piensa, sin decirlo, en lo extraordinario de la empresa.

— Puedo estar equivocado, desde luego. Por el sonido que produjo la catástrofe y por mis conocimientos de la conformación de esta tierra, mi creencia es que estamos enterrados a bastante profundidad, y este es el lado peor de la cuestión, y creo también que los excavadores tardarán lo menos una semana en dar con nuestra morada. Ustedes reconocerán que, antes de localizarnos, se verán obligados a perforar en distintas partes del enorme alud de tierra que nos cubre sin duda alguna. He cambiado impresiones con Mr. Agravine y estamos de acuerdo ambos en que el aire de que disponemos no durará más de tres o cuatro días en malas condiciones respirables. Ahora se darán cuenta de la situación en que les he metido.

— Usted no debe decir eso, sir Burdon — dijo la señora Langley. — Ninguno de los que estamos aquí es capaz, ni por el pensamiento, de hacerle a usted responsable del desastre que nos amenaza. Miss Gilderay, Zoe Averil y yo hemos conferenciado, llegando a la conclusión de que nuestra esperanza es muy remota. Ocurra lo que ocurra, nosotras tres sabremos conducirnos. Esperaremos la muerte quietamente, sin aspavientos tan inútiles como desagradables.

— Sí — murmuró Zoe; — estoy de acuerdo, amiga mía. Usted me ha mirado ahora como recordándome mis anteriores lamentaciones, pero sépanse todos que no me quejaba por mí sino por los míos. Personalmente — es mi secreto, pero lo diré — estoy muy contenta y me felicito.

— Eso sí es lamentable — dijo Mr. Agravine mirándola con fijeza.

Luego discutieron el modo de pasar tranquilos y hasta agradables los pocos días que les restaban de vida. Todos se mostraron conformes en vivirlos con serenidad y lo más fácil posible.

Las lámparas, alimentadas con combustible lo mismo que la hornilla, consumían oxígeno; mas ellos estaban dispuestos a comer y beber aunque muriesen a la mañana siguiente. Y cuando la hora se aproximara y los rostros exangües y los pulmones exhaustos dieran señales de rendimiento, entonces, para abreviar con dignidad el espectáculo de las neuralgias y de las náuseas consiguientes, sir Burdon encendería la estufa.

De hambre y de sed no había cuidado que perecieran. Una de las cámaras que el explorador utilizaba como pequeño almacén o depósito para sus provisiones hallábase bien surtida, pues pensando habitar una larga temporada en su departamento de la tumba, su propietario sabía rodearse de comodidades.

Las mujeres reclamaron sus derechos a la cocina y demás quehaceres de la «casa». Con respecto a vajilla, no era necesario fregarla. Sir Burdon usaba vasos y platos de papel, que después de utilizarlos arrojaba a un pozo limpiable al extremo de la tumba; y en cuanto a los manjares también los adquiría de tal modo conservados que no requerían mayor atención en la cocina.

De noche los hombres acamparían en el sector de galería frente a la obstruída entrada, y ellas se repartieron el dormitorio del extremo opuesto. El tanque de agua era grande y se hallaba lleno. El único sentimiento que las conmovía interiormente consistía en lo fatal de la espera.

Mas, al presente, ninguno aparentaba dolorosa impresión. La sacudida sísmica, por repentina e inesperada, sumiéralos en una especie de estupor. Sin embargo, la reacción no tardó en sentirse. Comenzaron a excitarse y a conversar nerviosamente, pero dentro de la más estricta compostura.

Todos se distraían haciendo alguna cosa. El piso, en su mayor parte, fué regado con agua para que el polvo no les molestara. Una mesa y unos asientos fueron improvisados para las comidas. El joven Castle, bajo la dirección de sir Burdon, abrió latas de carne y pescado. Miss Gilderay trajinaba sobre la estufa, preparando alguna cosa. Agravine y Burdon se ocupaban de algunas reformas de carpintería.

La actividad y el buen humor oponían un gentil contraste en aquel fantástico cuadro sobre el cual desplegábanse las tenebrosas alas de la muerte. Aquel «picnic» en una tumba egipcia bloqueada por un terremoto hubiera sugerido una impresionante historia a la pluma de Poe.

La señora Langley, mirando con risueño aspecto al «dueño de la casa», le consultó:

— Zoe, miss Gilderay y yo hemos encontrado en su almacén cajas y paquetes conteniendo prendas del país... vestidos de mujeres. ¿Nos permite usted usarlos?

— Por supuesto, con todo gusto, y hagan el favor de no pedirme permiso otra vez. Todo lo que hay aquí es propiedad común y todos podemos disponer de ella. Esos trajes fueron adquiridos por encargo de una dama inglesa y la falta de cumplimiento en la entrega, por mi parte, me lastima terriblemente. Sin embargo, ahora me siento reconocido a mi amiga porque ha dado ocasión para que usted los luzca.

En seguida sentáronse a la mesa y comieron plácidamente merced al servicio que dispusiera la cuidadosa miss Gilderay. El champaña era excelente aunque hubo de tomarse en tazas de te. La voz de Mr. Castle comenzó a sonar con mayor frecuencia, aturdida y miedosa; hablaba y bebía mucho, excitado por diversos sentimientos y por la proximidad de la señora Langley.

Al final de la comida el joven abrió su cigarrera de oro y la extendió hacia ella, ofreciéndole un cigarrillo, pero la dama no quiso darse por enterada. Tomó para sí y extrajo su fosforera, también de oro, lo mismo que su reloj y su cadena y varios anillos que cubrían parte de sus dedos.

— Un momento, Mr. Castle — dijo sir Félix. — ¿Qué piensa usted acerca del humo, Mr. Agravine? ¿No procederemos como si pudiéramos luego abrir las ventanas y refrescar el departamento?

— ¡Por San Jorge! No había pensado en ello — exclamó el joven guardando el cigarrillo.

— Bueno — terció Mr. Agravine; — nuestro convenio fué que nosotros deberíamos hacer nuestra vida tan confortable como fuera posible. Esta hall es espacioso comparado con las otras dependencias. Supongamos que nos permitimos fumar un cigarrillo cada uno después de la cena y luego, al día siguiente, comprobar si el humo persiste. Yo no lo creo, pero, en todo caso, podemos retirarnos hacia una de las pequeñas piezas deshabitadas de la tumba que se hallan hacia la entrada y convertirla en fumador.

— Sensata idea que apruebo — dijo sir Félix. — Prediquemos con el ejemplo.

Presentó su cigarrera y la señora Langley y miss Gilderay tomaron y encendieron un cigarrillo. Zoe no fumaba.

Unos minutos de silencio. Cada espectador, dialogando quizá con sus pensamientos, parecía evocar escenas íntimas.

De súbito, la voz argentina de Zoe Averil produjo estas palabras:

— Yo deseo preguntarle algo, sir Burdon. Le observo a usted ansioso y yo no puedo comprender esa ansiedad cuando el fin de todos es tan seguro. ¿Es que se conduele de nuestra suerte?

— Hablaré con franqueza, Zoe. Por mi parte...

(sonrió con notorio control de sus nervios) estaba considerando el peligro de una reacción. Mucho me temo que sobrevenga, complicando nuestras circunstancias. No tengo palabras bastante expresivas para ponderar la espléndida conducta de ustedes, las tres mujeres. Cuando los hados nos son adversos, esa serenidad y esa fortaleza de ánimo es una virtud inapreciable. Pero nosotros tenemos todavía muchas horas por delante y dudo cómo las emplearemos pasadas ya estas primeras en acondicionarnos; y si en la fatiga incesante de vernos en esta prisión en espera del fatal desenlace perdiéramos nuestra ecuanimidad al prolongarse demasiado nuestro encierro, porque todo es posible...

— Cuéntenos su historia, sir Burdon — interrumpióle la señora Langley.

— ¿Mi historia? ¿Qué quiere usted decir?

— Pues la historia de usted.

— A nadie la he contado todavía — sonrió levemente el preguntado. — Nunca he pensado contarla. Aun ahora, en este serio trance, no sé si debería relatarla a modo de confesión antes de acabar. Por otra parte, ninguno de ustedes me mirará «igual» cuando termine de contarla... con una previa condición: que no suscite ni una sola palabra de comentario.

Todos lo prometieron.

— Tengo treinta y nueve años — comenzó diciendo el egiptólogo. — Cuando tenía catorce entré de lleno en la vida, heredando una baronía y viviendo desde entonces como persona rica sin hallar un momento de completa felicidad. Lo que tengo que decir ahora es que yo soy un cobarde. Hoy mismo, en aquellas circunstancias, pienso que sería otra vez cobarde. Hay personas que jamás han sentido el miedo; hay otras que son decididas y valientes en las ordinarias luchas por la vida, pero que se sienten acometidas por una especial debilidad ante la que ceden y se doblegan. Hay muchas de éstas y yo soy una de ellas. Tal falla, en abundantes casos, consiste en el temor al fuego... a los incendios. Viven atormentados con la idea de ser consumidos



— Creo entender — dijo Mr. Castle — que usted ya no me estrechará la mano, señora.



por las llamas. Cuando se hospedan en cualquier hotel o casa para ellos desconocida, lo primero de que se cercioran es de las salidas o escapes en caso de siniestro. Pero mi miedo es diferente, diremos opuesto. No estará de más decir que siempre disfruté fama de arriesgado, de enérgico y firme en todos sentidos. Sin embargo, una cobardía me atosigaba: la del miedo a perecer ahogado. El agua me producía pánico. Cuando por vez primera, siendo un muchachuelo, vi el mar, me acometió un terror que me hizo prorrumpir en exclamaciones. En el colegio, venciendo todas mis resistencias, me obligaron al aprendizaje de nadar. En los días de verano, antes del desayuno, tenía que bañarme con mi hermano mayor en el río. Es innecesario decir que lo quería fraternalmente. Y... ¿no adivinan ustedes el resto? Bien; ni una palabra.

Tomó un trago de champaña y prosiguió:

— Una mañana que se presentaba calurosísima,

mi hermano Adrián, que era un experto nadador, se mantuvo en el agua demasiado tiempo. De repente fué atacado por fuertes calambres y me gritó para que le socorriera. No me moví... no pude moverme de mi banco de la orilla, desde donde, en traje de baño, contemplaba alelado la desesperante gesticulación del infeliz. Como clavado estaba yo. Me lo figuraba agarrándose a mi cuerpo furiosamente, arrastrándome con él al fondo de las verdes aguas. Me puse a gritar también con todas mis fuerzas pidiendo socorro. Me decía a mí mismo que cuando se hallara privado del conocimiento y no fuera peligroso para mí rescatarle, entonces me echaría al agua; pero hasta que no escuché pasos no me levanté del banco para arrojarme al río. No pude sacarlo. Mis músculos no me obedecieron, no podía nadar y me fuí al fondo. Cuando nos rescataron mi hermano estaba muerto y yo insensible. Una vez recobrado a mis cabales, relaté la desventura tán diferente de como había sucedido, que todos celebraron mi heroísmo. ¿Pueden ustedes considerar que el recuerdo de aquel horrible acontecimiento me viene torturando toda mi vida? Yo, que detesto las cobardías, las mentiras y las brutalidades egoístas, aparezco ante mi conciencia como un cobarde, un embustero y un... asesino. Desde entonces hice cuanto me fué posible para tropezarme cara a cara con la muerte sin recurrir al suicidio... otra cobardía. En el Africa del Sur las balas de los boers derribaban a mis compañeros dejándome a mí en pie. Aquí, en Egipto, me encontré con una especie de fascinación. Todo aquí ronda alrededor de la muerte; esto es interesante por ser un vasto sepulcro, y los trabajos de excavación me han entretenido; ha sido para mi espíritu una distracción, un deporte, lo mismo que otras muchas actividades sociales que cultivé. Esto es todo. Ya me conocen.

Un silencio completo acogió estas últimas palabras. No hubo comentarios, como se había convenido.

Desde el otro extremo de la mesa levantóse la señora Langley para tenderle su mano. Tomó la que él le alargaba y se la estrechó con leal apretón. Miss Gilderay y Zoe se apartaron de los compañeros para cambiar algunas frases. Mr. Agravine, rompiendo el molesto silencio, emitió una frase feliz y oportuna.

De pronto irguióse Mr. Castle y, colocando una mano en el borde de la mesa, dijo:

— ¡Un minuto! Si a ustedes no logra interesarles, a mí sí. De no decirlo ahora jamás lo diré.

— ¿De qué se trata, Mr. Castle? — preguntó Mr. Agravine.

— Mi nombre no es Castle, pero eso poco importa ahora. Es el único nombre de que dispongo. Quiero relatar mi historia, una historia verdadera. No es tarde todavía y, después de todo, tiempo nos queda para dormir profundamente.

— No se excite, Mr. Castle — exclamó la señora Langley con tranquila voz. — Nosotros le escucharemos con todo gusto.

Sentáronse los que permanecían de pie para atender a la nueva confidencia.

— Yo debiera comenzar por condenarme a mí mismo, pero tengo que comenzar por condenar a mi padre. Así lo siento — habló el joven. — El es un comerciante de Lincoln Inn Fields y su nombre no hace al caso. Todo el tiempo que vivimos juntos fué una incesante reyerta. Ni libertad ni dinero me era dable disfrutar en regular medida. Pretendía imponerme sus opiniones políticas y particulares y solamente porque mi existencia no resultara un infierno aparentaba yo transigir con sus impertinencias. Asimismo me obligó a seguir su carrera aunque bien sabía que yo la detestaba. Quise ser actor y me fué negado el permiso. Habiendo estudiado en Oxford, me consideró apto para colocarme en sus escritorios quieras que no, y durante varios años hube de servirle por un sueldo miserable. Tenía que esperar su muerte para desquitarme de tantos sacrificios. Meses y años transcurrieron en una rutina y en una tirantez abominables entre mi padre y yo. Tengo que repetirlo porque me brota de los labios: ¡le odiaba! Un día me dió un cheque por novecientas libras para que lo cobrara en el Banco. Una oportunidad por el estilo aguardaba yo con verdaderas ansias. La semana aquella habíamos tenido serios disgustos y mi ánimo hallábase excitado hasta la ira. Formé en el acto mi plan. Cobré el cheque y me escapé con el dinero. Los primeros días, medio disfrazado, me alejé lo suficiente de mi pueblo en previsión de que la policía me buscara; pero al cabo de tres semanas de tranquilidad sin haber leído en diario alguno el robo cometido por mí, porque yo, a fin de cuentas, fuí un ladrón, me embarqué rumbo a París, donde me divertí a mis anchas, hasta que un día me consultó un amigo acerca de un viaje por Egipto. Me entusiasmó la idea de venir y... aquí estoy. Esta es mi simple y triste historia y ustedes pueden pensar de mí lo que les parezca.

— Gracias por su confesión, Mr. Castle — dijo la señora Langley. — Mejor es no hacer comentarios.

— ¿Quiere usted darme a entender que ya no me estrechará la mano? — contestó con agudo resentimiento el joven.

— No se la daré — replicó con sencillez la aludida.

— Bien; usted puede tratarme como a un leproso, si usted gusta.

— No trato a nadie injustamente.

Miss Gilderay interrumpió el enojoso diálogo preguntando a Mr. Castle:

— ¿Y qué hará usted cuando se le acabe el dinero que le queda?

— Haré cualquier cosa que se me presente excepto reconciliarme con mi padre. Si tropiezo con alguna buena oportunidad, bien, y sino ya había pensado suprimirme. La tumba de sir Burdon me ahorrará lo segundo.

Y desde estos momentos el joven resultó incómodo para sus ocasionales compañeros.

LA CONFESION DE MISS GILDERAY Y LA DE LA SEÑORA LANGLEY

La noche haciase interminable. Sir Félix Burdon, hombre avezado a las expediciones más dificultosas, sabía dormir en una silla, per los otros dos compañeros no lograban descansar media hora.

Del dormitorio de las damas llegaban a intervalos algunos murmullos reveladores de su desvelo.

A las cinco de la madrugada Mr. Agravine, después de probar todas las posiciones imaginables, halló una que le permitió dormirse; el joven Castle, que se había tumbado en el suelo boca abajo, sirviéndole los brazos de almohada, respiraba con dificultad.

Súbitamente se puso en pie.

— ¡Yo quiero salir de esta cueva! ¡Yo no quiero morir como un ratón en la trampa! ¡Sáquenme de aquí! ¡Todavía tengo dinero para gastar! ¡Yo debo salir de aquí! — gritó con agudos chillidos.

Sir Félix, despertado bruscamente, se levantó y le amonestó con mal reprimida rabia.

— ¡Silencio! ¿Quiere usted despertar y molestar a los demás? Si usted vuelve a gritar tan estúpidamente le amordazo.

— Deme algo para beber... que sea fuerte y no gritaré más. ¡Si no puedo salir, deme de beber siquiera! — balbuceó entre medroso y suplicante.

— Levántese y beba cuando quiera — le respondió el egiptólogo severamente.

Mr. Agravine, que se había incorporado y encendido su lámpara, contemplaba la escena con impasibilidad.

Mr. Castle fué a la cocina y regresó con un vaso y una botella de whisky, que descorchó con su cortaplumas, bebiendo con ansia un largo trago.

— ¿Por qué no me hacen ustedes compañía? — rogó. — Es lo mejor que pueden hacer. Beban.

Negáronse los otros con un enérgico movimiento de cabeza.

— Esto me hará bien — dijo sonriéndose. — Yo estaba sufriendo de escalofríos y ahora me sentiré muy bien, y que suceda lo que haya de ser. Esto es lo que necesitaba, lo mejor del mundo... tomado medicinalmente.

Los observadores no le hicieron caso alguno. Durante media hora, a ligeros intervalos, aproximaba el vaso lleno a sus labios, y luego, estirándose otra vez sobre la arena, concluyó por dormirse produciendo fuertes ronquidos.




En el silencio de la tumba, el joven Castle paseaba jadeando con la hornilla de carbón encendida.

Mr. Agravine y sir Félix, que le vigilaban con disimulo, cambiaron una significativa mirada.

— Mucho me temo que nos resulte un gallina. En el hotel y en el viaje se condujo correctamente, pero esta experiencia es mucho para él — dijo el primero. — ¿Qué deberemos hacer?

Sir Burdon se encogió de hombros pensativo.

— No sé, no veo que podamos hacer por el momento. Llevamos todavía poco tiempo encerrados y, sin embargo, el aire me parece ya demasiado enrarecido. Si él quiere morir como un cerdo... bueno. Por supuesto, si de nuevo alborota habrá que tomar rápidamente algunas medidas. En fin; mientras duerma como ahora mejor para él.

Le echaron una última mirada y descansaron hasta las siete en que oyeron pasos en la «casa». Era Zoe Averil que apareció ante ellos ataviada con un largo vestido azul nilo del país.

— Nosotras hemos hecho te ¿Se lo servimos? — preguntó saludando y sonriendo.

— Muy agradecidos por sus atenciones — contestó sir Félix. — ¿Ha descansado usted bien?

— Dormí perfectamente en mi pequeño dormitorio; pero creo que mis compañeras de la otra mitad de la habitación no han logrado descansar, y lo siento mucho. Miss Gilderay especialmente.

Las otras dos mujeres, después de haberse lavado con agua fría, se presentaron en el hall y tomaron el te todos mientras conversaban en voz baja. El joven Castle seguía roncando sobre la arena.

— Una experiencia como la que estamos pasando — dijo Agravine — le da a uno oportunidad para considerar cuán ilusoria y estúpida cosa es la propiedad particular por la que tanto nos afanamos; y ahora es cuando me pregunto por qué le damos tanta importancia. Como ustedes saben, toda mi vida me la he pasado adquiriendo cosas — bonitas cosas, en verdad — cuadros de los mejores pintores. ¡Qué absurdo! Ninguno me sirve al presente de nada ya que no puedo llevarlos conmigo. He aquí que somos, en miniatura, la sociedad a que pertenecemos... a que pertenecíamos, y en pocas horas se nos ha ido el concepto de la propiedad. Yo llevo puesta una de vuestras camisas, sir Félix, y no me importa saberlo; ni siquiera se me ocurre darle las gracias. Claro; el comunismo a los umbrales de la muerte es fácilmente practicable, y más fácil aún para el hombre que en la sociedad lo tiene todo y una gran mayoría lo de la comunidad.

Sir Félix sonrió expresivo. Con uno de sus pies señaló al durmiente.

— ¿Despertaremos a ese pobre diablo para que se refresque y arregle? — dijo.

— No — contestó Mr. Agravine. — Cuanto más duerma mejor tendrá sus nervios al despertar.

Una hora después Mr. Castle alzábase de su cama arenosa. Se le advertía descansado. Demostróse avergonzado de su conducta y rogó que se le perdonara.

— Siento mucho haber sido un ladrador. Mis nervios estaban revolucionados. Me conduciré bien ahora que he dormido — dijo.

— ¡Oh, sí! — contestóle bondadosamente sir Félix. — Usted se portará como debe. Ha perdido su taza de te por dormilón. No sé si ellas querrán molestarse en servirle algo.

— Gracias. No quiero que se molesten. Esperaré con ustedes hasta nueva colación.

Se retiró para lavarse y afeitarse y luego, espontáneamente, lavó varias tazas que se usaran en la mañana, retirando de paso su botella de whisky medio vacía.

Otra vez se sentaron en torno a la improvisada mesa del hall.

— Yo también tengo una confesión que hacer. Puede que haga buenas las relatadas por sir Burdon y Mr. Castle — dijo miss Gilderay.

— Bueno — exclamó Agravine: — la escuchamos atentamente como todo lo que significa sinceridad.

Paseó su lengua por los labios y sus límpidos ojos por el auditorio y comenzó así su relato:

— Mi padre era vicario en una iglesia de Londres, gran músico, tan listo y largo en sus negocios como corto en sus sermones. Para disculpar sus provechosas especulaciones, que ocultaba a la pública opinión, decía ser conveniente ganar dinero para hacer caridades en proporción a las ganancias, y — agregaba — hasta algunos apóstoles especularon dedicándose a la pesca. — No me permitía yo criticarlo porque le tenía sincero cariño. Ayudábale, escribiéndole a la máquina lo mismo los sermones que las cartas a su agente comercial, que se cuidaba de sus valores en la Bolsa. El coro de la iglesia era su orgullo. De su bolsillo particular pagó varias reformas con objeto de dar amplia cabida a sus cantores, músicos e instrumentos. Solía repetir que, fuera de los profesionales, no le gustaba escuchar ni contratar a nadie.

Una mañana vino hacia mí radiante de satisfacción. Acababa de hablar con un admirable cantante, con un tenor que estaba dispuesto a prestar sus servicios en la iglesia sin retribución alguna. «Es un perfecto caballero», me dijo. Y luego de una ligera pausa medio rectificó. «Casi, ya verás». Yo me limité a sonreir, acordándome de los no profesionales.

Cuando vi al nuevo tenor — Handerson de nombre — al «casi caballero», le contemplé sin la menor curiosidad. Tenía buena presencia, pero su figura era demasiado vulgar; sus ojos muy pequeños y su rostro mofletudo me recordaron sin quererlo cierto animal que todos conocemos. Su gordura y su pesadez daban una impresión «casi» desagradable. No tardé en oirle, y su admirable voz me hizo olvidar instantáneamente al hombre. Era un espléndido tenor que conseguía arrullar con el encanto de sus notas. Resultaba imposible escucharle sin atribuirle nobles y elevados sentimientos. Ahora es cuando comprendo que tales creencias suelen ser ilusiones frecuentemente. La belleza de las cosas pueden no guardar analogía con quienes las producen. Pero yo lo ignoraba hace diez años. Todos los domingos le escuchaba con delectación. No creo que me enamoré de él, estoy segura de que me enamoré de su voz. Curiosa y desasosegada, averigüé algo acerca de su vida que por cierto no resultó nada romántico. Prestaba servicios en una oficina de seguros de vida, sosteníase soltero y vivía con dos hermanas en doméstica tranquilidad. Un domingo a la noche tanto me conmovió cantando un «solo» de la antífona, que regresé a mi casa y le puse una carta tan ingenua como pasional escrita a máquina, sin dirección ni firma a fin de permanecer incógnita y no comprometer mi decoro. Algunas semanas después mi padre me ordenó que le convidara a cenar, pues tenía que hablar con él. En la mesa, cuanto más lo miraba menos me gustaba. Luego, en la salita, se dirigió a mí en un aparte y me dijo:

— ¿Es usted la que le sirve de secretaria a su padre?

Yo asentí. Con frecuencia copiaba listas que iban a parar al coro y que sin duda él conocía.

— Usted debiera poner una nueva «f» en el teclado de su máquina — me aconsejó. — Le falta la mitad a esa letra, lo he observado en «todo» lo que usted «maquinea». Cámbiela.

No perdí la cabeza. Tragando saliva, como suele decirse, contestéle agradeciendo su advertencia y agregando que, como la máquina estaba siempre sin tapar, seguramente alguna de las criadas había escrito alguna carta, estropeando la «f». Fué todo lo que se me ocurrió, pero advertí que no le engañaba. Desde entonces comencé a odiarle tanto como le había querido... a su voz. Toda aquella noche me revolví en el lecho presa de una irritante humillación y al día siguiente una violenta neuralgia me atormentaba. Por la primera vez en mi vida, y para probar si se me calmaba el terrible dolor de cabeza, bebí vino.

— Perdón que la interrumpa — dijo sir Félix: — nosotros ya comprendemos; no necesita contarnos el resto.

Miss Gilderay sonrió tristemente.

— No voy a contarles la historia entera — prosiguió: — es demasiado aborrecible... no la podría contar. Es una historia de continuos esfuerzos y de continuas caídas. Ello se hizo público y mi padre tuvo que abandonar la parroquia, muriendo a los pocos meses... Con todo, yo he logrado, estirando mi voluntad hasta el extremo, dominarme y alcanzar un término medio. No soy lo que fuí ni tampoco soy una abstemia. Bebo un vaso o dos de vino al almuerzo y me place tomarlo también a la comida. No; no estoy orgullosa de mí misma, de mi victoria parcial. El recuerdo me avergüenza y no logro borrarlo de mi memoria. He dicho.

Miró a Mr. Castle plenamente.

— Muy bien; comprendo — exclamó éste con vehemencia. — Todas esas cosas tienen explicación fisiológica.

— Sí — intervino Mr. Agravine; — pero ¿qué quiere decir usted con eso?

Los ojos de Mr. Castle brillaron. No contestó.

Zoe Averil cambió de sitio para sentarse al lado de miss Gilderay.

— Es una lástima — explicó Mr. Agravine — que todos los convencionalismos generalmente aceptados sean falsos. El que consiste en clasificar a la humanidad en santos y pecadores es un caso evidente. No hay santos ni, en cierto sentido, pecadores. Nosotros somos, por naturaleza, seres defectuosos, pero con algunas buenas cualidades. Si todos nos penetráramos de esta fundamental verdad seríamos más sociales y menos imperfectos.

— Yo pienso muchas veces — dijo sir Félix — en el caso de un ex presidario. ¿Qué porvenir la aguarda cuando sale de su prisión? La mayor parte de sus semejantes no le perdonan, y cuando olvidan su «pecado» es para imponerle servidumbre. Ambos procedimientos son detestables y no sé cuál de los dos peor. Tratar al crimen como una falla reparable sería más práctico y piadoso.

— No tengo panacea, pobre de mí, para curar tantas miserias — reanudó Mr. Agravine: — no puedo hacer un nuevo cielo ni una nueva tierra; pero en mis tiempos deseé, soñé, con un nuevo estado de cosas acá abajo.

— El hecho es que nunca se pueden establecer reglas generales como norma o criterio de la naturaleza humana — opinó la señora Langley. — Unicamente, y eso con muchas reservas mentales, podemos juzgar casos concretos tan humanamente como nos sea posible.

— Advierto sus nobles sentimientos, señora — intervino Mr. Castle. — Usted se muestra como persona generosa que desea el mayor bien para los «defectuosos»... por ejemplo, miss Gilderay y yo.

— No gusto de aparecer en actitudes artificiosas. A mí no me importa como me juzguen sino cómo deseo yo que me juzguen. Para que usted lo sepa, yo hice mi confesión. Miss Gilderay excuchó anoche las confidencias más íntimas de mis labios, de esas que no se dicen a nadie; y por si siente usted alguna curiosidad, puedo decirle que poco después de mi matrimonio me acometió una semana de locuras, y que también fuí cobarde, y que alguien padeció por mí, y que fuí castigada. Bien; ya ha logrado usted sacarme los colores delante de todos. ¿Está usted contento?

—Usted sabe perfectamente que no era esa mi intención — contestó el joven separándose de la mesa, sentándose en el suelo, dando la espalda, y encendiendo un cigarrillo.

—Le digo a usted — ordenóle sir Burdon — que tire el cigarrillo y que lo pise.

El muchacho frunció el ceño al escuchar la orden y se limitó a obedecer.

PALABRAS DE MR. AGRAVINE Y DE MISS AVERIL. — CONCLUSION

A las cinco de la mañana del día siguiente Sir Félix, consultando su reloj, dijo:

—Mr. Agravine: llevamos veintiocho horas de encierro. ¿Qué piensa usted?

—Nos restarán escasamente otras tantas y creo que antes de que transcurran debemos encender el hornillo de carbón y acabar pronto. ¿Lo tiene usted listo?

—No todavía. Venga conmigo al almacén y le enseñaré su funcionamiento.

Mr. Castle les siguió, observándolos, las manos metidas en los bolsillos. Una o dos veces hizo breves preguntas. Luego, al ver la botella de whisky, sirvióse varios tragos no sin la reprobación de los otros. Pero les contestó que, hallándose a pocas horas de la muerte, tenía derecho a beber y comer cuanto se le antojara. Llegada la hora, rehusó cenar con los demás.

La cena fué un simulacro casi. El aire, viciado y escaso, quitaba el apetito a los comensales. Sin embargo, mostráronse animosos y contentos.

Habló con viveza miss Gilderay para decir:

—¿Saben ustedes lo que me dijo Zoe Averil esta tarde? Que alguien viene por nosotros.

—No se burle; estoy segura de ello; algo he oído — aseguró Zoe.

Sir Félix cambió una mirada de inteligencia con Mr. Agravine.

¿Serán los primeros signos de perturbación? — pensó.

—No veo la posibilidad... todavía — dijo.

De pronto emergiendo de su rincón, el joven Castle barbotó a gritos:

—¿Qué más han de esperar ustedes? Es el gran sacerdote que viene a nosotros, los cristianos que hemos profanado su tumba, y que desea recrearse con nuestra lenta agonía.

—Yo pienso que es mejor se calle usted y permanezca quieto, Mr. Castle — aconsejóle Agravine.

El reprendido gruñó algo y prometió calmarse.

Siguiéronse bastantes minutos de silencio. Cierta melancolía flotaba en la pesada atmósfera. Los prisioneros sonreían, sin embargo, excepto el joven Castle que, atacado por movimientos involuntarios, mostraba una hosca nerviosidad. Al fin se retiró del hall.

—Estoy oyendo distintamente rumores de alguien que viene — insistió con viveza miss Averil.

—Escuchen, por Dios. ¿No oyen ustedes nada?

Todos, por unos instantes, escucharon conteniendo el aliento. Fué un intenso silencio en que la esperanza brillaba en todas las miradas. Mr. Agravine se levantó y arrimó su rostro a una de las paredes.

—Algo suena, en efecto — exclamó. — Venga, sir Burdon, y escuche.

—No hay duda; los ruidos son perceptibles; son golpes sordos de picos... muy repetidos. Deben de ser muchos hombres trabajando. Creo que será cuestión de pocas horas.

—¿Haría bien en darle la noticia a Mr. Castle? — consultó miss Averil. — Estoy segura de que nadie desea tanto como él volver a la vida.

—No — dijo sir Félix; — no haga eso. Yo iré a decírselo.

En seguida regresó. Nada explicó mientras miss Gilderay no le puso los ojos encima, interrogándole.

—Sí; se lo dije. Me contestó que el espíritu del gran sacerdote era con él y que esta era su tumba. Nada más. Loco, por supuesto. Pero permanece tranquilo. Probablemente se recobrará cuando vea la luz.

Las mujeres pensaron que su rescate debería de sorprenderlas en digna disposición, lo mismo que al departamento, y ayudadas por sir Burdon y Mr. Agravine lo limpiaron y arreglaron todo, como si se hallaran en sus respectivos hogares. Luego se lavaron y se vistieron tal como cuando fueron sorprendidas por el terremoto. Desde la cámara en que aguardaban oíase la fatigosa respiración de Mr. Castle, una respiración de enfermo que dormitara.

Dos horas mas tarde los golpes de los azadones resonaban fuertes y acompasados. La señora Langley, con los guantes puestos y empuñando su cámara fotográfica, contemplaba a sus dos compañeras ya vestidas y peinadas con esmero.

—Estará bien que esperemos los cinco juntos porque ya falta poco.

Se sentaron, cambiando algunas frases acerca de quién habría organizado las excavaciones tan rápidamente. El aire tornábase cada vez más pesado y los párpados, en nervioso abaniqueo, rendíanse, abatidos por la sensación de un sueño irresistible.

—Yo creo que me voy a dormir — balbuceó miss Gilderay recostándose en su silla plegadiza.

—Yo también — murmuró sir Félix. — ¿Por qué no? El sueño nos ayudará a esperar.

Mr. Agravine y la señora Langley nada objetaron, sumidos en un blando amodorramiento.

Silencio completo. En seguida pisadas leves y el joven Castle apareció en el hall llevando en sus manos la hornilla de carbón encendida. Aspiraba el letal humo con jadeante aliento. Se aproximó a la cortina que separaba la cámara principal de las demás dependencias y la descorrió con violencia, sin duda con objeto de que las gruesas espirales de humo invadieran toda la tumba y nadie se salvara. Pero, al pretender asirse de la verde colgadura, cayó redondo sin proferir ni una palabra ni hacer un movimiento.

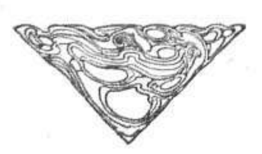
Los picos y las palas rompieron la espesura de la entrada. Por el primer hueco, risueño y pujante como la vida, penetró un haz de luz con una corriente de aire fresco.

Otra vez a la superficie, a verterse en el incesante vaivén del mundo, a sumarse a la sociedad, que los perdiera por cuarenta y cinco horas... a vivir de nuevo con sus taras a cuestas, ni buenos ni malos, como todos... salvados de las garras de la muerte... menos el joven Castle que yacía para siempre al pie de la cortina.





Gran Concurso Literario 1923



N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de "Caras y Caretas". Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.

Buenos Aires, 12 de mayo

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

PODRÁN presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

EL asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio	2.000	*$ m/n y medalla de oro*
Segundo Premio	1.000	*$ m/n y medalla de oro*
Tercer Premio	500	*$ m/n y medalla de oro*

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de **200** $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

EL jurado estará compuesto por los señores don *Enrique R. Larreta*, doctor *Carlos Ibarguren* y don *Luis Pardo*, de CARAS Y CARETAS.

EL concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.


Banquete ofrecido al doctor Santiago M. Tancredi por un grupo de amigos con motivo de la terminación de sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas.

SUMÁNDOTE A LA MUCHEDUMBRE

Cuando te agregas en la calle a una muchedumbre a quien un impulso de pasión arrebata, sientes que, como la hoja suspendida por el viento, tu personalidad queda a merced de aquella fuerza avasalladora. La muchedumbre, que con su movimiento material te lleva adelante y fija el ritmo de tus pasos, gobierna, de igual suerte, los movimientos de tu sensibilidad y de tu voluntad. Si alguna condición de tu natural carácter estorba para que cooperes a lo que en cierto momento el monstruo pide o ejecuta, esa condición desaparece inhibida. Es como una enajenación o un encantamiento de tu alma. Sales, después, del seno de la muchedumbre; vuelves a tu ser anterior; y quizá te asombras de lo que clamaste o hiciste.

José Enrique Rodó.

EL EGOÍSTA

El egoísta, lo mismo que el esclavo, no tiene patria ni honor. Amigo de su bien privado y ciego tributario de sus propias pasiones, no atiende al bien de los demás; ve las leyes conculcadas, la inocencia perseguida, la libertad ultrajada por el más fiero despotismo, y, sin embargo, el insensato dice: nada me importa; yo no he de remediar el mundo. Ve sacrificar a sus hermanos al furor de una cruel tiranía con la misma indiferencia con que las aves miran al lobo que destruye el rebaño.

Cuando los hombres de esta clase se multiplican, la patria está próxima a su ruína. La dignidad, la opulencia y la gloria, que son sus mejores hijos, desaparecen como humo al soplo del pestífero egoísta.

Presto la sociedad se convierte en un conjunto de esclavos que perciben el yugo del primero que los conquista.

Benito Juárez.



¿Hace usted lo posible para poseer una hermosa cabellera?

En el cuidado que Ud. tenga con su cabello y en su profusión y belleza está la diferencia entre ser atrayente y ser como cualquier otra persona.

Una cabellera hermosa y abundante realza los encantos femeninos y pone un sello de simpatía y atracción en toda figura varonil. Usted conseguirá cuanta belleza es posible en su cabello si lo estimula con el insuperable

ESPECIFICO BOLIVIANO



La preparación científica del **Específico Benguria** (vegetales de la flora boliviana) se basa en la savia que el cuero cabelludo requiere para la lozanía y belleza del cabello. **Benguria** tonifica las glándulas oleosas y las mantiene en saludable actividad. Los millares de glóbulos rojos llevan este estimulante a todo el pericráneo, dando así vida y vigor a sus músculos.

Benguria elimina la caspa, cura la calvicie y hace crecer el cabello en abundancia, sedoso y pletórico de vida. Con este notable Específico, **las canas recobran su color natural** sin necesidad de tinturas.

Usando **Benguria** quedará Ud. asombrado del resultado tan eficaz y rápido. Escriba el Dr. Rafael Benguria B. solicitando más detalles.

UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1239. — Buenos Aires

Unión Telefónica 5753, Rivadavia

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO:

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo: José J. Vallarino e hijo, Sarandí, 429, y "Au Bon Marché" de Vicente C. Cerizola, Sarandí, 620.

ATIENDE PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.



¿TOCA USTED EL SERRUCHO?

En el gran palacio y en el vil tenducho
y en las oficinas y en los almacenes
y en algunos barcos y en algunos trenes
tocan el serrucho.
No hay que despreciarlo,
ni hay que denigrarlo,
ni hay que decir nunca que es abrumador.
Debe usted tocarlo.
Tóquelo, señor.
Es un instrumento
que para librarse del aburrimiento
ha inventado un hombre
lleno de talento,
del que no sabemos, por desgracia, el nombre.
No puede haber cosa
que se imponga hoy día
como la sublime, la maravillosa
serruchomanía.
¿Oye usted clamores? ¿Oye usted aullidos?
¿Oye usted quejidos?
¿Qué es ese lamento?, ¿Qué es ese ululato
que empezó hace rato?
¿Y esa nota grave? ¿Y esa nota aguda?
¿Tocan a rebato?
Tocan el serrucho, no le quepa duda.
Pronto han conquistado sus admiradores
fama de incansables.
Los serruchadores
son inexorables.
Ya toquen de prisa, ya toquen despacio,
con desgarradores
gritos quejumbrosos llenan el espacio.
Suena dulcemente,
dolorosamente;
suena ¡y da una pena!
Mas, el que lo toca, denodadamente
sigue, y el serrucho suena, suena, suena.
¡Qué melancolía! Todo el mundo siente
ganas de morirse repentinamente.
Aunque los vecinos que oyen el serrucho
dicen del que toca que los ha embromado,
notan con el tiempo que les gusta mucho
y se compran otro. ¡Ya se han contagiado!
Compre a un ferretero
esa hoja de acero,
con lo que, de fijo, va a hacer un ahorro,
puesto que, *si en ella tocan un fox trot*
puede hasta el más porro
comprobar que tiene mucho de piporro
y algo de fagot.
No olvide usted esto.
Un tipo modesto
que de ganar plata
solamente trata
y es un hombre honesto
y es un hombre ducho,
como mucha gente que hay por el estilo,
ha puesto un letrero donde dice: «Alquilo
piezas con serrucho».
Ni una sola pieza
va a quedarle libre. ¡Tiene una viveza!
No debe olvidarlo.
Compre ese instrumento que es encantador.
Debe usted comprarlo.
Cómprelo, señor.



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA.



DISCOS DOBLES NACIONAL

PADRE NUESTRO

TANGO DE DELFINO

LAS ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO BARBIERI)

Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25

18076
Nubes de Humo. (Fume, compadre!). Tango. Romero-Jovés.
Viejecita mía. Tango. Solo por C. Gardel. Dezeo-Marcucci.

18077
Se va y se va. Tonada. Dúo. Cristino Tapia.
Clarita. Tango. Solo Gardel. González Castillo-Fortunato.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.—

6192
De Vuelta al Pago. Tango. R. Firpo.
El Paraiso de los Locos. Tango. R. Firpo.

6193
Je vous aime. (Yo la amo). Shimmy. R. Mercier.
España torera. Pasodoble. A. Frizziani.

6197
La Canción del Cabaret. Tango. R. Firpo.
Fin de Fiesta. *Tango. I. Corsini.*

6199
Nubes de Humo. (Fume, compadre!). Tango. M. Jovés.
Esmirna. Shimmy. E. Pereyra.

ORQUESTA FRANCISCO CANARO

6921
Pays de Reve. Shimmy. M. Ivain.
Ai quem me dira. Maxixe. E. Souto.

6922
Pelele. Tango. Pedro Maffia.
Desolación. Tango. Adolfo R. Avilés.

ORQUESTA PADILLA. Del Casino de Paris.

9197
Nuit d'Orient. (Noche de Oriente). Shimmy. *José Padilla.*
Fleur d'amour. (Flor de amor). Shimmy. F. Wolter.

FONOGRAFO GLÜCKSMANN Nº 1
$ 35 m/n
CON 200 PUAS

Es el elemento indispensable en todo hogar feliz.

Máquina perfecta, simple y sólida. De membrana de último modelo y caja elegante y fuerte. No tiene sustitutos ni en calidad ni en precio.



Horacio A. Rega Molina, autor del libro de poesías "El árbol fragante" recientemente aparecido, cuyas obras anteriores han sido justamente celebradas por la crítica seria del país, señalándolo como uno de los escritores jóvenes que más cultura literaria posee. Su último libro, dado el selecto material poético que encierra, alcanzará el mismo éxito que sus ante-



Doctor José Belbey, distinguido médico argentino que con su meritísima obra "La sugestión en el delito" se incorpora ventajosamente a nuestra literatura psicológica y criminalista. El autor, sobradamente conocido en nuestros círculos universitarios, ha conseguido con su obra destacarse en la medicina mental que tanto ilustraron Ramos Mejía, Ingenieros, etc.



Señor Arturo Faleni, distinguido compositor de música que ocupa un descollante puesto en nuestro mundo artístico, y cuyas obras han obtenido medalla de oro en la Exposición de Río de Janeiro. Este honor discernido al señor Faleni ha sido recibido en los círculos musicales con unánime aplauso, que ven en ello un justo homenaje a su laborioso compañero.



Señor Armando Paolini, joven universitario que partió para Méjico llevando la representación de la Federación Nacional de Estudiantes Secundarios y de la Asociación Nacional de Normalistas, entidades que envían a sus compañeros de la república hermana y al distinguido ministro Vasconceles un mensaje de confraternidad.

EL ARMA MÁS PODEROSA DE FRANCIA

La aviación militar francesa es descrita difusamente en la revista técnica americana «United States Air Service», por el Mayor Brereton, ex-agregado aéreo en París. Después de haber hablado de los métodos franceses para organizar una reserva de pilotos, Brereton explica que hay una reserva de 4.800 aparatos modernísimos, que se procura mantener al corriente de los últimos perfeccionamientos de este modo: cuando un nuevo aparato o un perfeccionamiento son adoptados, se suministran a la aviación activa sólo en la medida suficiente para la instrucción. La masa construída va a la reserva, la cual pasa al cuerpo activo una correspondiente cantidad del material que posee. De este modo la aviación activa consume el material más viejo. A la hora de la movilización las escuadrillas aéreas tienen la preferencia. Suponiendo que se necesiten 72 horas para movilizar todo el ejército, en 36 horas se movilizará la aviación, lográndose así que la quinta arma moleste al enemigo, impida incursiones aéreas dentro del territorio nacional, etc. En los últimos tres años Francia preparó por término medio 800 pilotos por año, de manera que en caso de guerra la aviación francesa será una formidable arma de combate.



Una Célebre Especialista

recomienda la aplicación de métodos sencillos para la conservación de la

Belleza

LA célebre especialista en materia de "belleza", Madame Charlotte Rouvier, dice: "en lo que respecta al cutis el abuso de afeites resulta un verdadero peligro para la salud. Las cremas, polvos y demás productos destinados a procurar una efímera apariencia de hermosura superficial deben emplearse con mucho tino y discreción. La manera inofensiva y al mismo tiempo más segura para conseguir y mantener una tez perfecta, la constituye la constante y metódica aplicación de

CERA PURA MERCOLIZADA

... inmediatamente antes de acostarse".

De San Isidro



Distinguidas señoritas de esta localidad saliendo del templo después de la misa oficiada el día de la *Asunción de la Virgen María.*

UN CASO CURIOSO DE EXASPERACIÓN TELEFÓNICA

Cierto señor Beer, empresario en París de pompas fúnebres, irritado de no poder obtener jamás una comunicación de urgencia, a pesar de que tenía dos aparatos, hizo un día esta experiencia, según cuenta «Excelsior»: se llamó a sí mismo por medio del primero al segundo, y le contestaron: «Ocupado». Hace una furibunda reclamación, en respuesta a la cual la Administración le mandó un inspector. «¿Ah, es usted?», pregunta el irascible empresario. «Usted no es más que un empleado insignificante, pero no importa; ya lo tengo en mi poder y no se me escapará». Dicho y hecho. Tomó un revólver y disparó... al aire. Se apodera entonces del pobre inspector, sobrecogido por el pánico, y lo encierra en un tabuco. Una hora después el abonado terrible, un poco calmado ya, liberta al prisionero, le ofrece un poco de vino para que recobre sus fuerzas y lo conduce en automóvil a la central telefónica. El inspector denunció el hecho, y el señor Beer fué condenado por los tribunales a la no grave pena, consideradas las... circunstancias atenuantes, de 200 francos de multa.

Todo aquel que es capaz de venderse, no vale la pena de ser comprado. — L. ANDRIEUX.

Cuando uno se queja de la vida obedece casi siempre a que pretende un imposible.

PARFUMERIE

L· T· PIVER

PARIS



POMPEIA

Nuestras cajas
contienen
110 GRAMOS NETO
de Polvo



FLORAMYE

JABON REINITA

De Perfume
agradable
y
persistente



Indispensable
para el tocador
y
el baño

(Exíjalo en todas las buenas casas.)

De Tigre

Caracterizado núcleo de socios del Club Canottieri Italiani que ofrecieron una demostración de aprecio al señor Mario Negri en testimonio de simpatía por su destacada actuación deportiva.

Por no aguantar a su madrastra y crecer como una ortiga entre las piedras, Miguel Angel, cumplidos los catorce años, se marchó con los pastores a las Apulias. Pero cuando se encontró lejos de su tierra de Molise se apoderó de él una especie de calentura palúdica, una tristeza monótona, como el ruido de la piedra golpeada por él sobre la roca donde estaba sentado, mientras el rebaño pacía.



CUSTODA

Lyna Pietravalle, autora de la novela que publicamos a continuación, aunque se ha incorporado recientemente al elenco de buenos autores italianos, ha logrado ya renombre envidiable, siendo considerada como la Grazia Deledda de los Apeninos meridionales. Lyna Pietravalle es hija de la fuerte y gentil tierra de Molise y su estilo resume las inmejorables calidades de su raza. La joven autora acaba de salir vencedora en el concurso nacional italiano para novelas cortas organizado por la conocida casa editora Bemporad, al que fueron presentadas 700 obras, firmadas por los más conocidos nombres de la literatura italiana contemporánea. La obra premiada es esta deliciosa novela "Custoda", que concentra las dotes características de la producción de la gentil escritora molisana.

El mozo pensaba en que nadie debe hacerse bohemio para vivir; en que su país estaba muy lejos y era muy diferente. Sin embargo, no eran su país ni su suerte los que despertaban aquella obscura congoja de todos los días... era ¿quién sabe por qué? Custoda.

Y golpeaba la piedra... Custoda, ¿dónde estás? Como evocada al rebote del golpe, el mozo la veía. Estaba allá, indolente y desmechada, en la luz roja de la puesta del sol, sobre los escalones de la iglesia, con los ojos entornados entre las cejas rizadas... Los ojos ondulados... Ahora, solamente ahora, le gustaban; antes nunca se había dado cuenta de ello.

Y golpeaba más fuerte la piedra. La chica era tozuda y no lo quería; ni él tampoco a ella; y pasaban los días riñendo como gatos monteses, injuriándose, muecas de befa en las bocas, rascándose la cabeza. «Que tu pan pueda trocarse en ajo». «Que puedas morir colgado de un clavo». Pero a la hora del Angelus había un intervalo de paz; ella recogía sus zuecos y, con él, en la escalera de la iglesia, escuchaban los rezos de las letanías. Se acurrucaban en el fondo, cerca de la pila del agua bendita y miraban juntos, callados y cansados, prender las velas, que se encendían y apagaban como fantásticos ojos agobiados por el sueño, parpadeando nerviosamente. Algunas lucecitas temblaban y permanecían como encogidas, un poco misteriosas, como las pupilas entreabiertas bajo las cejas de Custoda.

Ahora le parecía ver los ojos de Custoda. Los santos poco a poco se iluminaban y tenían aspecto de indiferencia en los nichos húmedos, alta la mirada y las manos levantadas, como para pedir limosna a Dios. Solamente San Miguel se mostraba bello y dichoso, pareciéndole al niño que estaba bailando, dejando ver una rodilla rosada, algo recogido el manto, y el pie femenino apretando la gruesa cabeza de lagarto del diablo. Miguel Angel quedaba absorto para contemplarle en éxtasis, allá, en lo más recóndito del pensamiento. En la ladera del monte, las ovejas se movían en olas blancas y negras. Y San Miguel estaba entre ellas, suspendido en los aires. ¡Cómo deslumbraba su coraza de oro, sus alas de oro! ¡Bendito, bendito! Ah, ningún San Miguel, en todo el mundo hacía milagros tan asombrosos como aquel de su país, ninguno en el mundo era más hermoso y glorioso que aquél. ¡San Miguel! ¿Te acuerdas?

Y Miguel Angel reía con la cabeza inclinada, algo airado el gesto, y continuaba el ritmo de la piedra sobre la roca. Fugazmente recordó que, estando la iglesia vacía, fueron los dos a mirar al santo de abajo arriba. Custoda hizo un descubrimiento: «Este es tu santo». Miró al santo y miró al mozo, negro, huesudo, con cara de burrito selvático, y echó a reir:

— Cómo eres feo, ¡Jesús María!

El, quisquilloso y embravecido, quería pegarle. Ella huyó. El la persiguió en la iglesia. Volvía a oir el ruido metálico de sus zuecos en la huída. Por San Miguel, ¡qué golpe! Custoda había resbalado al pisar una cáscara de higo, y se le apareció con la pollera remangada, enseñando las ligas coloradas de las medias. Gritos y lloros agudísimos. «¡Mamá, mamá mía!» El, en el goce de la burla, zapateaba y saltaba como un grillo, ahogándole la risa. ¡Qué gusto! Y reía ante el recuerdo y luego suspiraba. Había sido muy malo. ¿Por qué?

Y golpeaba, golpeaba la piedra, pareciéndole que el duro corazón de la roca rebotara interiormente como el suyo. El tiempo pasaba... acentuando la tristeza de Miguel Angel a cada latido.

—¡Pobre de mí! ¿quién me ha hechizado?—pensaba Miguel Angel. Sin duda alguna brujería llevaba en la sangre; ¿qué lechuza le había picoteado entre los ojos mientras dormía junto a sus ovejas? El hechizo, «la fattura», cómo él la llamaba, aumentaba como fiebre en pleno periodo de desarrollo, y el mozo rezaba al San Miguel de su país mirando hacia el mar lejano, y se echaba boca abajo en tierno pastito.—¡Cúrame, santo!, ¡sálvame! ¡Es muy triste mi enfermedad!

—

Se lo aconsejaron sus mismos patrones, que le querían por constante y empeñoso en su tarea, consiguiendo que las ovejas fueran dóciles y gordas. «Le falta el aire de su país; le hace falta la novia. Regresar. Regresar». Ya tenía el suficiente dinero. Estaba por cumplir los diez y siete años. Era tiempo de elegir su «citola». Se mandó hacer un traje azul y compró los zapatos. Regresar. Regresar. Compró también una pañoleta con dibujos floreados y preparó una pieza de queso gordo para mamá Grazia, la abuela de Custoda, que le convidaba siempre con un poco de polenta cuando jugaba a «vricce» con ella.

Cuando llegó a su país, a la tierra de Molise, era la hora de las vísperas. Por el camino de las huertas, a escondidas, alcanzó los fondos de la casa de Custoda. La casa estaba separada de las demás, rodeada por los yuyos de la iglesia grande.

El repique de las horas llovía en sus adentros lleno de gravedad y dulzura desde lo alto del campanario, que parecía pedir no sé qué punto de interrogación melancólico e ignorado a las casitas de piedra de abajo, al verde inmóvil de la montaña. Entró en la casa de Custoda; en la gran cocina, toda ennegrecida por el humo, se percibía entremezclado olor a guiso y perfume de incienso. No había nadie. Miguel Angel sentía que el corazón le subía a la garganta y no se atrevía a llamar. Golpearon los zuecos en la escalerita de madera y Custoda bajó.

— ¡Oh, Miguel Angel! — dijo la muchacha como asustada. — Mamá Grazia está en la huerta — añadió en seguida, y se sonrojó; sin duda había pensado en aquella caída de la iglesia...

Dios mío, ¡qué cosa maravillosa! ¡Cómo era linda Custoda! ¡Qué cutis dorado, qué dientes de leche y qué modo de brillar los ojos misteriosos y maliciosos como las lucecitas del altar mayor!

Diríanse de oro «los ojos ondulados». Pero Custoda era siempre la misma muchacha calmosa, indiferente, que le miraba tan sólo con un poco de curiosidad. ¿Por qué no se fijaba en el traje nuevo? Mientras pronunciaban breves palabras, como si acabaran de verse poco tiempo antes, llegó mamá Grazia, más bruja que nunca, con sus ojos aterciopelados de sangre, con gesto de hembra maléfica, torcida, jadeando bajo un atado de astillas. Quedó tan asombrada que permaneció en el umbral, con el haz sobre la cabeza, mirando a Miguel Angel en forma grotesca y rascándose el hombro. Custoda soltó una carcajada, y exhalando perfume tan cálido de amor y juventud que Miguel Angel la hubiera comido, atropellado, a mordiscos, como si fuera manzana verde arrancada del monte primerizo.

Mamá Grazia vió el queso, y lo agarró con su gesto rapaz de avaricia atávica, lo pesó y examinó la pañoleta. Sólo entonces habló para decir que el mozo se había hecho un «bel ninno», muy desarrollado. Encerró los obsequios en un cajón.

— Has llegado a tiempo — agregó — para la fiesta. Tengo mucho gusto en ello, Miguel Angel. — El se estremeció, pero aunque pensó que podía tratarse de la fiesta de San Onofrio, de la aldea vecina, sintió miedo, y unas ganas locas de huir le invadieron repentinas.

— Buenas noches, contestó. — Voy a saludar a mi tía Rosario.

Pero Mamá Grazia estaba empeñada en comunicar la noticia.

— Custoda se casa — dijo. — El novio es de Cantalupo; tiene bienes en cantidad, y es muy buen mozo. Qué revienten — agregó — los que le quieren mal. Pasado mañana se formalizará el compromiso.

Miguel Angel, secos los labios, alcanzó a contestar:

— Bueno. Tengo mucho gusto. Y sin mirar a Custoda salió a escape, como un perseguido a través de la campiña, y toda la noche siguió hablando solo, gritando y blasfemando contra San Miguel, y llorando rabiosamente, arrepentido; ¿arrepentido de qué? ¿Qué le importaba a él? ¿Acaso había mantenido relaciones con Custoda? ¿Acaso Custoda le había hecho caso siquiera? ¿Qué sabía ella? ¿No había tantas «citole» en el país?

El día siguiente pasó frente a la casa de Custoda. Oyó voces de hombres y sintió olor a frito; sin duda hacían pasteles dulces para la fiesta. Dió vuelta a la casa, pasó bajo la ventana del cuartito de Custoda. Su corazón le llamaba en voz alta y fuerte, sintiendo que esa voz dominaba todo lo demás.

— ¡Custoda, Custoda! eres mía, eres mía. Por ti, ahora lo comprendo, me invadió en las Apulias aquella enfermedad tan fuerte; tú eres la que me hechizó.

Era suya y en su terquedad de montañés selvático se obstinaba en llamarla así.

— ¿Qué sé yo? — continuaba la voz persuasiva. — ¿Qué sé yo si es buena o mala, mentirosa o sincera? Era una niña cuando la dejé; tenía doce años, pero tan delgada y tristona como un gorrioncito del campo y parecía tener tan sólo diez años; era perezosa, tozuda, quisquillosa. — Y la injuriaba para sacarse de encima aquella «fattura».

De súbito cambió de parecer. Se moriría si no llegase a decírselo. Espió cuando mamá Grazia iba a cosechar sus ricos repollos, a la noche, solita en la huerta, para vigilarlos, según decía. Vió salir de la casa a un hombre alto, con la frente convexa como un macho cabrío y con enormes orejas que pantallaban bajo el sombrero; iba bien ataviado; debía ser el novio. Miguel Angel no alcanzaba a ver sus facciones, pero hubiera querido escupirle en la cara, a aquel excomulgado por Cristo que le quitaba a Custoda. Entró en la cocina. Custoda estaba sentada en una sillita baja, con su aire indolente de gatita soñolienta. De sus sienes parecían brotar destellos rubios; y las mangas, muy blancas en la media sombra, saliendo del corpiño, diríase ser algo que floreciera de repente.

Como alucinado, profirió, con voz ronca, jadeante:

— ¡Custoda, Custoda! ¡Oh Dios, Custoda! Te he querido siempre y ahora te casas con otro. ¡Maldita, maldita seas! — Y se echó sobre ella y la mordió en la garganta. Custoda se puso de pie, y grande y robusta como era, reaccionó en seguida.

— Miguel Angel estás endemoniado; estás loco. ¡Oh, has perdido el juicio!

El joven retorcía las manos y se había tirado al suelo.

Custoda tuvo miedo. La cara verdusca de bohemio del niño pastor, contraída, estaba bañada en lágrimas que brotaban de los grandes ojos de soñador bárbaro; una congoja espantosa hacía estallar aquellos sollozos de niño, como de criatura azotada por la madre. Y era tan fuerte aquella congoja que la muchacha sintió repentinamente apretársele el corazón, hacerse pequeño, muy pequeño, encogido por la lástima. ¡Era tan «ninno» Miguel Angel! Y Custoda, extraviada, sin saber lo que hacía, temblando de miedo, dijo a Miguel Angel, apresuradamente, dulces palabras de consuelo.

— Vamos. Tienes fiebre. Estás enfermo, Miguel Angel. Vete a ver al médico. Sé buen hijo. Vete. Por el alma de tu madre, vete, pues lo que estás haciendo es pecado. Me he comprometido; tengo novio; debo ser mujer de mi casa y tú tienes que seguir tu camino. ¡Dios mío! Ahí llega mamá Grazia. Vete de prisa, vete, vete y Dios te bendiga.

Y le acariciaba los cabellos, le secaba con el delantal las lágrimas, como a un hermanito menor. Y Miguel Angel, sosegado, se había marchado sin darse vuelta.

Pero no había renunciado a sus propósitos. Ahora quería matar a Custoda. Quería deshonrarla. Por la noche hizo un voto a San Miguel y luego no vió más a la muchacha. Pero fué invitado a la comida de bodas. Era la costumbre, la tradición augusta, intangible por los siglos de los siglos. No podía quebrantarla, y la acató como un autómata.

Custoda llevaba el collar de oro de su madre, del que colgaba un dije en forma de girasol y que parecía un relicario de oro. Era rica. La vieja abuela-buitre había logrado reunirle una dote y conservarle la herencia de sus padres, fallecidos cuando Custoda era muy pequeña.

Era rica. Tenía tres lotes de campo, cuatro habitaciones y todo el ajuar de la madre, de tela hilada en casa. Veía a su novio por la cuarta vez y el matrimonio había sido concertado por mamá Grazia. El joven era también rico, de familia noble de artesanos. Custoda se sentía envidiada por todas las vecinas. Orgullosa, se pavoneaba, regodeándose en su orgullo. Dichosa de casarse así, ignorante y selvática, creía muy en serio que el amor consiste en no decirse malas palabras e injurias, como hacía continuamente mamá Grazia. Las pocas veces que se habían visto, el novio la miraba, y escupía fumando; ella le daba las espaldas porque tenia vergüenza. Ahora, en la mesa, se estremecía ante un nuevo temor. Sentía frío en la cabeza como si le pasaran rachas heladas a raíz del cabello. No conocía a aquel hombre membrudo, de nariz amoratada, que tragaba gritando con los amigos y parientes, y miraba asustada cómo la manaza apretaba el tenedor.



Era muy grueso aquel hombre de Cantalupo, demasiado grande para ella, que tenía miedo de sus mandíbulas formidables de animal hambriento, que veía triturar gruesos pedazos de corderito. Crac, crac, crac, los huesecitos también... le parecía que crujían los suyos... ¡horror!

Se saturaba el ambiente con el humo de los pasteles apilados en los platos de bordes azulados, que mamá Grazia abastecía, trabajando, empeñosa, cerca del fogón, ayudada por una comadre muy vieja, la tía Scolástica, invencible preparadora desde los tiempos de los aborígenes de todos los pastelitos de bodas del país.

Tía Scolástica, muy vieja, con la cara tallada a manera de tríptico en una madera dura como un hueso, se mostraba como diez años atrás, como veinte años atrás; la cara amarillenta, el blanco de los ojos de esmalte verdusco, las manos secas, larguísimas, el corpiño apretado como una cáscara, la pollera corta, fruncida, color tabaco, perfilando dos ángulos rectos en las caderas. Allí estaba, de rodillas ante el hogar, el brazo tendido y la gran sartén muy negra sobre la llama, cuidando de su tarea, algo así como venerable sacerdotisa antigua de los matrimonios.

Todos la conocían, estatua legendaria, con el brazo tendido sobre las llamas, impreso el gesto magistral con que daba vuelta a los pastelitos, haciéndolos saltar en la sartén, envueltos en el chirrido agudo del aceite y sin que una gota sola se vertiera en el fuego... Era la mala suerte, un augurio de mala suerte. Mamá Grazia había permanecido indiferente, entre las risas y los gritos que aumentaban, algo enronquecidas ya las gargantas por el vino; y en medio de los chistes subidos de tono que despertaban en el novio estallidos de risas monstruosas, sin fin. Las caras de los invitados tenían la policromía de una sinfonía loca de tonalidades coloradas, de orín y de púrpura. Empezaban a oirse las blasfemias sentimentales:

—Maldita seas, tía Scolástica, ¡qué pastelitos tan ricos!

—Revienta cuanto antes, compadre, ¡qué vino precioso!

Tío Rosario estaba «hecho» antes de sentarse a la mesa; llevaba un traje de paño azul y camisa de tela de cáñamo color del aceite; comenzó por quitarse el saco, debido al calor; luego el chaleco, con botones de plata, por el calor también, y finalmente se había desabrochado la camisa, enseñando el pecho peludo de viejo oso, siempre por el exceso de calor. Conversaba con el suegro de Custoda, al que aplastaba con insolencias cariñosas, que finalizaban todas con el estribillo: «Querémonos bien, compadre», contestado como un eco: «Querémonos bien».

Semejaba el papá suegro un grueso canguro rojizo, que a cada rato parecía tener que decir algo grave; estaba anonadado por el bochinche de los invitados, que eran diez en total, y parientes «de sangre». Hacía un gran gesto, escupía y luego no decía nada, absolutamente nada. Pero todos aplaudían, porque en su país se le consideraba como un filósofo y todos acudían a él en busca de consejos, que consistían en fórmulas huecas, necedades que hacían callar a todo el mundo al oírlas acompañadas de grave gesto, de gran escupir que fascinaba.

La borrachera le había saturado y reblandecido, y los refranes que salían se amoldaban a la oportunidad. «Quien se casa, hace casa y quien hace casa se casa, hija mía», y luego: «El bien matrimonial del marido y de la mujer son como un pedazo de pan, que si lo comes, todo se acabó».

Custoda ya no oía nada, un poco ebria y un poco asustada, mirando alrededor de sí con los bellos ojos trasoñados de corderito. Llegaron los brindis: «Salud. Salud»... Y ella contestaba: «Salud. Salud».

Miguel Angel se acercó, con la cara encogida como un puño: «Salud, Custoda». — Salud, quiso ella contestar y no pudo. Hubiera querido contestar con un grito altísimo, el grito que quebranta las pesadillas, un grito solo: «Miguel Angel». Había existido así hasta pocos días antes, como le había dado vida

su madre, sin que Dios hubiera depositado en aquel organismo en flor lo que distingue las criaturas de las bestias. De súbito había llegado Miguel Angel, y se sintió otra, con un dolor, un estremecimiento, una languidez fortísimos, y sin embargo, no le dolía nada; sólo a veces tenía una puntada al lado izquierdo. En el corazón; tenía el corazón ahora...

Se arrastró la mesa para hacer lugar. Se prendieron las lámparas de aceite, colgadas acá y allá de las vigas, como los ojos amarillos de la lechuza entre el negro del hollín. Y según la costumbre ritual, los vecinos ayudaban en la faena.

Iba a iniciarse el baile de bodas. Había llegado el rengo con el organillo, y al afinarlo, con el oído inclinado sobre las teclas, exhalaba pequeños gritos de melancólica dicha.

Llegaban también las parientes envueltas en la gloria de sus vestidos domingueros. Acariciaban el oído de Custoda frases rituales de felicidad: «Que Dios la bendiga. Cómo está rozagante y hermosa». Mamá Grazia, grasienta la cabeza, la cara salpicada por el vaho de los pastelitos, se daba corte, acogiendo con recelo las bendiciones y los votos farisaicos de las invitadas. Que revienten los que la quieren mal. Y llevaba el plato de los pastelitos y confites de harina amarilla, colorados y color de tabaco, duros como proyectiles, injuriando a un grupo de niños en el umbral, con amenazas espantosas, que provocaban, como de costumbre, risas y chistes atrevidísimos. Mamá Grazia reventaba, presa de la bilis. Los hubiera degollado, esquilado, poniendo sus cueros al sol, para que las moscas los comieran...

«Vamos, vamos con la música». El rengo afinaba. «¡El vino! ¡El vino!» El pedido se hacía en voz alta, golpeando los puños sobre la mesa; ya dos ollas se habían hecho pedazos... Alegría. Alegría. El suegro quiso sosegar los espíritus con una sentencia. Enorme gritería la apagó. ¡Viva el filósofo! Y agarrando al grueso canguro rojizo, uno por una pierna, otro por la otra, para llevarlo en andas, todos los quesos del sofito se sacudieron como si se derrumbaran. Mamá Grazia llegó corriendo, imprecando: ¡Sus quesos! ¡Sus quesos!, ¡Ah, los excomulgados!

El rengo, impasible en el bochinche, inclinado hacia las teclas, afinaba.

Custoda se sentía más y más apretada por un círculo de congoja. De pie en el umbral de la puerta, vaga la mirada hacia el vergel, estaba anonadada por el miedo, la vergüenza, borbotando una impresión de ascoque le cerraba la garganta. Debía iniciarse el baile ritual y debía abrirlo la pareja de novios. No quería bailar con aquel hombre de Cantalupo, no. Tenía miedo. De repente, entre la jerga monótona de las voces de los parientes, percibió clara una alusión que le enfrió la sangre. Se hablaba de la cama, de su linda cama nupcial, ancha como una era, con la colcha inmensa de raso con florecitas amarillas. ¡La cama! Ah, no había pensado en eso, y con aquel hombre de Cantalupo... ¡Horror! Levantó los ojos despavorida y buscó a Miguel Angel. ¿No estaba? Sí, estaba cerca de ella, apoyado en el otro marco de la puerta.

La gritería aumentaba locamente. ¡El vino! ¡El vino! El rengo ahora, con el mechón fantástico de la pequeña cabeza despeinada sobre el organillo, la cara extasiada por la beatitud un poco idiota del compositor bárbaro, los párpados cerrados, como si cubrieran pupilas ciegas, en un rincón, cerca del hogar, empezaba a conseguir más animación y claridad a su melodía, que se desarrollaba en acordes tristes y alegres, aparejando sin preocupación el hilo de oro de la antigua pastoral propiciadora de las bodas. Cantilena de pasión y liturgia, muy blanda en sus cadencias perezosas, siempre igual, hasta el infinito, en un aburrimiento de amor...

¡El vino! ¡El vino!

Mamá Grazia se dirigió a Custoda, embravecida:

— Mira, hija, que estás durmiendo; ve a buscar vino, y tú, Miguel Angel, ayúdale.

— Vamos — dijo ella tranquilamente.

La puerta de la bodega estaba a la derecha, a un paso. Ella la empujó y se vió en la obscuridad la escalerita de madera que bajaba. Custoda iba delante con una lamparita. Miguel Angel detrás, como en ensueño, ardiéndole la sangre caldeada por los pocos instantes de soledad con ella. Los instintos atávicos de ferocidad inconsciente y de venganza iban a desbordar en forma salvaje.

Custoda dejó su lámpara sobre un tonel y se dió vuelta. Miguel Angel, bajo la bóveda del sótano, parecía más alto, esbelto, y estaba sacudido como una caña al viento por un estremecimiento irrefrenable. Levantó los brazos como para quebrantar a Custoda; espejo era la cara rígida de la fría cólera de los callados.

¡Morir! ¡Tenía que morir! Y Custoda, como para inmolarse, se precipitó en sus brazos. Pero apenas se tocaron, empujados por un ardor desconocido, por el deseo intraducible que desbordaba de todas sus venas, de todos sus nervios, se sintieron unidos por toda la vida. Sin hablar, las dos bocas ignorantes, sedientas, se buscaron, se besaron desesperadamente. Custoda clavó las uñas en la espalda de Miguel Angel,

— Huyamos — dijo ella con firmeza. Y el instinto les hizo reaccionar.

La muchacha se dirigió rápidamente a una trampa que desde la bodega daba acceso al cuarto donde dominaba como un trono la cama nupcial. La luna menguante iluminaba la habitación en haz de luz soñadora. Era septiembre, albor otoñal. Febril, buscó Custoda su pañoleta, sacó un vestido del cajón, envolvió todo el oro de su madre y los cien escudos que mamá Grazia había juntado para ella, los cien escudos que habían sido la devoción de la anciana desde muchos años atrás. Bajó tranquilamente. Oh, para sacar el vino se necesitaba tiempo. Estaban borrachos desde la mañana los parientes «de sangre».

La pareja salió por la puerta de la bodega. Se oían las voces roncas de los bebedores y las risas convulsas del novio y las notas melancólicas de la cantilena nupcial. Se miraron los amantes y se echaron a reír. ¡Por San Miguel! ¡Linda broma! No pensaban en el peligro de aquel momento y se lanzaron, campo afuera, alegremente, conteniendo la sorda risa, un poco idiota, al destrozar los magníficos repollos del vergel de mamá Grazia. ¡Linda jugada, por San Miguel!

El rengo, con una cascada de trinos, inició improvisamente el baile de bodas. «¡Viva, viva! ¡Adelante el novio! ¡Adelante la novia!» Se abrió cancha. ¡La novia! ¡La novia! Estaba en la bodega. Claro. Y los gritos aumentaron sin medida. La novia, ¡oh, la novia! ¡Ah! La pícara se ha escondido. ¿Dónde se oculta? ¡Muy bien, muy bien!

Atronaban los gritos; los borrachos reventaban de risa por la burla graciosa de la muchachita, y los parientes de Cantalupo se alegraban mucho de la diablura; pero mucho... ¡Muy bien! ¡Muy bien!




TRIPLE DESTILADO
LICOR DE LOS 8 HERMANOS
8
FREIXAS Y Cia BUENOS AIRES
FREIXAS & Cia
PROVEEDORES DE
S. M. el Rey D. Alfonso XIII.
S. A. R. La Infanta Dña. Isabel de Borbón.
S. A. R. el Infante D. Fernando de Baviera.
FAMILIAR
EN TODOS LOS HOGARES



Grupo de señoritas y jóvenes que resultaron premiados en el torneo de tennis para dobles mixtos organizado por el Olivos Lawn Tennis Club.

¿LA CIVILIZACIÓN MAYA MAS ANTIGUA QUE LA EGIPCIA?

No es en antigüedad en lo que Méjico pueda aspirar a rivalizar con las ruinas egipcias. Pero existe quizá una mayor fascinación en el misterio del origen de esta cultura americana. La civilización de Tut-Ankh-Amen está relacionada con la nuestra propia. De sus orígenes y de los tiempos posteriores tenemos una gran cantidad de información exacta. Los palacios en ruinas y los monumentos de Méjico, no obstante, son diferentes. La civilización que los produjo aparentemente floreció durante una era breve y se derrumbó en seguida. No sabemos de dónde aquellas gentes obtenían su inspiración, su arte, su arquitectura. Al parecer se hallaban enteramente aislados de todas las demás civilizaciones. Y no obstante dejaron esculturas admirables, de diseño delicado, edificios imponentes, y un sistema calendario cuidadosamente elaborado. Conservaban registros en forma jeroglífica, y pueden hasta haber tenido rudimentos literarios.

El atractivo de Egipto es la riqueza de los reyes. Lo que atrae en Méjico es el misterio de lo desconocido. ¿Qué cosas extrañas acontecieron en las florestas tropicales de Yucatán y Centro América que inspiraron repentinamente a una raza primitiva a grandes esfuerzos artísticos, y que una vez los hubo producido dejóla aparentemente exhausta, retroceder a su primitiva situación? ¿Fué aquélla una floración de invernadero, o existían contactos con otras civilizaciones de que no hemos podido todavía lograr encontrar rastro?

PIPERAZINE MIDY

Para salvarse del ACIDO URICO hay que alcanzar hasta la **PIPERAZINE MIDY,** que es el remedio más eficaz contra **REUMATISMO, GOTA aguda y crónica, ARENILLAS, URICEMIA, LITIASIS renal y vesical.**

La **PIPERAZINE MIDY** se vende en todas las farmacias.

LABORATORIOS MIDY-4, Rue Colonell Moll-París

Representantes para la Argentina y el Uruguay:

CAILLON & HAMONET

Casilla Correo 543 - Bs. Aires

ACIDO URICO

L'HOMME CHIC

ne porte que les

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.

Monseñor Piaggio, R. P. Ayrolo y delegados de diversas sociedades piadosas saliendo del templo después de los festejos celebrados el día de la Virgen, patrona de esta localidad.

Señora: Para que sus vestidos adquieran la característica de la moda, y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

y adquirir uno de sus famosos **CORSES** o **FAJAS**, únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.



NUESTRO REGALO

"Pictorial Review"
del mes de
Septiembre de 1923

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ **1**.— le mandaremos el molde de este precioso **Vestido de gran actualidad** en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Septiembre de 1923.**

Ofrecemos hoy nuestro último modelo de Faja de pura goma para adelgazar.

La incomparable silueta que dibuja y el armónico conjunto de arte y perfección que impera en este modelo, revela un elevado exponente de la elegancia en su más alto grado. Se amolda al cuerpo como un guante y lo transforma en un dechado de perfección.

La confeccionamos sobre medida con el más puro cauchú (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, por......... $ **35.-**

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 4913, Libertad



Ruega por nosotros, los pobres, que vamos
En débiles barcas en busca del pan,
Y por los amores que en tierra dejamos,
Señora del Mar.

Ruega por las pobres mujeres, que esperan
La vuelta de aquellos que partieron ya,
No dejes que nunca sus amores mueran,
Señora del Mar.

Ruega por las almas de los que se ahogaron,
De los que se fueron con la tempestad,
Por los corazones que los esperaron,
Señora del Mar.

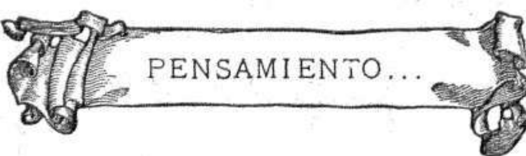
Ruega por los niños que están en la cuna,
Vela por los hijos que un día vendrán
E irán a tus olas a buscar fortuna,
Señora del Mar.

Ruega por las barcas en que al mar partimos,
Y que acaso un día no regresarán;
Con tu amor soñamos, por tu fe vivimos,
Señora del Mar.

Vela por los rudos y blancos abuelos
Cuyos viejos troncos dobló el huracán,
Ruega por nosotros, Reina de los Cielos,
Señora del Mar.

Ruega por las chozas humildes que un día
Alzaron las manos de los que no están:
Las chozas que guardan su amor todavía,
Señora del Mar!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG



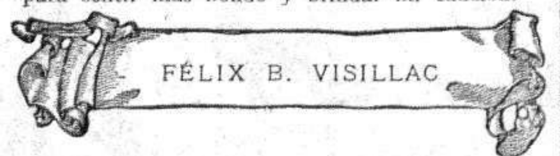
El pensamiento abre sus alas luminosas
e impalpables y vuela por mandato del ser;
cruza arroyos profundos, pasa por altas cimas
y silenciosos valles y montes de laurel.

Bien se abisma en la nube deforme que rubrica
la pizarra gigante del magnífico azul,
cuando va por mandato de un alma emocionable
que encierra en sí una dulce y sublime inquietud,

o cruza los vallados para buscar los ojos
obscuros que supieron hablar al corazón,
o afronta el gigantesco túmulo de los mares
para traer acaso una lejana voz!

Al pensamiento nada detiene su carrera!
No hay pájaro simbólico que su velocidad
desafíe; ni el viento, cancionero en las noches,
ni la luz del sol padre que tapiza el pinar!

Vuela por eso, libre, ¡oh pensamiento mío!
a la región ignota donde se encuentra Dios,
y al retornar ofréceme el salmo de una estrella
para sentir más hondo y brindar mi canción!



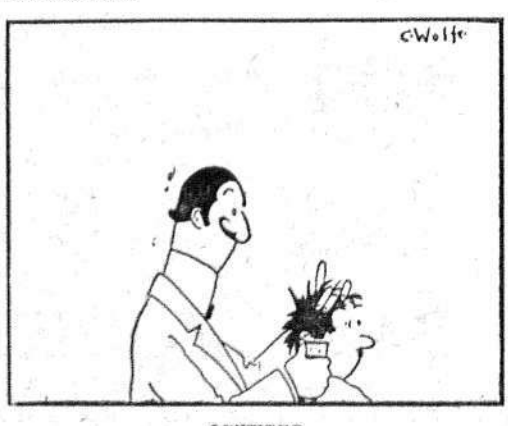


OCASION

— Magnífico reloj. ¿Cuánto le ha costado?
— ¡Seis meses de prisión!



— Es delicioso el nene. Pero agárrelo usted antes de que sea demasiado tarde.



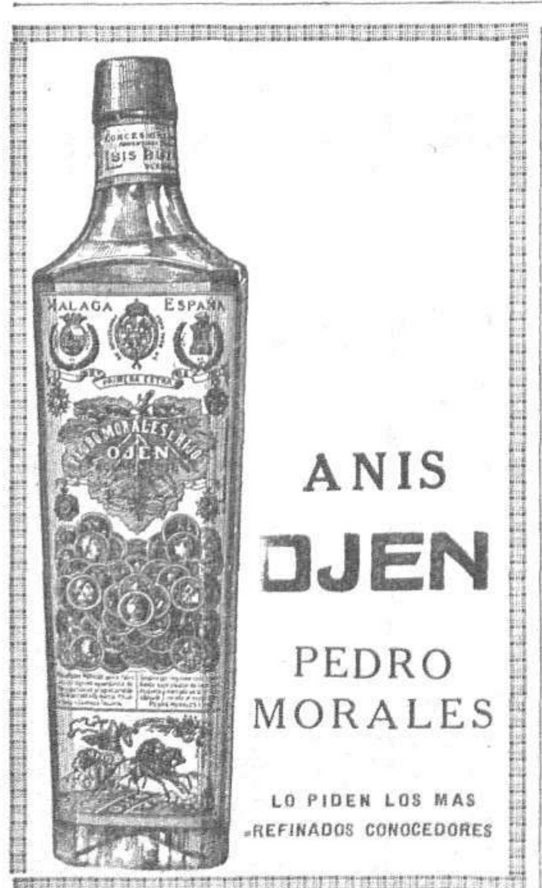
LENTITUD

Peluquero. — Su pelo ya está blanqueando.
Cliente. — ¡No me sorprende! ¡Dése prisa!

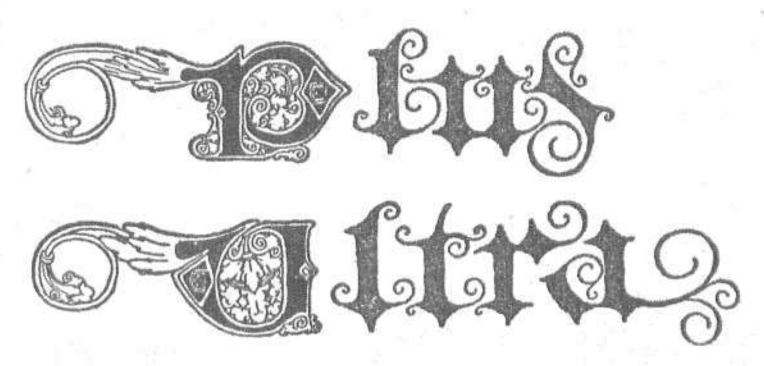

VINOS PARODI
TONICOS RECONSTITUYENTES
Irreemplazables en los estados anémicos y en los convalecientes.
Vino de Peptona nutritivo
Preparado con Vino Marsala y la substancia de la Carne disuelta en los jugos peptónicos.
Vino de Peptona con Hierro y Quina
Preparado con Vino Marsala, la substancia de la Carne disuelta en los jugos peptónicos, Hierro y Quina Calisaya.
Vino de Quina y Hierro
Preparado con Vino de Marsala. Quina Calisaya y Citrato de Hierro.
Vino de Kola compuesto
Preparado con Vino Malvasía, nuez de Kola, Cacao, Coca, Guarana y Fosfato de Hierro soluble.
Vino de Quina simple
Lo mejor de lo mejor para organismos debilitados.
Vino de Quina y Fosfatos
Especial para el sistema nervioso y sobre todo para los cerebros desgastados por el abuso del trabajo intelectual.
Dosis: Una Copita después de cada comida.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA, 215, sus secciones y en toda farmacia.
SERRANO.

Aspecto del salón de actos del colegio "Nuestra Señora de la Guardia" durante el acto literario-musical organizado por el Centro ex alumnos de Don Bosco, en homenaje a su venerable profesor.

El barítono señor Bernardo de Irigoyen declamando unas hermosas romanzas.







El número correspondiente a agosto aparecerá el día

4

de septiembre.

SUMARIO:

"Reposo", por **Fernández Moreno,** ilustración de **López Naguil.** "La doble ilusión", por **Ernesto Mario Barreda,** ilustración de **Bonomi.** "Una venganza de amor", por **Enrique M. Rúas,** ilustración de **Alvarez.** "Florencia", por **Héctor Pedro Blomberg,** ilustración de **Gigli.** "El hombre que ha leído mucho", por **Ramón Gómez de la Serna,** ilustraciones de **Macaya.** "Zacconi", por **José Ojeda,** pastel de **Alonso.** "El sombrero de nadie", por **Edgardo Garrido Merino,** ilustración de **Sirio.** "Por qué no fué al baile el viejo Quilques", por **Santiago Maciel,** ilustración de **Gigli.** "El amor montañés", por **Julio Díaz Usandivaras,** ilustración de **Franco.** "La apacheta brillante", por **Ernesto Morales,** ilustración de **Sirio.** "El Viejo Tigre y el cinematógrafo", por **Teresa Yung Clemenceau.** "Méjico: su ministro y su poeta", por **E. Carrasquilla Mallarino.** "Harding". "La caza del zorro".

Reproducciones a cuatro colores: "En la fuente", óleo de **Eugenio Hermoso.** "Ulises", tabla de **Ettore Tito.** "Retrato", óleo de **Eduardo Soria.** A dos colores: Retrato de la señora Dalmira Cantilo de Gallardo, foto de **Witcomb.**

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

PRECIOS DE SUBSCRIPCION EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)........	$ 3.00 m/n.
Semestre (6 »)........	» 6.00 »
Año (12 »)........	» 11.00 »
Número suelto........................	» 1.00 »

EXTERIOR

Año.....................................	$ oro 5.00
Número suelto........................	» 0.50

Para subscripciones o números sueltos dirigirse a todos los agentes de «Caras y Caretas» o directamente a la Administración, Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Administración de PLVS VLTRA
Chacabuco, 151/155 - Bs. As. (R. A.)
Adjunto la suma de $..............
por un............de subscripción a
PLVS VLTRA.
Nombre..........................
Dirección........................
(102)

En las siguientes oficinas de los «Mensajeros de la Capital» se anotan subscripciones y se venden ejemplares: B. Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; B. Mitre, 2650; Rivadavia, 1294.

VENTA PERMANENTE DE NÚMEROS SUELTOS EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y KIOSCOS DE LA REPÚBLICA



Doctor Valentín Alsina.



Doctor Angel Justiniano Carranza.



Doctor Dardo Rocha.



Doctor José Manuel Estrada.



Señor Manuel Lucero.



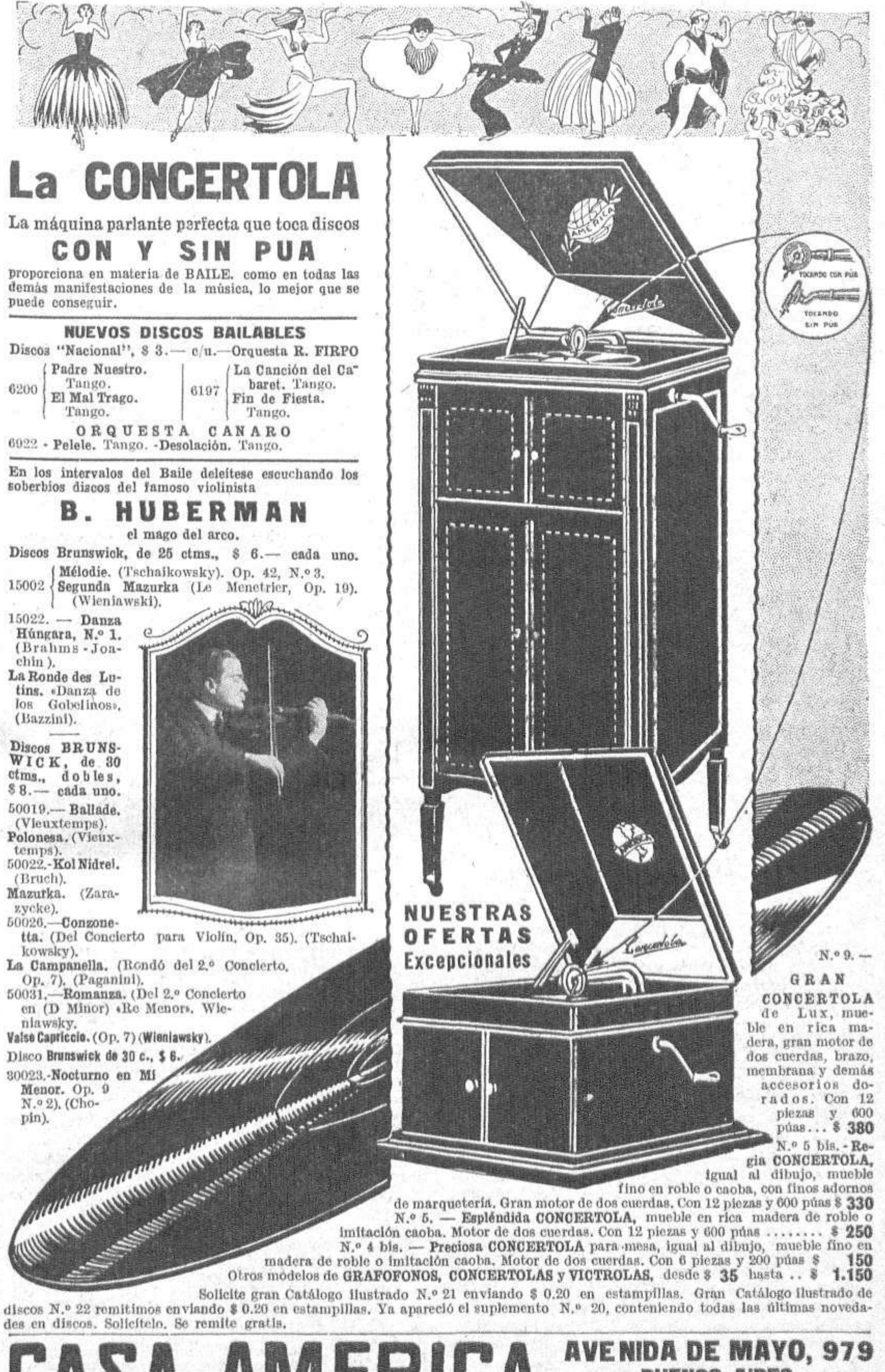
Doctor Andrés Ugarriza.

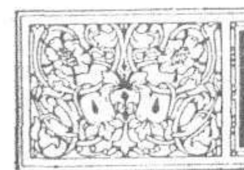
SEPTIEMBRE

DIAS		AÑOS Nacimiento	AÑOS Muerte	PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL
1	Sábado		1920	Bouchez, Gabriel.
2	Domingo	1815		Adrogué, Esteban, benefactor.
3	Lunes	1824		Cordero, Bartolomé, contraalmirante.
4	Martes		1869	Alsina, Valentín, jurisc., pol. y mand.
5	Miércoles	1834		Carranza, A. Justiniano, abogado y E.
6	Jueves		1921	Rocha, Dardo, abogado y mandatario.
7	Viernes		1895	Uriburu, Napoleón, general.
8	Sábado		1921	Grimau, Vicente, teniente general.
9	Domingo		1921	Paz, Alejandro J., periodista.
10	Lunes		1919	Ruiz Moreno, Martín, jurisconsulto.
11	Martes			Fernández Oro, Manuel, general.
12	Miércoles	1851		Godoy, Isaac, magistrado.
13	Jueves	1865		Jiménez, José Luis, jurisconsulto.
14	Viernes	1831		Victorica, Benjamín, abogado y Gral
15	Sábado		1906	Pico, Eduardo, general.
16	Domingo		1906	Mansilla, Manuel, jurisconsulto.
17	Lunes		1894	Estrada, José Manuel, Diplom. y Esc.
18	Martes		1912	Dobranich, Baldmar J., pedagogo.
19	Miércoles	1835		Racedo, Jenaro, coronel.
20	Jueves	1870		Caprile, Enrique F., periodista.
21	Viernes		1917	Migoya García, Julio.
22	Sábado		1901	Martínez, Víctor M., jurisconsulto.
23	Domingo		1921	Vallée, Tomás, general.
24	Lunes		1818	Lucero, Manuel, jurisconsulto y orador.
25	Martes	1842		Salas, José B., «Rey de la Bolsa».
26	Miércoles		1910	Herrera Vegas, Rafael, médico.
27	Jueves	1848		Terán, Brígido, político.
28	Viernes		1856	Oliveri, Silvino, coronel.
29	Sábado		1917	Ugarriza, Andrés, magistrado.
30	Domingo	1833		Cortés, Jerónimo, Jurisc. y Magist.






La CONCERTOLA
La máquina parlante perfecta que toca discos
CON Y SIN PUA
proporciona en materia de BAILE, como en todas las demás manifestaciones de la música, lo mejor que se puede conseguir.
NUEVOS DISCOS BAILABLES
Discos "Nacional", $ 3.— c/u.—Orquesta R. FIRPO
6200 Padre Nuestro. Tango. El Mal Trago. Tango.
6197 La Canción del Cabaret. Tango. Fin de Fiesta. Tango.
ORQUESTA CANARO
6922 - Pelele. Tango. -Desolación. Tango.
En los intervalos del Baile deleítese escuchando los soberbios discos del famoso violinista
B. HUBERMAN
el mago del arco.
Discos Brunswick, de 25 ctms., $ 6.— cada uno.
15002 Mélodie. (Tschaikowsky). Op. 42, N.º 3. Segunda Mazurka (Le Menetrier, Op. 19). (Wieniawski).
15022. — Danza Húngara, N.º 1. (Brahms - Joachin).
La Ronde des Lutins. «Danza de los Gobelinos». (Bazzini).
Discos BRUNSWICK, de 30 ctms., dobles, $ 8.— cada uno.
50019.— Ballade. (Vieuxtemps).
Polonesa. (Vieuxtemps).
50022.-Kol Nidrei. (Bruch).
Mazurka. (Zarazycke).
50026.—Conzonetta. (Del Concierto para Violín, Op. 35). (Tschaikowsky).
La Campanella. (Rondó del 2.º Concierto, Op. 7). (Paganini).
50031.—Romanza. (Del 2.º Concierto en (D Minor) «Re Menor». Wieniawsky.
Valse Capriccio. (Op. 7) (Wieniawsky).
Disco Brunswick de 30 c., $ 6.
30023.-Nocturno en Mi Menor. Op. 9 N.º 2). (Chopin).
AMERICA
Concertola
TOCANDO CON PUA
TOCANDO SIN PUA
NUESTRAS OFERTAS Excepcionales
N.º 9. — GRAN CONCERTOLA de Lux, mueble en rica madera, gran motor de dos cuerdas, brazo, membrana y demás accesorios dorados. Con 12 piezas y 600 púas... $ 380
N.º 5 bis. - Regia CONCERTOLA, igual al dibujo, mueble fino en roble o caoba, con finos adornos de marquetería. Gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas $ 330
N.º 5. — Espléndida CONCERTOLA, mueble en rica madera de roble o imitación caoba. Motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas .... $ 250
N.º 4 bis. — Preciosa CONCERTOLA para mesa, igual al dibujo, mueble fino en madera de roble o imitación caoba. Motor de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas $ 150
Otros modelos de GRAFOFONOS, CONCERTOLAS y VICTROLAS, desde $ 35 hasta .. $ 1.150
Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas. Gran Catálogo ilustrado de discos N.º 22 remitimos enviando $ 0.20 en estampillas. Ya apareció el suplemento N.º 20, conteniendo todas las últimas novedades en discos. Solicítelo. Se remite gratis.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES
NO CERRAMOS LOS SABADOS
NO TENEMOS SUCURSALES



Crucifixión





QUEL bronce, obra de un escultor amigo mío, representaba a un hombre desnudo, con los brazos en cruz y la cabeza inclinada sobre uno de los hombros. Al contemplarlo evoqué la figura de Mario Carrizales, aquel amigo que vivió toda la vida sujeto a la cruz del cariño paterno, mereciendo, a pesar de su abnegación, el apodo de «El neurasténico». Ignoro en qué lugar del mundo reside en estos momentos y cuáles son los frutos de su inteligencia. Cuando le vi por última vez era lo que no debió ser, era lo que su padre quiso que fuese. ¡Dios quiera que haya vistos realizados los deseos de su juventud y que la gloria le prodigue sus caricias!

Fuí su mejor amigo, hasta que se marchó de Buenos Aires, y conozco la tragedia de su alma, una tragedia silenciosa, cruel, como la de todos los hombres que, nacidos para grandes empresas, *son víctimas del medio ambiente en el cual crecen* y se desenvuelven.

Creo que no me ha olvidado a pesar de su prolongado silencio. Como a todos los héroes, disgustábale hacer públicos sus dolores y trasfundir sus tristezas al ánimo de los amigos. Si alguna vez me confiaba sus desventuras, lo hacía obligado por mi indiscreción y mi curiosidad de hombre sin méritos y sin emociones y sabiendo que sus sueños e ideas hallaban caluroso nido en mi corazón.

Probablemente, si vive, continúe soltero. El solamente sabía amar con toda el alma, y amar con toda el alma a una mujer es un peligro, pues ese amor transforma al hombre en esclavo y le obliga, las más de las veces, a renunciar a sus sueños de gloria; y yo bien sé que Mario es capaz de sacrificarse por el cariño de una mujer. Este exceso de ternura de su alma fué la causa de su juventud atormentada, y eso que no era una mujer quien le exigía esa ternura, sino su padre, un hombre bondadoso, honesto y altruísta, pero con mucho sentido común.

A instancias del escultor amigo hilvano estos recuerdos:

I

MARIO Carrizales había sido compañero mío en el Colegio Nacional. Era un muchacho inteligente y desordenado. Los profesores decían de él: «Nunca será nada». A los quince años escribía novelas, recitaba de memoria poesías del Arcipreste de Hita, comentaba «El Sacrificio de la Misa», de Gonzalo de Berceo, y nunca obtenía más de cuatro puntos en las pruebas escritas de Literatura Preceptiva. Cada tres meses faltaba catorce días seguidos a clase y, en lugar de ir a holgar a Palermo, refugiábase en la lóbrega y fría sala de la Biblioteca Popular del Municipio. Allí era el leer sin descanso y el dulce meditar. Del excesivo amor por los libros nacióle esa su despreocupación por las vanas cosas del mundo; vestía con desaliño, usaba una misma corbata durante meses y meses y poco le importaba que sus botas careciesen de elegancia. Reprochábanle su negligencia y él, encogiéndose de hombros, preguntaba si un caballo recubierto de gualdrapas dejaba de ser caballo. Y sonreía. Mario Carrizales sonreía siempre, no por ostentar sus dientes, que eran blancos y parejos, sino por exteriorizar el optimismo que le retozaba en la juvenil entraña. Pero, a pesar de su sonrisa, sus ojos no se alegraban, como si por sobre el iris y la pupila flotase una como sutil tela neblinosa. Y eran lindos los ojos de Mario Carrizales: negros como... (aquí el lector agregue la comparación que más le plazca), grandes, almendrados y orlados por largas pestañas. Las muchachas mirábanlos con amor y envidia, pero ellos rara vez hallaban las miradas envidiosas y amorosas de las anhelantes muchachas; solamente deleitábanse en la lectura de los clásicos y en la contemplación de los paisajes ante los cuales los colocaba la voluntad del dueño.

Este, una vez que hubo terminado los estudios del bachillerato, me dijo:

— Mi padre quiere que ingrese a una Facultad.

— Hombre — opiné, — tu has nacido para ser pintor o poeta.

Sonrió dolorosamente. Era la primera vez que yo le veía sonreir con dolor.

— *Tengo que ser, o ingeniero, o médico, o abogado*; así lo dispone la voluntad paterna. La voluntad paterna y el siglo. ¿Imaginaste alguna vez el poder de estas dos fuerzas sobre un ánimo joven y soñador? Que nunca pienses en ello. Detesto las matemáticas, cáusame asco el espectáculo de una entraña sangrante y odio el estudio de las leyes; pero mi padre, que es un hombre que tiene el orgullo de poseer sentido común, afirma que con y de las letras no se vive, y que si quiero ser bien visto por mis semejantes debo dedicarme a trazar planos, o a operar apendicitis y otras itis, o a engañar al prójimo desde mi despacho de abogado.

— Y tú, ¿qué le contestas?

— ¿Yo? Es inutil que trate de convencerle de que no tengo necesidad del afecto de la mayoría de mis semejantes y que, por lo que respecta a mi porvenir económico, no aspiro a regalada vida. El no me cree; los hombres que poseen sentido común no pueden creer en aquellos que luchan por algo que no sea dinero contante y sonante.

— ¿Y qué piensas hacer?

— Dedicarme a estudiar ingeniería.

— Pero, Mario, no seas tonto; satisface tus deseos, rebélate.

— Tú no sabes lo que dices. No conoces a mi padre. Mi padre es un ser bondadoso; no me niega ningún halago material; si le pido dinero, me lo da; si no se lo pido, me lo ofrece; hasta los cigarrillos me regala, para que no fume tabaco ordinario... ¿Cómo puedo rebelarme a la autoridad de un padre semejante? ¡Oh, si hubiese sido hijo de un canalla, de un borracho!...

Quedóse un instante pensativo y luego agregó:

— Bien, seré ingeniero, un mal ingeniero. Esta sola idea ha modificado mi carácter. He notado que no río con la frecuencia de antes, que lo que ayer no tenía importancia alguna para mí hoy me disgusta. Entregado a la meditación, a esa amarga bebida que la soledad ofrece a los hombres con talento — aquí Mario sonrió burlonamente, — paso horas y horas ahondando pensamientos y teorías en los cuales no había reparado nunca. ¡Mira tú que hacer esto a los diez y siete años! Esta actitud

mía ha molestado enormemente a mi padre; me llama romántico, en tono despectivo, y neurasténico. Para los hombres que tienen sentido común aquellos que tienen sentido propio son locos o neurasténicos; me he dado cuenta de esto leyendo las biografías de los hombres célebres. Y para mi padre soy un neurasténico porque mis ideas difieren de las de él. A estas horas todos mis parientes y amigos difunden la nueva de mi mal.

Dos meses más tarde Mario se inscribía en la Facultad de Ingeniería.

II

Con el correr de los años Mario transformóse visiblemente; dió en ser silencioso y taciturno. Su padre afirmaba:

— Nadie puede sufrirle; los amigos y los hermanos huyen de él. Es un neurasténico; tiene unas ideas que no me explico de donde las saca. A ver, mi buen amigo, si usted le hace comprender el mal que hace a su familia.

Comuniqué a Mario las inquietudes paternas.

— ¡Qué lata! — exclamó. — Te aseguro que esta canción de mi neurastenia me tiene seco. Felizmente este año termino mi carrera; será el principio de mi liberación.

Se detuvo un instante; luego preguntóme:

— ¿Por qué razón me llaman neurasténico? Quiero que me respondas con toda sinceridad.

— Hombre, yo no sé.

— ¿Porque no quiero aceptar las relaciones de mi familia? ¿Porque en lugar de dedicarme a bailar o a tontear por ahí me encierro en mi pieza y leo o escribo? ¿Porque le digo a mi padre que los políticos son unos pilletes y que el mundo anda mal? ¿Porque le aseguro que a las facultades argentinas no ingresa nadie con vocación; que hay médicos, abogados e ingenieros que escriben con faltas de ortografía? Si por todo esto se espanta y me llama neurasténico, te aseguro que mi mal es incurable.

Entramos en un café. Allí prosiguió:

— Estoy deseando acabar de una vez con mis estudios de ingeniería para marcharme a Europa. No te imaginas las ansias que tengo de vivir mi vida. ¿Sabes lo que significa vivir la vida de uno? ¿hacer y ser lo que a uno le place? Hasta este momento he vivido la vida que los demás me han obligado a vivir, a pesar mío.

«Los hombres de sentido común desean para sus hijos una dorada mediocridad; creen que en esto reside la perfección humana.

«Sí, mi querido amigo, la vida es una y tiene fin. Bien está que un buen hijo satisfaga los deseos y las sencillas vanidades de sus padres, pero que no por esto olvide de satisfacerse a sí mismo.

«Mi verdadera personalidad ha permanecido oculta hasta ahora; el Mario estudiante de ingeniería es una ficción; el verdadero Mario es aquel que, a escondidas, sueña, piensa y escribe; aquel que es hijo de sus obras; aquel que se comprometió ante sí mismo a realizar el deseo que justifica la razón de ser de su vida. No ignoro que la mayoría de los que me conocen me estiman por mi futuro título, porque los hombres vulgares admiran el talento oficializado, pero, ¿de qué vale esa estimación si la mía me falta?

«Si mis padres no fuesen ricos, quisiera ganar mucho dinero para decirles: «Todo esto es para ustedes, mi título y mi fortuna; les deseo todo el bienestar posible y una vejez venturosa; prodíguenme su afecto; cuiden de mi salud corporal, si yo me olvido de ella; pero que ese afecto no sea una cruz a la cual debo de permanecer clavado hasta la hora de la muerte». Vé, diles todo esto; te responderán que eres un hijo ingrato, que no has sabido valorar los esfuerzos que ellos han hecho para que fueses un hombre; y esto es desesperante. Por eso soy silencioso y taciturno, por eso me llaman neurasténico.»

No dijo nada más. Miré un instante a sus ojos; conservaban aún aquella sutil tela neblinosa y aquella tristeza de los años de la adolescencia. Lo único que había cambiado era el gesto sonriente de los labios.

Desde ese día no volví a verlo más.

III

¿Se puede?

— ¡Adelante!

Y entró en mi despacho un hombre de elevada estatura, vestido de negro. Su barba blanca destacábase sobre el negror de la americana. Eran sus ojos verdes y acuosos y su voz temblorosa.

— ¿No me reconoce usted? — preguntóme.

Permanecí silencioso.

— Soy Leonardo Carrizales, el padre de Mario.

Sentí deseos de decirle: «¡Cómo ha envejecido usted!» Estreché sus venerables manos con afecto y le rogué que se sentase. Un funesto pensamiento cruzó por mi cerebro al reparar nuevamente en el traje negro de mi inesperado visitante; entonces pregunté:

— ¿Y Mario?

— Mario ha muerto hace dos meses; se ha suicidado.

Un silencio preñado de amargura siguió a estas palabras. Los recuerdos de la adolescencia y de la juventud acudieron a mi memoria.

— Nadie sabe por qué se ha matado — prosiguió el anciano, — no dejó carta alguna. No puedo imaginar cual ha sido la causa de su muerte; no le aquejaba dolencia alguna; ganaba mucho dinero con su profesión... ¡Cosas que uno no se explica! Entre sus papeles dejó éstos para usted; yo no he querido romper la cubierta respetando el secreto que ella significaba. — Y, al decir esto, me entregó un voluminoso sobre.

Lo rasgué y extraje el contenido. Más de cien páginas de papel de oficio escritas a máquina, y en la primera de ellas estas palabras: «Ensayos Filosóficos. Mario Carrizales. A mi padre». Acompañaba a los originales una breve carta, que leí en alta voz y que decía así:

«Amigo del alma: Perdona mi largo silencio; no te olvidé nunca. Te ruego quieras hacer imprimir esos ensayos que constituyen la base de una personalidad que nunca tendrá vida infinita. Dedícoselos a mi padre porque quiso hacer de mí un hombre grande, según su manera de pensar. Adiós. — *Mario*».

Cuando hube terminado de leer, díjome el buen anciano, con voz que la emoción velaba:

— ¿Por qué no los habrá publicado en vida? ¡Qué cosa, Dios mío, qué cosa! Yo no sé lo que le faltaba para ser feliz... Pero, ¡esa neurastenia, esa neurastenia!...

Y se llevó el pañuelo a los ojos.



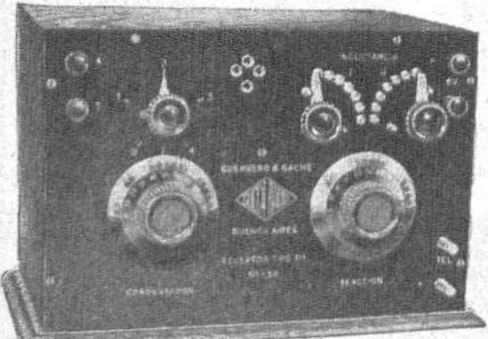


Parte de los concurrentes al festival danzante organizado por el centro recreativo "Así se hace".


OFERTAS VENTAJOSAS
$ 3.90
$ 14
PULSERA extensible con reloj enchapado en oro, máquina observada...... $ 12.00
N.º 292.
DE NIQUEL, con máquina buena, contra golpes, con cadena. Precio de reclame.... $ 3.90
GEMELOS de gran moda cincelados, de oro 18 fix, el par, por solo... $ 7.90
PLATA 800, tres tapas, máquina Suiza, chato, bien observado, con cadena... $ 14.00
ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a.......... $ 45.-
N.º 509. — PLATINADO muy fino, con piedras fantasía, modelo elegante, a pesos....... 6.90
N.º 515. — ANILLO doble cintillo, de oro, con 14 brillantitos simili, a 12.00 pesos.....
N.º 90. — PLAQUE de oro 18 kil. y piedras quimicas, a.....$ 6.00
ANITA
N.º 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios modelos, $ 3.90
De oro 18 kilates, macizo.. $ 16.—
N.º 467. — BONITOS aros de oro garantido, con piedras quimicas por sólo...... $ 15.00
N.º 499. — AROS de oro 14 kilates y piedras quimicas, a.... $ 12.90
MARIA
¡ULTIMA MODA!
PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte.......... $ 5.-
La misma de oro 18 kilates, garantido....... $ 15.-
N.º 429. — PLATINON y brillantes negros Brasil, a........ $ 3.50
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
N.º 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, a.... $ 5.00
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte, a.... $ 5.00
La Suiza Americana
RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

Aspecto de la sala del Teatro Municipal durante la conferencia dada por el presidente de la Liga Argentina de Profilaxis Social, doctor Alfredo Fernández Verano, a beneficio de esa institución. — En el ángulo: El orador, doctor Fernández Verano.








PARA restaurar su belleza y preservar su rostro de los efectos del aire en sus paseos, emplee siempre el
POLVO GRASOSO
Brissac.
Su finura, adherencia y exquisito perfume dan al cutis un tono de inconfundible elegancia.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65
Unión Telefónica, 2045, Belgrano
REPRESENTANTES EN MONTEVIDEO:
SASSOLI Y ALONSO
RONDEAU, 1440-42
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.
GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC
Poudre Grasse Brissac
$ 1.40 la caja





Para niños y grandes



 El héroe, la novia y el muerto 



HABÍA una vez un hombre que ambicionaba todo lo que veía.

Era malo, soez, perverso y torpe a fuerza de querer y no poder. Posiblemente hubiera llegado a la realización de un crimen si un buen día la vara mágica que todo lo puede no le hubiera tocado en el hombro para decirle:

— No odies, ni blasfemes ni te amargues. Cuando quieras algo, llama en tu auxilio y seré contigo.

Sucedió que en la ciudad se festejaban las glorias de un héroe. Todo el pueblo se aprontaba a testimoniarle su admiración y su respeto, y todo eran alabanzas y flores para el festejado.

El ambicioso llamó en su auxilio a la varita mágica y le dijo:

— Quiero ser el héroe.

Y fué el héroe.

Otro día se anunció el casamiento de la hija del rey. Bella, buena, era el objeto del cariño de todos los súbditos del padre y la admiración de las mujeres.

Para ella los regalos, los elogios, los dones, las alabanzas.

Herido en su amor propio, el ambicioso llamó en su auxilio a la varita mágica y pidió:

— Quiero ser la novia.

Y fué la novia.

Pero poco después murió el rey. Noble y grande señor, verdaderamente adorado por su pueblo. La ciudad se consternó; lloraron hombres y mujeres, doblaron las campanas y se enlutaron las puertas de las casas. Para el muerto los recuerdos, los elogios, los rezos y las flores.

— ¿Es que también la muerte es como la gloria y la felicidad? — se preguntó el ambicioso, y llamó a la varita mágica para decirle:

— Quiero ser el muerto.

Y fué el muerto.

Cuando, pasada la consternación y acallados los elogios, el pueblo pensó en coronar al sucesor, el ambicioso llamó en su auxilio a la varita mágica y le dijo:

— Sácame de esta tumba.

Pero la varita le respondió:

— De ahí no puedes salir más, amigo mío, porque contra la muerte se ha quebrado siempre mi poder.

 El viejo y el joven

LA ciudad tenía dos poetas; el poeta viejo y el poeta joven.

Como sucede, el joven hacía versos hasta durmiendo. Y casi siempre eran bellos, muchas veces mejores que los del viejo.

Pero todos los honores eran siempre para el viejo. Cuando se hablaba de poetas, se le mentaba a él solo; cuando se quería rendir pleitesía al arte, se alzaba un altar para el viejo cantor. Todo esto tenía desesperado al joven. — ¿Por qué, por qué, se preguntaba, ha de ser él el preferido y no yo, si escribo mejor, tengo juventud, ideas nuevas y alas para volar más alto?

Rabioso comenzó una atroz campaña de crítica y anulación contra el glorioso vate. Y un buen día se encontró con que no estaba solo: la juventud lo secundaba, y su nombre empezaba a ser mentado, y sus versos a ser leídos,

y sus ideas a ser festejadas.

Y ocupó al fin el puesto de honor de su enemigo.

Pasó un tiempo, al cabo del cual el triunfador sintió que sus versos no tenían la pujanza de otros tiempos, ni sus ideas la brillantez que le había dado fama. Sin embargo, cada estrofa suya era festejada como nunca.

¿Por qué era aquello? Se miró al espejo y vió que estaba viejo, tan viejo como el viejo vate a quien hiciera morir en el olvido. Y la luz se hizo en él: aquel viejo cantor que acarreara sus odios había sido como él; como él había luchado y como él, en la vejez, recibía la recompensa de su inmensa brega, cuando él apareció.

—A cada uno llega su turno—se dijo para sí el triunfador, y dióse a esperar, resignado, al joven que habría de venir a oscurecer su sol, como él había oscurecido el sol postrero de su antecesor.

La pureza



JUAN tenía por mujer a Magdalena, que le quería como nadie, y era buena y noble y santa. Pero Juan no era feliz porque Magdalena había sido pecadora y Juan ansiaba la pureza absoluta.

Cuando murió Magdalena, Juan se casó con Margarita, que era virginalmente pura.

Pero ocurrió que Juan era feliz y Margarita no lo era. Suspiraba siempre y siempre miraba hacia la lejanía.

— ¿Qué deseas que tanto miras hacia el mundo? — le preguntó una vez Juan, un poco resentido.

— La vida — respondió Margarita.

— ¿Y cuál sería esa vida? — articuló sin alientos el bueno de Juan.

— La del agua del río, la del viento, la de la luz, que están en las montañas, bajan a las profundidades de la tierra, cruzan las charcas, besan la ciénaga, se enfangan, se alzan al cielo, y regresan puras como la inocencia.

Y Juan comprendió que Magdalena, que había sido pecadora, era más pura que Margarita, porque nunca había ansiado la pureza; la llevaba en el alma y él no la había visto.

El coche del hijo del obrero



AL hijo del burgués le compraron un coche extraordinario, que tiraba un poney y cuidaba un groom.

El hijo del obrero le veía viajar en él, y como no tenía quien le comprara coches, ni le diera dinero para adquirirlos, se dió a la tarea de hacerse uno. Y con cajones y palos y cuerdas viejas lo construyó.

El hijo del burgués se rió mucho del coche del hijo del obrero, que tiraba un perro de la calle.

Pero un día al burgués le quitaron la casa, los autos y las joyas, y a su hijo su coche y su poney.

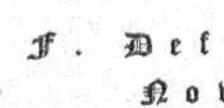
El groom se fué.

El hijo del obrero jugaba siempre con su coche de cajones y palos y cuerdas viejas y su perro. El hijo del burgués le veía jugar pero ya no se reía.

Entonces el hijo del obrero le llamó y le dijo:

— Ven, yo te enseñaré a construir uno igual o mejor que el mío, y nadie te lo podrá quitar porque será tuyo.

Y el hijo del burgués hizo de cajones viejos y cuerdas un coche idéntico al coche del hijo del obrero. Y fué feliz con él, porque era suyo, producto de su esfuerzo y de su trabajo.



F. Defilippis Novoa

El director del diario "La Nueva Provincia" rodeado por el personal de redacción y talleres el día en que celebraron las bodas de plata de este prestigioso periódico.

BRONQUIOL
DEL
Dr BERGER

Por rebelde que sea la TOS...



Dr. BERGER

desaparece a las primeras dosis de



inmejorable preparación para combatir con eficacia todas las afecciones de las vías respiratorias.

Tómelo y en las primeras cucharadas notará sus benéficos resultados.

PRECIO DE VENTA: $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del doctor Berger**, única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

Depositario General:

FARMACIA DEL LEON

ENRIQUE H. SPINEDI

Sarmiento, 902, esq. Suipacha — Buenos Aires



¡AHORA Y SIEMPRE!

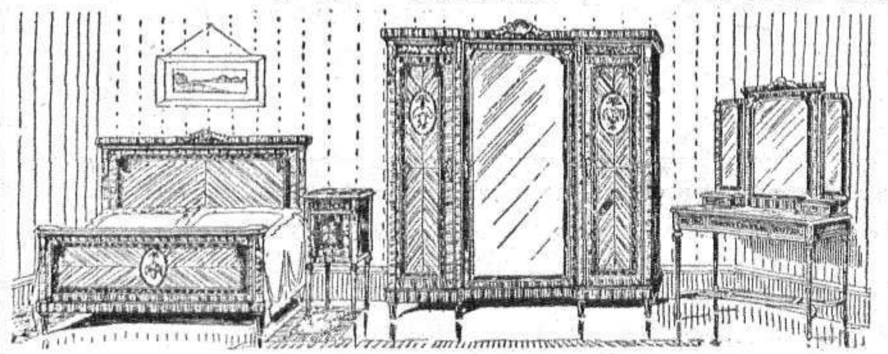
Comedor de roble norteamericano o cedro-caoba, con marquetería y filetes de palo rosa, espejos biselados, mármoles «Coralinos», herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de aparador con vitrinas laterales, trinchante, mesa ovalada con 1 tabla de agregar y 6 sillas tapizadas en cuero de búfalo.

$ 465

LOS MAS BARATOS

Se remite catálogo al interior.





Dormitorio 3 cuerpos, en cedro-caoba, con marquetería fina, incrustaciones con filetes de palo rosa y aplicaciones de bronce, lunas y cristales biselados, elástico patentado, 1 mesa de centro y 2 sillas.

$ 550

TERZA Hermanos - 746, Sarmiento, 746 - Bs. Aires



Señorita Isabel Marengo, aplaudida soprano argentina que ha sido contratada para cantar en el Scala de Milán.



Señora Carmen L. de Elena, recientemente nombrada directora de la escuela normal de maestras de San Luis.



Señor Luis Crossetto, conocido compositor de música cuyas últimas creaciones han obtenido fácil popularidad.



Señor Guillermo S. García, nuevo jefe de contabilidad del Ministerio del Interior.



Señor Antonio Cuadros, que próximamente celebrará sus bodas de plata como agente de nuestra revista en Buchardo (Ferrocarril Pacífico).

BELLOS EPITAFIOS

Veintitrés mil soldados italianos que pertenecieron al 5.º Ejército están enterrados en Italia, en el inmenso cementerio de Redipulgia, en el Carso.

Sobre las *cuatro columnas* que sostienen la verja de este campamento de reposo se leen las inscripciones siguientes:

«Entrad aquí, no para satisfacer vuestra curiosidad, sino con el propósito de recibir inspiración.»

«La majestad solemne de este sitio escapará a vuestras miradas si no las sentís antes en el corazón.»

«¿Cuál es la paz de los héroes? La esperanza de levantarse — espiritus animados — si la patria los llama.»

En las lápidas, nobles epitafios evocan el recuerdo de los que se sacrificaron por la patria:

«Corrimos al deber y dejamos la vida.»

«Se ofreció a la gloria; lo tomó la muerte.»

«Amó la vida menos que la libertad.»

«Desconocido es su nombre, pero tiene uno inmortal: soldado de Italia.»

«Aquí no se conoce la noche.»

«Laborar y morir, he allí la vida.»

«Teníamos veinte años: nuestra juventud es hoy eterna.»

«Murió en la sombra; vive en la luz.»

«El crepúsculo del héroe no verá jamás la noche.»

«Rogad, meditad, pasad.»

«Su tumba es un altar: arrodillaos aquí.»

«Unica recompensa: Italia lo bendice.»

«Humilde soldado, héroe sublime.»

«¿Qué te importa mi nombre? Grita al viento: «¡Soldado de Italia!» y dormiré contento.»

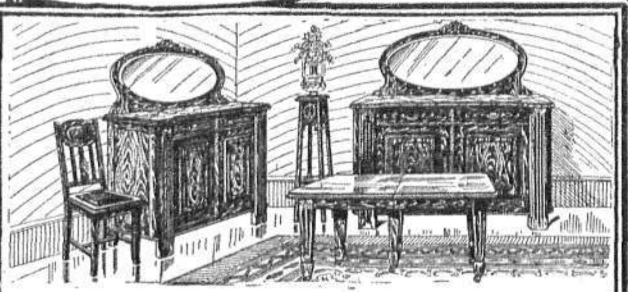


Corrientes 1172-80
Bs. As.

POR
DEMOLICION

PARA REEDIFICAR, VENTAS A PRECIO DE RIGUROSO COSTO.

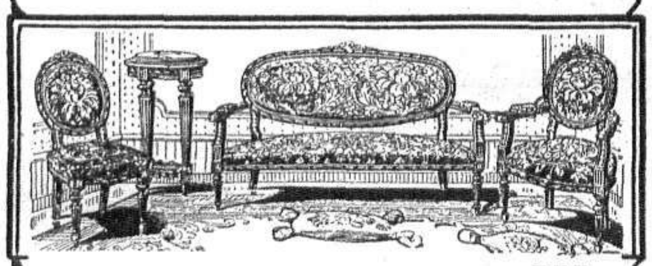
Para el interior, embalaje y acarreo gratis.



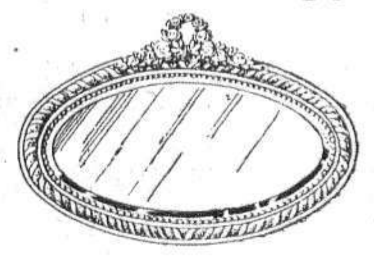
JUEGO DE COMEDOR construído en roble norteamericano, lustre a muñeca, en color claro u obscuro, amplio formato de 3 cuerpos, frente fileteado en palo de rosa. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas en cuero búfalo, 1 mesa con tabla de agregar; herrajes y aplicac. de bronce cincelado, lunas S. Gobain, mármoles Breche. Comp. $ **580.-**



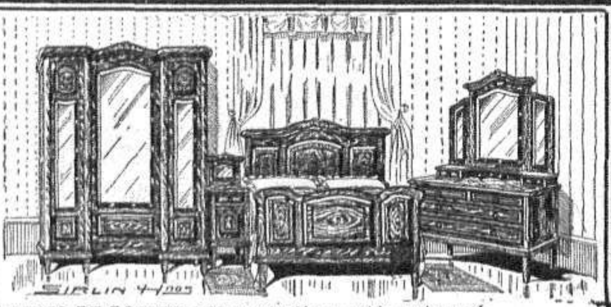
CAMA DE HIERRO, modelo inglés, elástico imperial, esmaltada al laqué blanco: 2 ½ plazas, $ **80.—**; 2 plazas, $ **60.—**; 1 ½ plazas, $ **50.—**; 1 plaza............ $ **38.-**



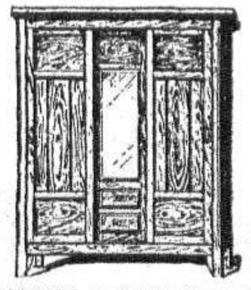
JUEGO DE SALA, modelo ovalado, dorado «París» sobre nogal tallado, tapizado en lampás de seda. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo........ $ **320.-**



ESPEJO BISELADO con marco dorado París, metros 1.40 por 1.00; formato grande, para sala............ $ **120.-**



JUEGO DE DORMITORIO construído en roble norteamericano, lustre claro u obscuro, amplio formato de 3 cuerpos, frente fileteado en palo de rosa. Compuesto de: 1 ropero, 1 cama 2 plazas con elástico, 1 toilette forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles de color. El juego completo.. $ **530.-**



GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 ctms.
Precio de Gran Reclame........ $ **75.-**
El mismo, con dos cajones y luna grande, $ **85.—**

CATALOGOS
- General de MUEBLES edi - Nº 8
- CAMAS de BRONCE " " Nº 2
- CAMAS de HIERRO esmal " Nº 1

Solicite catálogo del artículo que le interese.



Cuándo Vd. invite a comer en su casa ofrezca a sus amigos el

XEREZ-QUINA RUIZ

como una verdadera delicia, como un néctar que no tiene igual en el mundo entero.

BUENOS AIRES, 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1300

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN LA LEGACIÓN DE LA GRAN BRETAÑA

BRILLANTE FIESTA SOCIAL

El representante de la Gran Bretaña, sir Beilby F. Alston, y su señora; los ministros de Relaciones Exteriores y Agricultura, doctores Gallardo y Le Breton; distinguidas damas y caracterizados miembros de la diplomacia que asistieron a la hermosa recepción ofrecida por la legación inglesa en obsequio de sus numerosas relaciones, festival que culminó en un lucido baile realzado por elementos de la colectividad británica y de la sociedad porteña.

FOTO DE ARROYO.

Aniversario de la independencia del Uruguay



El diplomático uruguayo y su esposa con los ministros de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, y de Guerra, coronel Agustín P. Justo, y distinguidas damas en la recepción que se verificó en la legación, festejando la gloriosa fecha.



Los miembros de la Asociación Patriótica del Uruguay y personalidades argentinas frente al mausoleo del general San Martín, después de haber rendido un significativo homenaje de confraternidad.

Conferencia Sanitaria Nacional



El ministro del Interior, doctor Matienzo, el presidente del Departamento Nacional de Higiene, el profesor italiano doctor Lustig, invitado especialmente al acto, y los facultativos que asistieron a la inauguración oficial de la conferencia, efectuada en el salón de grados de la Facultad de Medicina.

Comisión de vecinos de Río Negro



Grupo de señores que representaban varios pueblos del territorio del Río Negro y que se entrevistaron con el presidente de la república para solicitar la reelección del actual gobernador doctor Víctor Molina (hijo).

En la Liga Patriótica Argentina



La señora viuda del agente Manuel López, de la policía de San Isidro, y el guardabarrera del F. C. G. B. A., a quienes les fué impuesta la "Medalla al Mérito" en premio a sus honrosas y abnegadas acciones.

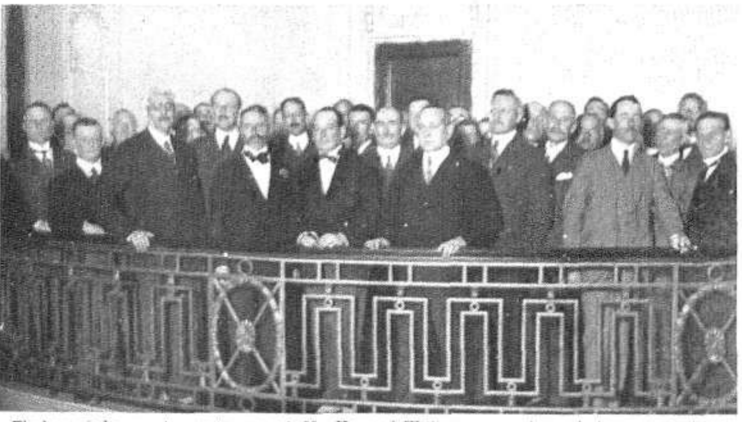
Exposición Pedone



Antonio Pedone, cuya exposición de sus cuadros en el salón Witcomb ha merecido el más elogioso comentario de la crítica y del público que acude a verlos

FOTOS DE ARROYO Y BELL

En honor de D. Samuel Hale Pearson



El obsequiado con el gerente general, Mr. Howard Williams, sus colegas de la comisión local y altos empleados del Ferro Carril Central Argentino, al terminar el banquete que le fué ofrecido con motivo de cumplir sus bodas de plata en el directorio de la empresa.

FRAY MOCHO

20.º ANIVERSARIO DE SU MUERTE



EN 1883.

EN 1885.



EN 1900.



UNO DE LOS ÚLTIMOS RETRATOS OBTENIDOS POCO ANTES DE SU FALLECIMIENTO.



A LOS 43 AÑOS.



FRAY MOCHO CONVERSANDO CON UN NIÑO DURANTE UNO DE SUS HABITUALES PASEOS POR LA RECOLETA, A LOS QUE ERA TAN AFICIONADO.



INSTANTÁNEA LOGRADA EN LAS CALLES CORRIENTES Y ESMERALDA, EN LA CUAL SE VE AL GENIAL COSTUMBRISTA HABLANDO FAMILIARMENTE CON UN INDIO COYA.



UN AÑO ANTES DE MORIR.

VIVO siempre en esta casa el recuerdo de Fray Mocho, hácese más intenso el día del aniversario de la muerte del gran escritor, porque el dolor con que su desaparición la enlutó se renueva en la resignación nunca completa. Fué Fray Mocho fundador de CARAS Y CARETAS, que recibió de él los rumbos que jamás se han abandonado porque son los buenos. Pudo creerse que esa obra iniciadora de Fray Mocho tenía de lo ocasional y de lo transitorio, como suele ser el caso tratándose de empresas periodísticas; pero el cuarto de siglo de existencia que pronto cumplirá esta revista atestigua que su fundador supo encontrar lo que el público quería, de suerte que CARAS Y CARETAS no ha necesitado en momento alguno apartarse de los rumbos por él señalados para satisfacer las exigencias del público, siempre cambiante en sus aspiraciones, pero siempre fiel también a quienes saben servirlas. Y vayan nuestros sinceros agradecimientos a los colegas que han tenido un recuerdo amable para el escritor eminente, el mérito de cuya obra es tan sólido, por tan argentino, que el tiempo, lejos de aminorarlo, lo aumenta.



LA SONRISA DEL MOCHO.

CALLE JUNCAL

VERJA

MURALLON

JARDIN DEL PRESIDIO

Arrastrándose por la siniestra lobreguez del angosto túnel en busca de la ansiada libertad. Y este éxodo subterráneo bajo la amenaza de una probable asfixia o de un derrumbe que pusiera término a su temeraria aventura, enterrándolos en vida, prestaba, sin duda, a sus ánimos ese arrojo y esa acometividad que requieren las empresas extraordinarias.

LA SENSACIONAL EVASION EN LA PENITENCIARIA NACIONAL

DOSCIENTOS AÑOS DE CARCEL QUE SE ESCAPAN POR UN AGUJERO



Ramón Silveyra, penado N.º 481, condenado a 20 años de presidio.

He aquí, en resumen, los detalles de la fuga de los presos que, arrastrándose por el fangoso túnel perforado desde el cuarto de baño que servía de depósito a la escudería hasta la verja que da a la calle Juncal, lograron alcanzar la libertad ansiada. Este sensacional episodio posee todas las características de un capítulo de novela folletinesca. La realidad, en este caso, nada tiene que envidiar a la más fecunda fantasía. Entre las 17.30 y las 18.5 del jueves 27, un buen número de penados se aglomeró en el sitio mencionado. Por riguroso turno en que se concedió la preferencia a los reos de mayor condena, fueron deslizándose por el tenebroso agujero hasta diez personas, y luego, habiéndose producido cierto desorden en el afán que todos sentían por verse libres y también temerosos de ser sorprendidos, otros cuatro desaparecieron por el orificio. Calmados los ánimos de los impacientes, el presidiario Hans Wolf entró con los pies para adelante, siéndole imposible salir en esta forma, teniendo que regresar y a su vez los compañeros que tras de él iban, lo que retardó la salida de otros muchos. En su segunda intentona, Hans, metiéndose de cabeza, logró arribar al boquete de salida, pero, cuando la asomaba, un centinela lo vió, apuntándole con el fusil, y entonces hubo de retroceder hasta el punto de partida, empujando a la larga cola de penados que le siguieran. El túnel, obra paciente de singenierías, mide 24 metros de largo y un diámetro aproximado de sesenta centímetros. Las excavaciones se efectuaban, según parece, trabajando tres penados: uno que perforaba, otro que extraía la tierra y el que se



Laureano Fernández Macaya, penado N.º 642, condenado a reclusión perpetua.



Marcos Vallejo, penado N.º 688: tiempo indeterminado.



Domingo Rodríguez penado N.º 625, condenado a 25 años.



Gabriel Real, penado N.º 704, condenado a 25 años.



Luis Videla Contreras, penado N.º 299: 18 años de prisión.



Antonio Pulturo, penado N.º 236, condenado a 17 años.



Juan Sinisi, penado N.º 239, condenado a 15 años y medio.



Francisco Sassone, penado N.º 139, condenado a 10 años.



Héctor Georgette, penado N.º 223: 6 años y medio.



Francisco Capelliotta, penado N.º 657, condenado a 5 años.



Alberto Martínez, penado N.º 226: 4 años y medio.



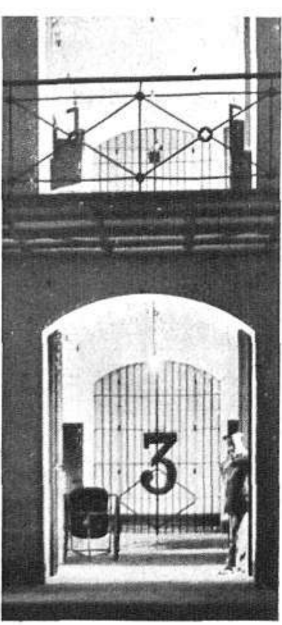
Eduardo Gallardo, penado N.º 44, condenado a 4 años.



José Fontela, penado N.º 616, condenado a 2 años.



El boquete de entrada del cuarto de baño, que servía de depósito, y que los penados ocultaban cubriéndolo con una plancha de hojalata revestida de cemento.



Final del pabellón N.º 3, a uno de cuyos costados se halla el cuarto de baño.

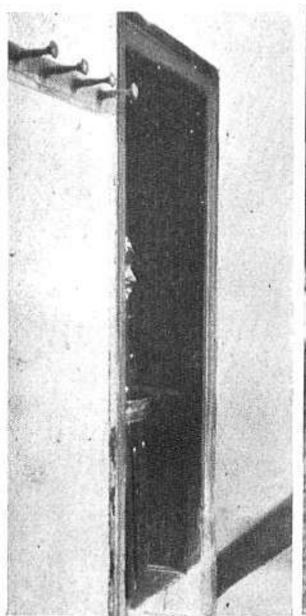
Balde utilizado por los presidiarios, algunas de las bolsas llenas de tierra y la goma de riego conque ingeniosamente se suministraban aire. Amontonada se advierte una gran cantidad de tierra que sin duda no tuvieron donde esconder.

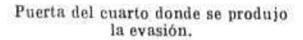
La pala que, en gran parte, sirvió a los prófugos en sus perforaciones.

Hans Wolf, el penado que entorpeció la fuga de otros compañeros, debido al haber entrado al túnel de pie en lugar de haberlo hecho de cabeza.

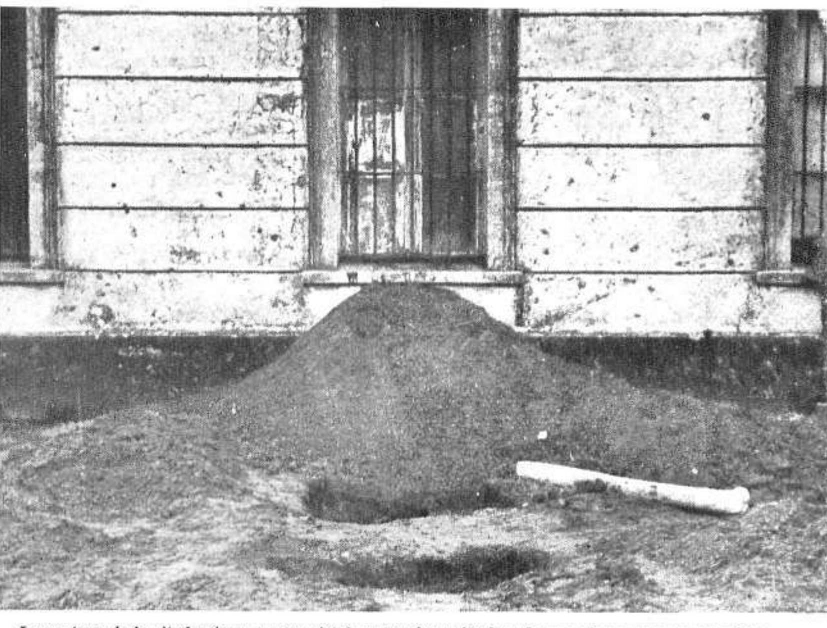
A dos metros y medio del suelo, el penado se desliza afanoso por el estrecho conducto a cuyo final espera encontrar la libertad.

valía de una máquina de matar hormigas para oxigenar la escasa y enrarecida atmósfera, y todos ellos en posición violenta, enterrados en la presionante lobreguez del subterráneo. El material extraído de esta labor tenacísima fueron acumulándolo en bolsas y depositándolo en el cuarto de la escobería. Cuando el





Puerta del cuarto donde se produjo la evasión.



La ventana de la citada pieza, cuyos cristales ensuciaron los fugados con barro para no ser vistos en su trabajo por los centinelas; debajo de ella la tierra extraída por los bomberos en sus diligencias para descubrir el recorrido preciso del túnel.



Bombero en el boquete de salida después de haber cruzado el subterráneo no sin grandes esfuerzos y sujeto por la cintura por una larga cuerda.

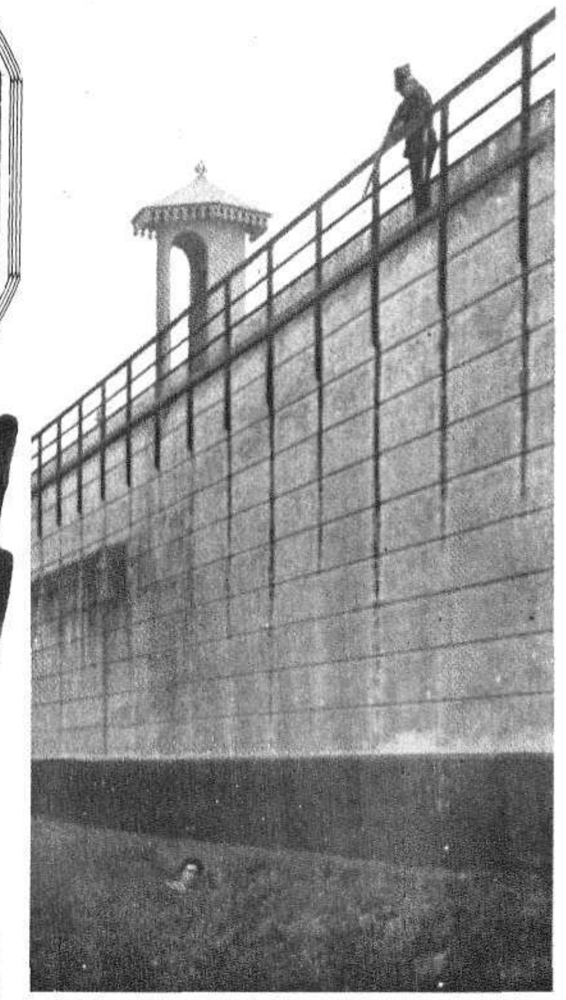


El centinela Roque Sánchez, que dió la voz de alarma.

soldado Roque Sánchez, de centinela sobre el muro del edificio, dió la voz de alarma, ya los catorce prófugos se desparramaban corriendo por la ciudad en busca de refugios.

Descubierta la evasión y puesto en movimiento el personal de la Prisión, fueron hallados como treinta presos que todavía esperaban turno encerrados en el depósito.

Cuchillos y cuchara que fueron hallados y que se supone les sirvieron también de herramientas a los fugados.



El centinela de guardia apuntando con su máuser al penado Hans Wolf, en los instantes en que éste asomaba su cabeza.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Familias que concurrieron al te danzante efectuado con gran lucimiento a bordo del crucero Almirante Brown.



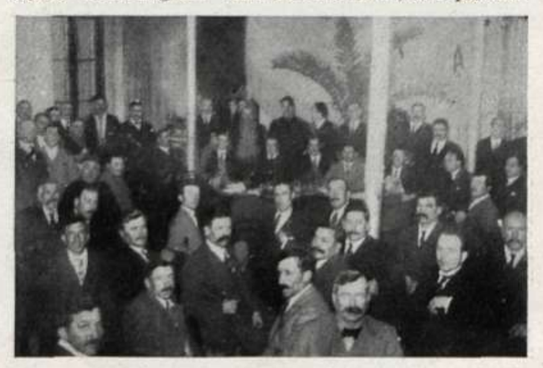
La directora de la Escuela graduada "9 de Julio", el inspector general y profesoras que celebraron el 15.° aniversario de su fundación.



La actriz Vera Vergani, de la compañía Nicodemi, visitando la escuela "Dante Alighieri" con el cónsul de Italia y otras personas.



El ex gobernador Dr. Menchaca recibido por el grupo denominado "Pro nueva Constitución", que organizó las comisiones de los comités seccionales para las próximas elecciones gubernativas.



Colonos que asistieron al tercer congreso de Cooperativas verificado en la Federación Agraria Argentina, para resolver asuntos importantes relacionados con el progreso agrícola del país.

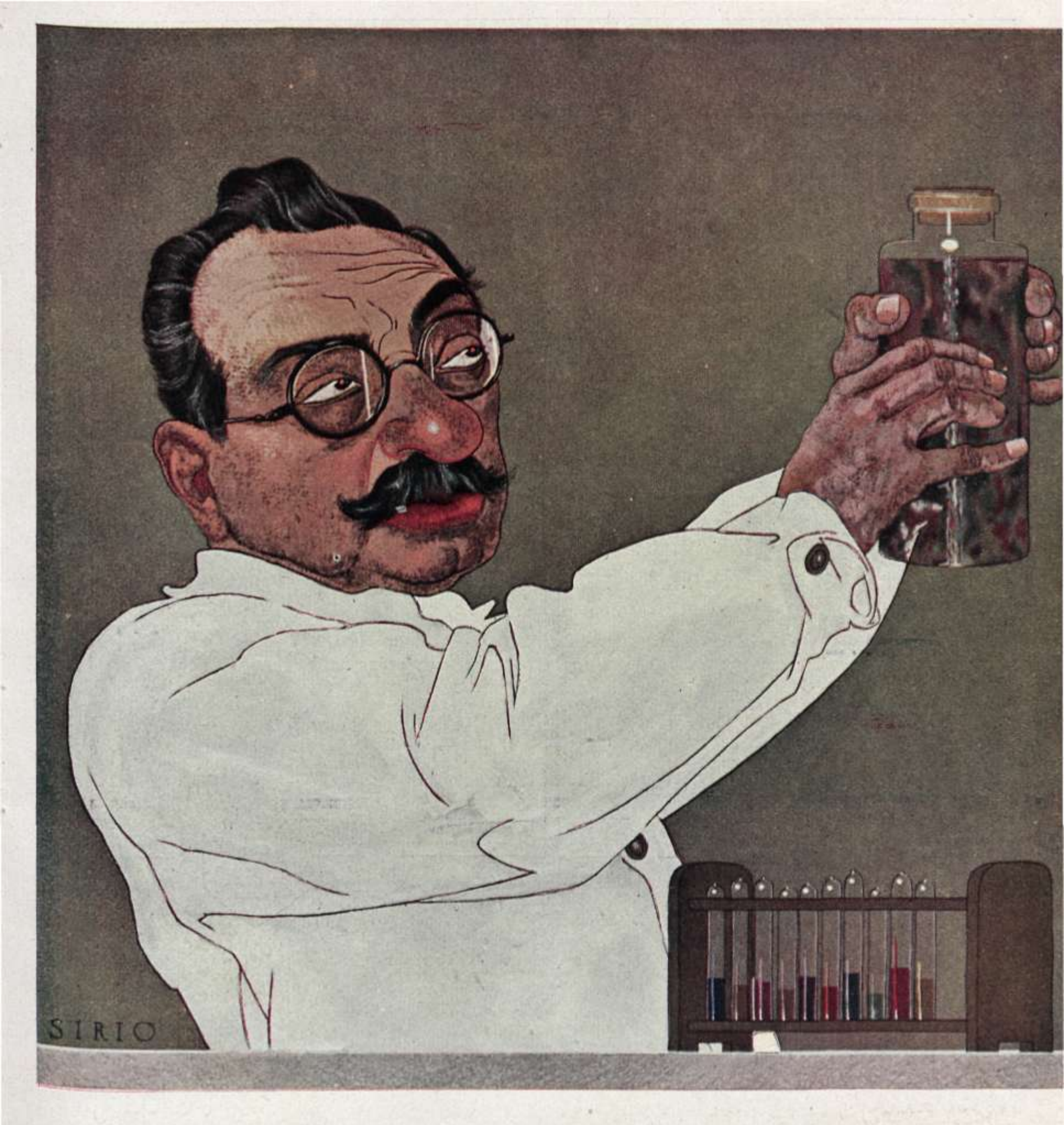
DE MONTEVIDEO



Damas y caballeros de la colectividad francesa, que celebraron una brillante fiesta en su club con motivo de las nuevas reformas que se realizaron en el mismo.



El doctor Navarro rodeado de un núcleo de estudiantes que tomaron parte en el homenaje tributado al ilustre doctor Soca, acto que tuvo lugar en el hospital Maciel.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctor GREGORIO ARAOZ ALFARO

PRESIDENTE DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DE HIGIENE

POR SIRIO

A fin de curarlos, Aráoz dice así:
— Dejad que los niños se acerquen a mí.



«Toilette» fantasía, una de las primeras de primavera.

Otra linda creación de blusa suelta, falda corta sin vuelo.

Últimas Novedades de la Moda

Elegantes luciendo tapados al finalizar el otoño.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN PARÍS.



HOMBRES CÉLEBRES

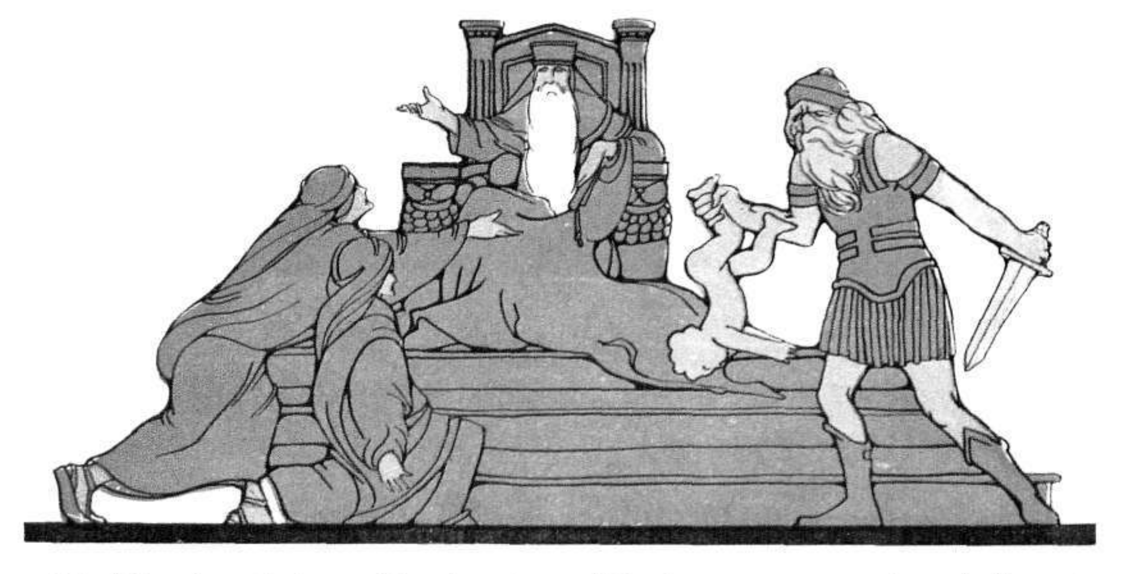
SALOMON

CHÉLÔMÔH, que es el nombre hebreo del rey sabio, significa el Pacífico. Los árabes y persas le llaman Soleimán o Solimán.

Nació allá por el 1032 antes de Jesucristo, año más o año menos. Se le considera el modelo de los monarcas sabios. Su fama es universal; no hay hombre por ignorante que sea que no le conozca. Cuando se quiere alabar la sabiduría de una persona se dice que es un Salomón.

La Biblia nos cuenta la historia de este personaje. Fué hijo del rey David y de Betsabé, y subió al trono de Israel en vida de su padre, gracias a los manejos de su mamita.

Resulta que Adonías, hijo también de David, al ver que éste estaba inútil para gobernar y a punto de morir, quiso alzarse con el trono. Al saber Betsabé esta noticia habló con David. El rey dispuso que Salomón fuera ungido rey de Israel y le dió instrucciones para que levantase el templo de Jerusalén.



Esto del templo constituía un problema importantísimo. David quiso construirlo, pero sus empresas militares no le dejaron tiempo. Con este fin había reunido muchísimos materiales, oro y plata. Salomón prometió hacer el templo. David, después de aconsejarle otras cosas murió a los cuarenta años de reinado glorioso.

El nuevo rey, que tendría unos diez y siete años, comenzó a dar pruebas de talento. Por lo pronto hizo matar a su hermano, a Joab, el general en jefe de David, y al gran sacerdote Abiathar, cómplices del desventurado Adonías. Luego nombró un alto personal de su entera confianza, que siempre le fué adicto por temor a la sabiduría armada del soberano.

Sin embargo, Salomón era poco aficionado a las armas. Solamente trató de conservar los grandes territorios que David había conquistado. Para ello organizó sus tropas dotándolas de carros de guerra, arma equivalente a los tanques actuales, y de numerosa caballería. Además construyó muchas fortalezas y buques.

Al mismo tiempo iniciaba su obra maestra de albañilería: el templo de Jerusalén.

Dice la Biblia y muchos autores que aquella basílica era una maravilla. No tengo lugar bastante para describirla como se merece. Mármoles, bronces, cedro del mejor, oro, plata, etc., se acumularon sobre una colina para formar artísticamente la Casa de Jehová. Hiram, rey de Tiro, le ayudo en esta obra, enviándole materiales y obreros de lo mejor. Puede decirse que Salomón puso el dinero y la voluntad, mejor dicho, únicamente la voluntad, pues la platita, como siempre, la dió el pueblo soberano.

Figúrate, niño, las contribuciones e impuestos municipales que la industria, el comercio, la agricultura y los consumidores tendrían que pagar. Así, mientras el reino de Israel era uno de los más poderosos y ricos del mundo, los pobres israelitas eran de lo más pobre que darse pueda.

Las obras del templo duraron siete años. Al terminar ese largo período la gente creyó terminada la época de las construcciones. ¡Qué esperanza! Salomón se hizo unos magníficos palacetes, durando las obras trece años.

Pero era un sabio y un monarca justo como lo demuestra el célebre juicio de Salomón. Se le presentaron dos madres, la una con un hijo muerto y la otra con un pibe muy vivo. Decía la primera que el hijo vivo era suyo, asegurando que el niño muerto era de la otra, la cual tuvo la mala idea de quedarse dormida sobre él, ahogándole. Entonces Salomón mandó que trajesen una espada y que cortaran al pibe vivo en dos pedazos iguales. Al oir esto la verdadera madre se echó a llorar pidiendo que dejaran vivo al nene y en poder de la otra. Salomón le dijo: «Tú eres la madre, porque a la otra se le importa poco la vida de ese chiquilín. Llévate a tu hijo». Esto es hacer justicia.

Dicen las tradiciones que Salomón tenía un anillo o sello con el que obligaba a los duendes a realizar cosas inauditas: construir palacios en una noche, transportar un ejército rápidamente sobre una alfombra, etc. Yo creo que todo esto debe ser mentira. Los duendes eran, como te indiqué antes, los pobrecitos contribuyentes.

Salomón hacía versos, escribía libros, cantaba, tocaba. Salomón era un estuche.

Un día se cansó de ser bueno y entregóse a la farra; pero después, arrepentido, volvió a dar ejemplo de sabiduría y piedad.

En el Eclesiastés, uno de sus mejores libros, daba consejos preciosos, demostrando que el principio de la sabiduría es el temor de Dios, que no hay nada nuevo debajo del sol y otras cosas muy lindas.

Había contraído enlace con una hija del faraón Psusennes II. Dícese que además tuvo mil esposas, y que éstas le obligaron a levantar pequeños templos en honor de una punta de falsos dioses, a quienes Salomón adoró durante su vida de cachafaz desfachatado.

A todo esto sus súbditos, que ya no podían más con la carga de las contribuciones, comenzaron a murmurar de él y a conspirar contra su terrible poder. Las poblaciones que David había conquistado decidieron sacudir el yugo. Aquello se ponía mal.

Sin embargo, Salomón murió en paz. Después de su fallecimiento la unidad de las tribus israelitas quedó rota. Roboam, hijo de Salomón, y Jeroboam se repartieron el reino y se combatieron a muerte.

Esta historia de Salomón es la historia del pueblo hebreo durante su más alto período de grandeza. Los vicios y las bondades salomónicas son los vicios y las bondades de sus súbditos. Porque si los hebreos de entonces no se hubieran parecido a su rey éste habría muerto con los botines puestos.

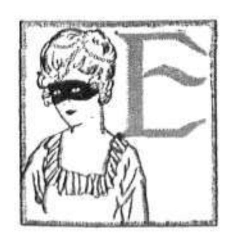
Se fija la fecha de la muerte de Salomón en los alrededores del año 975 antes de Jesucristo.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

EL CONVIDADO DE LAS ULTIMAS FIESTAS

El desconocido es la parte del león.
FRANCISCO ARAGO.



El Comendador de piedra puede venir a comer con nosotros, ¡puede tendernos la mano! Se la estrecharemos aún y quizás sea él quien sienta frío.

Una tarde de Carnaval de 186..., C., uno de mis amigos, y yo, por una circunstancia absolutamente debida a los azares del aburrimiento «grande y vago», estábamos solos en un proscenio del baile de la Opera.

Hacía unos instantes que admirábamos, al través del polvo, el mosaico tumultuoso de la máscaras, aullando bajo las grandes arañas esplendentes y agitándose al compás de la batuta sabática de Strauss.

De pronto se abrió la puerta del palco; tres damas con un *frou-frou* de seda se acercaron a nosotros, y después de quitarse los antifaces nos dijeron:

— ¡Buenas noches!

Eran tres jóvenes de ingenio y belleza excepcionales. Las habíamos encontrado a veces en el mundo artístico de París: Clío la Cenicienta, Antonia Chantilly y Ana Jackson.

— ¿Venís aquí para aprender a beber junto a nosotros? — les preguntó C., rogándolas que se sentaran.

— ¡Oh! Vamos a comer solas, porque las gentes de esta noche, horriblemente fastidiosas, han ensombrecido nuestra imaginación — dijo Clío la Cenicienta.

— Sí; ya nos íbamos a ir cuando os hemos visto — dijo Antonia Chantilly.

— Así, pues, venid con nosotras, si no tenéis cosa mejor que hacer — concluyó Ana Jackson.

— ¡Vivan la luz y la alegría! — respondió tranquilamente C., y dirigiéndose hacia mí, me dijo:

— Llama a la Maison Dorée, pide el salón rojo y envía un recado al que hemos visto galantear a miss Jackson. Yo creo que es lo que se impone, a menos de una cita en tu casa...

— Caballero — me dijo miss Jackson, — si se sacrifica usted hasta inquietarse por mí, puede buscar a ese personaje vestido de ave fénix, o mosca, que se pavonea en el *foyer* y que responde al pseudónimo transparente de Bautista o de Lapierre. ¿Seréis, de verdad, tan bondadoso? Pero... volved en seguida para que os comience a estar agradecida hasta la eternidad.

Pero yo no escuchaba casi. Miraba a un extranjero, situado en un palco de enfrente; un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, de una palidez oriental, que me miraba con sus gemelos y me dirigía un saludo.

— ¡Ah! ¡Es mi desconocido de Wiesbaden! — me dije bajo, después de recordar.

Como este hombre me había prestado en Alemania uno de esos servicios ligeros que la costumbre permite cambiar entre viajeros (me parece que fué a propósito del tabaco, aconsejándome el mejor entre todos los que se me ofrecían en la tierra extraña), le devolví el saludo.

Momentos después en el *foyer*, cuando buscaba con la mirada al fénix de miss Jackson, vi al extranjero venir hacia mí. Ante tan decidida amabilidad

me pareció cortés proponerle nuestra compañía si se encontraba sin amigos en medio del baile.

— ¿Y a quién debo tener el honor de presentar a nuestra alegre tertulia? — le pregunté sonriendo cuando aceptó mi invitación.

— Al barón von H. — me dijo, — aunque mejor sería, pensando de qué damas se trata y también en vista de las dificultades de pronunciación y de que estamos en Carnaval, que me permitieseis tomar por una hora otro nombre: el primero que se me ocurra — añadió, — como... (y se puso a reír): el barón *Saturno*. ¿Lo aceptáis?

Esta salida me sorprendió un poco, pero como me sentía en medio de la locura general, lo anuncié fríamente a nuestras elegantes con el nombre mitológico que él había deseado llevar.

Su fantasía previno a todos en su favor, y se empezó a creer que era algún rey de las *Mil y una noches* viajando de incógnito.

Cambiados los cumplimientos de ritual:

— ¿Querrá hacernos el honor de comer con nosotras para que haya la deseable simetría?... — dijo la previsora Ana Jackson, entre dos bostezos irresistibles.

El quiso excusarse.

— Ana os ha dicho eso como Don Juan a la estatua del Comendador — repliqué bromeando. — ¡Estas escocesas son de una solemnidad!...

— Es preciso proponer al señor Saturno que venga a matar el tiempo con nosotros — dijo C. que, siempre prudente, quiso invitarle «de un modo más correcto».

— Lamento mucho rehusar — respondió el interlocutor. — Compadézcanme, porque una circunstancia de un interés verdaderamente *capital* exige mi presencia en otra parte a primera hora de la mañana.

— ¿Algún ridículo duelo? ¿Uno de esos duelos que son como un aperitivo? — preguntó Clío la Cenicienta haciendo una mueca.

— No, señora; un... *encuentro*, puesto que os habéis dignado preguntarme por ello — dijo el barón.

— ¡Bueno! ¡Apuesto a que es por alguna palabra en los pasillos de la Opera! — exclamó la bella Ana Jackson. — Quizá vuestro sastre, infatuado con su traje de etiqueta, os habrá tratado de artista o de demagogo. ¡Bah! de esas cosas sin importancia no se hace caso; bien se conoce que sois un extranjero.

— *Lo soy un poco en todos sitios*, señora — respondió inclinándose el barón Saturno.

— ¡Vamos! ¿Queréis haceros desear?

— ¡Bien a pesar mío, os lo aseguro — murmuró con su aire a la vez galante y equívoco el singular personaje.

Cambiamos una mirada C. y yo; no interveníamos; pero ¿qué quería decir este señor? La distracción nos parecía de todos modos bastante divertida.

Pero como los niños que se emperran con lo que se les rehusa:

— ¡Nos pertenecéis hasta la aurora; yo me cogeré a vuestro brazo! — gritó Antonia.

Se rindió; abandonamos la sala.

Había sido necesario este embrollo de inconsecuencias para llegar a tal final: íbamos a encontrarnos en una intimidad bastante relativa con un hombre del que no sabíamos nada sino que había jugado en el casino de Wiesbaden y que sabía como un experto las diversas clases de tabaco.

¡Pero que importaba! Después de todo, ¿no es hoy lo más corriente *estrechar la mano de todo el mundo*?

En el bulevar, Clío la Cenicienta, entrando en su coche, gritó al cochero:

— A la Maison Dorée.

Después, inclinándose a mí:

— No conozco a vuestro amigo; ¿qué hombre es? Me intriga mucho. ¡Tiene *algo* extraño en la mirada!

— Nuestro *amigo* — respondí — apenas le he visto dos veces en Alemania.

Me miró con aire asombrado.

— ¡No se asombre! ¡Sólo ustedes han tenido la culpa! — añadí; — nos viene a saludar a nuestro palco y le invitáis a comer bajo la fe de una presentación de baile de máscaras! Admitiendo que hayáis cometido una imprudencia digna de mil muertes, es ya un poco tarde para que os alarme el convidado. Si los invitados están poco dispuestos mañana a continuar su amistad, se saludarán como la víspera; es todo lo que puede pasar. Una comida no significa gran cosa.

Nada tan divertido como hacer ver que se cree en ciertas susceptibilidades artificiales.

— ¿Cómo no os enteráis mejor de lo que son las gentes? ¿Y si éste es un...?

— ¿No os he dicho su nombre? El barón *Saturno*. ¿Es que teme usted comprometerle, señorita? — dije con un tono severo.

— ¡Es usted intolerable!

— No tiene el aire de un tahur; además nuestra aventura no puede complicarse.

— ¡Un millonario alegre! ¿No es el ideal?

— Me parece bastante bien Mr. Saturno — dijo C.

— Y al menos en tiempo de Carnaval, un hombre muy rico tiene siempre derecho a ser estimado — concluyó con su voz tranquila la bella Ana.

El pesado landó del extranjero nos seguía. Antonia Chantilly (más conocida con el nombre de guerra, un poco travieso, de Iseult) había aceptado su misteriosa compañía.

Una vez instalados en el salón rojo, encargamos al camarero que no dejase llegar hasta nosotros a ningún ser viviente, a excepción de las ostras, de él y de nuestro ilustre amigo el fantástico doctorcillo Florián Les Eglisottes, si por azar venía a tomarse su proverbial cangrejo.

Un tronco encendido se consumía en la chimenea. Alrededor nuestro se esparcían insípidos olores de vestidos, de flores de invierno. Los resplandores de los candelabros fulguraban en la consola sobre las cubas plateadas en que se helaba el triste vino de Aÿ. Las camelias, que se hinchaban en el extremo de sus tallos de alambre, desbordaban los centros de mesa.

Afuera llovía finamente entre copos de nieve. *Era una noche glacial. Ruidos de coches, de gritos* de máscaras, la salida de la Opera. Eran las alucinaciones de Gavarni, de Deveria, de Gustavo Doré.

Para ahogar estos rumores las cortinas estaban cuidadosamente echadas cubriendo los balcones cerrados.

Los convidados eran, pues, el barón sajón Von H., mi amigo C. y yo; después Ana Jackson, la Cenicienta y Antonia. Durante la comida, que fué salpicada de locas y chispeantes frases, me dediqué a mi inocente manía de observar — y debo decir que me apercibí en seguida de que mi vis a vis merecía, en efecto, alguna atención.

No, no era un hombre cualquiera este convidado de paso... Sus rasgos y su apostura no carecían de esa distinción convenida que hace tolerar a las personas; su acento no era fastidioso como el de algunos extranjeros; solamente su palidez tomaba por intervalos tonos singularmente mates y, descoloridos, sus labios eran más delgados que un ligero trazo de fino pincel; las cejas estaban siempre un poco fruncidas, aun sobre sus sonrisas.

El extranjero, aun con todas las prevenciones, no tardó en cautivar nuestra atención por una singularidad. Su conversación, sin ser notable por el valor esencial de sus ideas, nos tenía en tensión por el subrayado muy vago que el sonido de su voz parecía deslizar intencionadamente.

Este detalle nos sorprendía tanto más cuanto que nos era imposible descubrir en lo que decía otro sentido que el de una frase mundana. Y dos o tres veces nos hizo estremecer a C. y a mí por el modo con que estudiaba sus palabras y por la *impresión de recuerdos imprecisos que nos dejaba.*

De pronto, en medio de sus accesos de risa, debido a cierta salida de Clío la Cenicienta — ¡y que era quizás la más divertida de todas! — tuve no sé qué idea obscura de haber visto ya a este *gentleman* en *una circunstancia totalmente distinta* de aquella de Wiesbaden.

En efecto; esta cara era de unas líneas inolvidables, y el fulgor de sus ojos en el momento de entornar los párpados sugería como la idea de una luz interior.

¿En qué circunstancias le vi? Me esforzaba vanamente en querer concretarla en mi espíritu. ¿Cedería a la tentación de enunciar las confusas nociones que despertaba en mí?

Eran aquellas de un acontecimiento parecido a los que se ven en los sueños.

¿Dónde *podría haber* pasado esto? ¿Cómo concordar mis recuerdos habituales con estas intensas ideas lejanas de muerte, de silencio profundo, de bruma, de trazos espantables, de llamas y de sangre que surgían en mi conciencia con una sensación de *realismo* insoportable, a la vista de este personaje?

— ¡Ah! — balbuceé muy bajo. — ¿Padeceré una ofuscación esta noche?

Bebí una copa de champagne.

El café humeaba en las tazas trasparentes; C. consumía dulcemente un habano y se envolvía en los copos del humo blanco como un semidiós tras una nube.

El barón de H., los ojos medio cerrados, extendido sobre un sofá, el aire un poco banal, sosteniendo una copa de champagne con su mano pálida que pendía sobre la alfombra, parecía escuchar con atención los prestigiosos compases del dúo nocturno del *Tristán e Isolda*, de Wágner, que tocaba Ana, detallando las modulaciones voluptuosas con mucho sentimiento. Antonia y Clío la Cenicienta, enlazadas y radiantes, callaban durante los acordes, lentamente modulados por la buena artista.

Yo, encantado hasta el insomnio, la escuchaba también cerca del piano.

Cada una de nuestras blancas inconstantes había escogido su terciopelo esta noche.

La conmovedora Antonia de los ojos violeta, el negro, sin un encaje. La línea del terciopelo de su vestido, no estando orlando, hacía destacar fuertemente sus hombros y su cuello.

Llevaba un fino anillo de oro en su meñique, y tres chispas de zafiro resplandecían en sus cabellos castaños, que se desmadejaban, muy por debajo de su talle, en dos trenzas sueltas con afectación.

Ana abandonó el piano. Cogí un ramo de la mesa y fuí a ofrecérselo con ojos maliciosos:

— Sois — la dije — una *diva*. Tomad estas flores, por la pasión de los amantes desconocidos.

Ella eligió una hortensia, que se colocó amablemente en la cintura.

— No leo las cartas anónimas — dijo colocando el resto de las flores sobre el piano.

La brillante criatura apoyó sus manos sobre el hombro de uno de nosotros para volver a su sitio.

— ¡Ah, fría Susana — le dijo C. riendo; — habéis venido al mundo con el solo fin de recordar que la nieve quema!

Era uno de esos cumplimiento alambicados como los que se oyen en las sobremesas, y que si tienen un sentido real lo tienen tan fino *como un pelo.* ¡Nada está más cerca de una tontería!, y a veces la diferencia es absolutamente inapreciable. Este tono elegíaco me hizo comprender que la mecha de los cerebros amenazaba carbonizarse y que era necesario reaccionar.

Como una chispa es suficiente a veces para reavivar la luz, resolví sacarla a toda costa de nuestro taciturno convidado.

En este momento entró el camarero trayéndonos (¡gran idea!) un ponche helado.

Pasado un minuto miré al barón Saturno. Parecía impaciente, inquieto. Le vi sacar el reloj, dar una de sus sortijas a Antonia y levantarse.

— Señor de las lejanas regiones — grité a caballo sobre una silla y entre dos bocanadas de humo del cigarro. — ¿No pensaréis en dejarnos antes de una hora? ¡Pasaríais por misterioso, y eso es de mal gusto; ya lo sabéis!

— Mil perdones — me respondió; — pero se trata de un deber que no puede aplazarse y que además no sufre nunca el menor retraso. Recibid mis acciones de gracias por los instantes tan agradables que acabo de pasar.

— ¿Vais, pues, verdaderamente a un duelo? — preguntó inquieta Antonia.

— ¡Bah! — grité, creyendo, efectivamente, en alguna vaga querella de máscara; — exageráis, seguramente, la importancia de ese asunto. Vuestro hombre está debajo de una mesa. Antes de hacer pareja al cuadro de Gerome, en el que tendréis el papel de vencedor, el de Arlequín, enviad un emisario al campo de honor para saber si se os espera, y si se os espera, los caballos sabrán ganar el tiempo perdido.

— ¡Cierto! — apoyó C. tranquilamente.

— Señores, os confesaré *que soy ciego y sordo lo mas a menudo que Dios me lo permite* — dijo el barón Saturno.

Acentuó esta enormidad ininteligible hasta sumirnos en las conjeturas más absurdas. ¡Había encontrado la chispa que nos despertase bien! Estábamos mirándonos todos con una sonrisa cortada, no sabiendo qué pensar de esta «broma», cuando de pronto no pude reprimir una exclamación: ¡acababa de acordarme *dónde* había visto a este hombre por la primera *vez!*

Me pareció bruscamente que los cristales, las figuras, los cortinajes, que el festín nocturno se iluminaban con un mal fulgor, con un rojo fulgor que se escapaba de nuestro convidado, como en ciertos efectos de teatro.

Me pasé la mano por la frente durante un instante; después me acerqué al extranjero.

— Señor — le dije al oído, — perdonad si me equivoco, pero me parece haber tenido el *placer* de haberos visto hace cinco o seis años en una gran ciudad del Mediodía — en Lyon creo — a las cuatro de la mañana en una plaza pública.

Saturno levantó la cabeza mirándome con atención.

— ¡Ah! — dijo; — es posible.

— Sí — continué mirándole fijamente también. — ¡Esperad! Había sobre esa plaza uno de los objetos más tristes, en medio de un espectáculo al que me llevaron dos amigos estudiantes y al que juré no volver jamás.

— ¡Realmente! — dijo M. Saturno. — ¿Y cuál era ese objeto, si no es indiscreción?

— A fe mía, alguna cosa como el cadalso y una guillotina, si no me es infiel la memoria. ¡Sí, era la guillotina! ¡Ahora estoy seguro!

Estas palabras fueron cambiadas muy bajo, ¡oh! muy bajo, entre aquel señor y yo. C. y las mujeres hablaban en la sombra a algunos pasos de nosotros, cerca del piano.

— ¡Eso es!, me recuerdo — añadí elevando la voz. — ¿Veis? ¿No es eso tener memoria? Aunque pasasteis rápidamente ante mí, vuestro coche, con el que se cruzó el mío, me dejó entreveros al fulgor de las antorchas. La circunstancia incrustó *vuestro* rostro en mi espíritu. Tenía entonces precisamente esa expresión que hoy observo en vuestros rasgos.

— ¡Ah! ¡ah! — respondió Saturno, — es verdad. ¡Debe ser, a fe mía, de la más sorprendente exactitud, lo confieso!

Su risa estridente me dió la idea de unas tijeras cortando cabellos.

— Un detalle, entre otros, me impresionó. Os vi de lejos descender al sitio donde estaba colocada la máquina... y, a menos que me ofusque, una gran semejanza con el otro...

— No os habéis engañado, *querido* señor; era yo — respondió.

A esta palabra sentí que la conversación se convertía en glacial y que, por consecuencia, falté tal vez a la estricta cortesía que un verdugo de tan extraña calidad tenía el derecho de exigir de nosotros. Busqué, pues, una banalidad para cambiar el curso de las ideas que nos oprimían a los dos, cuando la bella Antonia se volvió del piano, diciendo con aire indolente:

— A propósito, señoras y señores: ¿sabéis que hay esta mañana una ejecución?

— ¡Ah! — grité removido de manera insólita por estas palabras.

— Es el pobre doctor de la P. — continuó tristemente Antonia; — me ha asistido algunas veces. No le disculpo por haberse defendido ante los jueces; le creía con más valor. Cuando la suerte está fijada de antemano, debe uno, por lo menos, reirse en las narices de los sicarios y los jueces. M. de P. lo ha olvidado.

— Pero ¿es definitivamente hoy? — pregunté esforzándome por adoptar una voz indiferente.



Les Eglisottes se limpió la boca con aire satisfecho, habiendo terminado su comida.

— ¡A las seis, la hora fatal, señores y señoras!... — respondió Antonia. — Ossian, el bello abogado, la alhaja del faubourg Saint-Germain, fué a anunciármelo ayer tarde, aprovechando la ocasión para hacerme la corte. Lo había olvidado. Parece, además, *que se ha hecho venir a un extranjero* (!) *para ayudar a M. de París*, vista la solemnidad del proceso y la distinción del culpable.

Sin notar lo absurdo de estas últimas palabras, me volví a M. Saturno. Estaba de pie ante la puerta, envuelto en una gran capa negra, el sombrero en la mano, el aire oficial.

¡El ponche me había turbado un poco la cabeza! Para decirlo todo, me sentía con ideas belicosas. Temiendo haber cometido, invitándole, lo que se llama una *gaffe* en estilo de París, la figura de este intruso (quienquiera que fuese) me resultaba insoportable, y no podía contener mi deseo de hacérselo saber.

— Señor barón — le dije sonriendo, — después de vuestros singulares subrayados, casi tenemos el derecho de preguntarle ¿si no es un poco por la ley por lo «que sois ciego y sordo tan a menudo como Dios os lo permite»?

Se aproximó a mí, se inclinó con aire bromista y me respondió en voz baja:

— ¡Cállese, que hay señoras!

Saludó circularmente y salió, dejándome mudo, un poco tembloroso y no pudiendo creer a mis oídos.

C., que durante las últimas palabras nos vió juntos, me tocó ligeramente en el hombro.

— ¿Has perdido la cabeza? — me preguntó.

— ¡Habrá tenido una gran herencia y no ejerce ya si no esperando un sucesor!... — murmuré enervado por los vapores del ponche.

— ¡Bueno! — dijo C. — No vas a suponer que ese hombre tiene nada que ver con la ceremonia que se prepara.

— ¿Has cogido, pues, el sentido de nuestra conversación? — le dije en voz baja. — ¡Ha sido corta, pero instructiva! ¡Este señor es un simple verdugo! Belga, probablemente. Es lo exótico de que hablaba Antonia hace un momento. Sin su presencia de ánimo, hubiera sobrevenido algo que habría espantado a estas jóvenes.

— ¡Vamos!—gritó C.;—¿un verdugo con un equipo de treinta mil francos y que regala diamantes a su vecina? ¿Un verdugo que come en la Maison Dorée la víspera de prodigar sus cuidados a un cliente? Desde que vas a tu café Choiseul ves verdugos por todas partes. ¡Bebe un vaso de ponche! Tu M. Saturno es un bromista bastante soso, ¿sabes?

A estas palabras me pareció que la lógica y que la fría razón estaban del lado de mi amigo. Muy contrariado tomé apresuradamente mis guantes y mi sombrero y me dirigí rápido al umbral de la puerta murmurando:

— Bien.

— Tienes razón — dijo C.

— Este pesado sarcasmo ha durado bastante tiempo — añadí abriendo la puerta del salón.—Si alcanzo a este mixtificador fúnebre, juro que...

— Un instante: juguemos a quién *pasará el primero* — dijo C.

Iba a responder lo necesario y a desaparecer, cuando, detrás de mí, una voz alegre y muy conocida gritó bajo el arco de la cortina levantada:

— ¡Inútil! Quédese, amigo mío.

En efecto: nuestro ilustre amigo el doctor Florián Les Eglisottes había entrado durante nuestras últimas palabras.

— Querido doctor, en el instante soy con vosotros; pero...

Me retuvo sin hacerme caso y dijo:

— Cuando os haya contado la historia del hombre que salía de este salón a mi llegada, apuesto a que no os cuidaréis de pedirle cuenta de sus incorrecciones. Además, es tarde: su coche le ha llevado ya lejos de aquí.

Pronunció estas palabras con un tono tan extraño que me detuvo definitivamente.

— Veamos la historia, doctor — dije volviéndome a sentar, después de un momento. — Pero pensad, Les Eglisottes, que respondéis de mi inacción y la tomáis bajo vuestra responsabilidad.

El príncipe de la Ciencia dejó su bastón con puño de oro, besó galantemente con las puntas de los labios los dedos de nuestras bellas compañeras,

se echó un poco de vino de Madera, y en medio del silencio fantástico que produjo el incidente — y su entrada personal—comenzó en estos términos:

— Comprendo toda la aventura de esta noche. Me doy perfecta cuenta de lo que acaba de pasar como si hubiera estado entre vosotros... Lo que os ha sucedido, sin ser precisamente alarmante, es, sin embargo, una cosa que hubiera podido serlo.

—¿Por qué?—dijo C

— Ese señor es, en efecto, el barón H.; es de una elevada familia alemana; es millonario; pero...

El doctor nos miró.

— ¡Pero el prodigioso caso de enajenación mental de que está atacado, habiendo sido comprobado por las Facultades de Munich y Berlín, presenta la más incurable y la más extraordinaria de todas las monomanías registradas hasta el día! — dijo sentenciosamente el doctor en el mismo tono que si se hubiese encontrado en su clase de fisiología comparada.

— ¡Un loco! Pero ¿cómo? ¿Qué significa eso? — murmuró C. yendo a echar el pestillo de la puerta.

Las damas perdieron su sonrisa ante esta revelación.

En cuanto a mí, creía estar soñando hacía algunos minutos.

— ¡Un loco!... — gritó Antonia; — pero me parece que a esas personas se las encierra.

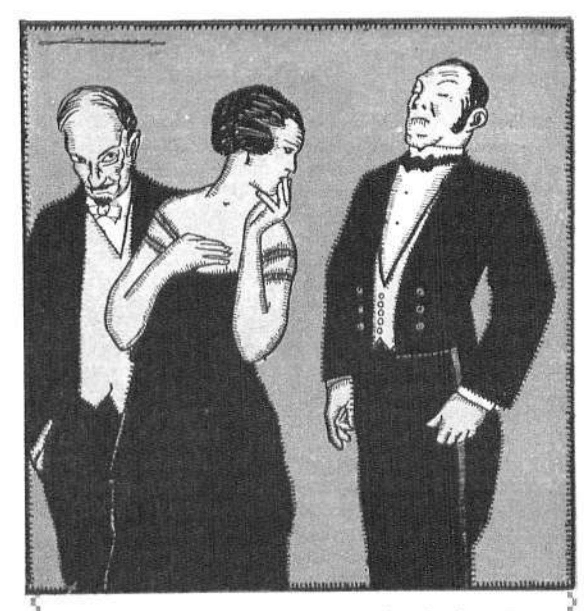
— Creo haber hecho observar que nuestro *gentleman* es muchas veces millonario — replicó muy gravemente Les Eglisottes. Es él quien hace encerrar a los demás, aunque eso no os parezca bien.

— ¿Y cuál es su género de manía? — preguntó Ana. — ¡Encuentro muy agradable a ese señor, os lo prevengo!

— No seréis de esa opinión, tal vez, dentro de un momento — continuó el doctor, encendiendo un cigarrillo.

La aurora lívida coloreaba los cristales, las bujías agonizaban, el fuego se extinguía; lo que oíamos nos daba la sensación de una pesadilla. El doctor no era de aquellos que tienen afición a las mixtificaciones: lo que decía era tan fríamente real como la máquina levantada allá en la plaza.

— Parece — continuó entre dos sorbos del generoso Madera — que inmediatamente después de su mayoría de edad este joven taciturno se embarcó para las Indias orientales; viajó mucho por los pueblos de Asia. Ahí comenzó el misterio impenetrable que envuelve el origen de su *accidente*. Asistió, durante ciertas revueltas en el extremo Oriente, a esos suplicios rigurosos que las leyes en vigor en esos países infligen a los rebeldes y culpables. Asistió a ellos, sin duda, por simple curiosidad de viajero. Pero a la vista de esos suplicios parece que los instintos de una crueldad que sobrepasa la capacidad de concepción conocida se removieron en él, turbaron su cerebro, emponzoñaron su sangre y, finalmente, le convirtieron en el ser singular que es. Figuraos que a fuerza de oro el barón H. penetró en las viejas prisiones de las principales ciudades de Persia, Indochina y Tibet y que obtuvo muchas veces de los gobernadores el permiso para ejercer las horribles funciones de ajusticiador en lugar de los ejecutores orientales. ¿Conocéis el incidente de las cuarenta libras de ojos arrancados que fueron ofrecidos sobre dos platos de oro al cha Nasser Eddin el día en que hizo su entrada solemne en una ciudad rebelde? El barón, vestido con traje del país, fué uno de los más ardientes ejecutores de esta atrocidad. La ejucución de los dos jefes de esta sedición fué del más espantoso horror. Condenados a verse arrancar los dientes con tenazas, después a la introdución de estos mismos dientes en sus cráneos, rapados al efecto, formado las iniciales del nombre glorioso del sucesor de Feth Alí Shah, fué nuestro *amateur* quien, mediante un gran montón de dinero, consiguió ejecutarlos con la acompasada torpeza que le distingue (cuestión accidental: ¿quién es más insensato, aquel que ordena tales suplicios o aquel que los ejecuta?) ¿Estáis horrorizados? ¡Bah! Si el primero de esos dos hombres se dignara venir a París, nos honraríamos mucho, dedicándole unos fuegos artificiales y ordenando que las banderas del ejército se inclinaran a su paso, todo en nombre de los «inmortales principios del 89». Sigamos ahora. Si hay que creer en las relaciones de los capitanes Hobbs y Egginson, los refinamientos que su manía creciente le sugería en estas ocasiones sobrepasaban toda la altura del absurdo, la de Tiberio y Heliogábalo, y cuantas mencionan los fastos humanos. Porque — añadió el doctor — un loco no puede ser igualado en *perfección* en aquello que constituye su manía.



— José — continuó, — toma esta sortija; el rubí está un poco arañado por mí. ¿No es verdad, Ana, que todos estos brillantes tienen el aspecto de llorar alrededor de esa gota de sangre? La venderéis hoy mismo y repartiréis el precio entre los pobres que pasen por la puerta del restaurante.

El doctor Les Eglisottes se detuvo y nos miró con aire sardónico.

A fuerza de atención habíamos dejado apagarse nuestros cigarros.

— Una vez de vuelta a Europa — continuó el doctor, — el barón H., *embotado hasta hacer creer en su curación*, vió bien pronto recrudecida su fiebre ardiente. No tenía más que un sueño, uno solo: era buenamente hacerse expedir el título de ejecutor GENERAL de todas las capitales europeas. Pretendía que las buenas tradiciones y la habilidad debían recompensarse en este ramo artístico de la civilización; que él tenía — como se dice — pericia en la materia y una hermosa hoja de *servicios* prestados en Oriente (esto lo escribía en las instancias que enviaba a menudo) y esperaba (si los soberanos se dignaban honrarle con su confianza) arrancar a los prevaricadores los aullidos más armoniosos que jamás hubiesen escuchado oídos de magistrado en la bóveda de un calabozo. (Cuando se habla de Luis XVI delante de él, sus ojos brillan y refle-

jan un odio de ultratumba extraordinario: Luis XVI es, en efecto, el soberano que creyó deber abolir la pena de muerte, y es el solo hombre a quien M. H. ha odiado).

«Fracasó siempre en estas instancias, como podéis suponer, gracias a las gestiones de sus herederos, que no le han podido, sin embargo, encerrar como se merece. En efecto; las cláusulas del testamento de su padre, el difunto barón de H., fuerzan a la familia a evitar su muerte civil a causa de las enormes pérdidas de dinero que esta muerte les costaría. Viaja, pues, en libertad. Está en relación excelente con todos los ejecutores de la pena capital. Su primera visita es para ellos en todas las ciudades que recorre. Les ha ofrecido a menudo grandes sumas para que le dejen maniobrar en su lugar; y para que quede sólo entre nosotros — añadió el doctor guiñando el ojo — creo que en Europa ya ha despachado a algunos desgraciados.

«Aparte de eso, puede decirse que su locura es inofensiva, puesto que no *ejerce* sino sobre las personas designadas por la ley. Fuera de su enajenación especial, el barón H. tiene fama de hombre de costumbres tranquilas y aun atractivas. De cuando en cuando su mansedumbre ambigua produce tal vez frío en la espalda, como se dice, a aquellos de sus íntimos que están al corriente de su terrible monomanía; pero esto es todo.

«He aquí, señoras y señores, el *gentleman* con el cual habéis tenido el honor de pasar la noche. Añadiré que al salir de su demencia y en sus relaciones con la sociedad es un hombre de mundo irreprochable y el conversador más dúctil, más divertido y más...»

— ¡Basta, doctor!... ¡Basta! — gritaron Antonia y Clío la Cenicienta, a las que la chocarrería estridente y sardónica de Florián había impresionado extraordinariamente.

— ¡Qué hombre! ¡Es el cortesano de la guillotina! — murmuró Ana. — ¡El *dilettante* de la tortura!

— Realmente, si no os conociera, doctor... — balbuceó C.

— ¿No me creeríais? — interrumpió Les Eglisottes. — Yo mismo no lo he creído durante mucho tiempo; pero, si queréis, vamos allá. Tengo justamente un permiso especial. Podremos llegar hasta él, a pesar de los guardias de caballería. No os pido sino que os fijéis en su rostro durante el cumplimiento de la sentencia. Después de esto, no dudaréis ya.

— ¡Hermosa invitación — dijo C.; — prefiero creeros, a pesar de lo absurdamente misterioso que resulta el hecho.

— ¡Ah, qué tipo el de vuestro barón!... — continuó el doctor cogiendo un montón de cangrejos, intactos milagrosamente.

Luego, viéndonos a todos tristes:

— ¡No os conviene afectaros tanto por mis confidencias! — dijo. — Lo que constituye lo repulsivo de la cosa es la *particularidad* de la monomanía. Porque un loco es un loco nada más. Leed a los alienistas: encontraréis casos de una extrañeza tan sorprendente. Y, os lo juro, nos codeamos con los atacados, en pleno día, a cada momento, sin sospechar nada.

— Queridos amigos — concluyó C. después de un momento de pasmo general: — no experimentaré, lo confieso, repugnancia en chocar mi vaso con el que me tendiese un brazo *secular*, como se decía cuando los ejecutores podían ser religiosos. No buscaré la ocasión, pero si se ofrece, os diré, sin declamar (y Les Eglisottes me comprenderá mejor que nadie), que el aspecto y la compañía de aquellos que ejercen funciones de verdugo no me impresionaría de ningún modo. No he comprendido nunca *los efectos* de los melodramas que tienen este tema.

«Pero al ver en funciones de tal a un hombre que ha caído en demencia, y que, por lo tanto, no puede cumplir *legalmente* su oficio, ¡ah!, me causa alguna impresión. No dudo en declarar: que en medio de la humanidad, de las almas escapadas del infierno, nuestro convidado de esta noche es uno de los peores que podemos encontrarnos. Aunque le llaméis loco, esto no explica su naturaleza original. ¡Un verdugo real me sería indiferente; nuestro espantoso orate me hace estremecer con un temblor indefinible!»

El silencio que acogió las palabras de C. fué solemne, como si la muerte hubiese dejado ver bruscamente su cabeza calva entre los candelabros.

— Me siento un poco indispuesta — dijo Clío la Cenicienta con una voz que la excitación nerviosa y el frío de la aurora entrecortaban. — No me dejéis sola, venid a mi casa. Procuremos olvidar esta aventura, señores y amigos.

— ¡Esta ha sido una noche enigmática! — dijo Ana Jackson.

Les Eglisottes se limpió la boca con aire satisfecho habiendo terminado su comida.

Llamamos. El camarero vino. Mientras arreglábamos nuestra cuenta con él, la escocesa, acariciando la borla de la seda de su traje, murmuró tranquilamente al oído de Antonia:

— ¿Nada tienes que decir al camarero, pequeña Isolda?

— Sí — respondió la linda y pálida criatura. — ¡Tú lo has adivinado!

Después, volviéndose al conocido camarero:

— José — continuó, — toma esta sortija; el rubí está un poco arañado por mí. ¿No es verdad, Ana, que todos estos brillantes tienen el aspecto de llorar alrededor de esta gota de sangre? La venderéis hoy mismo y repartiréis el precio entre los pobres que pasen por la puerta del restaurante.

El camarero tomó el anillo, se inclinó con un saludo de sonámbulo, del que sólo él tenía el secreto, y salió para que se acercaran los coches mientras las señoras acababan de arreglarse los vestidos, envolverse en sus largos dominós negros y colocarse sus antifaces.

Sonaron las seis.

— Un instante — dije extendiendo el dedo hacia el reloj. — Esta hora nos hace un poco cómplices de la locura de aquel hombre. Tengamos indulgencia para ella. ¿No somos en estos momentos de una barbarie poco más o menos semejante a la suya?

A estas palabras todos se quedaron silenciosos.

Susana me miró bajo su antifaz y yo sentí la sensación de un fulgor de acero. Volvió la cabeza y entreabrió un balcón en seguida.

La hora sonaba a lo lejos en todas las campanas de París.

Al *sexto* toque todo el mundo se estremeció hondamente... y yo miré pensativo la cabeza de un demonio de cobre, de rasgos crispados, que sostenía como un abrazadero de extraña fantasía los pliegues sangrientos de los cortinajes rojos.



VILLIERS DE L'ISLE ADAM

DIBUJOS DE BESARES.

Página Infantil

J. Belita Peña Caranta

Eduardo Colomer Tarés

Juan Carlos Trigo



FLOR CAMPESTRE

ÓLEO DE

LÓPEZ MEZQUITA



LA TAPADA, JOSEFINA TAPIAS.



DON ENRIQUE LARRETA, EL CELEBRADO AUTOR DE "LA LUCIÉRNAGA".



LA MUJER, CARMEN LARRABEITI.

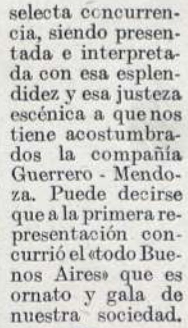
LA LUCIERNAGA

«La Luciérnaga», leyenda dramática en un acto y en verso del señor D. Enrique Larreta, el insigne autor de «La gloria de don Ramiro», resultó, como era de esperarse, todo un acontecimiento artístico y social en el aristocrático teatro Cervantes, donde se estrenó ante una nutrida y selecta concurrencia, siendo presentada e interpretada con esa esplendidez y esa justeza escénica a que nos tiene acostumbrados la compañía Guerrero - Mendoza. Puede decirse que a la primera representación concurrió el «todo Buenos Aires» que es ornato y gala de nuestra sociedad.





UNA ESCENA: LA CONFESIÓN.







EL CARCELERO, CARLOS PERELLI.



EL POETA, PEDRO CODINA.



EL ALFÉREZ, ANGEL ORTEGA.

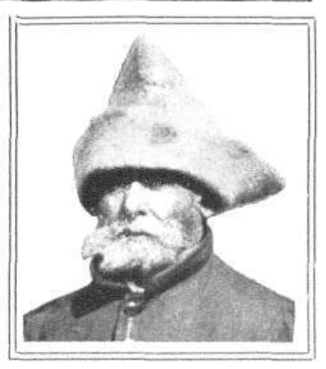
No están todos los que son.....



EL DIRECTOR DEL HOSPICIO DE LAS MERCEDES, DOCTOR ALFREDO SCARANO, CON EL SECRETARIO, SR. BARRAN SECO, Y EL ADMINISTRADOR, SEÑOR ONOFRE P. FONDO.

"Yo soy un emperador... un presidente... soy el más grande de los hombres". A TAN ALTISONANTES CONCEPTOS VA UNIDO UN PUJANTE GESTO DE LA ACOMETIVIDAD QUE SUGIERE UN TERRIBLE CASO DE PARÁLISIS PROGRESIVA.

DEBIERA comenzar con las palabras que me sirven de epígrafe por ser de un loco genial. Me resigno a menos. Cuando uno convive un par de horas con los alienados, empieza a creer que el cráneo ha iniciado un movimiento rotativo que no tardará en poner al aire la masa encefálica. No es posible atenerse tampoco a la sugestión que



DIRECTOR DE LA BANDA DEL HOSPICIO, SE HACE LLAMAR «WAGNER» Y SUELE ADOPTAR ACTITUDES MAGISTRALES.



"¡Oh padre Adán... ésta es la mía!" Y ESTE HOMBRE QUE QUISO, COMO EL PRIMER HOMBRE, ANDAR DESNUDO, ES SUJETADO Y CUBIERTO POR SUS GUARDIANES.

Una hora en el Hospicio de las Mercedes



"Ser algo. ¿Loco, genio, héroe?". EN LA SALA DE UN MANICOMIO SE PROYECTAN COMO SOMBRAS LOS TRUNCOS IDEALES O LAS AMBICIONES DE LOS HOMBRES.



UN "TARADO" QUE AL PERDER LA PELOTA CON QUE JUGABA, LA BUSCA EN SU PROPIA SOMBRA SIN ATINAR A ENCONTRARLA.

"Dios y su corte... he ahí la vida". TALES SON LAS PALABRAS CON QUE OLÍMPICAMENTE DESAFÍA LAS IRONÍAS DE LOS DEMÁS ALIENADOS ESTE INCURABLE DE LA MANÍA MÍSTICA.



"Yo soy el Dios de la tierra". CON ESTE PROEMIO SALUDA A SUS VISITANTES Y SE RÍE SARDÓNICAMENTE DE LO QUE SE LE DICE.

con tanto vértigo y tan sucesivamente van ejerciendo en uno los cuadros y cosas que el manicomio encierra. Los hay que rebalsan dolor y tortura hasta herir lo más oculto de la sensibilidad, y que revelan al primer rasgo toda la historia de una vida de tragedia. Frente a esto, el ridículo ha conquistado gran proselitismo: parece que las ambiciones más desmedidas que acallaba la razón o el miedo se

desatan ahora en puerta franqueada por el desequilibrio.

Jardines, patios, galerías, celdas, dormitorios, talleres y recreos están poblados de perseguidos, de delirantes, de obscenos, de oradores incansables, de melancólicos que huyen de todo trato, de imbéciles que ríen hasta de su propia sombra, de genios y personajes cuyas jerarquías exteriorízanse de las maneras más ridículas y curiosas.

Los delirios de la demencia ponen de relieve aspiraciones inaccesibles, magnificencias acariciadas en íntimos coloquios. El alma de los hombres asoma, envuelta en velos de turbación, clamando por el resplandor de lo que la locura cree un ideal y es precisamente su verdadero gusano: la manía.

Los días de visita pública, en que van al Hospicio de las Mercedes las esposas, las madres, las hermanas, las hijas de los enfermos, el cuadro se agiganta con brochazos de suprema angustia, no por los que allí viven, que no abandonan la sonrisa o la gravedad de su inclinación, sino por la congoja que se trasluce en los ojos y en la cara de

CONVENCIDO DE QUE EL MUNDO ANDA AL REVÉS, ESTE MANÍACO INICIA LA REFORMA EN SÍ MISMO.



ALIENADOS POR DELIRIO PERSECUTORIO QUE ADQUIEREN LA COSTUMBRE DE TRABAJAR ENTONANDO LA CANCIÓN DE SUS ILUSORIAS GRANDEZAS. ELLOS REFORMAN LOS PASADIZOS DE LA CASA.



ESTE BUEN AMIGO DE LO SINIESTRO SE SIENTE CONSTANTEMENTE PERSEGUIDO Y EXCLAMA: "*No soy nadie*"!



AIRE FAUNESCO. TERRIBLE MANÍA AMOROSA. PREVIAMENTE A SU RECLUSIÓN LIQUIDÓ CUATRO VIDAS...



«GARIBALDI» EN PERSONA, CON BICORNIO Y PLUMAS (A ESTAR A LAS REFERENCIAS).



"Yo, señor, andaré mal del coco, pero me gusta laburar para no comer de arriba"



"*Desprecio al hombre y sus vanidades*". NUEVO DIÓGENES QUE SE APARTA DEL MUNDANAL RUIDO PARA NO TENÉRSELAS QUE VER CON LOCOS.

los que se marchan dejando quizás el jirón más tierno y sagrado del sentimiento. Es la verdadera y espantosa tragedia del manicomio: el llanto de los parientes.

Los dioses, los reyes y emperadores, los héroes y sabios, los genios y los troveros, los tristes y los burlones, todos, guiados por su obscuro faro interior, navegan a merced de las estrafalarias visiones que llegan a envolverles como si el resto del mundo se perdiese en el caos, mientras que para esas imaginaciones todo se refleja y concentra en un solo punto: el delirio. Y cuando esas tinieblas quieren dejar un resquicio al rayo de la razón, les vemos acercarse al placer de la amistad porque así les parece que aquello no volverá jamás a turbarles.

La ciencia, que quiere hacer grandes esfuerzos para salvar caídos, tropieza en su camino con dos enemigos duros y enormes: la perversión por atavismo y la ignorancia de una mayoría desconcertante.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

FOTOS DE VARGAS



30 AÑOS DE ASILO, UN DECANATO Y UNA LOZANA LOCURA QUE CANTA «IO VOGLIO L'ARIA DEL MARE!...»



"¿Quién soy?... Un guerrero, nada más". PERO LO DICE COMO SI QUISIERA BURLARSE DEL VISITANTE.



TURCO, MANÍACO Y UN TANTO AFICIONADO AL SPORT DEL ESCAMOTEO. AHORA EN FELACHE.



LA TRÁGICA MUECA DE UN ALIENADO QUE RESPONDE SONRIENDO SIEMPRE.

«Bien... bueno... está bien». PALABRAS DE UN FURIOSO DELIRANTE AL VER QUE VARGAS LO RETRATA.



CUALQUIERA CREE EN UN CÍNICO. ES EL MELANCÓLICO QUE PROCURA SUMIRSE EN LA NADA, Y SE ESCURRE POR TODOS LOS RINCONES.



PARTE DE UNA SALA DONDE LA PRIMERA IMPRESIÓN DE ANGUSTIA SE DESVANECE AL VER EL PINTORESCO ESPECTÁCULO DE UN BULLICIO INCOHERENTE, AGRESIVO Y PERVERSO, ENTRE VELOS DE LOCURA.

ENLACES



SEÑORITA ANGELINA LÓPEZ CABANILLAS CON EL SEÑOR JACOBO CORDIVIOLA PEUSER, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

SEÑORITA MARÍA RAQUEL BIANCO CON EL INGENIERO EUGENIO P. BRANÉ, EN LA CAPILLA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA MARÍA CELINA LANDÍVAR CON EL SEÑOR MARIO CHECCHI, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



El jefe del gobierno, señor Mussolini, con el Estado Mayor fascista durante la solemne ceremonia de la entrega de una bandera a uno de los regimientos de guarnición.

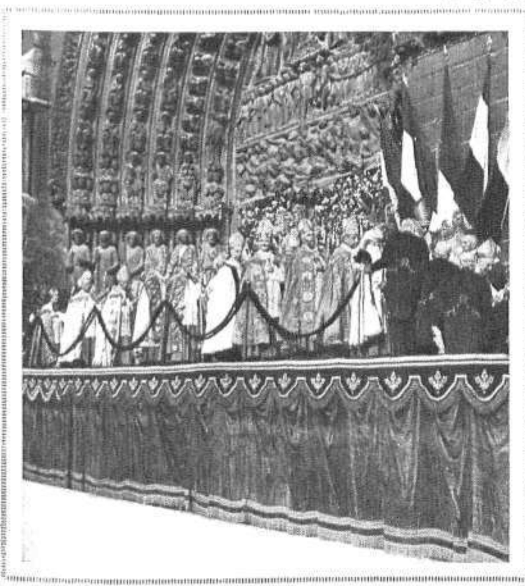


El embajador de Norte América entregando al primer ministro una artística corona de oro para el primer italiano que salga victorioso en las próximas olimpiadas.



El presidente del ministerio asistiendo a una reunión celebrada en su honor por la Academia de San Luca, de la cual fué nombrado miembro recientemente.

FRANCIA

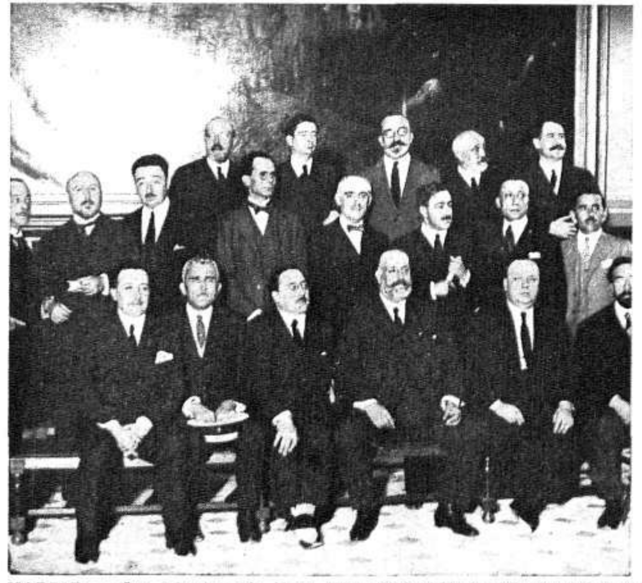


Prelados que asistieron al Congreso Eucarístico celebrando una gran función religiosa en el altar mayor de "Notre Dame", con asistencia de caracterizados personajes.



M. Poincaré pronunciando un discurso en la fiesta de la independencia americana con motivo de la inauguración del monumento a los voluntarios de aquel país.

ESPAÑA



MADRID. — Los miembros de la comisión designada por las cámaras para investigar el asunto de las responsabilidades de la campaña marroquí, cuyas resoluciones han originado tan apasionados debates y comentarios en la opinión pública.

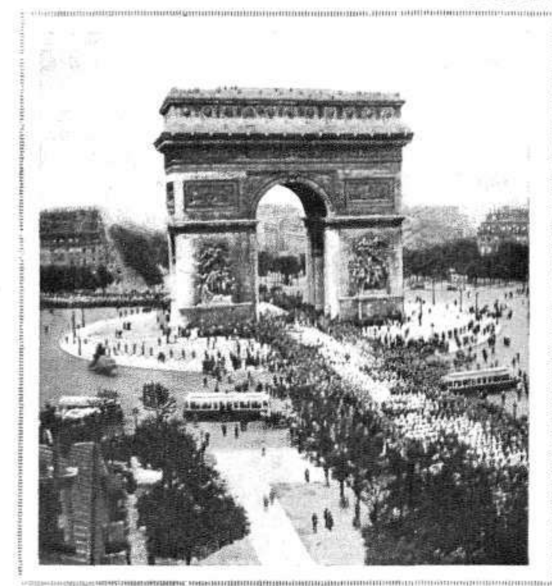


SANTANDER. — D. Jacinto Benavente conversando con el poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, ganador del premio de 25.000 pesetas y de la Flor Natural en los juegos florales hispanoamericanos.



MADRID. — El general Cavalcanti recibiendo una placa de plata de manos del coronel Serrano como homenaje y en recuerdo del famoso combate de Tizza.

FRANCIA

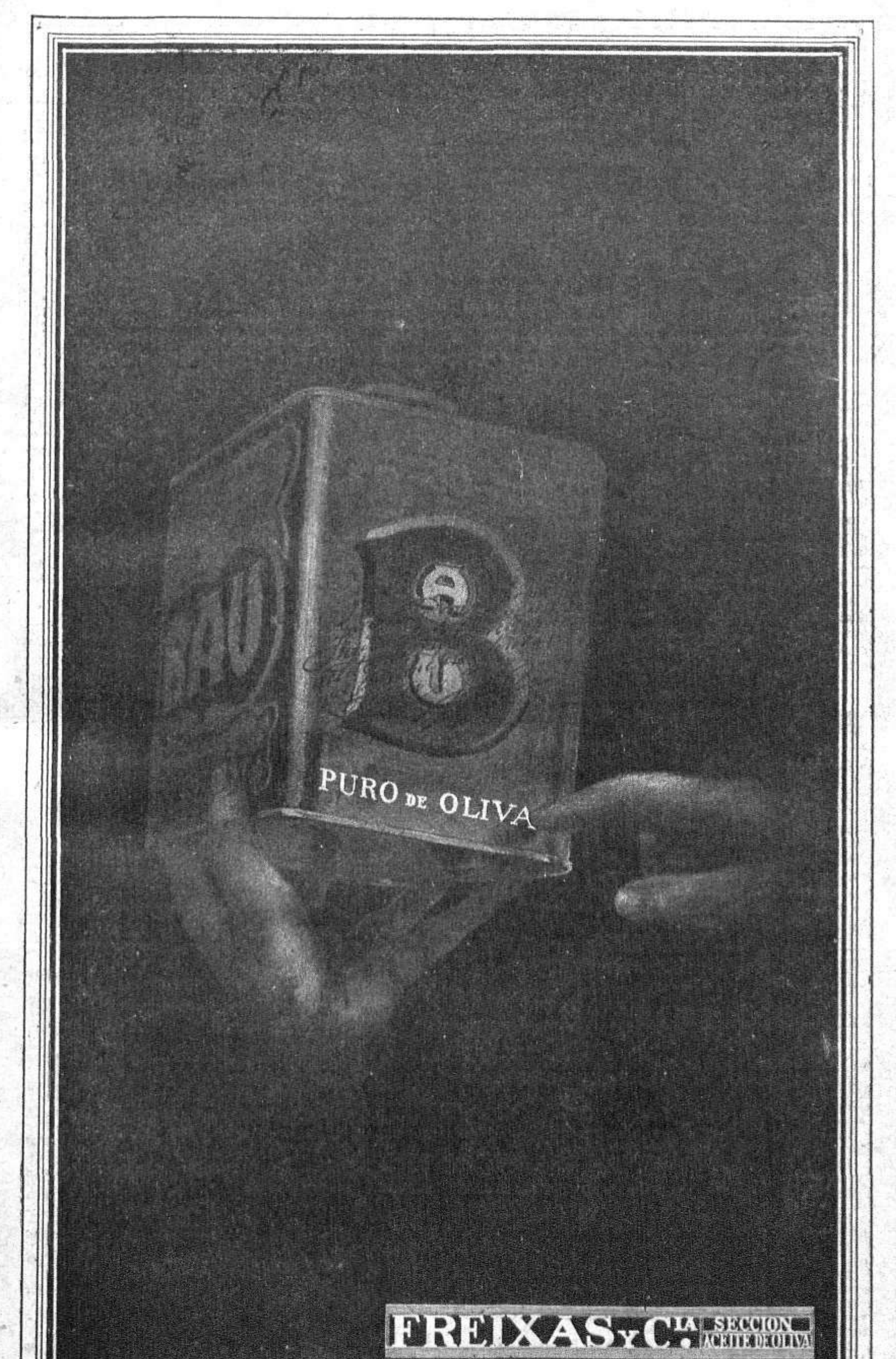


Alumnos de las sociedades gimnásticas desfilando por debajo del Arco de Triunfo después de haber rendido su tributo ante la tumba del soldado desconocido.



El bey de Túnez acompañado del presidente de la república a la entrada de la Municipalidad, donde se efectuó una recepción en su honor.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES


PURO DE OLIVA
FREIXAS y C.IA
SECCION
ACEITE DE OLIVA

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

ROZANDO LA MUERTE, *por el doctor Tatén*. — El propósito fundamental del autor de esta novela ha sido, como en el caso de otra anterior, divulgar en forma amena y al alcance aun de las personas más despreocupadas, los mejores métodos para combatir esa plaga que se llama la tuberculosis, que hace más víctimas que otras que se combaten con mayor empeño y gastos, a pesar de ser la enfermedad más desastrosa, desde el punto de vista económico. Se trata de una novela en la cual es el amor el que aparece realizando el milagro de una curación; pero esa es la parte imaginativa, perfectamente desarrollada, por lo demás, y que desde el primer momento interesa al lector. En cuanto a la que podríamos llamar porción profiláctica de la novela del doctor Tatén, ocioso es apuntar que llena cumplidamente el fin que se propuso el autor, bien que quizás podría observarse que habría que discurrir la manera de hacer posible para todos los tuberculosos el régimen que salvó la vida a Jorgelina.

BOCETOS DE MI VIAJE A NORTE AMÉRICA, *por Andrée Moch*. — La autora de este libro es una pintora distinguida que hace poco efectuó un viaje a los Estados Unidos y cuenta en este libro sus observaciones e impresiones del país de los rascacielos. Se ha escrito tanto sobre los Estados Unidos que, a la verdad, está de sobra justificada la desconfianza con que el lector prudente abre los libros de viajes a ese país. En vista de ello cumple a nuestra lealtad prevenir a nuestros lectores que el libro de Andrée Moch es de aquellos que conviene conocer, en primer término porque la autora es muy inteligente, sabe mirar lo que se debe mirar y sabe decir lo que le ha parecido lo que ve. Hay en este libro mucho de personal y ello es uno de sus mejores méritos, al cual debe agregarse una frescura y novedad de impresiones que hacen su lectura singularmente deleitosa. Además de varias fotografías, el libro está enriquecido con algunos muy bien logrados croquis a pluma por la autora.

LA POLÍTICA INTERNACIONAL EN EL LEJANO ORIENTE, *por Emilio Cardahi*. — Una de las pocas consecuencias felices de la guerra, quizás la única, ha sido el despertar en todas partes nuevo y más intenso interés por las cuestiones de política internacional, interés que a su su vez ha hecho necesario el repaso de la geografía, que es, sin duda, una de las disciplinas de las humanidades que más fácilmente olvidamos todos. Y en Buenos Aires, ciudad de tan activas relaciones comerciales e intelectuales con todos los países del mundo, aquel interés es tan vivo que se explica sin mayor esfuerzo que hombres como el autor de este libro empleen su tiempo y su preparación en escribir libros sobre países que, como el Japón, se hallan ahora menos «distantes», en todo sentido, que hace veinte y aun diez años. Y como para completar su bello libro sobre el Imperio del Sol Naciente, el señor Cardahi publica ahora uno de carácter más general, como que trata de la política internacional en el Extremo Oriente. Con abundante y precisa erudición el autor expone la historia y las diversas fases de la política seguida por las grandes potencias europeas en aquella parte del mundo, hasta la conferencia de Wáshington, de fines del año pasado. Quien quiera enterarse, por cualquier motivo, de esa política no tiene sino que recurrir al libro del señor Cardahi, que además de su interés intrínseco ofrece el atractivo de estar muy bien escrito.

LAS BENEMÉRITAS DE 1828, *por Alberto Meyer Arana*. — Ya en ocasiones anteriores hemos tenido oportunidad de ocuparnos de los libros que este laborioso e inteligente investigador viene dedicando a historiar la Sociedad de Beneficencia desde su fundación, haciendo resaltar la acción de las distinguidas damas que en ella tuvieron participación más eficaz. Ahora el señor Meyer Arana agrega un nuevo volumen a su obra, y en él no hace sino confirmar, en forma brillante, las cualidades que tantos aplausos hicieron merecer a los anteriores.

TEORÍA SOCIAL Y JURÍDICA DEL ESTADO: EL SINDICALISMO, *por Adolfo Posada*. — El editor don J. Menéndez ha tenido la excelente idea de recoger en este libro las conferencias que en la cátedra que en la Universidad de Buenos Aires sostiene la Asociación Cultural Española dió en 1921 el sabio profesor Posada, agregando al final la conferencia que el mismo profesor dió en la Facultad de Ciencias Económicas sobre el Sindicalismo. Hacer en esta sección el elogio del señor Posada sería ocioso y, sobre todo, presuntuoso, ya que somos los primeros en reconocer nuestra absoluta e inefable carencia de preparación para apreciar obras de este carácter. Sólo sabemos que el señor Posada tiene fama de ser uno de los primeros maestros españoles en materias políticas y sociales, de suerte que esa fama, por no ser de ordinario los maestros españoles los que con más facilidad la ganan fuera de su país, es la mejor garantía de la bondad y valor de este libro.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Mis Muñecos, cuentos y fantasías por Roberto F. Giusti. Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada. Agencia General de Librería y Publicaciones.

Firpo y la grandeza nacional, por Atilio García y Mellid. Editorial Selección. Buenos Aires.

Un franco tirador, colección de artículos por Delfín Ignacio Medina. Talleres Gráficos Cúneo. Buenos Aires.

Una de ellas, novela por Carmen Luna. Editorial Tor. Buenos Aires.

La política internacional en el Lejano Oriente, por Emilio Cardahi. Imprenta A. Zaragoza. Buenos Aires.

París, colección de artículos por Vicente Blasco Ibáñez. Valencia, España.

Memorias de un simple y los niños, por Arcadio Avérchenko. «Los humoristas». Editorial Calpe. Madrid-Buenos Aires.

Historia de Cristo, por Juan Papini, versión española de monseñor Agustín Piaggio. Editorial Lux. Santiago de Chile.

Anales de la Sociedad Rural Argentina. Número especial correspondiente al mes de mayo pasado. N.º 10. Buenos Aires.

Arte y Crítica, por Benito Pérez Galdós, volumen II de sus obras completas. Renacimiento. Madrid.

Teatro Completo. Tomos I y II subtitulados «primeros ensayos» y «comedias y dramas», por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Imprenta Clásica española. Madrid.

Amor Brujo, novela por Rosalba Aliaga Sarmiento. Buenos Aires.

Antología de cuentos mejicanos e hispanoamericanos (?), selección de Salvador Novo. Editorial «Cultura». Méjico.

Nocturno, poesías por César Caminos. Institución Americana de Artes Gráficas. Buenos Aires.

Camino del ensueño, poesías por María Torres Frías. Imprenta Mercatali. Buenos Aires.

Divinísima, novela por Jorge Federico Sosa. Editorial Arte Literatura. Montevideo.

Vidas imaginarias, por Marcel Schwob. «Cultura». Méjico.

Poesías de Juan Ramón Jiménez. «Cultura». Méjico.

Escuchando el Silencio, poesías por Federico A. Gutiérrez. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Libro del Gay Vivir, poesías por Luis L. Franco. Editorial Babel. Buenos Aires.

Teoría social y jurídica del Estado: El Sindicalismo, por Adolfo Posada. Librería de J. Menéndez, editor. Buenos Aires.

Las ideas estéticas en la literatura argentina, por Jorge Max Rohde. Librería «La Facultad». Buenos Aires.

El árbol fragante, poesías de Horacio A. Rega Molina. Imprenta «El Faro». Buenos Aires.

FOLLETOS:

El alma y el médico, por el doctor César Sánchez Aizcorbe. Imprenta Gadola. Buenos Aires.

Concurso de Arte. VIII Olimpíada. París 1924. Comité Ejecutivo. París.

Automóvil Club Argentino. Memoria correspondiente al ejercicio 1922-1923.

REVISTAS:

Revista del Club Argentino de Ajedrez. Año XVIII. Número 79. Buenos Aires.

Misiones de la Patagonia. Número extraordinario dedicado a los cooperadores salesianos. Dirección general. Pbro. Luis J. Pedemonte. Viedma.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

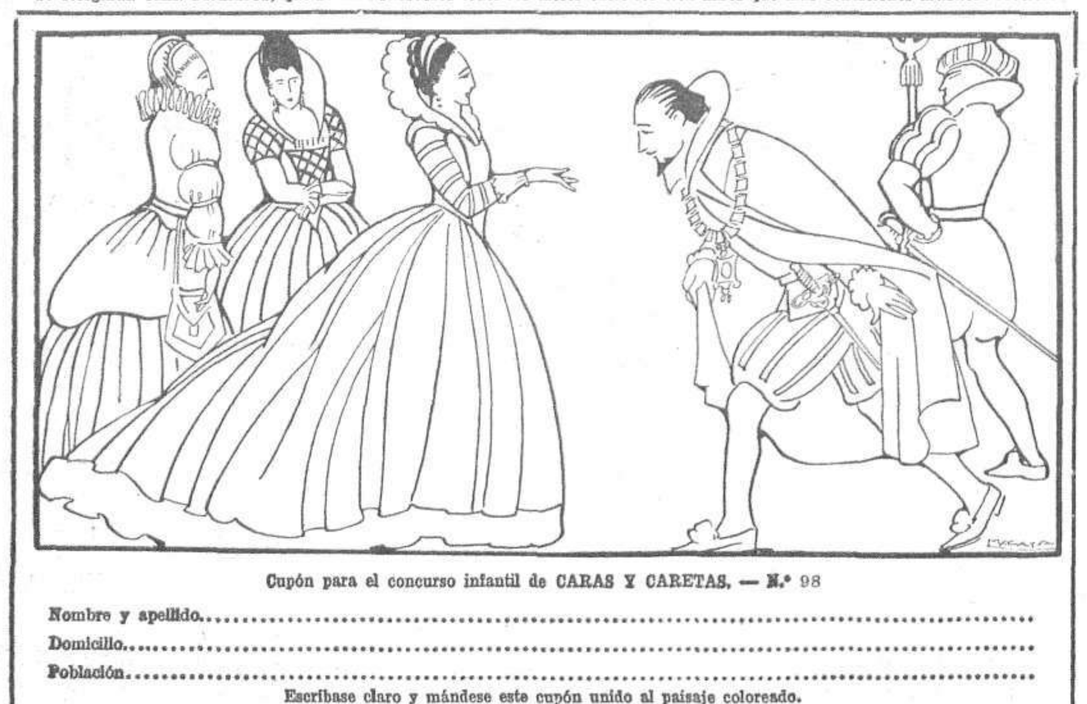
—Venía a cobrar el premio de este quinto.

—¿Dónde está el quinto?

—En la puerta. Lo pegué creyendo que no me tocaría nada, y como ha salido premiado y no lo puedo despegar, aquí traigo la puerta!...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 98

Nombre y apellido...

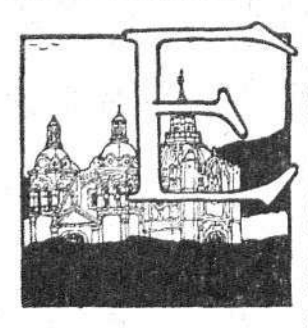
Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

BUENOS COMPAÑEROS

POR ADELIA DI CARLO



El maestro había dicho, en una de sus interesantes disertaciones de moral e instrucción cívica, que todos los niños que concurren a la misma escuela, y en especial los que asisten a una misma clase, deben considerarse hermanos. El excelente educador insistía sobre el particular, porque deseaba establecer fuertes vínculos de simpatía afectuosa entre sus discípulos.

— Quered a vuestros compañeros de escuela. Aunque sintáis una inclinación especial hacia uno solo, sed, no obstante, buenos y gentiles con los demás. Si ofendéis a uno de ellos, no tardéis en pedir disculpas; si os sentís ofendidos, dad el beso del perdón en la primera oportunidad que se os ofrezca.

Entre los niños que escuchaban atentamente las palabras del maestro se encontraba Eugenio, uno de los más buenos y más estudiosos del tercer grado de un primer turno. Poseía uno de esos corazones gentiles que nivelan las desigualdades sociales y llevan un rayo de sol en la obscuridad densa que produce la miseria.

Es una mañana friísima de invierno; cae una lluvia fina y persistente, envolviendo en una gran melancolía las calles de la ciudad.

Son las 8.15 y los niños concurren a la escuela a pesar del mal tiempo. Van todos muy bien abrigados, con su capa impermeable y su paraguas. Entre los que caminan apresuradamente hacia la pequeña iglesia del saber se ve a uno de rostro lívido y tan miserablemente vestido que inspira piedad. Tirita de frío bajo un trajecito de algodón, con la bolsa de libros debajo del brazo y las manos en los bolsillos que se transparentan a través de la tela empapada de agua.

Pasa junto a él Eugenito, con sus manos enguantadas y su paraguas de seda, y cubierto por un largo y grueso gabán; camina menos apresuradamente que el niño pobre. Al mirarle, reconoce a uno de sus condiscípulos.

— ¡Miguel! — exclama al reconocerle. Luego con tono amistoso agrega: — Ven, resguárdate bajo mi paraguas, así no te mojarás.

— Gracias — respondió el niño sonriendo amable.

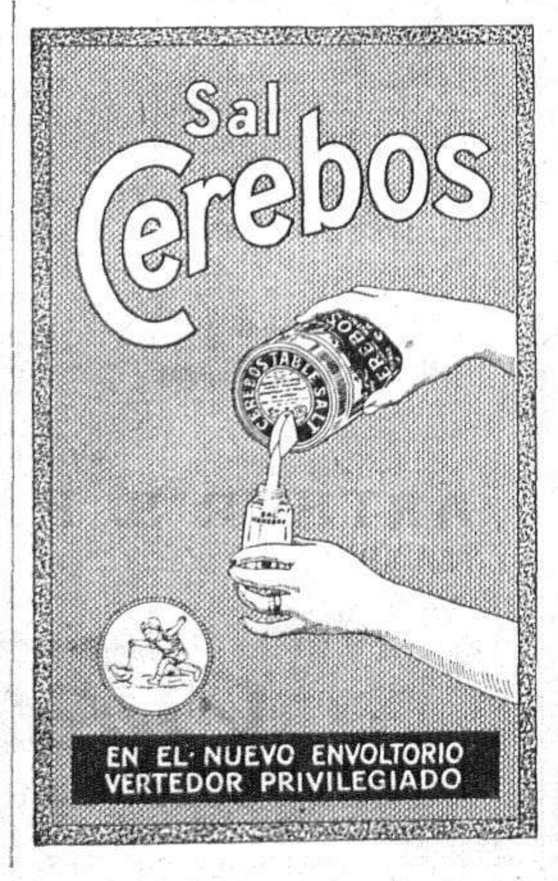
Y era grato ver en aquella cruel mañana de julio a dos niños tomados del brazo y charlando alegremente por la calle, como si fuesen dos hermanos cariñosos.

Uno de ellos era hijo de un pobre obrero que apenas ganaba lo suficiente para mantener a su numerosa familia; el otro era hijo de un hacendado muy rico.

Pero Eugenio, que como dejamos dicho era de muy buen corazón, no se contentó con ofrecer un resguardo a Miguelito debajo de su paraguas, sino que, al regresar a su casa expuso el caso a su mamá y pidió algunas ropas para su condiscípulo pobre.

Al día siguiente llegaba anónimamente a casa de Miguelito un paquete conteniendo un traje nuevecito, de gruesa lana, dos pares de calzado, una gorra y un gabán.

Ya podía pasar el resto del invierno sin tener que afrontar los rigores de la estación, tan despiadada para los pobres.





A toda persona que sufra del Hígado, o del Estómago — sea cual fuere la forma de la enfermedad — es decir, Indigestión, Constipación, Dolores de Cabeza, Jaqueca, Insomnio, Cansancio, Mal Aliento, Falta de Apetito, Flatulencia, Pesantez en el Estómago después de comer, etc., le aconsejamos sinceramente se sirva escribirnos pidiéndonos muestras gratis de PILDORITAS DE REUTER, las cuales enviamos inmediatamente que recibimos la solicitud. Esto equivaldría a evitarse muchísimas horas de sufrimientos.

Las PILDORITAS DE REUTER no deben confundirse con ninguna otra píldora, pues son completamente inofensivas e inmejorables para las enfermedades mencionadas.

Ellas entonan el estómago, regulan la segregación del hígado y mueven suavemente el vientre sin producir la menor irritación, produciendo de este modo un alivio inmediato, y, con un poco de constancia y régimen, una completa curación.

Unicos importadores:

ILLA & Cía.

MAIPU, 73

Buenos Aires

CORTESE ESTE CUPON Y REMITASENOS

Señores ILLA y Cía. — Maipú, 73. **(Sección P)**
Buenos Aires.

Sírvanse remitirme, gratis, las muestras de PILDORITAS REUTER, que ofrecen.

Nombre ....

Calle ....

Ciudad ....

C. C.



I

—¡Calla! ¡Ese viejo animal de Leloup de la Pétardiere ha muerto!

—¡No es posible!

Nuestro buen amigo el comandante Laripete, retirado, como ya sabéis, desde hacía tiempo, entregó el periódico a su viejo camarada el ex comandante Luc de Montfessier, que fué quien lanzó aquella frase de incredulidad.

Este, después de haber leído, replicó:

—Por mi fe que es verdad. He aquí uno al que no llorarán los que sirvieron a sus órdenes.

— ¡Insoportable coronel! Exigente en el servicio, arbitrario en el mando, siempre de mal humor. Chillón como un perro, falso como un gato, avaro y charlatán como una urraca.

— ¡Onésimo! — dijo la ex comandanta. — Te ruego respetes a los muertos.

¡Brava mujer! En cuanto tenía noticias de la muerte de un oficial conocido de su esposo, se sumía en un océano de pesares... y de recuerdos.

Hasta Leloup de la Pétardiere no le fué indiferente en su vida militar.

¡Oh, Dios mío! ¡Un simple capricho! ¡Dios os dé, amigos míos, una esposa semejante, que en vez de haceros incomodar con vuestros camaradas, como hacen muchas, es un nuevo y fuerte lazo de unión entre vosotros y ellos! Agrado de la casa para todo el mundo, encanto de vuestro hogar, prodigio de hospitalidad.

Pero muchos no merecen un tesoro semejante en sus lares y se mueren de enojo junto a una compañía semejante.

— ¡Qué cargante estaba con su estratega italiano Metoncula, cuyos principios se jactaba de aplicar!

— ¡Qué bestia más cargante!

— Lo que yo no le perdonaré nunca — dijo Laripete, — es el haberme hecho perder la única elegancia nativa que el cielo me otorgó; las demás eran debidas al uniforme y a la educación.

— ¡Y yo — repuso Montfessier, — yo que gracias a él, hace treinta años que no puedo caminar más que con botas que no querría ni el elefante del Jardín de Plantas!

— ¡Otra de vuestras necias historias de guarnición! — interrumpió el almirante Le Kelpudebec, lanzando una espesa bocanada de humo de su pipa. — Nosotros, los marinos, tenemos al servicio del auditorio una porción de relatos, hermosos, instructivos y pintorescos. Pero es curioso ver cómo el ejército de tierra vive de recuerdos pobres, e indiferentes o ridículos. ¡Siempre aventuras de café o de cuarto de corrección! Lo que digo no es para impedir que me cuente usted su aventura; al contrario. Ruego a Laripete, que tiene sobre Montfessier la ventaja de no tartamudear, se encargue de librarle de este cuidado. Unicamente tenía que decirles que yo me burlo de vuestras discusiones. No la franqueza más elemental, sino la más refinada cortesía, me hacen hablar así... ¿No es verdad, comandante?

— ¡Pobre Leloup de la Pétardiere! — pensaba la buena señora Laripete. — Hermoso caballero, pero, ¡ay!, ¡tenía un enorme juanete en un pie!

II

— Pues, sobre poco más o menos, era el año 1848 — comenzó diciendo Laripete. — Durante un año, próximamente, la moda del calzado de los hombres se parecía bastante a la que siguen hoy las clases acomodadas. Yo oí decir que los elegantes habían resucitado aquella forma de botines, que data de Carlos VI y presenta el pie en forma muy prolongada, puntiagudo de delante y permitiendo pisar sin la ayuda de tacón alguno. Es completamente natural que este género de calzado renazca en épocas en donde el germen democrático bulle en las venas del pueblo o la quimera de la igualdad ocupa el cerebro de la multitud...

— Basta de po... basta de polí... basta de política — replicó Montfessier, que, como había dicho Le Kelpudebec, era tartamudo.

— Es una observación filosófica y social, nada más. Pues siempre ha sido una distinción entre las razas tener el pie pequeño y muy arqueado. Quien dice distinción, dice privilegio; cualidad de la que sólo disfrutan en pequeño número los individuos de la misma raza. Así es que en épocas tranquilas habéis visto siempre a las personas elegantes llevar tacones altos para que resalte la curva con que terminan nuestras patas traseras, coquetería completamente lógica y natural. Pues poner en relieve sus ventajas personales para encantar la vista de los demás es ocupación de los hombres de bien. Cuando, por el contrario, floreció la igualdad republicana y retoñaron los inmortales principios, fué la plebe quien hizo la ley, y como tiene de nacimiento los pies planos, cree que todo el mundo los tiene también, por más que los que persisten en querer distinguirse de los demás por esta excepción suelen tenerlos aun más planos que aquéllos.

— Esto es muy cu... muy curio... muy curioso — dijo Montfessier.

— Es una ley general que no se aplica únicamente al calzado — repuso el bueno del comandante. — No son únicamente los pies los que llevan el sello de las pasadas humillaciones. No es sólo por los órganos motores cómo las clases directoras de hoy luchan con las que fueron largo tiempo dirigidas, las cuales tienen, cuando menos, el plausible orgullo de la Revolución. También la burguesía, para salvarse, no ha encontrado otro medio más que imitar a las conejos, refugiándose debajo de tierra... Pero volvamos a las cosas materiales. ¿Quieren ustedes apostar conmigo a que si, como todo lo hace creer, esa mayoría que impone las leyes, determina la forma de gobierno y pide el sufragio universal, llega a padecer un día diabetes, los sastres se verán obligados a idear para todo el mundo una forma de traje que recuerde el de los azucareros?

— ¡Eso se... eso se... eso sería calamitoso! — objetó el incurable Montfessier.

III

—Sigo esperando la historia —dijo Kelpudebec, gargajeando con estrépito. —En un relato de marina ya se hubieran ido dos barcos a pique, los caníbales se hubiesen comido tres hombres y dos mujeres en salsa picante; pues la cocina de esos puercos de antropófagos es tan fatal para los que comen como para los que son comidos.

—Se llevaban, pues, los zapatos de cartera —prosiguió Laripete— al menos en la alta sociedad, en la *selecta*, como dicen los revisteros de salones. Montfessier y yo éramos entonces dos oficiales jóvenes, pues habíamos ascendido el mismo día. Hacíamos raya y se comprende. El sexto de dragones era un regimiento en el que faltaban tenorios. A Montfessier y a mí nos adoraban las mujeres...

—Onésimo —interrumpió la comandanta, —¿te olvidas que estoy aquí?

—¡Dios mío, querida! —repuso Laripete. —Tú nunca has esperado a verme elegante, ¿no es así?

—Ni lo has sido nunca —añadió picada la señora Laripete. —Permíteme, sin embargo, que dude hayas podido ser, esto lo digo por ti, no por Montfessier, adorado por las mujeres.

—Tú nos tomas el pelo —agregó Kelpudebec.

—Sé lo que digo —replicó con firmeza el comandante. —Señoras de muy alto rango se han enamorado de mí. He visto duquesas sobre mis rodillas...

—Antes, tal vez... ¿pero ahora?

—Ahora más que antes —repuso Laripete con impaciencia. —Aquí está Montfessier que puede decirlo.

—Es ve... es verdad —respondió el aludido.

—Mi pie sobre todo. Mi pie finamente curvado les gustaba mucho. Pues hasta con aquel calzado feo hacía resaltar el valor de mi curva imperiosamente dibujada. Iba yo un día calzado a la última moda, con aquel zapato estrecho y puntiagudo, cuando el maldito coronel Leloup me encontró en la alameda de Carcasona, en donde estábamos de guarnición.

—¿Qué es eso, teniente? —me dijo, mirándome los pies.

—¡Mi coronel!

—Sufrirá usted ocho días de arresto por llevar botas ridículas y que no son de reglamento. Estamos próximos a la frontera; ninguna guerra nos amenaza, pero un buen militar debe estar pronto a partir al primer toque de clarín. ¿Es que acaso podría usted marchar así?

—¡Mi coronel!

—Dos días más, por hacer objeciones inconvenientes a vuestro superior.

Y sin dejar de gruñir dió media vuelta.

Dos pasos más allá encontró a Montfessier, pues casi nunca nos separábamos. Como iba calzado igual que yo, le impuso la misma corrección. Al presentarnos en el cuartel avisamos a los camaradas que iban calzados como nosotros. Se levantó un clamor de indignación que llegó hasta las cocinas, siendo tan grande, que se cortó una mayonesa que, por economía, se estaba confeccionando en ellas para el coronel.

—Creo que estas cosas no nos suceden más que a nosotros —dijo la comandanta.

IV

—Todos los oficiales en masa —continuó Laripete— se precipitaron en la zapatería del regimiento. Era preciso encontrar inmediatamente botas de punta cuadrada, el famoso calzado de ordenanza. Pero el maestro zapatero estaba recargadísimo de trabajo. Imposible satisfacer a nadie. Para hacer las botas a medida se necesitarían por lo menos quince días.

—¿Por menos tendrá usted botas hechas? —gritamos con angustia.

—Algunas docenas de pares hay, pero son de lance —replicó el eminente zapatero; —pero no son mías, y únicamente estoy encargado de venderlas. Tal vez sean demasiado caras para ustedes.

—¡No importa el precio! ¡Las tomaremos!

El infame zapatero nos hizo pagar veinte francos por un calzado que no valía la mitad.

En fin, aquella tarde ya no quedaba un oficial en el sexto de dragones que no llevase los pies enfundados en horribles botas de cuero con punta cuadrangular.

Al siguiente día el coronel pasó minuciosa revista.

—¡Enhorabuena! —nos fué diciendo a todos.

Y añadió lo mismo que Napoleón cuando hacía matar veinte mil hombres:

—¡Hijos míos, estoy contento de vosotros!

Desde el día siguiente un extraño rumor se esparció entre las señoras de la población, que causó gran hilaridad. Aquellas maliciosas señoras se habían fijado en una misma cosa, a saber: que todos los oficiales del regimiento, antes tan gallardos y elegantes, tenían un enorme juanete en el pie derecho.

Aquel descubrimiento fué para nosotros un rayo de luz. El maldito Leloup tenía un juanete en aquel sitio, pero un juanete como una montaña. ¡Eran sus botas viejas las que llevábamos todos! La astucia del coronel le sugirió esta idea para deshacerse con gran beneficio de sus zapatos inservibles, en combinación con el zapatero, el cual las arregló lo mejor posible.

—El resul... el resultado de todo es... to fué que tu... tuve un juanete en el pie.

—Es muy lógico —añadió Kelpudebec; —sencilla aplicación de la gran ley de Darwin. Pues donde se le presenta una expansión a la vida, se precipita en ella, y las fuerzas naturales cubren los vacíos que encuentran. Yo apuesto a que, al cabo de un año, el puesto que tenían en las botas la prominencia natural de su primer propietario, estaba ya llena. Así lo quiere la providencia que inventa enfermedades para todos los especialistas.

—¡Pobre la Pétardiere! —exclamó la comandanta dedicándole un postrer suspiro.



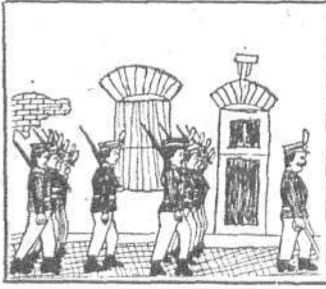
DIBUJOS DE BESARES.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

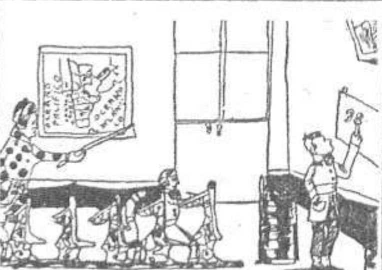


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

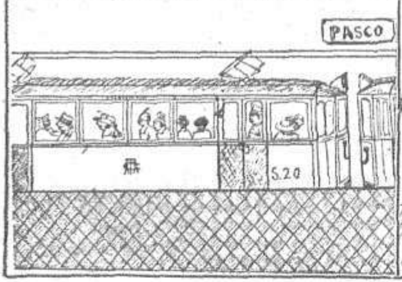


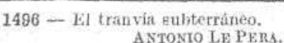
1493 — Los soldados desfilando.
ALEJANDRO P. PEREYRA.

1494 — A la hora del remate.
IGNACIO F. SCAPIGLIATI.



1495 — En clase.
ARMANDO ARDUINO.

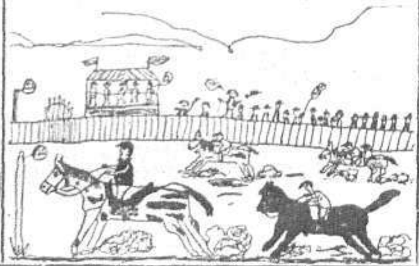




1496 — El tranvía subterráneo.
ANTONIO LE PERA.



1497 — Martínez y Carminatti, la yunta brava.
BENITO PÉREZ.



1498 — En las carreras.
TOMÁS RODRÍGUEZ.

Especialidades de la Casa América



Un rostro bien afeitado es exponente de distinción. Si usted se afeita solo, use la máquina

"GEM"

y comprobará con satisfacción que, por delicado que sea su cutis, las filosas hojas de la máquina dominan la barba más dura sin irritarlo.

OFERTA ESPECIAL

POR SOLO **$ 6.50** remitimos con porte pago a cualquier punto de la República un equipo completo **GEM,** compuesto de una maquinita, 6 hojas de acero adamascado y un elegante estuche.

Solicitamos agentes en todas las localidades de la República.

Gran catálogo N.º 28 de máquinas GEM de lujo y accesorios remitimos gratis.

APARECIO EL



OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18

El método solo, $ 1.50

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos, modelos de **"STRADELLA"**, y **Bandoneones Alemanes,** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite en seguida gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

N.º 101
Regio GRAFOFONO
AMERICA

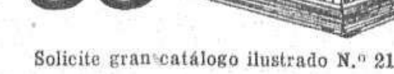
con gran corneta amplificadora del sonido. Motor suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria,

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis. Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35



Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21

DISCOS

Siempre grandes novedades en bailables Nacionales y Extranjeros, Cantos Populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. — Gran Catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — **Violín** tipo «**Conservatorio**», completo, con estuche, arco y pez, a $ 33.—

N.º 4101 bis. — **Violín** de orquesta completo, con estuche, arco y pez, a .. $ 38.—

N.º 4102 bis.— **Violín** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a $ **45.50**

N.º 4103 bis.— **Violín** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a..... $ 53.—

Otros modelos desde pesos 25.— Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 4 enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

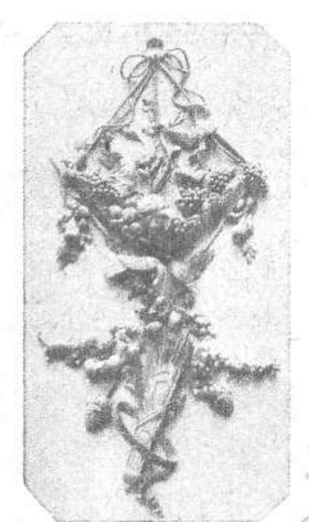
Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio.................... $ 1.90
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata.. » 2.60
Encordado «**Concertola**» de gran concierto, 4.ª de plata » 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez.... » 7.50

Muebles y Decoraciones

Por

LUZ Y SOMBRA



'Otoño'', creación del célebre escultor G. Gibbons.

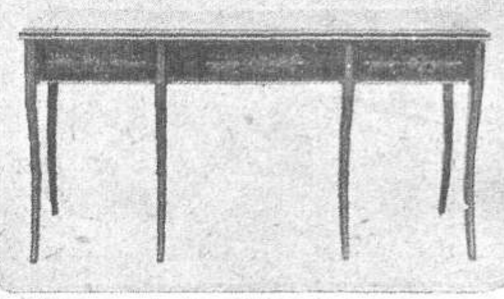


'Verano'', otro panneau de Grinling Gibbons.

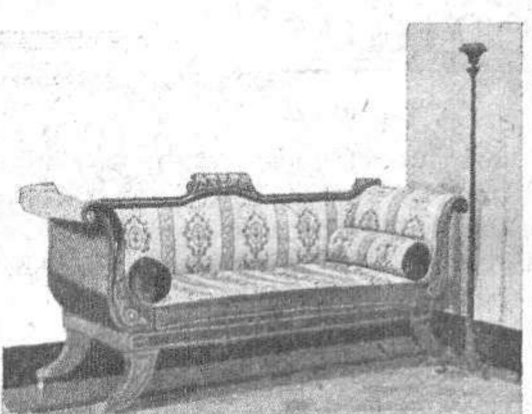
Las dos pasiones que entonces dominaban, Fragilidad y Magnificencia, fueron las hadas buenas en el bautismo del estilo Imperio, concebido con el fin de dar a Napoleón I un marco adecuado a sus glorias cosechadas en Egipto y en Italia; un marco que hiciera olvidar las grandezas de Luis XV y Luis XVI.

La sinuosidad de las líneas, la delicadeza de los adornos dorados sobre el ébano severo, el refinamiento y la esbeltez del conjunto han preservado de la muerte y del olvido ese estilo que, después de haber vivido y muerto, ha resucitado con mayores esplendores. Un interior moderno estilo Imperio puede tener las paredes pintadas de azul y las molduras color chocolate. Los muebles en ébano, así como las sillas y silloncitos caracterizados por la forma de las patas encorvadas hacia adentro, llevan adornos dorados. El mueble clásico en el estilo Imperio es la «dormeuse» o lecho de descanso.

Desdeñado después de la época Renacimiento, fué resucitado por Napoleón, quien apreciaba su utilidad después de largas horas de dura labor, cuando deseaba echarse sólo por breves minutos. Este mueble es, generalmente, de caoba con adornos de bronce (caballos alados, estrellas, abejas) cubierto de taffeta verde con galones broché, o de un pesado satín púrpura sembrado de abejas, emblema de actividad. También puede ser cubierto de tela de Jouy, hoy tan de moda.



Los adornos en oro de este exquisito mueble son una de las características de la época del Imperio.



Este sofá en ébano con adornos dorados y tapizado de negro y oro, aunque no es exactamente la llamada "dormeuse", pertenece a la época Imperio. La lámpara que le acompaña es de estilo, pero se ilumina por electricidad para el uso moderno.

Pero el clásico sofá Imperio es en ébano con aplicaciones doradas y con rueditas de metal, tapizado en negro y oro. Cerca del sofá tendrá que haber siempre una mesita en estilo para apoyar un libro, un florero o una urna antigua.

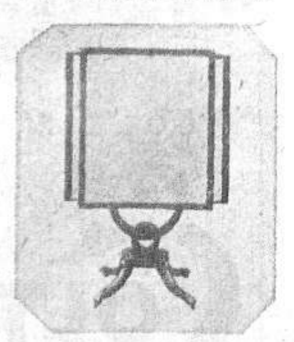
Sería superfluo enumerar aquí las comodidades que ofrece el sofá, y a las cuales debemos la reaparición de este último en los hogares modernos. Una madera blanca sin laca, realzada de negro, unas almohadas de satín blanco, el colchón de satín negro bordado en oro, he aquí un sofá que no puede desentonar con un juego de muebles moderno. En un boudoir asiático el sofá será de estilo anglo-chinesco, llamado Chippendale; barniz rojo-laca con o sin motivos dorados, forro de brocato oriental, almohadones multicolores; nada más acertado que este mueble destacándose sobre una grande lámina de cristal.

Para las habitaciones amuebladas a lo inglés se prefiere la madera de encina o de nogal obscuro muy pulido, acompañándola con satín de lana azul-zafiro o bordeaux. Las paredes estarán entonces tapizadas según el estilo del moblaje en general. Sin embargo, teniendo muebles antiguos que no soportarían un decorado moderno, no es difícil encontrar una decoración mural que haga juego con ellos. Un hábil artista resolvió esta dificultad tomando por argumento de las pinturas de las paredes de madera el mismo motivo antiguo bordado en las sillas y sillones que amueblaban la habitación.

Otras habitaciones exigen una decoración mural muy sencilla, limitada a una guarda, más o menos ancha, entre el límite superior de las ventanas y el techo. El comedor de sir Philipp Sassoon's, caballero inglés conocido por sus gustos señoriales, lleva una de esas guardas en estilo egipcio. Las paredes están pintadas en azul lapislázuli, los sillones dorados, el mantel de la mesa es orange y la alfombra gris. Otra decoración que exige la intervención de un artista especializado es la escultura mural. Es célebre el nombre y la obra de Grinling Gibbons, conocido por sus felices creaciones en escultura sobre madera. Son famosas, de él, las Cuatro Estaciones, de las que nuestro grabado ofrece un detalle. Grinling Gibbons — quien vivió en la segunda mitad del siglo XVII — supo encontrar un refinamiento y una delicadeza en las reproducciones de la naturaleza (de la que era amantísimo) que no fué luego superada ni en Inglaterra ni en otras partes.



Esta silla de estilo Imperio es de ébano con líneas doradas y tapizadas con indiana (tela pintada).



Este parafuego de tres cuerpos es en mogano y damasco carmesí, con rueditas de metal.



La TOS y MALES de GARGANTA

se alivian inmediatamente con las

TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN

Al dejar la suave temperatura de casa nuestros pulmones y bronquios son violentamente sorprendidos por el aire húmedo y frío de la calle.

Hay que ser previsor entonces para detener el mal a tiempo: una **TABLETA de OXYMENTHOL PERRAUDIN** (al oxygeno puro naciente) EVITARA y CURARA todo DOLOR DE GARGANTA, como asimismo la TOS, impidiendo al mismo tiempo que su mal se extienda.

EXIJANSE las verdaderas tabletas que llevan sobre cada caja la mención **TABLETAS OXYMENTHOL PERRAUDIN.**

De venta en todas las Farmacias.

Laboratorios de los Produits Scientia
10 rue Fromentin - Paris



CINTURA de elástico tejido, sin ballenas; muy cómoda y de duración. Apropiada para la moda actual y para personas que no usan corsé.

Medidas hasta 110 centímetros.

Ancho cms.	23	26	31
$	19	21	25

CASA PORTA

PIEDRAS, 341

FAJAS PARA SEÑORAS y CABALLEROS.

MEDIAS ELASTICAS, VENDAS, BRAGUEROS, etc.—PIDAN PRECIOS.





Equipo del Club deportivo Madero que jugó un interesante match de football contra el team del Sportivo Argentino, ganando por 1 goal a cero.

Equipo del Sportivo Argentino de Trenque Lauquen que, no obstante desarrollar un hermoso juego, resultó vencido.

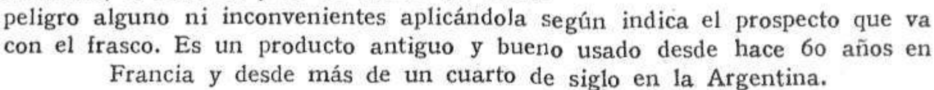
Ser vieja y **tener Canas**, bueno; pero **tener Canas** sin ser vieja, no.

No deje usted que la naturaleza le haga la broma de envejecerla antes de tiempo.

Recurra usted al

AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de manera tan hermosa que no se distingue. El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo; al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco. Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde más de un cuarto de siglo en la Argentina.



DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182 — Depósito en Montevideo: Sarandí, 429

A. ASTRALDI - SARMIENTO, 1042 BUENOS AIRES



NO HAY MOTIVO

para que los juegos de sala dorados se paguen tan caros. Hoy los géneros para tapizados valen una insignificancia, por lo tanto tienen que bajar de precio. Hermosísimo juego de sala dorado París, tapizado en finísimos géneros y armazones tallados, compuesto de 9 piezas.. $ **225.—**

SOLICITE CATALOGO DE MUEBLES EN GENERAL. — EMBALAJE Y ACARREO GRATIS

REMITA $ 1.— M/N

y le mandaremos un libro ilustrado que enseña cómo ganar hasta varios miles de pesos extra al año por medio de una industria fácil y agradable que en su propia casa puede atender cualquier persona.

OFERTA LIMITADA. ESCRIBA EN SEGUIDA

CASA REINHOLD - Belgrano, 499 - Buenos Aires

"EL BORDADO MODERNO"

J. A. CHAVES - SALTA, 529 - Buenos Aires.

Es la revista de dibujo más conveniente para bordados y toda clase de labores.

Enviando 10 estampillas de 2 centavos se remite un número de muestra.

Hay colecciones disponibles de 1921, a $ 6.—.

Maquinitas para bordar en alto relieve, a $ 5.50.

LO QUE ES LA VIDA

La vida es el mal. La expresión última de la vida terrestre es la vida humana, y la vida de los hombres cífrase en una batalla inexorable de apetitos, en un tumulto desordenado de egoísmos, que se entrechocan, rasgan y laceran. El progreso márcalo la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, a la trayectoria de la bala, que es de veinte kilómetros. La fiera nos perturba a diez pasos. El hombre, a cuatro leguas, nos llena de terror. El hombre es una fiera aumentada.

Nunca los abismos de las ondas produjeran monstrúos equivalentes al navío de la guerra, con las escamas de acero, las entrañas de bronce, el mirar de relámpago, y las fauces abiertas, pavorosas, rugiendo metralla, masticando llamas, vomitando muerte.

La pata prehistórica del atlantesaurio aplastaba el peñasco. Las dinamitas del químico quiebran montañas, como nueces. Si la presa del mastodonte despedazaba un cedro, el cañón Krupp aniquila baluartes y trincheras. Una víbora envenena a un hombre; mas un hombre, solito, arrasa a una capital.

Los grandes monstruos no llegan en verdad en la época *secundaria:* aparecen en la última, con el hombre. Junto a Napoleón, un megalosaurio es una hormiga. Los lobos de la vieja Europa devoran algunas docenas de viandantes, en tanto que millones y millones de miserables caen de hambre y de abandono, sacrificados a la soberbia de los príncipes, a la mentira de los curas y a la gula devoradora de la burguesía cristiana y democrática. El matadero es la fórmula cruda de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses; otros, para verdugos. Unos comen y otros son comidos. Hay seres tenebrosos, vestidos de andrajos, minando montes, y seres espléndidos, cubiertos de oro y de terciopelo, radiantes al sol. En el cofre del banquero duermen pobrezas metalizadas. Hay hombres que cenan en una noche un barrio fúnebre de mendigos. Adornan gargantas de cortesanas rosarios de esmeraldas y diamantes, mucho más siniestros y luctuosos que rosarios de cráneos en el pecho de salvajes.

Viven cuadrúpedos en caballerizas de mármol y agonizan parias en estercoleros infectos, roídos de gusanos. La letrina de Vanderbilt costó aldeas de miserables. Y en vista de que los palacios devoran pocilgas, todo «boulevard» grandioso reclama un cuartel, una cárcel y una horca. El dios Millón no digiere sin la guillotina de centinela. Los hombres se reparten al globo como los buitres el carnero. A mayor buitre, mayor porción. Hombres que tienen imperios, y hombres que no tienen hogar.

Los pies mimosos de las princesas se deslizan lucientes de oro sobre alfombras, y los pies vagabundos pisan, sangrando, guijarros, ásperos y breñas. Beben «champagne» algunos caballos de deporte, usan anillos de brillantes algunos falderillos, y hay criaturas que, por falta de una corteza de pan, encienden hornillos para morir. ¡Bendito el óxido de carbono que exhala paz y olvido! ¡Y la naturaleza, insensible al drama bárbaro del hombre! ¡Guerra, odios, crímenes, tiranías, hecatombes, desastres, iniquidades, déjanla indiferente e inconsciente, como la peña inmóvil a quien roza el ala de una avispa!

La aurora sonríe con el mismo esplendor a los campos de batalla y a la cuna infantil, y las hierbas golosas no distinguen la podredumbre de Locusta de la podredumbre de Juana de Arco. Regad vergeles con la sangre de Iscariote o con la sangre de Cristo, y los lirios inocentes (extraña inocencia) brotarán igualmente cándidos y nevados.

GUERRA JUNQUEIRO.

Tte. coronel José N. Lynch



El duelo causado por el deceso del coronel Lynch evidenció las grandes simpatías y afectos que gozaba el extinto en los centros sociales y militares de la metrópoli.


Fibrolicese
La juvenil frescura de su semblante, la gallardía de su andar, la agilidad de sus miembros, la agudeza y penetración de sus pensamientos, se conservarán íntegras por muchos años si usted repone con regularidad y metódicamente los degastes de su organismo, si usted no se abandona a la errónea creencia de que nada ni nadie mantendrá su energía vital más allá de una edad fija.
Muchos años vivirá usted, muchos años felices de vida activa y provechosa, si usted se
Fibroliza
periódicamente, para reponer sus pérdidas vitales y para aumentar su resistencia a las mil pestes y enfermedades que por doquier lo acechan.
Es para que las evite, es para fortalecerlo, es para que usted se conserve fresco, pujante y robusto que le recomendamos el
Fibrol
Tome una copita (de las de licor) antes de cada comida.
En las farmacias
$ 3.50 el frasco
Laboratorio Farmaceutico Argentino
Lorea 525-533
Buenos Aires

LA ORATORIA DEL VIEJO QUILQUES






ahura tiene que hablar el amigo Quilques — dijo en voz alta el comisario — porque no va a estar áhi agasapao como aguará entre las matas...

La indicación produjo el efecto que era de esperarse. Los paisanos que habían asistido al gran almuerzo campestre y que aun rodeaban la mprovisada mesa, hecha de largos tablones colocados sobre caballetes, se pusieron rápidamente de pie, manoteando y gritando con ensordecedor estrépito. Repetían clamorosamente:

— ¡Que hable! ¡Que hable!...

Entre tanto, Quilques sonreía benévolamente, con intención manifiesta de seguir callado, pues mientras los comensales intensificaban el alboroto, él llevaba a los labios el vaso de vino y se lo empinaba tranquilamente, viéndosele, a través del vidrio, la mueca irónica, que era en él una característica de su espíritu burlón.

Pero no contaba, seguramente, con la obstinación y el entusiasmo de aquella gente nativa, capaz de apelar a los recursos más extremos para obtener la realización de sus propósitos. Así fué que cuando el viejo parecía estar entretenido en la contemplación del espectáculo que ofrecían los fogones semiapagados; los asadores, lustrosos por la grasa y el hollín, con restos de carne soasada, destilando jugo sanguinolento sobre las brasas cubiertas de rescoldo, y los barriles de vino, ya exhaustos, con las canillas flojas, tirados sobre el pasto verde — lleno de manchas violáceas, — los paisanos lo levantaron en vilo y lo colocaron sobre un banco, diciéndole:

— Ahura está en la tribuna. No tiene más remedio que brindar, como ya lo hizo el amigo jues... A ver... largue el rollo... no se haga e rogar como güena mosa malcriada...

Ya no había escapatoria posible. Bien comprendió el viejo que sus amigos no cejarían en su empeño tozudo y se sometió, resignado a aquella imposición, que tenía, no obstante, forma de ruego, un tanto brutal, como es siempre la franqueza silvestre.

El viejo se acarició la barba gris, algo hirsuta, sin dejar de sonreir, y habló parsimoniosamente:

— Qué quieren, señores, que yo les diga, pobre viejo qui agatas sabe mover la lengua, dispués del lindo discurso qui ha improvisao el amigo jues, y que yo he aplaudido como el que más, aunque he entendido muy poco... lo que se debe, siguramente, a mi falta de estrusión, porque con las palabras, señores, pasa lo mesmo que con los animales del campo, que no se pueden conoser ni serca ni lejos, si no se sabe destinguir el pelaje...

Esto me hase acordar a un verso que aprendí cuando muchacho, y que por causa e mi inoransia, entuavía no he lograo comprender, y que dice ansina:

Bajaron cuatro pratéricos,
bajaron al mundo prático,
pa saber de los cantores
quien era el mático mático.
Del pumpún de la carqueja
sacaréis un pumpunático,
y si no me lo entendéis,
quedaréis en ayunático.

— ¡Canejo! — gritó el indio Ñacurutú; — lo que es yo, no he entendido nada. Parece qu'el verso está escrebido en jeringosa...

— Es la falta e sabiduría — replicó Quilques con sorna; — por ese mesmo motivo yo m'he quedao en ayunas con el discurso del amigo jues. Los puetas di antes eran ni más ni menos que como algunos de ahura, qui hasen versos pa trabajo e la humanidá... y el amigo jues, se ha contagiao con la costumbre... Pero él dijo unas palabras, qui al punto colegí — porque no soy tan inorante, tampoco... — Dijo qui aquí no habíamos venido a comer solamente...

Y de juro, señores, que ha tenido rasón... por más qu'el güeserío de veinte costillares pelaos, y seis barriles de vino, que ahura suenan como tambores si los golpian un poquito, podían probar que las barrigas han llenao sus junsiones satisfatoriamente y que los corasones pueden palpitar a gusto y desir lo que sienten... porque l'alma es ansina, güena y generosa, cuando el estómago avisa qui ha resuelto no almitir más regalos...

Ustedes dirán qu'esto es echar a perder el asunto, como se lo echó a perder la mosa al moso, cuando él — tuito entusiasmao — le dijo, al tirarse del mancarrón...

El patrón se jué pa Uropa
y el niño pa la siudá,
y yo me vengo a tu casa
pa mayor felisidá.

Y ella le contestó, reselosa...

Ya lo sé, pero mi padre
dise que no te resiba;
que vos no venís por mí
sinó por comer de arriba...

pero bien mirao, yo no he protestao ni he hecho repróche ninguno... Hay que comer... porque p'algo se inventó el churrasco, el asao con cuero y los dientes... Y no se crean que en esto de comer hay que contar sólo con el estómago, que al fin no es más que un saco, con boca d'entrada sin jareta y aujero correspondiente, por donde se le va tuito lo que se le echa... No, señores,

porque no hay hambriento más desvergonsao que los ojos. Los siegos comen también, dejuro, pero comerían más si pudiesen ver. Ahura mesmo, yo que estoy lleno como ese barril... de agua que naide ha ido a sacar entuavía e la rastra, miro aquel trosito e picana con cuero, que se está dorando solo, al juego lento e las últimas brasas, y me vienen ganas de sacarle una tira, por lástima que se achicharre, por visio, pa darle gusto a los ojos, que ya están sintiendo, más que mi boca, la gloria el jugo sabroso y calientito. No hay güelta, pues, señores, aunque tuitos los payadores del mundo quieran convensernos e lo contrario: el estómago manda y en el chisperío del fogón se calientan las ilusiones; el amor se mantiene regusto pa resistir los desengaños y el ánimo se tiempla pa peliar la vida con coraje.

A más, el churrasco y el simarrón convidan al gaucho — como a una fiesta — a haser un alto, pa descansar y olvidar el destino, y nunca el valor jué más grande que cuando se ensendieron los fogones y las guitarras empesaron a sonar dispués de la merienda, porque entonces el calor y la satisfasión se desparraman en las entrañas como la lluvia del cielo que riega las hojas y las ráises, levantando los tallos de los yuyos marchitos... sin dejar de lao, por supuesto, un güen trago e giniebra o caña, porque, como dijo el gran pueta campero:

..el hombre, como el horno,
por la boca se calienta...

Tuito esto, señores, no quiere desir que yo ponga l'alma en último lugar, como a una cosa de poca importansia, como una linda estampa di adorno, colgada en un rincón del rancho. Ustedes pensarían mal si me creyeran capás de proclamar semejante injustisia, porque Dios nos la dió pa sentir las alegrías y los dolores; pa mirar pa arriba y no siempre pal suelo siguiendo la marcha e los pieses, pero la puso adentro el cuerpo como una música entre la caja, que requiere la cuerda pa sonar. Esa es nuestra condisión humana: esa es la miseria de esta máquina e carne y güeso, indina de guardar tan gran tesoro, pero que cuando la caja no se conserva debidamente o se rompe la cuerda, se acabaron las músicas... por más fogones que se priendan dispués, y por más costillares que se enganchen en los asadores...

Demasiao sé que si la disgrasia se nos presenta en el camino, tuitos los que rodiamos esta mesa sabremos cuerpiarla, o haser menos duros sus asotes. Yo, por mi parte, m'he pasao muchos días sin llevar nada a la boca, juyendo de mis enemigos, pero l'hambre no me ha privao de cumplir con mi deber de peliar por la patria, defendiendolá como el mejor... alimentao...

Sin embargo, naide negará qu'el patriotismo se mantiene más firme con el estómago satisfecho, en medio e un entrevero, que con el estómago vasido. Yo lo he comprobao, que he peliao de tuitas maneras. En muchas ocasiones me han sorprendido con el cuchillo en la pulpa, y he montao en pelos llevandomé el churrasco entre las caronas, pa comerlo, dispués de venser a mis contrarios... o de disparar redotao, qui, a veses, el heroísmo obliga a dar güelta cara... pa no comprometer el ésito e la jornada.

Y últimamente, señores, pa acabar con esta plática de mi estómago satisfecho, fijesén en lo que pasa en el pueblo. Tuitos los días los diarios vienen llenitos de notisias hasiendonós saber las comilonas que se dan en osequio de los manates. ¿Que don Juan de los Palotes se va a casar? Los amigos se aprontan pa ofreserle un banquete con menú franchute, despidiendoló de la vida... de soltero. ¿Que llega un personaje o se va con la música a otra parte? Banquete aquí y banquete allá. ¿Que los asuntos internasionales andan medio atravesaos? Gran merienda en la casa e gobierno y juego graniao de discursos fraternales y apretones de manos qu'es un contento y espuma e champán qu'es un diluvio. Solamente a los dijuntos no se les ofrenda nada, como antes, asigún cuentan, estilaban los salvajes, pero es sabido, qu'el festejo lo hasen dispués los herederos, que tuito, al fin de cuentas, es comer, por la vida y por la muerte.



SANTIAGO ✦ MACIEL





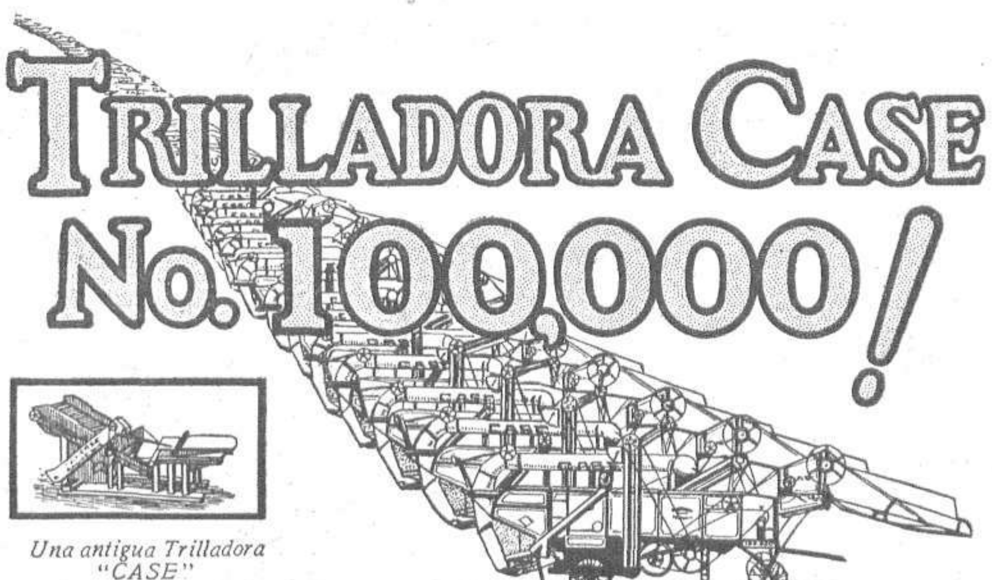
COMPENSACION
—¡Pero, Agata, esta sopa está muy salada!
—Ya lo sé, señor, ya lo sé... Por eso no he salado lo demás...



EL VISITANTE. — Pero es triste no saber del mundo durante todo el invierno...
EL NATIVO. — Lo mismo le pasa al mundo con nosotros.

De Carlos Casares

Banda Infantil Municipal que dirige el profesor señor Cayetano D. Fittipaldi, y cuya reciente creación ha sido justamente celebrada en esta localidad.



Una antigua Trilladora "CASE"

CON la terminación y venta, que han tenido lugar en Junio de 1923, de la Trilladora "CASE" N.º 100.000, la Compañía "CASE" ha construído y vendido hasta esa fecha una cantidad de Trilladoras más que suficiente para trillar toda la cosecha normal de los Estados Unidos y del Canadá.

La Compañía "CASE" es la única en todo el mundo que ha logrado fabricar y colocar. 100.000 Trilladoras. Este resultado, la Compañía lo debe exclusivamente a las normas seguidas durante sus 81 años de existencia y que consisten principalmente en la



El Símbolo Mundial de la Excelencia Mecánica.

Producción de Máquinas que son:

Tan sencillas que cualquier persona puede manejarlas;

Tan eficaces que trillan cualquier cereal y semilla, sin desperdicio;

Tan duraderas, que el término medio de su vida pasa de 20 años;

Y, por último, de precios tan razonables, que cualquier agricultor puede adquirirlas.

El año pasado, de entre los que quisieron adquirir una Trilladora "CASE" fueron muchísimos aquellos a quienes no fué posible satisfacer, por haber llegado sus respectivos pedidos demasiado tarde, cuando ya se habían agotado todas nuestras existencias en plaza. ¡Que este año no vuelva a incurrir Vd. en esa demora! Remítanos su pedido con la necesaria anticipación.

Actualmente tenemos en existencia solamente los últimos Modelos de las Trilladoras "CASE". Solicítenos el correspondiente Catálogo N.º CC 23/11.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

Paseo Colón esq. Belgrano — Buenos Aires

BAHIA BLANCA. ROSARIO. MONTEVIDEO. PORTO ALEGRE

Cuadro alegórico "Las Glorias de la Patria", integrado por un hermoso conjunto de niñas, alumnas del Colegio de la Santa Unión, y que fué uno de los mejores números del festival organizado por la dirección de ese establecimiento.

ACCION MARAVILLOSA

La Esencia de Trementina ejerce una acción verdaderamente maravillosa contra la jaqueca y todas las neuralgias. Pero es de un sabor tan desagradable que por espacio de mucho tiempo venía siendo imposible a los enfermos tomarla. Hoy puede tomarse ese excelente remedio sin sentir la menor repugnancia, gracias a las Perlas de Esencia de Trementina de Clertan. 3 ó 4 Perlas de Esencia de Trementina de Clertan bastan, en efecto, para disipar en unos cuantos minutos las jaquecas más alarmantes y las neuralgias más dolorosas, cualquiera que sea su asiento: la cabeza, los miembros, los costados, etc. De venta en todas las farmacias.

Advertencia. — Toda confusión se evita cuidando de exigir que sobre le envoltura figuren las señas del laboratorio: Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, París.

LOS DIEZ HOMBRES MAS POBRES DEL MUNDO



Adán era tan pobre que jamás tuvo plata ni precisó de sastres, porque se vestía con una hoja de parra, y fué feliz hasta que le extrajeron una costilla para fabricar con ella a su señora Eva.



Esaú estaba tan pato y sus futuras propiedades eran tan ruines, que vendió su primogenitura a su hermano Jacob por un triste plato de lentejas solas, sin salchicha, y fué feliz al comerlas.



Diógenes no tenía ni medio y se hospedaba dentro de un tonel abandonado; gozaba de felicidad completa porque no le importaban nada los caseros ni asistía a citaciones de los juzgados de paz.



El trovador gentil no conocía los pesos, los marcos ni las coronas, y cantando trovas, tonadillas y cuplés a la princesa del castillo, era feliz con solo que le arrojara unos mendrugos de pan criollo.



El explorador pedestre que va dando la vuelta al mundo, a pie, sin dinero, sin cigarrillos ni novelas que leer, es el turista más feliz de la tierra cuando llega a una estación con parada y fonda gratis.



Nada de lo que guarda el pastorcillo Bartolo es suyo; come pan y cebolla y vive dichoso tocando la flauta y buscando a la pastora.



Pierrot no posee ni una lira papel, y es dichoso como la cigarra lanzando cantos y más cantos a la luna hasta que ésta, aburrida, se nubla.



El poeta futurista: vive de lo que le dan por sus descompuestas composiciones, y es el hombre más feliz del planeta porque no tiene camisa ni planchadora que se la destroce.



Es recolector de residuos productivos; todo lo que tiran es suyo, y el día que hace una buena recolección no envidia a ningún banquero.

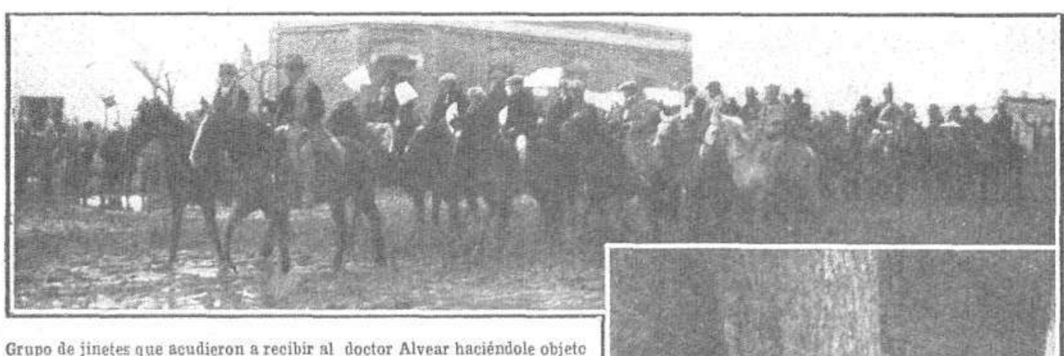


Da pechazos de veinte centavos para jugar a las quinielas, y cuando acierta y gana fuerte se siente más feliz y orgulloso que un multimillonario yanqui.

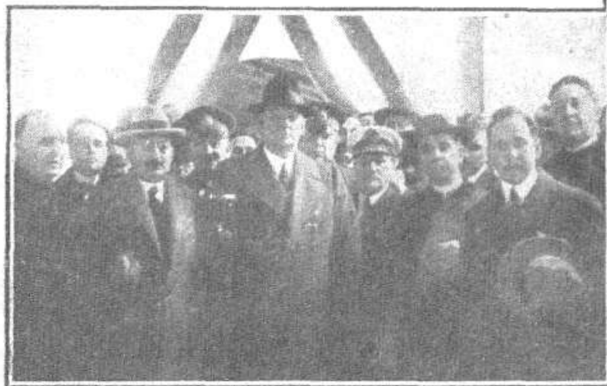
DIBUJOS DE REDONDO

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De Rosario. — Visita del doctor Alvear a San Lorenzo



Grupo de jinetes que acudieron a recibir al doctor Alvear haciéndole objeto de una sincera demostración de aprecio.

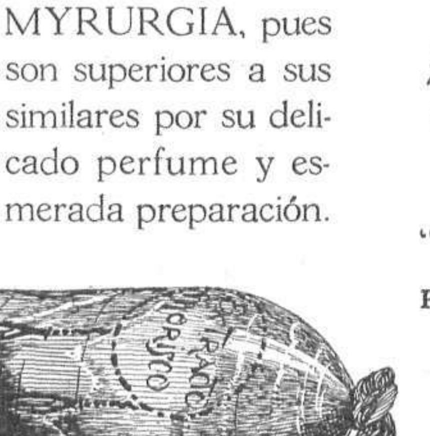


El Presidente de la República acompañado por el gobernador de la provincia, doctor Mosca, y por una caracterizada comisión de autoridades, visitando el convento de San Lorenzo.



El doctor Alvear contemplando el histórico pino a cuya sombra descansó el general San Martín después del glorioso combate, y que debido a la despiadada acción de los años ha concluído por secarse.

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc. le rogamos pida que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.



"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

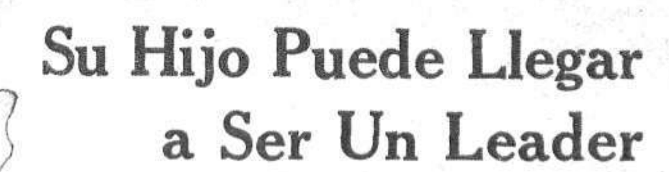


"MYRURGIA"

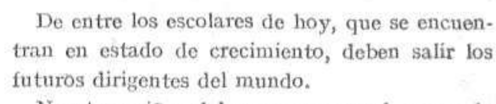
PERFUMERÍA ESPAÑOLA

Del país en que las flores son las más bellas del mundo.

Cada caja de polvo Maja Goyesca de MYRURGIA contiene una sorpresa para su compradora.



Su Hijo Puede Llegar a Ser Un Leader



De entre los escolares de hoy, que se encuentran en estado de crecimiento, deben salir los futuros dirigentes del mundo.

Nuestros niños deben ser preparados para la responsabilidad que sobre ellos deberá pesar más adelante.

Es esencial que se conviertan en hombres fuertes, sanos, robustos y de sólida mentalidad.

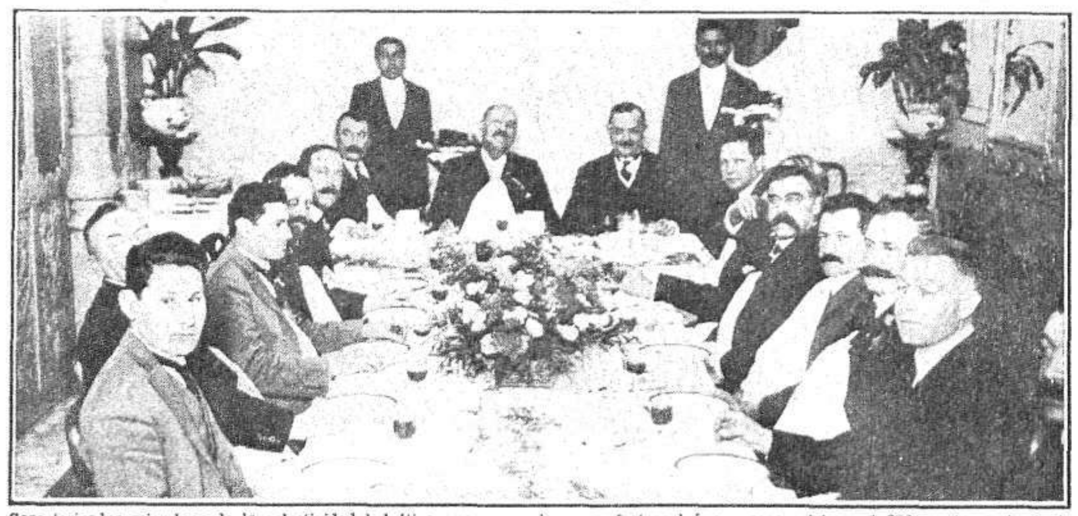
Su médico le dirá que los 16 elementos vitales requeridos por todo niño durante su crecimiento, para su poder mental, nervios, energía y buena dentadura, se hallan en el QUAKER OATS, que es igualmente beneficioso para los adultos.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats





Caracterizados miembros de la colectividad helvética que se reunieron en fraternal ágape para celebrar el 632.º aniversario de la Confederación Suiza.

LAS FAMILIAS MÁS RICAS

La riqueza de las familias es todavía más difícil de calcular que la de los individuos.

Consideremos el caso de los Rothschilds: los miembros de esta familia se encuentran esparcidos por el mundo. Los Rohtschilds entran a una categoría cuya fortuna no puede acreditarse a ningún individuo sino a toda la familia.

En esta categoría los principales son:

Los Rothschilds, de $ 250 a $ 500 millones.

Los Guggenheims, $ 200 millones.

Los Vanderbilts, de $ 75 a $ 100 millones.

Los Weyerhaeusers, de $ 100 millones en adelante.

Los Astors. Los cálculos varían desde menos de $ 100 millones hasta $ 700 millones, siendo más probable que la verdad se aproxime a la primera cifra.

Los Mellons, $ 75 millones, dos terceras partes de cuya cantidad se atribuyen a A. W. Mellon, actual Secretario del Tesoro de los Estados Unidos.

El grupo de familias debería abarcar propiamente a los Rockefellers, incluyendo a John D. Rockefeller, jr., y el Barón Mitsui tal vez debería ser incluído también en dicho grupo, porque es el jefe de un clan; con él debe figurar el Barón K. Iwasaki, cuya familia en el Japón sólo reconoce la superioridad de los Mitsui.



MINUCIOSAS OBSERVACIONES DEL VIVIR COTIDIANO

El primer día del nuevo empleo.

Llevamos un año de desocupación, sin hacer absolutamente nada, y cuando volvemos a emplearnos todavía pedimos un día de tregua antes de concurrir al empleo, para efectuar ciertas diligencias urgentes.

Es mentira: no tenemos nada que hacer; pero queremos gozar la intensa dicha de vagar un día sabiendo que ya tenemos empleo.

El problema del feminismo.

Opino que está mal planteado el problema del feminismo y que sólo por estar mal planteado aparece tan arduo.

Discútese si la mentalidad femenina es o no equiparable a la del hombre, y si la mujer puede o no desempeñar las mismas tareas generales que el hombre desempeña. Yo no creo que sea esto lo discutible. Lo discutible me parece que es si la mujer debe desempeñar las mismas tareas del hombre y si su mentalidad debe ser análoga a la masculina.

No es, pues, un problema de derechos, sino de conveniencia. No es un problema de *poder*, sino de *deber*.

La política y el sindicalismo.

Eso de la «democracia funcional» (feliz expresión con que el doctor José Ingenieros nos ha ahorrado muchas palabras) no es más que el Estado sindicalista, es decir, la organización de la sociedad mediante la delimitación de funciones.

Cuando en la sociedad seamos todos profesionales, el Estado sindicalista o democracia funcional vendrá por sí solo. Mientras tanto, la política gobierna todo ese mundo impreciso que sobrepasa a la técnica o no llega a ella todavía.

Creo que nunca llegaremos todos a ser profesionales.

La satisfacción del esfuerzo.

Cuesta esperar cuando vivamente deseamos algo, y moderarse cuando sentimos hervir interiormente la indignación, y contener la expresión «franca» que tenemos en los labios. Pero después de la espera y de la moderación y de la continencia verbal, ¡qué satisfacción!

La misma satisfacción se experimenta luego de haber concluído la lectura de un libro pesado o que no entendemos. Aunque no hayamos sacado provecho ninguno.

Es la satisfacción del esfuerzo, que no exige remuneración.

La hora dichosa.

Me atrae sobre todas las otras del día aquella hora que paso en la cama antes de dormirme.

Puedo tener encima fuertes disgustos, graves pro-



— Hace dos meses que no come carne, señora...
— ¿Sigue usted un régimen?



Lo que el angelito parece de noche...

blemas; pero ya estoy acostado, voy a dormirme; hasta mañana, por mucho que cavile, no resolveré nada. Así que ¿para qué preocuparme? Me acuesto y sueño como si jamás me hubiese disgustado, como si ignorase qué es un problema, como si fuese rico.

Es la hora dichosa.

La pedantería.

Consiste la pedantería en lo siguiente: en la invasión de lo razonable sobre lo afectivo. Por eso nunca se tacha de pedante a ningún poeta, y a menudo, en cambio, se atribuye pedantería a los sabios más dignos. El poeta opera dentro del radio afectivo, mientras que el sabio, actuando con lo razonable, puede invadir lo sentimental.

El acto máximo de pedantería que registra la historia es el de Nerón haciendo abrir las entrañas de la madre muerta para saber de donde él había salido.

La pública confidencia del confidente anónimo.

Siempre han hallado favorable acogida entre el público esas secciones de los periódicos en que anónimamente los lectores pueden hacer confidencias. Se comprende: para una niña que en secreto adora a un joven, ver en letras de molde y en público declarados sus sentimientos, es una manera de satisfacción... y sin compromiso, puesto que no hay necesidad de suscribir la declaración. Algo de objetivo se ha sumado a su intimidad, aun cuando la confidencia sea anónima.

Cierto lugar donde se puede pulsar la dignidad de un pueblo.

Si yo llegase a un país extraño, iría a ese cierto lugar y echaría un vistazo a sus paredes. No viendo en ellas nada escrito, diría que el pueblo de aquel país tenía dignidad, porque austeramente desechaba la ocasión única de desahogar en secreto bajas pasiones. Un hombre que en las paredes de ese lugar, cuando nadie le ve, cuando nadie puede hacerle responsable de su acto, escribe obscenidades, es un hombre que ha perdido o no ha alcanzado aún el primero de los respetos: el de sí mismo.

El cine y la palabra.

Dice Martín Fierro que el más preciado de los dones que Dios otorgó al cristiano es el de la palabra. Viendo cómo se aplauden en el cinematógrafo escenas que por su descaro nadie toleraría en el teatro, se comprende la razón de lo que dice Martín Fierro. Como el cine es mudo, no le exigimos tanta pureza.

JOSÉ GABRIEL



Tomasito, al dentista. — Antes de empezar, quiero decirle a usted que soy un fuerte jugador de football...



— ¿Pero los médicos te han dado de alta?
— Sí, porque creen que no tengo plata.



HELVECIA. — Grupo de jóvenes que asistieron al baile infantil realizado en el domicilio del señor Carlos Gozarelli festejando un *grato suceso familiar.*

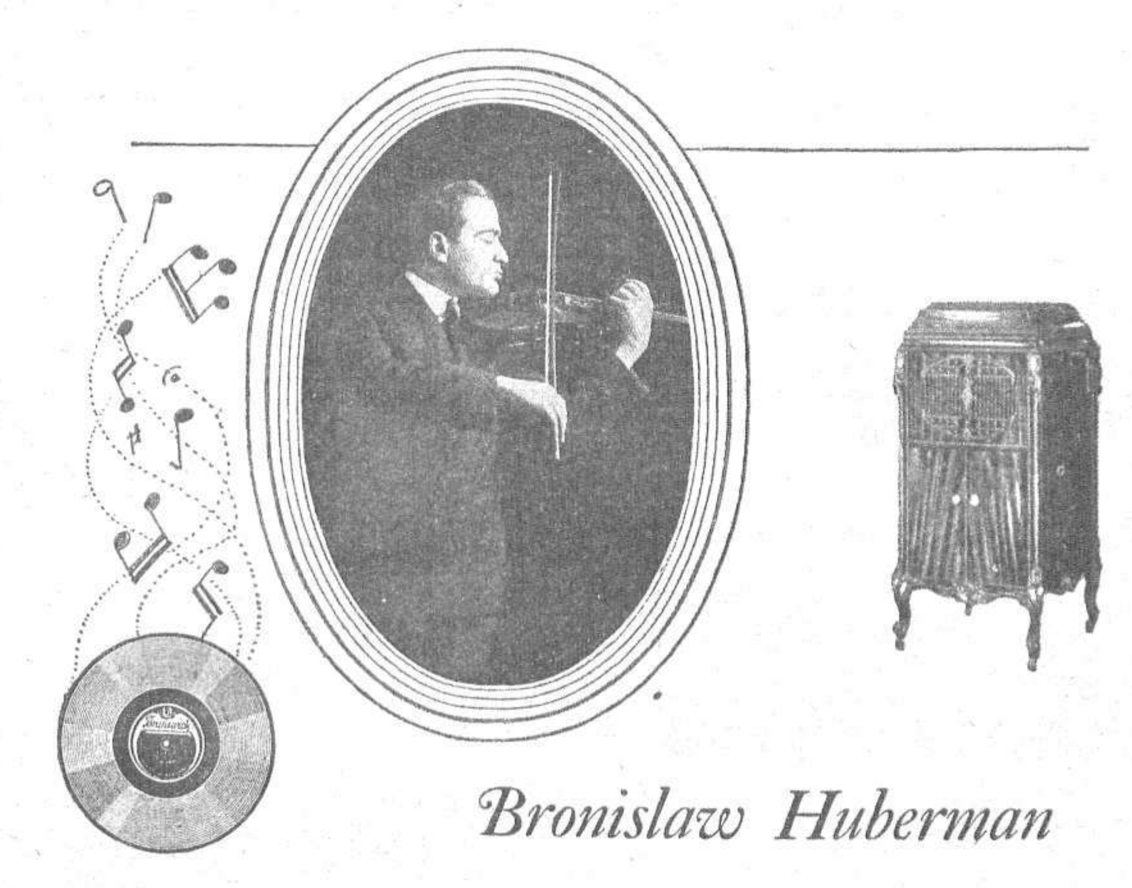
SPALLA CUENTA COMO SE HIZO PUGILISTA

Herminio Spalla, que hace poco venció al famoso campeón inglés de box Tom Cowier, *cuenta* en «La Tribuna» cómo se hizo púgil. Spalla se encontraba una tarde, durante el armisticio, en Goritzia, como soldado del 71 Regimiento de Infantería. Acababa de llenar un vaso de vino cuando un soldado inglés se apoderó de él y se lo bebió de un trago. Spalla creyó al pronto que se trataba de una broma entre camaradas y se echó a reir. Llenó otro vaso y la broma se repitió. Muy ofendido ya esta vez, Spalla se dispuso a castigar la ofensa y el otro lo animó a ello poniéndose en guardia de boxeo. «Yo, confiesa ahora Spalla, no sabía entonces ni siquiera lo que pudiera significar la palabra «boxeo». Sabía a lo sumo dar unos cuantos puñetazos. Acepté la invitación a reñir y golpeé repetidas veces a mi adversario. Los presentes, que formaban un anillo de espectadores, en cuanto vieron al inglés por tierra, se pusieron a aplaudir. Fué aquello para mí entonces como el bautizo de mi carrera pugilística. Un capitán inglés que se hallaba allí, el hoy coronel Christ, quedó muy complacido del juego que había yo hecho, elogió mucho mi fuerza y mi puño rápido. Tanto así, que concluyó por invitarme al campamento británico para enseñarme las nociones del boxeo. Hice rápidos progresos y no tardé en ser transferido a la escuadra militar deportiva; representé a Italia en las Olimpíadas militares de Joinville y conquisté el máximo título olímpico de box». En efecto, la rápida carrera y los repetidos triunfos del boxeador italiano son conocidos.

GENERAL LEVALLE. — El nuevo Int. municipal, Dr. Luis V. Rodríguez, y los concejales Sres. S. R. Diehl, N. Valdettaro, M. Cendoya, V. Borgatta, R. Caldvoell y J. M. Aguilera, de la Unión Contribuyentes, que triunfaron en las elecciones.



NOTAS DE ARTE. — Los artistas pintores señores José Malanca, Francisco Vidal, Antonio Pedone y el escultor Héctor Valaza y demás concurrentes a la Exposición Artística recientemente inaugurada.



Bronislaw Huberman

DISCOS CELEBRES DE HUBERMAN

15002	**Melodie.** Op. 42, N.º 3. Tschaikowsky. **Segunda Mazurka.** (Le Menetrier). Op. 19. Wieniawski.
15022	**Danza Húngara.** Brahms-Joachim. **Ronde des Lutins.** Bazzini.
30023	**Nocturne.** Op. 9, N.º 2. Chopin.
50019	**Ballade.** Vieuxtemps. **Polonaise.** Vieuxtemps.
50022	**Mazurka.** Zarazycke. **Kol Nidrei.** Bruch.
50026	**Canzonetta.** Tschaikowsky. **La Clochette.** Paganini.
50031	**Capriccio.** Valse Op. 7. Wieniawski. **Romance.** Wieniawski.

(Los discos **BRUNSWICK** pueden ser tocados en cualquier fonógrafo)

«Dígase al empezar que él es uno de los más sorprendentes técnicos en el mundo.»

(Crítica del *New York World*).

Como otros grandes artistas del día, este célebre violinista polaco cuyas representaciones en todas las capitales principales de Europa, en América del Norte y en Buenos Aires y Montevideo, asumieron grandes ovaciones, ha elegido los discos **BRUNSWICK** como el medio más adaptado para perpetuar su arte para la eternidad.

Pueden oirse en:

LA CASA BRUNSWICK-BALKE-COLLENDER Co.
VIAMONTE, 758 — BUENOS AIRES

CASA AMERICA, Avda. de Mayo, 979.
„ **BREYER,** Florida, 414.
„ **MULLER,** Paraguay, 1326.
„ **TOSI,** Maipú, 241.

Y OTRAS

Bajo la dirección de Supreme Concert Management de Nueva York.
L. Waldman, Director General.

Brunswick



FOMENTO DEL ALGODONERO

Entre los diversos cultivos industriales de mayor importancia que entran en el plan de fomento iniciado y puesto en práctica por el señor ministro de Agricultura, figura el algodonero, que hasta ahora, y a pesar de los esfuerzos realizados en diversos sentidos por empresas y gobiernos, no ha salido aún de su estado embrionario.

Cultívanse, en efecto, apenas 25.000 hectáreas, principalmente en el Chaco, mientras tenemos una zona algodonera apropiada para una próspera y feliz explotación que pasa de un millón de hectáreas, situadas propiamente en regiones de tierra virgen, fértil y barata y donde no faltan medios de comunicación, terrestre o fluvial, relativamente rápidos y cómodos, zona que inteligentemente explotada podría colocar a la Argentina a la par de los grandes países del mundo exportadores de algodón, como son Estados Unidos de Norte América, India, Egipto, etc.

En todo el norte de la república desde el paralelo 32, y por tanto en las provincias de Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes, Tucumán, Salta, Jujuy, la Rioja, Catamarca y Santiago del Estero, Chaco, Formosa y Misiones, se encuentran regiones adecuadas por sus tierras y su clima al desarrollo de esta preciosa planta textil.

Aunque las mejores condiciones para su normal explotación, en lo que se refiere a clima, se encuentan en zonas lluviosas, de 1.200 a 1.500 milímetros por año, como son las del Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones, se ha observado en estos últimos años que, aun con escasas lluvias relativamente, puede dar rendimientos satisfactorios y remuneradores, de modo que haciendo un buen cultivo y en buenas tierras hasta en zonas de secano puede cultivarse con éxito, como las de Santiago del Estero y otras.

Esta planta es bastante rústica en cuanto a tierras, pues se adapta fácilmente a las más diversas clases; pero son preferibles las de mediana consistencia, francas, profundas y fértiles; lo que sí exige buenas y repetidas labores de preparación: dos rejas por lo menos con suficiente distancia entre ellas y con anticipación la última y cruzada, con sus rastreadas necesarias para desmenuzar bien los terrones y dejar el suelo bien mullido para la siembra, que se efectúa en octubre, en su mejor época, a distancia de un metro a uno veinte entre las filas y de 70 a 80 centímetros entre las plantas, a profundidad de 2 centímetros; hay sembradoras pequeñas especiales que dejan caer dos o tres semillas en cada golpe; con 10 kilogramos de semilla por hectárea hay suficiente cantidad para una normal plantación de algodonero.

Las carpidas frecuentes para tener siempre limpio el terreno de las malezas; las raleadas oportunas para dejar solamente las plantas más robustas y las aporcaduras sucesivas, son operaciones indispensables para asegurar el éxito de este cultivo, a las que deberá agregarse la defensa contra las plagas: hormigas, langosta y orugas, esta última sobre todo, que es la más temible; se las combate con pulverizaciones de verde de Paris al 2 a 5 kilogramos por mil litros de agua, y un poco de cola de carpintero para facilitar su poder adherente; este mismo aplicado en seco parece dar iguales resultados, siendo, en cambio, más barato, pues se gasta solamente 1 kilogramo de polvo por hectárea; se emplea de la manera más sencilla: dos bolsitas de tela rala, rellenas de una mezcla en partes iguales de verde de Paris y harina, se atan en las extremidades de un palo de un metro o 1.20, según el ancho de las filas y un hombre a pie o a caballo camina entre las filas, sacudiendo las bolsitas, de las que cae la cantidad suficiente para pulverizar las plantas; efectuando la operación de mañana, con rocío, se obtiene una adherencia completa a las hojas.

La cosecha de este producto empieza en febrero o marzo, cuando los capullos adquieren color morado y se abren dejando ver sus blancos filamentos; la recolección por esto mismo es gradual y sucesiva; se efectúa a mano, clasificando los capullos y apartando los sucios de tierra o no madurados; un hombre o mujer puede cosechar de 40 a 50 kilogramos de capullos por día y en el Chaco se paga generalmente de 8 a 10 centavos el kilogramo de algodón en bruto; después se llevan los capullos a desecar sobre eras de tablas o cinc, durante dos días o más; luego se embolsa y se estiba en galpón para ser desmotado más tarde, es decir separada la semilla de la fibra por medio de máquinas desmotadoras.


Plantación de algodonero en perfectísimo estado de desarroll

El algodonero rinde, según las variedades y la marcha de la estación, de 1.000 a 3.000 kilogramos en bruto por hectárea; y se ha pagado hasta 450 y más pesos la tonelada; el algodón desmotado rinde el 30 %, más o menos, de fibra y el resto semillas, las que dan un 16 a 18 % de aceite comestible que substituye en la industria al de oliva, con el que se mezcla, pagándose hasta 100 pesos la tonelada de semilla.

La variedad más cultivada en el país es la del «Chaco», una mezcla de fibra medio larga, muy rústica y productiva; pero hay otras, como Manita, Russel, Texas Wood y Simp Kind, que se han ensayado y tienden a difundirse, con mejores resultados por rendimientos y clase de la fibra.

Es precisamente para extender la zona algodonera en la parte norte del país, para propagar variedades puras y seleccionadas, hacer conocer los procedimientos más adecuados para su cultivo y organizar la venta en cooperativas de fibra, que el Ministerio de Agricultura está organizando una seria campaña por medio de técnicos especializados que recorren la zona mencionada, dando instrucciones prácticas a los agricultores y distribuyendo semilla, que es la mejor forma para lograr resultados positivos e inmediatos.

HUGO MIATELLO
Ing. Agrón.


PRODUCTOS
SUPREMA
En sus manos está,
conseguir dar a su rostro ese encanto seductor que produce un cutis suave y fino.
Use diariamente en su tocador los afamados productos
SUPREMA
y mantendrá su belleza eternamente
POLVO GRASOSO
SUPREMA
De gran adherencia, suaviza y hermosea el cutis. La caja.................... $ 1.10
AGUA DE COLONIA
SUPREMA
De exquisito y delicado perfume. El frasco........................ $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía. Bolívar, 1725. Bs. As.
GRATIS remitimos a quien lo solicite una muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
SUPREMA
SUPREMA
COLOGNE
2.20

De Corrientes



GARRUCHOS. — Alumnos de tercer grado de la escuela nacional número 17 durante una clase de lectura al aire libre, dirigidos por la señora Vidal de Sandoval.

UTILIZACIÓN DE LA ELECTRICIDAD ATMOSFÉRICA

La Tierra, como todos los astros, posee una «electricidad propia», cuyo principal origen es probablemente debido al roce con el éter que sufre por su doble movimiento de rotación y traslación en el espacio. Todos los gases secos, ázoe, óxido de carbono, ácido carbónico, etc...., excepto el hidrógeno, gas metálico, y por consiguiente conductor, son elásticos, inertes y aisladores. Lo propio debe acontecer con el éter.

El interior de la Tierra está electrizado negativamente; el aire que forma su atmósfera, su envoltura flúida, lo está positivamente. El potencial o tensión eléctrica del aire va en aumento a medida que aumenta la altura en la fotosfera terrestre; los trabajos y estudios de Franklin, lord Kehun, Marcart y otros físicos así lo han dejado establecido. Al nivel del suelo no se encuentran rastros de electricidad; desde un metro, paulatinamente, se van hallando, y desde los 100 metros de altura aumenta rápidamente.

La cúspide de la torre Eiffel se baña en una capa atmosférica electrizada con cierta intensidad, gran conductora de ondas hertzianas; por ello resulta la mejor antena para la telegrafía sin hilo.

Las observaciones hechas en aerostatos han probado que el aire de las grandes alturas, 6.000 a 7.000 metros, está muy cargado de electricidad positiva. La capa de aire electrizado que rodea y envuelve a la Tierra excede a 100 kilómetros de espesor; rarificada al extremo en sus últimos límites, frota directamente con el éter a una velocidad de 100.000 kilómetros por hora en el movimiento de traslación alrededor del Sol, cargándose de electricidad positiva, y la Tierra, por influencia, de electricidad negativa.

La Tierra como un colosal dinamo, crea corrientes de un poder inmenso.

Es, pues, cuestión de saber aprovecharlas, captar tales energías latentes naturales para industrializarlas.

El señor Julio Guillot, ingeniero francés, ha inventado un aparato que capta la electricidad atmosférica. Si, como parece, el descubrimiento es práctico, pronto la energía eléctrica abaratada en forma extraordinaria, se extenderá por el mundo entero, dado que la fuente de donde brota es inagotable.

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

Las enfermedades propias del sexo femenino: Leucorreas, Flujos blancos, Cistitis, Vaginitis, etc. (sean estas producidos por contagio o debilidad) y sus molestias consiguientes, desaparecen de una manera **rápida y segura** con la



INYECCION 918

que no tiene similar en su género, porque es Electro-Activa.

Su aplicación es cómoda, no necesitándose tomar nada por vía bucal, sistema éste último que trae aparejados trastornos del estómago, vejiga, riñones, etc. Tampoco es necesario seguir régimen especial.

Ensaye un frasco: sea su caso crónico o agudo, tenga la certeza de que **la Inyección 918 le dará un resultado benéfico seguro.**

Precio del frasco, $ **5.**— m/n. Si su farmacéutico no lo tiene, pídalo, adjuntando 30 centavos para flete, a los

LABORATORIOS FARMACEUTICOS D'INZEO Ltda.

SOLICITE FOLLETOS EXPLICATIVOS.

Corrientes, 2517. — Buenos Aires.



Presérvese de enfermedades dolorosas curando rápidamente sus toses y resfríos

con el insuperable

GLICEROLATO AMARO

TERPINA Y CREOSOTA

D'EMILIO

Es insuperable para aliviar y curar toda enfermedad de los bronquios.

Transcribimos la opinión del eminente profesor Dr. Elia Crolla.

«Son varios los enfermos que he tenido bajo mi curación y todos han obtenido ventajas admirables con el GLICEROLATO AMARO.»

Pídalo en todas las farmacias y droguerías, o a su

Unico Depositario: FEDERICO LANCELLOTTI

Rosario, 588. Buenos Aires. — U. T. 1756, Flores

TOS

Vd. debe evitar y combatir las afecciones a las vías respiratoras con medicamentos realmente eficaces.

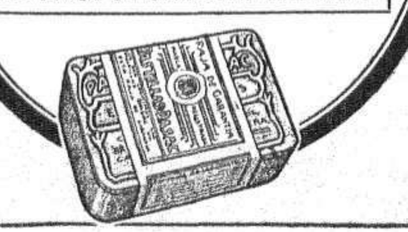
Pruebe las

PASTILLAS y JARABE

DASAC

PASTILLAS, la caja, $ **1.**—
JARABE, el frasco, » **1.20**

En venta en todas las farmacias



Prepárese para la maternidad...

y tendrá hijos sanos y robustos.

Pruebe el

DINAMOFERRIN FLINDT

Una cucharada, después de cada comida, beneficia el cerebro y los nervios en forma maravillosa; devuelve el apetito y asegura la perfecta asimilación de los alimentos, con lo cual se enriquece la sangre y se robustece todo el organismo.

El DINAMOFERRIN Flindt es elaborado de acuerdo con los más modernos y probados principios científicos. Contiene Coca, Kola, Hierro, Fósforo, Arsénico y Estricnina en proporciones justas.

ENSAYE USTED UN FRASCO

En todas las Farmacias. — El frasco, $ 3.20

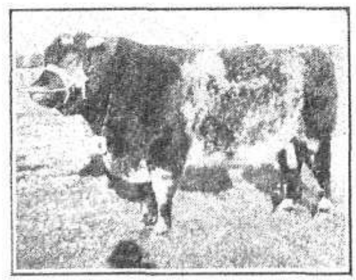
Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "Las enfermedades más comunes".

UNICOS DEPOSITARIOS:

DROGUERIA AMERICANA

Bmé. MITRE, 2176 — BUENOS AIRES

Séptima Exposición Anual de Ganadería en General Villegas (F. C. O.)



Primer premio y campeón de la raza Shorthorn de pedigree y también ganador de muchos premios particulares. Criado y expuesto por Carlos A. Brown.

Siendo un cabal y perfecto optimista en los beneficios de la información que se deriva de las sociedades rurales que trabajan en todo el país y de los provechos que pueden obtenerse de las exhibiciones conjuntas por parte de los estancieros de varias provincias, siempre las prédicas del que suscribe tendieron a tales fines, poniendo de relieve, una y otra vez, la conveniencia de la unión entre organizadores, dueños de haciendas y agricultores en general, lo que determina ventajas indiscutibles.

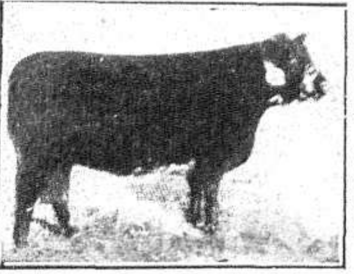
Digamos que las comparaciones no siempre son odiosas, pues, en muchas ocasiones, es necesario echar una mirada retrospectiva y confrontar cuáles han sido los éxitos que se obtuvieron entre varios partidos y por diversas instituciones, y darse cuenta de las normas que se siguieron para alcanzar buenos resultados en sus exhibiciones.

Cuando la Sociedad Rural de General Villegas fué fundada, la industria agrícola y ganadera encontrábase en condiciones más florecientes que en la actualidad y los fundadores tuvieron especial cuidado de establecer dicha agrupación sobre sólidas bases.

«La unión constituye la fuerza» fué el lema alrededor del cual se agruparon estrechamente, consiguiendo muy pronto positivos resultados; desde sus comienzos pudo advertirse una perfecta armonía en su marcha, a la que prestaron su apoyo financiero personas tan competentes como los señores Carlos A. Brown, Guillermo Melville, George Emerson, Guillermo A. Brown, O. G. Hoare, Tomás Wood y A. R. Navarro, todos los que vienen laborando incesantemente por la prosperidad de la asociación y por elevarla a la categoría de primera clase, que hoy ocupa.

También es cierto que otros miembros y asociados han puesto de relieve ser «buenos soldados» de esta industrial milicia, prestándole ayuda; pero los mencionados son y han sido el alma de ella. Asimismo es de justicia manifestar que la administración del F. C. del Oeste cooperó al interés despertado por esta periódica exposición.

Acaso a muchos de mis lectores se les ocurra pensar que la magnífica calidad de los terrenos de General Villegas y de los distritos limítrofes, que son cultivados por expertas y numerosas familias, han contribuído en buena medida al notable éxito alcanzado por dicha exhibición. Indudablemente que ello es cierto en la parte que le corresponde. La buena calidad y el fino pelaje de los rebaños del distrito revelan las mejores condiciones de presentación; pero sin olvidar este factor de los pastos, hay que tener en cuenta la labor de los «pioneers».



Campeona de la raza Shorthorn de pedigree y ganadora de la Copa Ferrocarril Oeste y el premio Casa Ortiz. Criador y expositor: Carlos A. Brown.

¡Cuántas instituciones análogas de otras partes de la república podrían beneficiarse tomando el ejemplo de esta exposición de General Villegas! Siento decir que necesitarían de semejante estímulo más de las que se pueden contar por los dedos de una mano.

Esta exhibición de 1923, convenientemente localizada en el citado lugar de General Villegas, inauguróse el 8 del corriente y constituye la séptima que se celebra bajo los auspicios de la Sociedad Rural tantas veces nombrada.

Comenzando por la sección ganadera, diremos que los registros apenas alcanzaron la cifra de años anteriores, y ello se comprende si recordamos la crisis sufrida durante los dos últimos, crisis que determinó cierto aflojamiento en los criadores hacia la atención y gasto que demanda preparar los animales para ser expuestos.



Junior campeón y reservado campeón Shorthorn de pedigree. Expositores: B. Ginocchio e hijos.

Sin embargo de lo dicho, el buen papel desempeñado por los ejemplares premiados en el acto de la inauguración, resultó una magnífica prueba de que los principales exhibidores se habían preocupado de mantenerlos sin que mostraran el menor síntoma de decadencia. Y este detalle se manifestó en seguida en una reñida competencia que marcó envidiables premios, resultando muy pocas categorías sin un razonable galardón.

El señor Jorge Gordon-Davis cumplió satisfactoriamente como único y y concienzudo árbitro, siendo muy aplaudidas la mayoría de sus decisiones por el autorizado público que presenciaba las clasificaciones.

Los primeros animales que se presentaron en el «ring» para ser apreciados fueron los toros de pedigree Shorthorn de dos y medio y tres años, y aquí se presenta D. Carlos A. Brown de la cabaña «Marion», ganando fácilmente con un espléndido toro rosillo, de buena calidad, «Marion Collynie Knight 25th.», hijo del importado «Collynie Knight Lavender» y un «Augusta» por la parte materna. Este ejemplar es de gran carácter masculino y racial, con gran desarrollo costillar, hermosas líneas, de buen toque y macizas carnes y de buen caminar. Ultimamente se le adjudicó al «Campeón macho» y las copas de la Municipalidad y A. R. Navarro y Cía.

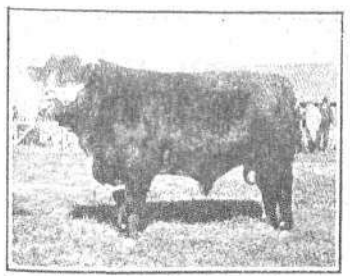
El segundo premio en esta categoría lo mereció un toro rosillo de propiedad de los señores Ginocchio e hijos; un ejemplar de buen peso, buenas líneas, pero algo abierto de espaldas. El tercer honor correspondió al señor Carlos A. Brown, por un bien desarrollado hijo de «Collynie Knight Lavender», pero de desigual



Aspecto de la pista al inaugurarse la exposición. En el centro se ven a los dos toros que alcanzaron el campeonato de la exposición y el reservado de campeón Shorthorn inscripto.

lineaje abajo en la parte abdominal.

En la categoría para machos nacidos del 1.º de enero al 30 de junio de 1921 solamente cuatro toros fueron exhibidos. Los espectadores mostraron sus simpatías por uno de


Campeón de la raza Shorthorn, no inscripto, y ganador de premios particulares. Criado y expuesto por Carlos A. Brown.

ellos, rosillo oscuro de buena figura y gran peso, de la cabaña «San Pascual», pero el árbitro se decidió por otro grandote de igual color, procedente de «Marion», ejemplar de muy buen toque. El segundo premio lo obtuvo el toro de «San Pascual», y los señores Ginocchio e hijos se ganaron el tercero.

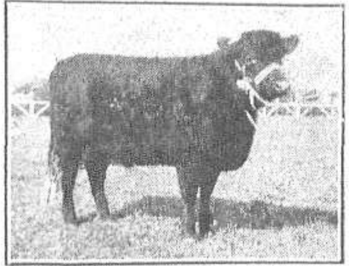
La siguiente categoría, para toros nacidos del 1.º de julio al 31 de diciembre de 1921, se verificó muy concurrida. Quince toros se presentaron ante el juez, quien procedió sin prisas, examinándolos detenidamente antes de adjudicar el premio. La primera clasificación correspondió a un típico semental, «Ardlethen Brahmin 9th.», propiedad de D. Carlos A. Brown, por «Ardlethen Brahmin» y «Augusta Eclipta». La segunda se la llevaron los señores Ginocchio e hijos con un ejemplar de grandes cualidades, de color colorado.

Nueve candidatos se presentaron para la clase de machos nacidos del 1.º de enero al 30 de junio de 1922, estableciéndose reñida competencia entre las cabañas «Marion», «San Pascual» y «Santa Aurelia». Un ejemplar estrecho, de carnes lisas, rosillo, procedente de la última de las citadas, y de propiedad de los señores Ginocchio e hijos, ganó el primer premio; D. Carlos A. Brown recibió el segundo con un macho de gran profundidad y peso, con buenas carnes, rosillo, con un excelente lomo; y el tercero correspondió a otro rosillo de la cabaña «San Pascual», algo imperfecto en el toque. Dos espléndidos toros de propiedad del señor Jorge Emerson fueron premiados en cuarto y quinto lugar. El ganador de esta categoría fué después reservado como campeón de la exposición, también como «Junior Champion».

La última categoría de toros pedigree fué para machos de un año, y los catorce que se exhibieron resultaron de excepcionales méritos. El árbitro examinó concienzudamente antes de separar los tres primeros y al cabo se decidió por los que se hallaban en primera línea. Con todo, logró ganarse el favor del público dando el primer premio a un ejemplar de macizas y proporcionadas líneas, color colorado, de la «Mitikile»; el segundo se adjudicó a un bien desarrollado y corpulento macho, blanco y colorado, presentado por D. Carlos A. Brown. Este torito es hijo de «Balcairn Dazzler», que costó en Escocia 5.000 guineas (alrededor de 70.000 pesos) y una vaca de la tribu «Lavender».

El señor Jorge Emerson, de la estancia «La Ema», ganó el tercer honor con un macho de grandes cualidades, rosillo, «Augusta's Monarch».

La medalla de oro de la Sociedad Rural Argentina para el mejor grupo de tres toros pedigree correspondió a D. Carlos A. Brown, con otros tantos espléndidos animales que se presentaran otra vez en Palermo.


Primer premio y campeona de la raza Shorthorn, no inscripto, y ganadora de la Copa Lucero. Criador y expositor: George Emerson.

Los señores Ginocchio e hijos ganaron la copa de plata ofrecida por la Honorable Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires para el mejor grupo de tres toros de pedigree *hijos de un mismo padre*, y la copa obsequiada por los señores Bullrich y Cía. para el mejor grupo de cinco toros de pedigree se adjudicó a D. Carlos A. Brown.

La más vieja categoría de vacas la constituyeron cuatro buenos ejemplares de crianza. La ganadora fué el número 58, una «Augusta» procedente de «Marion», estancia del precitado D. Carlos A. Brown, nieta del gran semental «Sterling Benedict» (que le costó setenta y un mil pesos en subasta), por medio de «Sterling Vindictive», un toro que fué reservado «Junior Champion» en Palermo hace dos años. Esta ganadora es de magníficas características, buenas líneas y bien formado cuarto trasero. El segundo premio correspondió a un ejemplar corto de remos, blanca y colorada, de «Mitikile», y el tercero se lo llevó una hermosa vaquillona de «Santa Aurelia», pero de mal caminar.


N.º 112, primer premio y Junior campeón de la raza Shorthorn, no inscripto y también ganador de la Copa Nueva Estrella. Criador y expositor: George Emerson.

Media docena de candidatos formaban la próxima categoría para hembras, y nuevamente el señor Carlos A. Brown salió premiado, esta vez con un precioso y atractivo ejemplar, rosillo, por «Balcairn Dazzler». El segundo premio correspondióle a la cabaña «Santa Aurelia» con una colorada y blanca, por «Esther Collynie Prince».

Vaquillonas de un año se presentaron seis de ponderable clase. «Mitikile» se ganó el primer término por una muy hermosa y bien proporcionada hembra rosilla, y el segundo lo alcanzó «Marion» por un ejemplar de gran pureza de cualidades, rosilla, de excelentes perspectivas lecheras. «Santa Angela» ganó el tercer premio.

Cuando las tres primeras ganadoras fueron seleccionadas para la adjudicación del campeonato, el árbitro no se vió apurado para decidirse por la vaca «Augusta Venus», del señor Brown, la misma que también ganó la Copa Ferrocarril del Oeste y el premio Casa Ortiz, además de haber pertenecido al grupo de las que se adjudicaron la copa Santa Inés para las tres mejores vaquillonas de pedigree Shorthorn.

El campeonato reservado para hembras lo ganó «Mitikile» con «Princess Molly».

Aberdeen-Angus. — De «La Escondida» — ganado Angus — propiedad de don Enrique Brown y hermanas, es apreciada su reputación en todo el país, habiendo ganado, entre otros, los más altos honores como criadora y engordadora en nacionales e internacionales exhibiciones de Palermo, y no causará sorpresa alguna que haya merecido todos los premios de su categoría en esta exposición.


Grupo de toros Shorthorn, dientes de leche, no inscriptos, 1.er premio en la categoría 23, y también ganadores de la copa El Central. Criador y expositor: Guillermo A. Brown.


Grupo de carneros Romney Marsh, 1.er premio y campeón, y también ganadores de premios particulares. Criados y expuestos por Guillermo A. Brown.

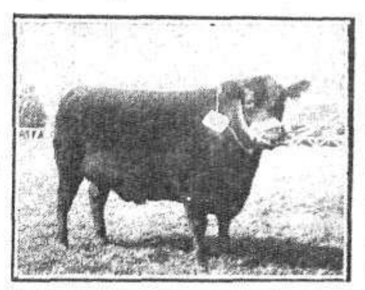
SHORTHORN DE NO PEDIGREE, A GALPÓN O A PALENQUE. — Esta sección de «non-pedigree Shorthorns», expuesta en General Villegas, siempre constituyó un incentivo lo mismo para criadores que para el público, y este año se distinguió sobre los anteriores con mucha ventaja. El juez hubo de emplear más tiempo que en ninguna otra decisión para cumplir honradamente y con inteligencia su cometido. La competencia fué muy reñida en las diversas categorías que se presentaron.

En toda la sección, machos y hembras fueron de excelente calidad y de muy apreciable clase, tanto juzgados como unidades como por grupos.

Diez toros a galpón o a palenque disputáronse la categoría para machos de dos dientes arriba, ganando el primer premio un ejemplar largo, de buena calidad, rosillo, de «Santa Inés». El segundo se adjudicó a otro de la cabaña «Drabble», propiedad de los señores Alfredo Drabble y Hermanos, toro de gran peso y características de semental. Al señor Guillermo A. Brown le correspondieron el tercero, cuarto y quinto premios por sus machos de pura calidad, colorados y rosillos, que lograron la admiración de los espectadores.

La siguiente categoría para machos de dos dientes tuvo diez y ocho competidores, ganando el primer premio un ejemplar rosillo oscuro, de espléndidas líneas, de racial y masculino carácter, procedente de «Marion». El segundo correspondió a un hermoso macho de calidad, de «Mitikile»; el tercero a «Santa Inés»; el cuarto y el quinto con muy buenos toros correspondieron al señor G. Emerson.

La categoría para machos hasta de 12 meses se exhibió con nueve animales y la competencia fué muy reñida. El señor George Emerson ganó el primer premio con un rosillo de



Novillo Aberdeen-Angus campeón de la Sección Gordo. Criadores y expositores: Enrique Brown y Hnas.

buen color con espléndidas líneas, de buenas proporciones y mucha carne de gran toque, con las espaldas bien colocadas y lleno de carácter racial. El segundo premio fué ganado por «La Margarita» con un torito bien criado y con bastante peso para su edad; y el tercer premio se le adjudicó a un producto típico de la cabaña «El Central», de Guillermo Brown.

Cuando los toros de los primeros premios fueron presentados ante el árbitro, el público demostró su entusiasmo. Después de un ciudadoso examen, el Jurado dió la codiciada roseta a don Carlos A. Brown, por su toro N.º 95, el que ya había ganado la categoría de los dos dientes; y el toro de «Santa Inés», que ganara la primera categoría, fué designado reservado Campeón.

Las hembras fueron de excepcional mérito para no ser de pedigree, y sin duda muchas de ellas podrían haber ganado categorías de «inscriptos» en Palermo.

En la sección para hembras a galpón o a palenque los principales ganadores fueron de la propiedad de los señores George Emerson y Guillermo y Carlos A. Brown; y en las categorías para grupos de cinco animales el señor Guillermo Brown ganó todos los primeros premios de la exposición y también todos los particulares.

La campeona fué criada y expuesta por don G. Emerson, quien repitió ahora sus éxitos del año pasado.

NOVILLOS GORDOS. — La categoría en esta sección fué muy superior y el campeonato para individuales correspondió a un gran ejemplar de la raza Aberdeen-Angus. El reservado de campeón fué ganado por un novillo «baby beef» de «El Central».

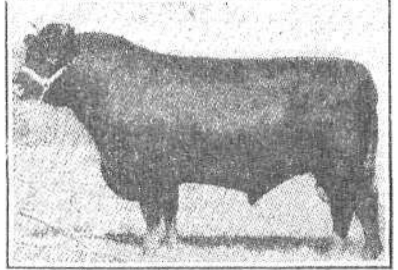
OVINOS. — «La Germania» y «Santa Aurelia» se repartieron todos los premios para la raza Lincoln, y G. A. Brown, de «El Central», todos los primeros premios y las copas particulares por sus excelentes carneros Romney Marsh.

Guwo G. J. Peters

Cabaña "El Central" y Estancia "La Sirena"

PAZOS KANKI, F C. Oeste — **VOLTA, F. C. Oeste**

Plantel Shorthorn-Lechero. En «El Central» hay un plantel superior de **300 vacas Shorthorn-Lechero** servidas y todas libre de tuberculosis. **Cuatro de los Padres** son de los mejores toros criados en Cumberland, Inglaterra. Uno de los padres de cabaña fué criado por Lord Lonsdale y costó casi mil libras esterlinas.



SENATOR, importado. Toro padre Shorthorn-Lechero, adquirido en $ 10.000. H. B. A. 76501. Primer Premio en Penrith, Julio 1920 y Febrero 1921. Hijo de vaca campeona que produjo 40.500 kilos de leche en 24 horas de ordeñe.

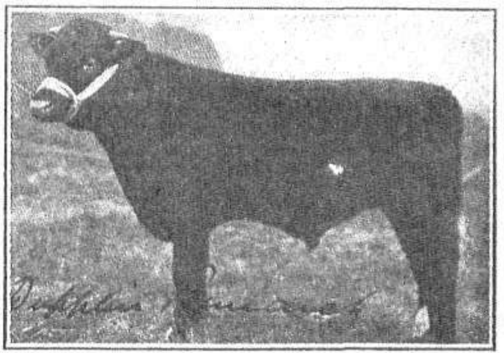
Propiedad de

GUILLERMO A. BROWN.

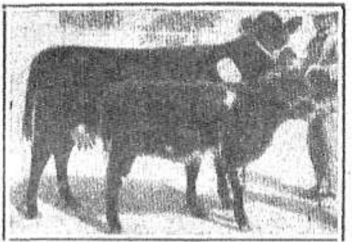
LOS TOROS Y TORITOS EN VENTA PARTICULAR son hijos de las mejores vacas de este plantel, es decir, de vacas que pueden producir 20 litros y más de leche diarios.



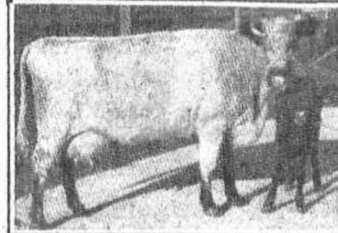
TORITO de DOS AÑOS, un Producto de la Cabaña "El Central", hijo de la vaca "Guitarra" (21 litros) y "Gallant Defender" (Importado).



"DUPPLIN BENEDICT", Toro Padre Importado, criado por The Right Hon. Lord Forteviot, Perth, Escocia, y tiene pedigree notable de Shorthorn-Lechero.



FORASTERA. Número 1119, una vaca del plantel en el registro Shorthorn-Lechero de la Sociedad Rural Argentina. En el concurso de Mayo 1923, en Palermo, ganó: Primer Premio por sus características lecheras, Primer Premio por su tipo de raza y Segundo Premio por producción de leche. Esta vaca dió 4.53 % de gordura diaria, siendo éste el porcentaje más alto de vacas Shorthorn y Holandesas.



VILLEGAS, N.º 1115. una vaca del plantel en el registro Shorthorn-Lechero de la Sociedad Rural Argentina. Quinto Premio por producción de leche, y Cuarto por tipo de su raza en el Concurso de Vacas lecheras en Palermo, Mayo 1923.

EL PLANTEL SHORTHORN NO INSCRIPTO.

Premios ganados por los productos de «EL CENTRAL» con tan sólo 5 años de concurrir a exposiciones: **12 Campeones, 5 Reservados de Campeón, 75 Primeros Premios y numerosos Premios Especiales, Trofeos y Copas.**

IMPORTANTE. — El plantel originario de «EL CENTRAL» fué compuesto de animales de pedigree, pero no fueron inscriptos jamás en el H. B. A. Hoy comprende 800 vacas y solamente toros de pedigree importados y criados en el país han sido empleados. Algunos de los padres de cabaña en uso hoy día han sido adquiridos al precio de $ 35.000 en subasta pública.

EL PLANTEL DE OVINOS ROMNEY MARSH. — Los productos de «EL CENTRAL» han ganado muchos Premios campeones, Trofeos, Premios Especiales, Copas y Primeros premios en exhibiciones en diferentes partes de la República Argentina. Siempre se ha observado mucho cuidado con **El Plantel de Romney Marsh,** que hoy día comprende 600 hembras descendientes de madres de pedigree y padres importados de pedigree. Durante los últimos 8 años únicamente carneros de pedigree han sido utilizados en el plantel. **Carneros siempre en venta particular. Pida informes.**



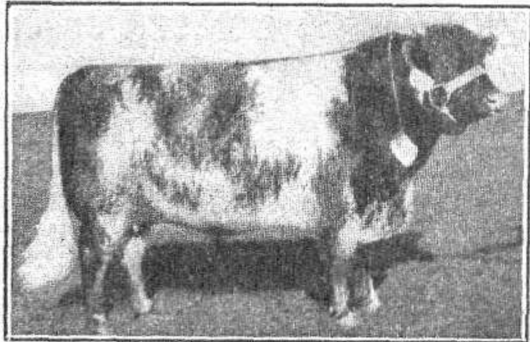
CINCO TOROS SHORTHORN, no inscriptos, de dos dientes, ganadores de Primer Premio y la Copa **"LA EMA"** para el mejor grupo de cinco toros a palenque, en General Villegas, Agosto 1923.



CINCO VAQUILLONAS SHORTHORN, no inscriptas, de dos dientes, ganadoras de Primer Premio y la Copa **"BROWN"** para el mejor grupo de cinco vaquillonas no inscriptas, en la Exposición de General Villegas, Agosto 1923.

CABAÑA "MARION" VOLTA, F. C. Oeste

Propiedad de CARLOS A. BROWN.



"Sanquhar Eclipse 45" (H. B. A. 53945) por Sanquhar Eclipse y Stenigot Rose 44. — Campeón y Primer Premio Exposición de General Villegas, 1920. 1er. Premio, 4.ª Categoría, Exposición Internacional Palermo, 1920.

En la Exposición de General Villegas, la Cabaña "*MARION*" *ha obtenido las más altas* recompensas

CON PRODUCTOS DE PEDIGREE:

En 1917, **Sanquhar Eclipse 24.**
Campeón y Primer Premio.
En 1918, **Sanquhar Eclipse 42.**
Campeón Junior y Primer Premio.
En 1919, **Sanquhar Eclipse 46.**
Campeón, Junior Campeón, Premio Conjunto y Primer Premio.
En 1920, **Sanquhar Eclipse 45.**
Campeón, Premio Conjunto y Primer Premio.
En 1921, **Marion Collynie Knight 5.**
Reservado de Campeón y Primer Premio.
En 1922, **Marion Collynie Knight 25.**
Reservado de Campeón, Campeón Junior y Primer Premio.
En 1923, **Marion Collynie Knight 25.**
Campeón, *Copa Municipalidad*, *Copa A. R.* Navarro y Cía., Premio Sociedad Rural Argentina, Copa Adolfo Bullrich y Cía. y Primer Premio.



"Victoria Dazzler 2". Primer Premio en Categoría 11.

En 1923, **Augusta Venus.**
Campeona, Copa Ferrocarril Oeste, Premio Casa Ortiz, Copa Santa Inés y Primer Premio.
En 1923, **Marion Collynie Knight 32.**
Primer Premio, Copa Adolfo Bullrich y Cía., Premio Sociedad Rural Argentina.
En 1923, **Ardlethen Brahmin 9.**
Primer Premio, Copa Adolfo Bullrich y Cía., Premio Sociedad Rural Argentina.
En 1923, **Victoria Dazzler 2.**
Primer Premio y Copa Santa Inés.

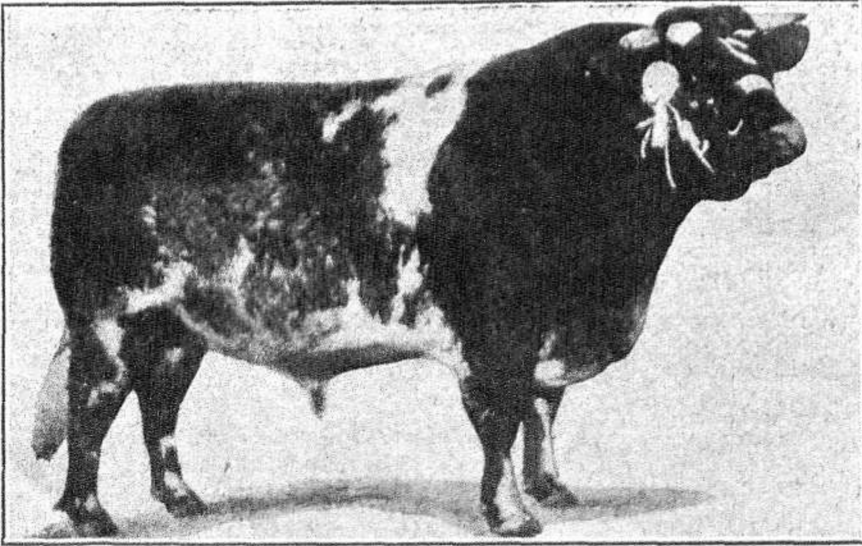
Además, con Toros de Pedigree ha ganado DOS Segundos Premios 1 Tercero y 1 Mención Honorífica; y TRES Menciones Honoríficas con Vaquillonas de Pedigree.

CON PRODUCTOS P. P. C.

En 1917, Campeón y Conjunto de 3 toros.
En 1918, Campeón y Conjunto de 3 toros.
En 1919, Conjunto de 3 toros.
En 1920, Reservado de Campeón y Conjunto de 3 toros.
En 1921, Campeón.
En 1922, Campeón Junior.
En 1923, Campeón, Premio Sociedad Rural Argentina, Copa Marion, Copa F. C. Cía. General de Buenos Aires, Copa La Sirena, DOS Primeros Premios, TRES Menciones Honoríficas y además 1 Primer Premio con Vaquillona.
TAMBIEN, con NOVILLOS GORDOS raza Shorthorn.
Primer Premio y Copa Estancias y Colonias Walker para el mejor grupo de Cinco Novillos Gordos, 1 Cuarto Premio y Mención Honorífica.



"Ardlethen Brahmin 9". Primer Premio en Categoría 3.ª.



"Marion Collynie Knight 25". (H. B. A. 71567). — Campeón Shorthorn, Copa Municipalidad, Copa A. R. Navarro y Cía., Premio Sociedad Rural Argentina, Copa Adolfo Bullrich y Cía. y Primer Premio. Criado y expuesto por Carlos A. Brown, de Cabaña "Marion", Volta, F. C. O.



CENTENARIO DE DOÑA REMEDIOS ESCALADA DE SAN MARTIN. — Alumnas de la escuela normal llevando un hermoso ramo de flores para ser depositado al pie del monumento del general San Martín, con motivo de conmemorarse el centenario de la muerte de la ilustre patricia esposa del héroe.



Alumnos de varias escuelas congregados frente al atrio de la iglesia matriz durante el solemne acto realizado en ella en homenaje al recuerdo de doña Remedios Escalada de San Martín.



Núcleo de distinguidas damas y señoritas que integraron la comisión Pro Patria organizadora del homenaje.

POR EL VIEJO MUNDO

UN PAIS DE CICLISTAS

Milán, julio 8.

UN colega en periodismo me pregunta con mucho interés:

—Y vamos a ver. ¿Cuáles son tus impresiones después de tantos años de ausencia? ¿Qué te parece?

—Me parece que estoy en el país de la bicicleta; eso es todo.

Advertí que esperaba algo más y me apuré para ampliar mis conceptos.

—En primer lugar, porque todo el mundo emplea este medio de transporte, que allá en la Argentina tiene una importancia muy relativa, y luego porque, quieras o no quieras, la bicicleta representa, simboliza un adelanto notable en los medios de translación... siempre superior al «caballo de San Francisco».

—¿Y allá cómo andan ustedes?

Había una cierta acritud en la pregunta.

—Por las ciudades vamos como ustedes, de a pie; pero si salimos de paseo solamente, pues como las distancias son muy grandes, todo el mundo se sirve de los tranvías, que son muy cómodos y baratos... Otros andan en coche, en auto...

—¿Y para trasladarse de una ciudad a otra?

—En tren, mi amigo.

—¿No hay caminos?

—¡Como no! Pero no son muy recomendables para ciclistas. Si un ciclista quisiera lucirse, aunque fuera en un... corto circuito, reventaría no más en pocas horas... Con las motocicletas no ocurriría otro tanto; como es la nafta la que empuja, aguantan. Pero, por lo general, el ciclismo no se ha vulgarizado.

Las dichosas bicicletas, mientras tanto, serpentean entre la muchedumbre que llena las calles.

Hombres de todas las edades, niñas, mujeres gordinflonas, muchachas bonitas, obreros, profesionales, todo el mundo pedalea que es un gusto; y si no fuera por el respeto que les impone el letrero: «Se prohibe entrar con bicicletas», creo que las tiendas, las panaderías, las peluquerías, en fin, todo local abierto al público, estaría invadido por estos caballitos de acero. Las bicicletas son hoy, en Italia, lo que el caballo para el hombre de campo en la Argentina, con la diferencia que mientras en las ciudades nosotros raras veces vemos hombres a caballo, si no pertenecen al escuadrón de seguridad, aquí las bicicletas reinan por todas partes.

Y se explica.

La bicicleta no come, no se encabrita, se adquiere en cuotas semanales y por una cantidad accesible a todos los bolsillos; está siempre disponible, mientras los coches y los caballos cuestan bastante y hay que repararlos y mantenerlos.

Hace pocos días, en la Galería de Milán, paseaba una bandada de chicas elegantonas, capitaneadas por sus padres, y a todos los admiré desde lo más hondo de mi alma. Viajaban los dos viejos con cinco hijas mozas. ¿Se dan cuenta de lo que quiere decir viajar con cinco mujeres?... Seis eran si se incluye la mamá, anciana y todo, pero mujer al fin.

El señor, muy callado, marchaba delante, como si llevara su «troupe» al asalto, pero sin entusiasmos; la señora, especie de escaparate de joyería ambulante, seguía jadeando al esposo, y la bandada de chicas revoloteaba alrededor de los mayores, comentando en voz alta los diferentes tipos de artistas en disponibilidad que pasan horas y horas de plantón a la espera de un empresario.

El alboroto era muy grande en el avispero de los artistas, porque había corrido la voz de que la Carelli acababa de llegar de Roma en busca de elementos para completar la compañía del Costanzi.

Las rivalidades de costumbre se acentuaron entre dos candidatos, mejor dicho, entre dos autocandidatos, y hubo un brazo que se levantó esgrimiendo un bastón. El personaje a quien estaba dedicado el bastonazo madrugó al adversario y con un arma análoga le hirió en la frente.

Gritos, desmayos, caida de la víctima y una violenta protesta en criollo puro por parte del señor que capitaneaba la bandada de las niñas:

—Hijo de... No me pegue a mí, que no tengo nada que ver en sus...

Por poco el palo no había alcanzado al pacífico padre de familia.

Me le acerqué sonriéndole:

—¿Criollo el señor?

—¿Pero ha visto?... Casi me apalea a mi ese... Criollo que «digamo», no soy criollo... Sin embargo «he stato» bastante «año» en el país... «Mia» señora está verdaderamente criolla de «Tucumanne»... ¿Y «osté»? También ha venido a dar un paseo.

Hubo presentaciones y las chicas celebraron haber dado con un periodista de allá:

—Hemos llegado esta mañana de París. ¡Ay París!

—¡Lo hemos visto todddo!

—Estuvimos en Roma también... No nos ha quedado nada por ver...

—¡Vimos al Papa!

—Estuvimos en el Coliseo...

—Y en Castel Sant'Angelo! Está todito como antes cuando cantó la Tosca... Vimos adonde fusilaron a Cavaradossi. ¡Pero París!...

—Déjeme con París...

—¡Ay, che! ¡Si hubiera sido por mí! No era yo quien me volvía por cierto... Me quedaría en París toda la vida... Todo lo que se diga es poco...

—¿Vieron el parque de Versalles?

—Sí, pero no nos ha llamado mucho la atención... Palermo me parece mejor...

—¿Y de Buenos Aires tienen novedades ustedes?

—Ninguna...

—Pero ¿ha visto? Nadie se ocupa de nosotros... Todo el mundo va a nuestro país cuando quiere hacer dinero, y después... si te he visto no me acuerdo... Nuestro gobierno debería hacer algo para hacernos conocer...

—Era lo que estábamos hablando recientemente con un periodista de acá... Pero los telegramas son muy caros.

—¿Y cómo es que los diarios porteños publican páginas enteras con noticias telegráficas de todo el mundo?

—Se explica... Pagan en pesos moneda nacional y pueden hacerlo... Pagar en liras es otro asunto.

—Bueno... Que se ocupen un poco ustedes los periodistas en descubrirnos... Es tarea de ustedes... A veces no sé cómo me llego a dominar... Me dan ganas de meterles sopapos a ciertos tipos... Como será que una vez... ¿Adónde fué, negro? En una ciudad de por ahí, tuve que bañarme en una palangana.

El marido miró severamente a su esposa:

—¡A ver si sujetás un poco esa lengua! Los hoteles de campo también allá dejan bastante que desear... En todas partes se cuecen habas...

—Y aquí a calderadas...

—Y allá también.

—No como acá.

—Más allá que acá.

—¡No, señor!

—¡Sí, señor!...

—Cómo me gustaría que el señor te pusiera en CARAS Y CARETAS...

—¡Qué más quisiera yo! ¿Verdad, señor? Si acaso tuviera que decir que nos ha encontrado a nosotros por acá, no se olvide de publicar que hemos visto París todo, todito...

Un encanto, un encanto ese París! Por algo la llaman la «lamiére»...

—«Lumiére»! —corrigió una chica.

—Es lo mismo. El farol, diríamos nosotros, del mundo! ¡Y lo es, lo es!

DOCTOR A. VACCARI


DULCE DE NARANJA
BAGLEY
Como postre y para servirlo a la hora del te, es y será el preferido de las personas de gusto refinado.
Pruébelo Vd.
GARANTIDO
DULCE
DE PRIMERA CALIDAD
NARANJA
FABRICADO POR
M·S·BAGLEY & CIA. LDA.
BUENOS AIRES



Grupo de tiradores que resultaron premiados en el gran torneo organizado por las autoridades del Tiro Suizo de esta ciudad.

Núcleo de concurrentes al te danzante realizado en el Hotel Savoy bajo los auspicios del Lawn Tennis Club local.



Alumnas de la Escuela de Pintura de la Universidad que ofrecieron una demostración de aprecio a las señoritas Hortensia Aragón y Mónica Robles por ser las primeras profesoras que egresan de dicho establecimiento. En dicha fiesta, en la que imperó un sano ambiente de jovialidad, se hizo entrega a las obsequiadas de un artístico pergamino firmado por los profesores y alumnas concurrentes.

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS PARA BUSCAR MINERALES

Una ulterior importantísima aplicación de la telegrafía sin hilos consistirá en la inspección del subsuelo para la busca de las riquezas mineras. Varios métodos han sido experimentados, según dice «Excelsior». Uno consiste en excavar un pozo que contiene una antena, desde la cual se envían oscilaciones de alta frecuencia. Se excavan a igual distancia del pozo dicho, otros pozos que contengan una antena receptora; si las señales son oídas en estos lugares con diferente intensidad se deduce que entre uno de los pozos receptores y el central está interpuesta una masa de mineral o de otro cuerpo conductor que, excavando otros pozos, puede ser localizada. Un ingeniero austriaco utiliza un aeroplano al cual liga una antena que arrastra por el suelo y por medio de la cual son enviados oscilaciones de frecuencia constante. Todo cambio importante en la naturaleza conductora del suelo modifica la capacidad del sistema y varía la altura de una nota oída en un aparato receptor especial. Se puede, en fin, utilizar el radiogoniómetro, instrumento que sirve para determinar la dirección de las ondas de una estación trasmisora. Una masa metálica importante en las cercanías del instrumento ocasiona errores notables, especialmente cuando la dirección de las ondas no coincide o no es perpendicular al eje de la masa metálica. Observando el error, oportunos cambios de lugar del radiogoniómetro permitirán localizar la masa metálica.

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA
PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL



Sus participaciones de Enlace

deben ser ejecutadas por una casa que pueda transmitir, a través de ellas, una idea clara de la importancia y magnificencia de ese acontecimiento único en la vida.

La casa Luis L. Gotelli, Cangallo, 828, entre Suipacha y Esmeralda, se ha especializado en tal forma que ninguna en Buenos Aires presenta como ella las Participaciones de Enlace, así como las Tarjetas de Visita, timbradas, litografiadas o impresas, Partes de Nacimiento, Menús, y, en general, todo impreso de lujo.

Le invitamos a que visite nuestra exposición de Partes de Enlace.

Papelería e Imprenta Comercial y de Lujo

LUIS L. GOTELLI — Cangallo, 828 (Entre Suipacha y Esmeralda.)

Unión Telefónica 2936, Rivadavia

REMITIMOS AL INTERIOR MUESTRAS DE PARTES DE ENLACE, CON SUS PRECIOS. Y PAPEL Y SOBRES CON MONOGRAMA O SIN EL, EN VARIOS COLORES.



EN EL RANCHO *DE* AGUAISOL



A esa altura, el camino ondula por la quebrada bordeando un brazo de río; a ambos lados se amontonan cerros y cerros. De la playa parte un sendero que sube en zigzag hasta la falda de la loma; al extremo aparece un rancho; más arriba un corralito redondo de pircas sirve de aprisco a las cabras que pacen en la loma. Hacia el bajo, un cuadro de sembradío muestra su verdor protegido por un cerco de ramas.

Es la vivienda de ño Quirino Aguaisol.

El hombre trabajaba allí: en verano cuidaba su chacrita; en invierno se quedaba en su rancho trenzando lazos, sobando lonjas, al sol. Los troperos que transitan por la quebrada con sus carros, durante los meses de abril a diciembre, época en que empiezan las crecientes, eran los principales consumidores de sus artículos. Sentado en el patio de tierra dura, desde donde se miraba el valle y la playa blanca, pasaba el día en esos quehaceres. A su lado se secaba un cuero sujeto a cuatro estacas; tiras de charqui colgaban de los alambres y de las sogas, en el patio; arreos, bozales, cabestros, pendían aquí y allá de la quencha; un perro flaco dormitaba en el suelo. Bajo un cobertizo pegado al rancho su mujer, ña Grimalda, preparaba unas telas en un telar rústico, y al otro extremo, en una cocinita sin techo, en cuyos ángulos se amontonaban ollas y yuros de barro, ardía alegre el fuego.

Aquel día ño Quirino ganó la orilla del fuego. Era una mañana fría de junio. Había nevado la noche anterior en los cerros, y el valle aparecía cubierto aún por la cerrazón; pero pronto el viento de esas regiones, tan frecuente, empezó a soplar en las breñas y la niebla se corrió, extendiéndose por la bóveda gris; y un sol pálido, velado, como con frío, apareció por fin sobre las cimas blancas. Por la playa desierta veíase cruzar de vez en cuando algún viajero, encogido en su mula, cubierto con su poncho hasta los ojos; y lejos, algún remolino elevaba su turbia espiral al cielo.

El hombre arrimó un banco, desató un manojo de tientos y se puso a trenzar, rociando los hilos con la boca. Una criatura como de dos años, la cara sucia con tierra y comida, la camisa hecha un nudo hacia atrás, amarilla, enfermiza, se arrastraba por el suelo, o se paraba asiendo con sus manitas una vieja silla; la mirada de sus ojillos negros y tristes vagaba, como con sueño, de uno a otro objeto; de cuando en cuando dejaba escapar un lloro.

Ña Grima entró refunfuñando; desespumó la olla, atizó el fuego, y sin mirarlo, increpó al hombre:

— Ya es sol alto, y él tuavía en las conchanas... Y no hay leña... yo truje esas champas.

El hombre, baja la cabeza, no respondió; siguió encorvado hacia el rubio manojo de tientos que iba enredando. Sus bigotes ralos le caían con descuido, y la copa de su sombrero mostraba una rotura por la que salía un mechón de cabellos negros y lacios. Era un hombre como de cincuenta años, bajo, seco, adusto; su cara tostada tenía una expresión sumisa. Miró a su mujer de reojo e insinuó tímidamente:

— Esa guagua ahistar enferma: hay ser güeno verla a la médica, la comagre.

— ¿Y qui hacis vos que no la vis? — respondió ña Grima, sentándose y tirando unas brasas hacia la orilla. — Aura ahistar allá; reciencito ha cruzao de la banda.

El hombre calló un rato. Al fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

— Aurita hay llegar ño Aureliano. Tengo que entregarle este bozal.

La mujer paró dos trozos de adobe, echó brasas en medio, colocó un tiesto encima y se puso a tostar maíz. Al rededor del fuego, sobre la ceniza, se desparramaban ollas, cáscaras, semillas de zapallo; un gato, echado de cara al fuego, ronroneaba perezoso; en el tiesto el maíz reventaba en flores...

Al cabo de un rato, la mujer dejó de tostar; volcó las flores en una fuente de palo y levantó al chico del suelo. Envolvióse, luego, con una manta y sin decir palabra salió de la cocina. Era una mujer delgada, joven todavía y no mal parecida; vestía una falda angosta, de un azul desteñido que contrastaba con su bata rosa; dos trenzas largas de cabello le salían por debajo de la manta. Afuera se calzó las ojotas y, cargando al hijo, tomó por el «deshecho», loma arriba, a paso ligero, agachada, entre el polvo del viento que ciega los ojos...

Al otro lado de la loma se detuvo ante el rancho de la médica. Torearon los perros y dos mujeres jóvenes asomaron a la puerta.

— ¡Güenos días les dé Dios! — saludó la recién venida. — Cómo estay, Misena... cómo estay, Barbarita.

— Buenos días, ña Grima — respondieron las muchachas.

— Y la cuma Arcadia ¿ta güenita?

— Si está buena nomás. Gracias. Por ahi andará juntando yuyos.

— ¡Mama! — gritó la otra muchacha. — Ha venío su comadre!

No tardó la vieja en aparecer, atada la cabeza, la falda volando, con un manojo de yuyos en la mano.

— ¡Qué día, comadre! ¡Como para enfermos! — exclamó, saludando. — ¡Avemaría!... reciencito llego y ya tengo que salir otra vez... Y yo misma no ando bien... ¡Cuando una llega a vieja!... ¿Y usté, comadre?... ¿este viento me la ha traído?... Pase adentro... sientesé.

— ¡Avemaría, comagre! — repuso la otra, entrando y sentándose en una silla bajita de tientos: — ¡Avemaría! ¿no se me ha enfermao, pu, el Paiquito? Y lo truje pa que me lo vea. Sobre andar pobre...

La vieja se aproximó al chiquilín y le examinó los ojos, la lengua; luego dijo:

— Si es empacho nomás: dele un tecito de «muñas»... ¿tiene?... velay. — Y le alcanzó un puñado de hierbas.

Luego, examinándole más detenidamente los ojos, agregó:

— Tiene tirisia también... ¿ve?... la vista amarilla... ¡Déso cuideló, comadre!... Esta noche al acostarse hagaló que orine en un chambao, eche jume o leña mojada al fuego: que haiga humo,

mucho humo; y cuelgue el chambao en la cocina... Es secreto... Y mañana cuando se levante hagaló al ahijadito que orine de lao sobre una «hediondilla»; y lo mismo todos los días, hasta que se seque la planta. Eso es bueno.

Las dos mujeres siguieron un rato más sentadas una frente a otra, conversando de todo. La vieja refería algo de años atrás, de cuando vivía su marido. Entonces vivían en un pueblo cerca de una estación del ferrocarril. De cuando en cuando bajaban a la ciudad: por setiembre para el Milagro, por mayo para la Cruz. ¡Eran otros tiempos! En la casa no faltaba nada. El hombre trabajaba de capataz en una finca; las muchachas se ganaban la vida sirviendo de mucamas en casa de señores ricos de la ciudad. No había de qué quejarse. ¡Pero ahora!... Desde que amanece hasta que anochece tenía que andar de un lado para otro. ¿Y todo para qué? Para que la Cirila o en lo de ño Escipión le digan, después de haber atendido al enfermo:

—«Ay, ña Arcadia! Aura no le gua poder pagar... Nos va a disculpar... El Escipión...» ¡Ay, comadre! Malos tiempos... La gente está pobre.

La vieja calló de pronto. Luego, saliendo hasta la puerta, llamó a las muchachas:

—¡Misena! ¡Barbarita! Vengan, hijas: ya se hace tarde.

—¿Alcanza la jarilla? — agregó, dirigiéndose a una de ellas; — si no alcanza, le han de mingar al Froilán que les traiga.

—Si hay de sobra, mama — respondió Barbarita.

—¡A ver si se ha «levantao» el pan!...

La muchacha levantó de los extremos un lienzo extendido sobre un catre de tientos con respaldo de madera, y miró los panes que se oreaban puestos sobre un mantelito y una frazada de lana. Luego dijo:

—Ya van a estar... Auritita... Hasta que se caliente el horno, ya están...

Puso una batea en el suelo, descolgó un cedazo y preparó levadura para otro amasijo. Tenía levantadas las mangas, y sus brazos morenos y robustos estaban blancos de harina; su bata floreada le caía suelta hasta la cintura. Era bajita, vivaracha, bonita y como de unos diez y ocho años de edad.

Misena, entre tanto, dejó su tarea del horno y entró al rancho. Buena moza también, era algo más gruesa y unos años mayor que su hermana. Ambas conservaban ese airecillo de muchachas de pueblo adquirido en las casas donde sirvieran. La Misena se detuvo a la entrada, con las manos puestas en la cadera, cimbrando el talle en un amago de danza, y se puso a curiosear unas figuras que pendían de la pared; hacia los cuatro costados del rancho colgaban estampas, santos, hojas de revistas, espejitos; y en una esquina, entre un baúl y una cama, ardía la llama rojiza de una vela que alumbraba a un San Antonio en su nicho.

Ña Grima se levantó por fin, seguida de la médica. Ya afuera, se despidió:

—Adiosito será, pu, señora... Y que Dios le pague... Adiosito, niñas...

Las tres mujeres correspondieron al saludo, de pie junto al horno, cuyas llamas se avivaban al soplo del viento. Y la de ño Quirino desapareció entre los «pincos» y «retamas» de la loma, camino del rancho.

Al día siguiente el chico amaneció peor. Bien envuelto sobre el único catre que había en el rancho, con un jarro y una bombilla en la almohada, ya ni lloraba. La médica que fué esa tarde, dijo:

—¡Es costao. Le ha dao el costao! — Y le puso ventosas, y le dió cocidos, y agotó todos los recursos de su medicina cerril.

A media tarde el chiquilín entornó los ojos y los cerró para siempre...

Ese mismo día ño Quirino llamó a un paisano que cruzaba en su mula:

—¿Va pa abajo?

—Pa abajo.

—Hagamé, pu, un servicio, ño Cleómanes. Dios se lo hay pagar.

—Usté hay decir, ño Quirino.

—Se me ha muerto el Paiquito; a ño Viviano, ña Crespiniana y la Concha avisemelés: que vengan al velorio. Igualmente a ño Capistrano y al Manuel; y en la banda, a ño Anfiloquio y la Veronia; y usté tamién hay venir, y hay trair a ña Juanita.

El paisano siguió su camino y ño Quirino volvió al rancho, mascando su «acuyico» de coca.

A eso de la oración, a pie y a caballo, fueron llegando los convidados. Traían alforjas llenas de botellas, damajuanas con vino, tinajas de chicha, coronas, flores de papel. Ña Arcadia y sus dos hijas esperaban ya adentro.

—Aquí — dijo la médica, señalando hacia un ángulo del rancho — aquí pongamos al angelito. Arrimen la mesa... Enciendan las velas... Pongan esas flores... Traigan las coronas...

Y le pusieron alas, le tendieron escaleritas de papel y lo taparon con una colcha azul, salpicada de estrellitas blancas. El rancho se pobló de gente: de mujeres con chicos en los brazos; paisanos viejos y jóvenes; mozas con sus vestidos de fiesta, almidonados y vistosos. Y los yuros desbordaron de chicha; y el aguardiente circuló a la vuelta. El acordeón no tardó en dejarse oir, y una pareja — una vieja y un muchacho — salió a bailar; luego otra y otra más; y el rancho se llenó de música y de golpeteo de manos.

Después de media noche estaban todos borrachos. Unos dormitaban afirmados a la quencha; otros roncaban tirados en el patio entre las cabalgaduras; un grupo, de pie junto a la puerta, cantaba al son de la caja:

Qué lindo es ver a una moza
cuando la están pretendiendo:
se agacha, quiebra palitos,
señal de que está queriendo.

Sombrero viejo mi puesto,
¡qué más me puedo poner!
Si las mozas no me quieren,
las viejas me han de querer.
....

Un mozo, tambaleando, se aproximó a la Misena:

—Oiga, niña — le espetó. — ¡No se duerma, pues!... Un traguito... salú... ¡güena moza!

Afuera y en los ranchos distantes, cantaban los gallos; las estrellas se borraban en el cielo, y los cerros iban perfilando sus relieves en el clarobscuro del alba.

E R N E S T O   J U A R E Z





BONPLAND (Misiones). — Grupo de familias que asistieron a la reunión social ofrecida por el señor Enrique Sandri celebrando un íntimo acontecimiento familiar.

Profesores y alumnas de las escuelas nacionales números 35, 73, 81, 113, 120 y 131 reunidos en el nuevo puente sobre el río Mártires, donde se llevó a cabo una hermosa fiesta patriótica.



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Comprimido, por Juan Romeo (ciudad)

8 VLON VOCAL NOTA NOTA NOTA

N.º 2
Logogrifo-jeroglífico, por Juan Romeo (ciudad)

EN EL MAR

4 2 3 1 5

N.º 3
Intercalación comprimida, por Juan Romeo (ciudad)

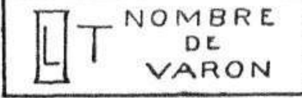
VDI N BEB VLON NOTA NOTA

N.º 4
Logogrifo-jeroglífico, por Juan Romeo (ciudad)

INSTRUMENTO

1 7 3 4 5 6 2

N.º 5
Comprimido, por «Bolita» (ciudad)



N.º 6
Comprimido, por Juan Romeo (ciudad)



N.º 7
Comprimido, por Jacobo Zaslabsky (ciudad)

VERBO-NOTA

N.º 8
Metátesis, por Jacobo Zaslabsky (ciudad)

1 2 3 4 5 AVES
1 2 5 3 4 PLANTA

N.º 9
Charada, por «Capitán Hatteras» (ciudad)

Mi 1.ª y 2.ª mueble
Mi 2.ª y 4.ª yerba
Mi 4.ª y 3.ª ave
Mi todo a bordo.

N.º 10
Comprimido, por «Capitán Hatteras» (ciudad)

MARTES TESINO

N.º 11
Refrán comprimido, por «Pirincha» (ciudad)

VERBO 2 A VERBO

N.º 12
Combinación, por «Nelly Nelly» (ciudad)

L	R	C	D	U	I
1	1	2	1	2	1
A	O	G	S	N	P
4	1	1	1	1	1

Repetir las letras tantas veces como indican los números, y combinarlas de modo que se lea un refrán.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO DE 1923

Número 1285. — Número 1: La retirada de los diez mil; 2: La verdad sale de la boca de los chicos; 3: Chicago; 4: De parte a parte; 5: Vales como tienes.

RESULTADO DEL CONCURSO DE MAYO DE 1923

Por colaboraciones. — Primer premio: señor Héctor F. Viglione, Córdoba.

Segundo premio: señor Víctor Pedro Volpe, J. E. Uriburu, 137, ciudad.

Por soluciones. — Primer premio: señorita Angélica Esther Rosa, Pampa, 2796, ciudad.

Segundo premio: señor Juan C. Gally, Mármol, 540, ciudad.

N. de la R. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en nuestra Administración, previa presentación de documentos que atestigüen la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios debe dirigirse a nombre de la Administración, y no el redactor de esta sección.

Concurso de agosto. — Se reciben soluciones hasta el 12 de septiembre inclusive.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
SEPTIEMBRE DE 1923.
CUPON N.º 1300.

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas quellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

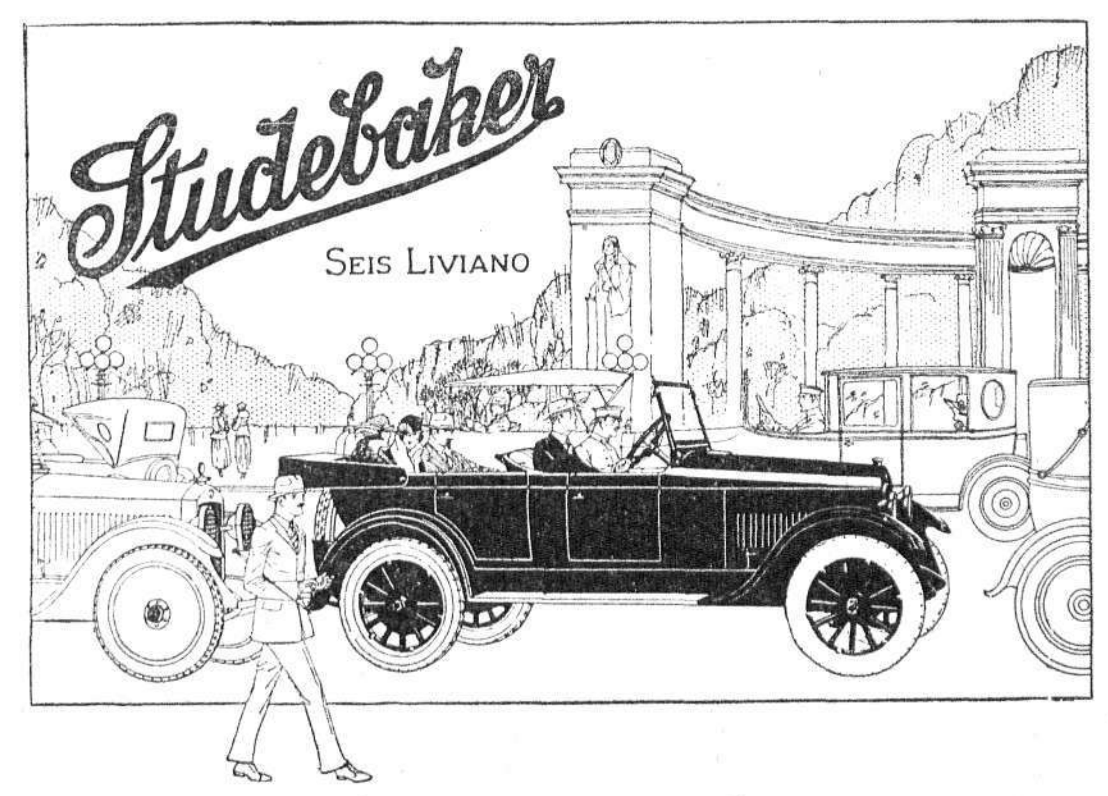
Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

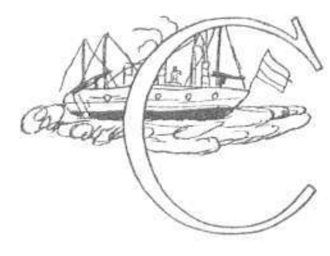
Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

FORMOSA. — Grupo de oficiales paraguayos que han tomado participación activa en la última revolución del Paraguay, y que actualmente residen en esta ciudad.

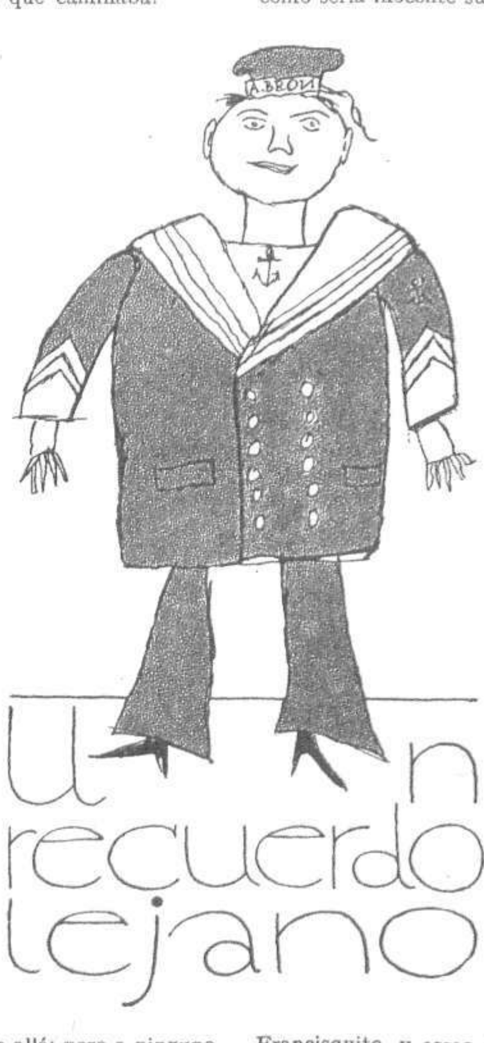





Studebaker
Seis Liviano



CUANDO yo era niño me compraron un trajecito a la marinera. ¡Qué bien me quedaba! ¡Con cuánto orgullo lucía yo mi chaqueta de amplio cuello blanco y la doble hilera de botones dorados! ¡Y los pantalones! Esos pantalones de enorme campana, cayendo graciosamente sobre los menudos zapatos de charol; ¡cómo me entusiasmaban al moverse para ambos lados a medida que caminaba!



Era la envidia de todos los muchachos del pueblo aquel simple traje a la marinera. Yo, parado en la puerta de mi casa, como un almirante sobre el puente de mando, los miraba así... como quien no quiere la cosa. Recuerdo que uno de ellos se me acercó tímidamente y, mirando con tamaños ojos mis botones dorados, me dijo: «¡Qué lindos! ¿Me los dejas tocar?»

¡A mí me dió una pena! Me hubiera sacado la chaqueta y le hubiera dicho atropelladamente: «¡Tómala, tómala! ¿Para qué la quiero yo?».

Y también este traje tuvo para mí una triste aventura.

Como dije al comienzo, tenía la chaqueta un amplio cuello blanco que caía elegantemente sobre el azul cobalto del casimir.

Una mañana de sol fuí con otros niños de mi edad a correr por los campos. Y hete ahí que en un inmenso alfalfar cubierto de florecillas moradas encontramos una lata de conservas vacía.

¿Quién demonio dejó allí semejante objeto?

Y surgió el arduo problema: ¿Qué hacemos con esta lata? Porque, como es natural, no se podía, así no más, dejar de hacer algo con una lata vacía encontrada en un alfalfar en flor.

¿Qué hacemos con esta lata? Esto, aquello, lo de más allá; pero a ninguno, ni por broma, se le ocurre decir, por ejemplo: «Nada, tirarla». No, de ninguna manera. Era fatal que había que hacer algo con ella. De pronto uno dijo: «Tiremos al blanco». Y a todos nos pareció una gran idea. ¡Tirar al blanco! ¡Claro! ¿Cómo no se nos había ocurrido? Nos dimos afanosamente a buscar piedras, cosa nada fácil hallándonos en un alfalfar. Encontramos dos o tres, suficientes para producir lo que debía producirse.

Y surgió el segundo complicadísimo problema: «¿En dónde colocamos la lata?». Y como no había un solo poste en el alfalfar y no se nos vino a las mientes salir de él para encontrarlo, a mí, ¡y no podía ser a otro!, me iluminó la celestial idea de tener el blanco. Los muchachos se asombraron de mi talento y se pusieron en guardia. Y aquí estoy yo, vestido de marinero, con un brazo bien extendido y teniendo en la mano una lata. Empezó la pedrea. Tiró el primero; nada.

Yo miraba, entre orgulloso e irónico, la trayectoria de la piedra que cruzaba ante mí sin dar en el objeto.

Tiró el segundo, y mientras yo me extasiaba en la curva línea que describía el proyectil en el aire, tiró el tercero y ¡paf! hizo blanco, pero no en la lata, como sería inocente suponer, sino en mi mismísima cabeza. Yo caí bañado en sangre, casi sin sentido. Los chicos, seriamente asustados, vinieron a socorrerme y a consolarme. El delincuente, ¡ah, miserable!, creyéndome muerto, echó a correr despavorido dando nerviosos brincos sobre la alfalfa para correr mejor.

¡Inocente criatura! El susto lo enfermó de ictericia. ¡Y pensar que hay hombres que le parten el cráneo a otro o le leen un drama en seis actos, y se quedan tan frescos!

La pedrada me había hecho una pequeña herida. Mi cuello blanco quedó todo salpicado de rojo. Salimos como nos fué posible del lugar del desastre y, en las turbias aguas de una acequia, mis compinches me lavaron el insignificante tajo hasta que dejó de manar sangre.

Cuando llegamos a casa yo tuve un gesto heroico; «¿qué te has hecho?» preguntóme alarmada mi madre. Los chicos estaban pendientes de mis labios. Yo, mirando a ellos primero, significativamente, como diciéndoles: «¡Así se portan los hombres!» me dirigí luego a mi madre y le respondí casi con desenfado:

«Nada, mamá. Matamos unos pollos en casa de Francisquito, y como era yo quien los tenía de las patas, al mover las alas para protestar, me salpicaban con su sangre. Y por eso estoy así... Ya está...»

La cara que pusieron mis compañeros de correría fué sencillamente inefable.

Esa misma tarde todos los «pibes» vecinos decidieron por unanimidad ascenderme, de sargento primero, a general en jefe del ejército que componíamos para desesperación de cuanto bicho viviente acertaba a pasar por nuestro campo de batalla. ¡Ah, y me condecoraron!

ALFREDO R. BUFANO



La locura de los clasificadores

PARA CARAS Y CARETAS



Los clasificadores son muebles que crecen, que llegan a tener estatura de jirafas.

— Podrá usted añadir lo que quiera. Esto no tiene límite — dicen los tenderos de levita que venden clasificadores y bureaux americanos.

— ¿Y tendrán ustedes siempre cajoncitos como estos?

— ¡No faltaba más! Hay una ley internacional que ha dado la medida de estos muebles... En La Haya y en la Comisión Internacional de Carpintería se votaron estas proporciones.

El comprador de clasificadores ya no para nunca. Le pervierten los primeros. Es el suyo un vicio como el del que se purga demasiado a menudo y acaba purgándose todos los días. Ya no podría vivir sin sus clasificadores. Si un incendio se los destruyese se quedarían hechos unos guiñapos, unos muñecos vacíos y se irían sentando completamente desgualdrapados en todos los bancos públicos, sin fuerza para andar.

El comprador de ficheros o clasificadores americanos cuenta ya con esa posibilidad de añadir pisos a su casa. Se frota las manos de gusto ante sus muebles crecientes y repite a sus amigos:

— Ya verán ustedes... Ya verán ustedes... Cuando vuelvan el año que viene no los conocerán.

La cabeza de los dueños de ficheros parece crecer hacia arriba. La sensación de su cultura es que la cabeza les ha crecido varios plúteos. Esas cabezas de algunos ídolos japoneses en forma de alta y alargada calabaza o las cabezas de las célebres «mamaconas» mejicanas es la forma de la cabeza del dueño de ficheros.

Los ficheros son muebles sin espíritu, sin confidencias, sin emoción. Son muebles que guardan sólo memoria, una gran dosis de memoria, memoria seca, memoria en papelillos, memoria en aleluyas.

El maniático de los ficheros ya ahorra para comprar más, y eso que las papeletas y la dorsal de hierro que las atraviesa esperan una temporada inútilmente el que las llene la pluma. Ya es que quiere tener reserva por si se acaban, por si los demás se vuelven tan acaparadores de noticias, señas y señales que le agotan los almacenes. De toda su alma se va desprendiendo en los ficheros, y cuando por la noche sale a ver los music-halls va ligero, vaciado, limpio de polvo y paja y de erudición.

El hombre aficionado a ficheros necesita una casa de techo alto, y por eso lo primero que hace, cuando se muda, es tomar la medida de la altura de la casa.

No le acompañan los ficheros. Esa tertulia que hacían los otros muebles no pueden hacerla los ficheros, sordos, silenciosos, sin un ruidillo personal. Yo creo que hasta la carcoma se aleja de esos muebles, que siempre serán nuevos, insípidos, sin expresión, sin sentimentalismo.

— Ahí en el fichero debo tener antecedentes de esa cuestión — responden a toda pregunta los poseedores de ficheros.

Hay ya mares de fichas o papeletas en el mundo, y yo que tengo alguna sensibilidad siento el mareo de ese mar de cartoncitos.

Hasta se ha inventado últimamente el fichero de cocina, el fichero para que las señoras escojan todos los días el plato que deseen e incluyan además las fichas que mensualmente irán apareciendo y en las que figurarán todas las últimas novedades del mundo.

De este modo hasta las mujeres han sido complicadas con el fichero, y las que eran caseras u hogareñas tomarán tipos de mecanógrafas u oficinistas manejando el fichero de papeletas engrasadas.

Ya entre las innumerables compras de los recién casados habrá un fichero de estos, con sus dos mil fichas y su suscripción a las 30 fichas mensuales.

El mundo, pues, resulta abrumado por los ficheros, como torrecitas o campaniles de recordación, como alargadas pirámides de referencias, como notas de señas y garantías interminables.

Lo más parecido que hay a un rascacielos es un fichero americano después del acopio de unos años de ficherismo agudo.

Yo veo al hombre chiquitín, abrumado, caído a los pies de esos ficheros inacabables, y veo el día de la tragedia en que es necesario encontrar la ficha importantísima y necesaria y no la encuentra por ningún lado, y todos los casilleros revueltos, se vuelve loco, con la locura más imposible de curar por su complicación...

¡Pobre comprador de ficheros! ¡Pobre hombre que dueño de todas las recetas de la memoria desfallece por falta de memoria absoluta!

RAMON GOMEZ *de la* SERNA



Parábolas

Por Bartolomé Galíndez

ALEJANDRO, rey de Macedonia, imitando a arrojó un puñado de perlas de Sulú en un cántaro de vino asiático, y en una fiesta de rosas y amores hizo llenar los vasos de sus invitados. Apuró su copa, una verdadera joya de arte cincelada por un orfebre de Penépolis, chasqueó la lengua complacido y se lamió los labios.

— ¡Es delicioso! — exclamó. — Probadlo.

Tais, su favorita, llevó el vino a sus labios.

— En efecto, señor — aseguró: — este vino es delicioso.

— Estas perlas — dijo el emisario de Darío — tienen la virtud de esa piedra negra llamada Dionisia, que da al agua sabor de vino.

— Este vino es una ambrosía, afirmó Cleto, su mejor general.

— Es un néctar de dioses, digno de Alejandro — manifestaron los capitanes y hombres notables del reino, que se hallaban presentes.

Sólo Ardeno, su mejor amigo, después de probar el vino había permanecido callado. Fué el último en ser servido y todas las perlas cayeron en su copa.

— ¿Y tú qué dices? — le preguntó el Macedonio volviendo hacia él su rostro bello como el de un efebo y fiero como el de un dios.

— Digo ¡oh Alejandro!, que tu vino es bueno sin necesidad de llenarlo de perlas. No gusto en él nada nuevo, pero te ruego que cuando lo vuelvas a honrar arrojándole un puñado de piedras preciosas, sea yo el último en ser servido.

Y le mostró el montoncito de perlas que tenía en el hueco de su mano.

— Toma — dijo Alejandro.

Y complacido le alargó su cadena de oro.

II

IDOMEO, rey de Creta, amaba a los dioses más que ningún otro mortal, y sus juramentos eran leyes.

En cierta ocasión Neptuno, enfurecido con su esposa Anfitrite, encrespó su cabellera iracunda, y Nereo huyó gimiendo.

Idomeo fué sorprendido por la ira del dios, y su trirreme desvelamado y crujiente, amenazábalo con sepultarlo al abismo con todos sus remeros cretenses. Entonces el rey, en medio de la tempestad, hizo voto de sacrificar al primer hombre que encontrara si los dioses le permitían volver a su patria. La tempestad se calmó e Idomeo pudo regresar a Creta. Su hijo más querido, afligido y lloroso por la suerte de su padre, le esperaba con ansiedad creciente y, al verlo, se llenó de alegría indecible corriendo hacia a él.

El padre amaba mucho al hijo, pero amaba más a los dioses. Sombrío y con los ojos llenos de lágrimas, besó a su hijo en la frente, tomó su dolabra y lo sacrificó.

III

UN caminante, peregrinando por la lejana Hircania, con su túnica, su zurrón, su báculo y su cantimplora, se encontró con este aviso: «Caminante, descansa». Y descansó. Luego halló éste: «Caminante, bebe». Y bebió. Después dió con otro: «Caminante, come». Y comió. Más tarde leyó: «Caminante, duerme». Y durmió. Y por último descifró con cierto esfuerzo, ya que el grabado de la piedra estaba bastante borrado y cubierto de musgo y grama: «Caminante, muere...»

El peregrino tapó apresuradamente con las manos aquella inscripción ominosa.

— Nadie sabe que yo he leído esto — dijo paseando una mirada de desconfianza por su alrededor. — Además la escritura está tan borrada que no la he entendido bien...

Y siguió apresurado su camino sin volver hacia atrás la cabeza.

IV

CIERTA noche, cuando Catón de Utica se había recogido, penetró atropelladamente en su tienda un soldado romano ebrio esgrimiendo una pesada espada.

— Catón — dijo el soldado, — eres un impostor. Catón, eres indigno de mecer tu penacho bajo el cielo del Lacio y frente al orgullo del Capitolino. Sabe entonces ¡oh, Catón! que vengo a matarte; pero antes quiero que me enseñes tu gloria.

El soldado se irguió amenazador. Catón de Utica arrojó al suelo la espada que tenía a su alcance, a un costado del lecho y, sonriendo, hizo a su asesino un ademán afectuoso para que se sentara. Luego, tranquilamente, se dió vuelta en el lecho y quedó dormido.

V

UN hombre quiso leer en el libro de la Vida. Lo abrió.

Largas horas, largos meses, largos años, pasó ese hombre inclinado ansiosamente sobre las páginas devorando los tesoros insospechados que contenía. Al fin un día se detuvo fatigado, desvió los ojos de la última página y entornó los párpados. Entonces la Muerte vino y le preguntó afectuosamente al oído: ¿Has terminado?

El hombre, espantado ante esa aparición, quiso seguir dando vuelta a las hojas; pero apenas movió la tapa que dejó ver la sombra infinita.

VI

CAMINANDO un peregrino por el Sahara, en dirección a la Tebaida, encontró una palmera y se detuvo a descansar bajo sus grandes hojas que lo defendían del sol abrasador. La palmera le daba sombra y estaba secándose, pues sus hojas se inclinaban. El peregrino desprendió su cantimplora, empapó sus labios resecos, bebió algunos sorbos y volcó el resto sobre las raíces de la planta. Tenía hambre y se levantó dispuesto a comer de sus dátiles, pero la palmera vivificada se había erguido muy alto con sus frutos...



EL LOCO

PARA LOS QUE NO LO SON

POR

CLAUDIO FARRERE

Ante la puerta, una puerta maciza como la de un calabozo, el médico mayor se encogió de hombros, con el gesto compasivo que deplora *a fortiori* los casos sin remedio.

Bajando la voz, le pregunté:

— ¿Un herido... gravísimo?

— ¡Cá! ¡Muchísimo peor!...

— ¿Cómo?

— Un loco, desgraciadamente.

Nos habíamos parado ante el siniestro portón. Tímidamente, dije:

— ¿Se puede ver?

— Ya lo creo... Es de lo más pacífico del mundo.

Entré.

El hombre se levantó para recibirme. Era alto, fornido, robusto, con el pelo gris y la barba morena; la mirada muy dulce, el aspecto por demás sano, franco, tranquilo; me indicó con la mano su propia silla y se sentó en el borde de la cama. El cuarto tenía todas las apariencias de una celda de manicomio.

— ¿Viene usted a ver al loco, caballero? — me dijo sonriendo. — Soy yo. Tenga la bondad de sentarse. Ya le habrán dicho que mi demencia es completamente inofensiva. Soy un loco que no se mete con nadie.

Asombrado, me quedé con los ojos muy abiertos, estúpidamente. El médico mayor me dió con el codo:

— Es la característica — me dijo quedo. — No le extrañe.

Yo me extrañé a pesar de todo, y me dirigí directamente al loco:

— Pero, ya que le creen a usted loco...

— ¡Dispense! — interrumpió con ironía tan imperturbable que no sé aún si era o no ironía, — ¡dispense! No es que lo crean: lo afirman. Estoy loco. Me contrariaría usted dudándolo.

— Como usted quiera — repuse. — Bueno, puesto que afirman que está usted loco...

De nuevo me interrumpió secamente y precisando:

— Puesto que *estoy* loco...

— Puesto que está usted loco, convenido... Puesto que está usted loco, caballero, ¿puedo saber qué clase de locura es la suya?

El médico mayor me dió otra vez con el codo:

— ¡Va usted a ver! ¡Es muy curioso!

El loco, que tenía el oído fino, añadió:

— ¡Muy curioso, en efecto!

Me miró, con aire ligeramente burlón:

— Ante todo, caballero, ¿quizá está usted enterado de que desde el 2 ó el 3 de agosto de 1914 Alemania y Austria-Hungría han declarado la guerra?

— ¿Eh?... Sí...

— ¡Oh!, perdone esta pregunta extravagante...; no está tan fuera de lugar como parece..., pues el personal de nuestros ministerios de la calle Royale y de la calle de Saint-Dominique no se han dado todavía cuenta... y, dispénseme: pudiera ser que perteneciera usted a alguna de esas honrosas administraciones.. Ya veo que no es así. Nosotros, Francia, estamos en guerra con dos de los imperios más poderosos de Europa... Mi locura, pues, consiste en lo siguiente: en que creo, *creo*, ¡fíjese bien!, no afirmo; nunca he afirmado nada; creo haber descubierto un secreto de química biológica que podría utilizarse eficazmente y de modo inmediato contra nuestros enemigos. Ya lo sabe usted.

Me quedé perplejo:

— Sin embargo...

— Eso es lo que hay, y nada más.

El médico mayor me dió con el codo por tercera vez:

— ¡Incurable! — dijo.

Le miré, sin acabar de comprender, y luego miré al loco:

— Pero ¿ese secreto?...

— ¡Dios mío! Sería muy largo explicárselo... Por lo demás los médicos están de acuerdo en que mis explicaciones son de una claridad irreprochable, aunque algo científicas, para ellos. Me han dicho muchas veces que en mi demostración no hay ninguna falta, ni la menor laguna, pero que, no obstante, no tiene sentido común. ¡Así lo afirman ellos, que conste!

— Ah, pero ¿la utilización práctica?

— Podría incendiar a distancia..., destruir aparatos aéreos... si conviniera, hacer estallar depósitos de municiones..., perturbar la circulación de los trenes..., causar descarrilamientos... ¡Quién sabe!..., en fin, salvo error grave en mis fórmulas, influir en el barómetro y el termómetro..., es decir, modificar las condiciones climatológicas..., entiéndase bien, en una zona limitada, pero bastante extensa. Repito que nada afirmo: tengo tan sólo razones muy serias para creer... He hecho muchísimos experimentos, como es de suponer...

Asombrado, me volví hacia el médico mayor.

— ¿Eh? — me dijo éste con aire de triunfo — ¡Es un caso!

— Oh, ¡sí! — repuse tragando saliva, — es verdaderamente un caso..., pero...

Volviéndome al loco, exclamé:

— ¡Pero, hombre!, está usted diciendo cosas fantásticas...

— ¡Naturalmente!... — replicó con una calma extraordinaria; — ¡puesto que estoy loco!

— ¡Pero eso es una locura nunca vista! Habla usted de experimentos. ¿Dónde y cuándo los ha hecho usted?

— En mi casa. Ante varios testigos.

— ¿Oficiales?

— ¡Eso no! ¡Está usted bueno!... ¡Testigos oficiales! Los invité, como es natural, por docenas, pero nunca quisieron venir.

— ¡Se les debía obligar!

— Traté de hacerlo..., cometí esa tontería infantil...

— ¿Y entonces?...

— Entonces me encerraron. ¡Ya ve usted dónde estoy!

El médico mayor hizo que saliéramos, y, ya fuera, exclamó:

— ¡Un caso único! ¡El más prodigioso que he visto en toda mi carrera! ¡Y hace veinticinco años que ejerzo!...

Le cogí por un brazo:

— Pero, ese hombre..., ese loco..., ¿si fuera cierto lo que dice?, ¿si no estuviera realmente loco?

— Imposible.

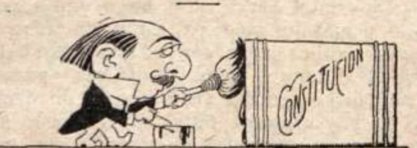
Me encogí de hombros. Me guardé bien de insistir. Tuve miedo de que me encerraran también. Y me marché.

En la calle, los vendedores de periódicos voceaban:

— *¡La Noche!* ¡El incendio de Bourg en Argonne por chorros de líquido inflamado!... ¡La ruptura de la línea de Choisy-les-Peupliers!... ¡La lluvia incesante impide la llegada a Champagne de los refuerzos de artillería pesada!...

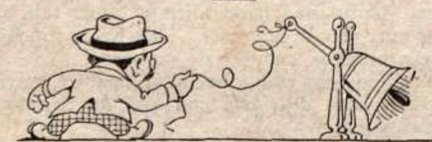
Comentarios

De un constitucionalista.
Siempre ha sido mi norma
ocuparme del bien de la nación.
Me debo ocupar, pues, de la reforma
de la constitución.
Ya he sacado mis cuentas
y confío que en marzo o en abril
trataré del asunto en mil quinientas
páginas o dos mil.



De un ministro.
Que los doctos informen
y después ya veremos.
Reformemos, colegas, reformemos,
antes de que a nosotros nos reformen.

De un candidato.
Habrá nuevos ministerios
y, por fin, me harán justicia.
Para muchos hombres serios
ésta es una gran noticia.



De Pereyra Rozas.
No me cabe duda alguna
que será una maravilla,
no como ésta, ya gastada.
Voy a ser feliz con una
campanilla
reformada.

De uno que no ha logrado ser senador.
Aunque en mi provincia soy hombre importante
siempre me fué mal.
Pero en adelante
tengo la esperanza de salir triunfante.
¡Viva la reforma constitucional!



De un propietario.
La tal reforma, a mi ver,
sólo debe consistir
en que me va a permitir
aumentar el alquiler.

Esa reforma anhelada,
no hay duda que es un progreso.
Y, si no consiste en eso,
no va a servir para nada.

De don Hipólito.
No es a ella a quien reforman, según entiendo,
sino a mí, a quien suponen desprevenido;
pero, por más que piensen que estoy durmiendo,
¡a mí no me reforma ningún nacido!

Del intendente.
Nuevos ministros habrá
según dicen por ahí,
y sólo se escuchará
Su Excelencia por aquí,
Su Excelencia por allá.
Me parece una imprudencia
la reforma que han pensado,
porque, con toda inocencia,
cualquier indocumentado
va a llamarse Su Excelencia



De un precavido.
¡Ojo! señores
reformadores:
Nunca se olviden que reformar
es una cosa muy peligrosa,
pues a menudo no es otra cosa
que deformar.

De un indeciso.
Probar quiero mi celo
¿Y cómo? No lo sé.
¿Qué opina don Marcelo?
¿Qué opina el comité?
Lo que me pasa a mí
a nadie le pasó.
¿Es buena? Quizás sí.
¿Es mala? Quizás no.

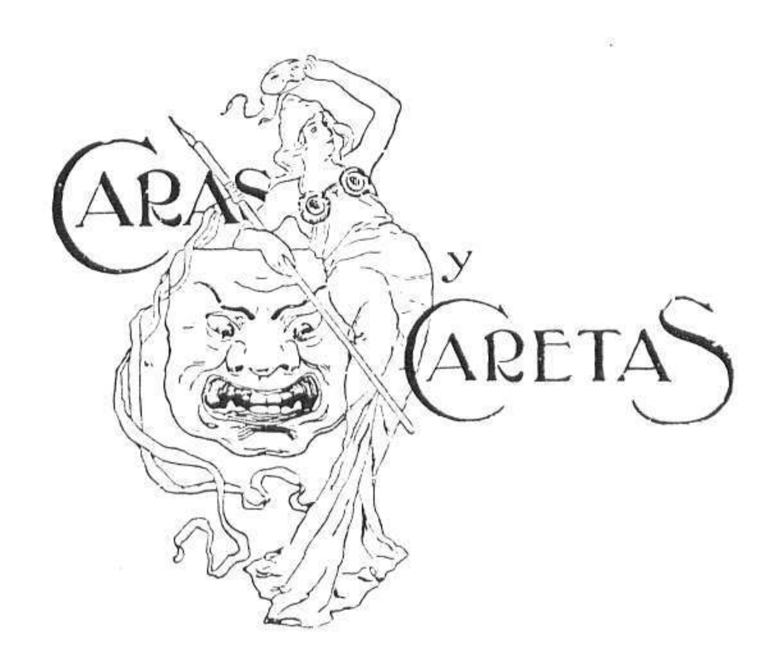
De Matienzo.
La reforma se impone. Es evidente
que sería excelente.
Nuestra constitución está neurótica
y débil y clorótica.
Hay que modernizarla en lo posible.
Lo juzgo imprescindible.
Y, aunque alguno me lleve la contraria,
digo que es necesaria.
Por lo mismo que sé que alguien se opone,
la reforma se impone.

De Elpidio.
Lo que yo me temía sucedió.
O sobra la reforma o sobro yo.

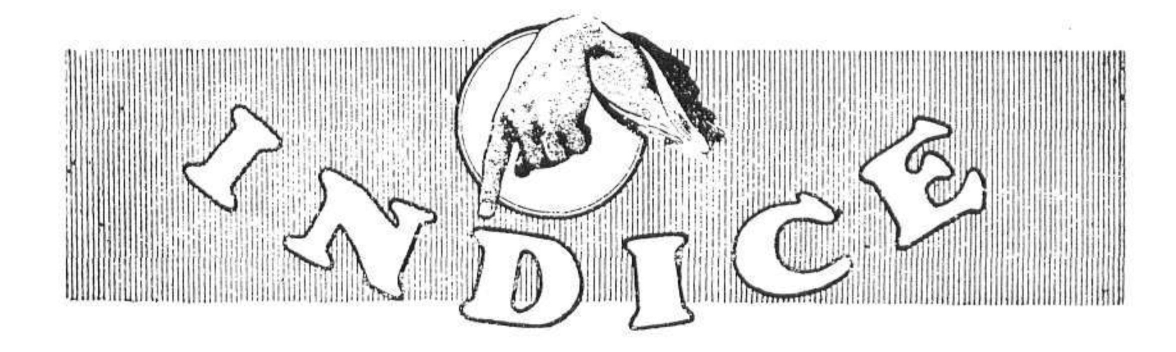
MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Leyendas de Oriente, por **el Emir Emín Arslán.** Réplica a Yuki, por **Francisco Grandmontagne.** Titanes, por **Manuel Portell.** La extraña vida de Eritson, cazador noruego en la selva chaqueña, por **José Muzilli.** Diálogo sobre el amor, por **José María Salaverría.** Facilita la vida, por **Herminia C. Brumana.** Buscando yerno, por **Rodolfo Bringer.** Irremediablemente, por **Julio Mansilla.** Invierno terrible..., por **Elías Carpena.** El último capítulo, por **Federico Tindall.** La ventana condenada, por **Ambrosio Burce.** El revés, por **Enrique Gaspar.** Un negociante en amor, por **Frank R. Adams.** Kostia, por **Arcadio Avérchenko.** El impulso salvador, por **C. Veheyne.** Bohemia y Administración, por **Emilio Carrere.** El diablo a bordo de la fragata, por **Paúl Sébillot.** Hombres célebres: Fabre, por **Eduardo del Saz.**



AÑO XXVI
QUINTO BIMESTRE DE 1923
NUMEROS 1300 AL 1308



DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

COLABORACION

PROSA

VERSO

REDACCION

Méjico pintoresco. — Exposición Nacional de Ganadería. — Espantoso terremoto en el Japón. — El conflicto italogriego. — Cómo vió CARAS Y CARETAS a los 14 penados después de su fuga. — Nuestros pintores: Jorge Bermúdez. — La compañía dramática italiana del teatro Argentina de Roma.— La visita del señor Cantilo a Bahía Blanca.

NÚMERO 1302. — Demostración al señor R. E. Ahumada. — Bodas de plata del sacerdote Barbarossa. — Con el padre de L. A. Firpo. — Notas gráficas de los bomberos voluntarios de Ensenada. — Baile en la colectividad británica. — En la legación de los Países Bajos. — Banquete de confraternidad brasileñoargentina. — Notas gráficas de la Exposición Nacional de Ganadería. — En honor del pintor B. Quinquela Martín. — En la Asociación Española de Socorros mutuos. — En obsequio del gobernador de Tucumán. — Biblioteca María Arce. — Comida periodística del diario «La Acción». — Visita escolar a CARAS Y CARETAS. — La última presentación de los jugadores italianos. — En la legación de Chile. — En la Academia Literaria del Plata. — 25 aniversario de la coronación de la reina de Holanda. — Celebración del aniversario patrio uruguayo. — Nuevo director de la Penitenciaría Nacional. — Fiesta de beneficencia. — Demostración al agregado militar brasileño.

NÚMERO 1303. — Nota radiotelefónica. — La fiesta nacional de Italia. — Aniversario de la independencia de Méjico. — En el Club Español. — Exposición Terry. — Círculo de Escribanos Universitarios. — Visita de los ediles brasileños. — Homenaje a Nicaragua. — En la Liga Patriótica Argentina. — En el Club Argentino de Pelota. — Notas gráficas del pronunciamiento militar español. — El gran premio de honor en el Hipódromo Argentino. — Homenaje a la memoria del doctor Facio. — Asesinato de un oficial de policía. — Tragedia por cuestiones amorosas. — Drama originado por las sugestiones de un adivino. — Exposición Castelli. — En honor de los decanos de las facultades de Madrid y París.

NÚMERO 1304. — Celebración del aniversario de la independencia de Chile. — El polo en la Sociedad Rural. — Nuestros escultores: J. Fioravanti. Notas gráficas de su exposición.— Huéspedes ilustres: el cardenal Benlloch y Vivó. El crucero «Richmond». — Celebración del XX de Septiembre. — Demostración al ingeniero Pagés. — 57 aniversario del Colegio de Escribanos. — En la Sociedad Rural Argentina. — Pro jubilación de empleados particulares. — Delegación de propietarios de Río Negro. — Partido de golf entre argentinos y extranjeros. — Football. — Gran concurso anual de tiro. — Derrumbamiento de una fábrica de quesos. — Trágico accidente de aviación.

NÚMERO 1305. — Un experimento de gran interés científico realizado en Balcarce. — Campeonatos nacionales de tiro al blanco. — Festival en el Club Social Renacimiento. — XXV aniversario de CARAS Y CARETAS. — Banquete oficial en la embajada de Chile. —Nuevo ministro de Francia. — En la Sociedad C. de Arquitectos. — Hogar para agentes policiales de la sección 5.ª — Comisión naval a EE. UU. — En obsequio del cardenal Benlloch y Vivó. — Inauguración de pabellones en el hospital Pirovano. — En la legación de Colombia. — Football: porteños v. rosarinos. — Notas gráficas del campeonato argentino de tennis. — Golf: disputa del trofeo Balcarce. — Los nuevos generales. — Nuevo ministro en Austria. — Nuevo presidente del Consejo Nacional de Educación. — Nombramientos en el P. J. — Trágica acción de un demente. — Doble atentado de un enamorado impulsivo. — Accidente en las vías del F. C. O. — Madres desnaturalizadas. — Homicida capturado. — La página de la moda.

NÚMERO 1306. — El día de la raza: autógrafo del embajador español. — Fallecimiento del Dr. Zeballos. — Juramento del nuevo obispo de Salta. — Celebración de la fiesta nacional portuguesa. — 51 aniversario de la Escuela Naval. — En la Sociedad Española de Beneficencia. — Ampliación del hospital del Centro Gallego. — La delegación de universitarios genoveses. — El día de los niños pobres. — Notas gráficas del match Firpo-Dempsey. — Los estudiantes genoveses visitan nuestra casa. — Festival danzante. — En la escuela municipal de telares. — En el American Club. — Primer salón de artistas independientes. — Campeonato de golf para damas.

NÚMERO 1307. — Festival del Club Atlético CARAS Y CARETAS. — El gran premio nacional en el Hipódromo Argentino. — Nuestro 25 aniversario. — Ante el monumento a Colón. — Entrega de los premios a los ganadores de la copa Mitre. — Demostración a los estudiantes genoveses. — XIII Salón Nacional de Bellas Artes. — En la Federación de Sociedades Italianas. — En el Club de Floresta. — Celebración del día de la raza. — Campeonato argentino de polo. — Torneo de esgrima por la copa Eusebio Jiménez. — Campeonato sudamericano de tennis. — Carrera automovilística en Córdoba. — Cacería del zorro. — Football: San Lorenzo de Almagro v. San Isidro. — Exposición Fader. — La tragedia política de Capilla del Señor. — Falsificación de monedas de veinte centavos. — Horrenda obra de un demente.

NÚMERO 1308. — Ensayo de una máquina hormiguicida. — Banquete de la Asociación de Reporteros gráficos. — Colación de grados en la facultad de medicina. — Homenaje a CARAS Y CARETAS, ofrecido por su personal. — Kermesse de la Sociedad Educacionista Alemana. — La troupe universitaria uruguaya. — Banquete al doctor Eliseo Segura. — Nuevo subsecretario de Hacienda. — Almuerzo al señor Carlos Dumas. — Banquete al señor Carlos Soares. — En memoria de las víctimas del Japón. — Fiesta anual en los institutos del Euskal Echea. — En la embajada del Brasil. — «La Prensa» en su 54 aniversario. — Match universitario internacional: argentinos y uruguayos. — Golf: primera y segunda rueda por la copa Gálvez. — Inauguración del servicio de hidrodeslizadores en el río Bermejo. — Trágico final de una discusión. — Impresionante drama conyugal. — Sangriento suceso entre esposos. — Homicidio y suicidio.

PROVINCIAS

BUENOS AIRES. — SAN ISIDRO. — A la salida de misa. 1300. — Festival en el colegio N.º 2. 1305. — Demostración a la señora de Rossi. 1306. — Conmemoración del día de la raza. 1308. — Fiesta en el Club A. San Isidro. 1307.

TIGRE. — Demostración al señor M. Negri en el Club Canotieri Italiani. 1300 — Te danzante en el Club Social. 1301. — Baile en el Club Tigre. 1304. — Fiesta en la Sociedad Italiana. 1306. — C. P. de la sociedad «Glorias que nacen». 1307.

OLIVOS. — Premiados en el club Olivos Lawn Tennis. 1303. — Baile en la Sociedad Italiana. 1301. — Baile en el centro «Adelante los que quedan». 1302.

AVELLANEDA. — Festejos celebrados en honor de la Virgen. 1300. — Notas de las inundaciones. 1302. Conferencia del doctor Ibarguren. 1303. — Fiestas en el Club de Maestros. 1303. — Conferencia en el centro socialista. 1304. — Conferencia del doctor Carlés. 1304. — Fiesta en la sociedad Roma. 1305. — Comisario y personal de la sección 2.ª 1307.

BERNAL.— Festival realizado por el centro de Ex alumnos de Don Bosco. 1300. — Fiestas de la Virgen patronal. 1302. — Festival de C. A. Estudiantes. 1305. — Fiesta social. 1308.

FRANCISCO MADERO. — Equipos de los clubs Deportivo Madero y Sportivo Argentino. 1300.

TERRITORIOS

NOTAS EXTRANJERAS

DIBUJOS

EN COLOR

RETRATOS FOTOGRAFICOS

GRUPOS DENOMINADOS

NÚMERO 1300. — El general Cavalcanti y otros. — El bey de Túnez y otros. — Mussolini y otros. — M. Poincaré y otros. — Vera Vergani y otros. — El *Dr.* Menchaca y otros. — El Sr. Daniel Muñoz y otros. — El Dr. Matienzo y otros. — La viuda del agente López y otros. — M. Howard Williams y otros. — Sir Beilby F. Alston, su esposa, Dres. Gallardo y Le Breton y otros. — Dr. Luis Rodríguez y otros. — El Dr. Alvear, el Dr. Mosca y otros.

NÚMERO 1301. — El Dr. Cantilo y otros. — El doctor Cantilo *y señora.* — Mussolini y otros. — Los doctores Alvear, Cantilo, ingeniero Pagés y otros. — Profesor F. Leguen y otros. — El Dr. B. Gómez y otros.

NÚMERO 1302. — El gobernador de la Pampa y otros. — El jefe de policía de Colón y otros. — El subprefecto de Colón y otros. — El señor Centeno y otros. — El comandante Braña y otros. — Jacinto Benavente y otros. — El Dr. Segura y otros. — El cardenal Rey y Casanova y otros. — La reina de España y otros. — El ministro del Uruguay y otros. — El Dr. Gómez y otros. — El embajador de Chile y otros. — El señor Barendrecht y otros. El Dr. Alvear y otros. — El ingeniero Serrato y otros. — El *Dr.* Serrato y otros. — El *Dr.* Alvear y otros. — El Dr. Gallardo y otros. — Monseñores Duprat, De Andrea y otros. — El Dr. Cantilo y otros. — El señor R. E. Ahumada y otros.

NÚMERO 1303. — El Dr. Cantoni y otros. — El Dr. Arata y otros. — El señor L. C. Puelles y otros. — Los doctores Recassens, H. Roger y otros. — El Dr. Zubizarreta y otros. — El Dr. Noel y otros. — El Dr. Alvear y otros. — El Dr. Boero y otros. — El Dr. E. González Martínez y otros. — El señor Recassens y otros. — El señor Cavallini y otros.

NÚMERO 1304. — El señor Lencinas y otros. — El señor Salinas y otros. — El señor Segundo Gallo y otros. — El Dr. A. Ruzzo y otros. — El señor O. Vera y otros. — El Dr. Marcó y otros. — El doctor Alvear y otros. — El ministro de Italia y otros. — El ingeniero Pagés y otros. — El cardenal Benlloch y Vivó y otros. — El Dr. Alvear y otros.

NÚMERO 1305. — El señor Rosenwald y otros. — El Dr. M. Ordóñez y otros. — El Dr. Jiménez de Azúa y otros. — El cardenal Benlloch y Vivó y otros. — El Dr. Gallardo y otros. — El intendente municipal y otros. — El Dr. Alvear y otros. — El capitán de fragata E. Videla y otros. — El Dr. Argañaraz y otros.

NÚMERO 1306. — El señor V. Ojeda y otros. — El Dr. R. Berro y otros. — El profesor Grizziotti y otros. — El Dr. Mosca y otros. — El Dr. Rouillón

y otros. — El almirante Sáenz Valiente y otros. — El marqués de Amposta y otros. — El Dr. Cantilo y otros. — El Dr. E. Celesia y otros. — Monseñor Campero y otros. — Monseñor Copello y otros. — El Dr. Corigliano y otros.

NÚMERO 1307. — Don J. de la Canal y otros. — El Dr. Mosca y otros. — El Dr. V. Noriega y otros. — El Dr. Mosca y otros. — Don Eusebio Jiménez y otros. — El ministro de Italia y otros. — El doctor Noel y otros. — El Dr. Alvear y otros. — El Dr. Cantilo y otros. — El señor E. Bertoni y otros. — Monseñor Copello y otros.

NÚMERO 1308. — El Dr. J. Cisterna y otros. — La señora Elguera de Rodríguez y otros. — El Dr. de la Vega y otros. — Los tenientes Navarro, Nabar, Gómez y otros. — Don Alfonso XIII y otros. — Mr. H. Williams y otros. — Señoras de Colombres, Mazza y otras. — Señoritas Lassaga y otras. — Señoritas de Colombres, Ramírez García y otras. — El Dr. Pedro de Toledo y otros. — El Dr. Segura y otros. El Dr. M. Sánchez Sorondo y otros. — El Dr. S. Oria y otros. — El señor C. Dumas y otros. — El señor Carlos Soares y otros. — El almirante Domecq García y otros. — El Dr. Alvear y otros.

FOTOGRAFIAS DENOMINADAS

ARROYO. — En la legación de la Gran Bretaña. 1300. — En la embajada de Chile. 1304. — Colecta anual del Patronato de la Infancia. Campeonato de golf para damas. 1306. — Colación de grados en la Facultad de Ciencias Médicas. 1308. — Match internacional de football entre universitarios uruguayos y argentinos. Primera y segunda rueda de la copa Gálvez. . . . .

ARROYO Y BELL. — Cómo vió CARAS Y CARETAS a los catorce penados después de su fuga de la penitenciaria. 1301. — En la legación de Chile. Celebración de la fiesta patria uruguaya. Academia literaria del Plata. 25 aniversario de la coronación de la reina de Holanda. Nuevo director de la Penitenciaria Nacional. Fiesta de beneficencia. Demostración al agregado militar de la embajada del Brasil. 1302. — El cardenal español don Juan Benlloch y Vivó. Jefes del crucero estadounidense «Richmond». 1304. — Homenaje tributado a CARAS Y CARETAS por su personal. Demostraciones. Sociedad educacionista alemana. La troupe universitaria uruguaya. En memoria de las víctimas del Japón. 1308.

ARROYO, BELL Y VARGAS. — En la legación de los Países Bajos. Banquete de confraternidad brasileñoargentina. En la Exposición Nacional de Ganadería. Demostración al presbítero Barbarrosa. En honor de don Benito Quinquela Martín. En obsequio del gobernador de Tucumán. Asociación Española de S. M. Comida periodística. Visita escolar a CARAS Y CARETAS. Biblioteca María Antonieta Arce. 1302. — Aniversario de la independencia de Méjico. Visita de los ediles brasileños. En el Club Español. Exposición Terry. Círculo de escribanos universitarios. Homenaje a la república de Nicaragua. En la L. P. Argentina. En el Club Argentino de Pelota. 1303. — En honor de los marinos del crucero «Richmond.» 57 aniversario del Colegio Nacional de escribanos. Celebración de la fiesta del XX de Septiembre. En la Sociedad Rural Argentina. Pro jubilación de empleados particulares. Delegación de propietarios del territorio de Río Negro. 1304. — Banquete oficial al presidente de la República en la embajada de Chile. En obsequio del cardenal Benlloch y Vivó. Nuevo ministro de Francia. En la sociedad central de Arquitectos. Hogar para agentes de la sección 3.ª. Comisión naval a Norte América. Recepción al cardenal español en el colegio del Salvador. Inauguración de pabellones en el hospital Pirovano. En la legación de Colombia. 1305. — Nuevo presidente del C. N. de Educación. Juramento del nuevo obispo de Salta. 51 aniversario de la escuela naval. Sociedad Española de Beneficencia. Ampliación del sanatorio hospital del Centro Gallego. Los estudiantes genoveses en su visita a CARAS Y CARETAS. Festival danzante. En la escuela municipal de telares. Primer salón de artistas independientes. En el American Club. . . .

ARROYO, VARGAS Y PALERMO. — Porteños y Rosarinos. Campeonato argentino de tennis. Golf: disputa del trofeo Balcarce. 1305.

BELL. FEDERICO. — Exposición Nacional de Ganadería. 1301. — Baile en la colectividad inglesa. 1302. — Polo de picadero. 1304. — Celebración del día de la raza. 1307.

ESPAÑA. CORRESPONSAL DE. — Notas gráficas de actualidad de Madrid y Santander. 1300. — Notas gráficas de Madrid. 1302. — Notas gráficas del pronunciamiento militar. 1306. — El rey y los jefes del movimiento militar. 1308.

ITALIA. CORRESPONSAL DE. — Notas de actualidad de Roma. 1300.—Roma: el día de Mussolini. 1305.— La ocupación de Corfú por las tropas italianas. 1306. — Notas gráficas del asesinato de la misión italiana en la frontera albanesa. 1308.

FRANCIA. CORRESPONSAL DE. — París: Notas gráficas de actualidad. 1300. — Los primeros modelos de primavera. 1301. — Notas gráficas de París y Penmarch. 1302. — Los últimos modelos de la moda en París. 1304. — Notas gráficas de París y Meaux. 1308.

ESTADOS UNIDOS. CORRESPONSAL DE. — El deporte, la gracia y la belleza. 1304.

HOLANDA. CORRESPONSAL DE. — Notas gráficas de Amsterdam. 1302.

VARGAS MACHUCA. — Una hora en el Hospicio de las Mercedes. 1300. — La fiesta nacional de Italia. 1303. — El gran premio de honor en el Hipódromo Argentino. 1303. — CARAS Y CARETAS en el Asilo de Mendigos. 1303. — Lo que va dejando en pie la leyenda gaucha. 1305. — En el Hipódromo Argentino. Una ley de reparación y justicia. 1307. — Fiesta anual en los institutos del Euskal Echea. En la embajada del Brasil. El alma de los payadores. 1308.

VARGAS Y BELL. — Nuestros escultores: José Fioravanti. 1304. — Nuestro 25 aniversario. Ante el monumento a Colón. Entrega de los premios a los ganadores de la copa Mitre. Demostración a los estudiantes genoveses. 1307.

LOS LIBROS

NÚMERO 1300. — «Rozando la muerte», por el doctor Tatén. — «Bocetos de mi viaje a Norte América», por Andrés Moch. — «La política internacional en el Lejano Oriente», por Emilio Cardahi. — «Las beneméritas de 1828», por Alberto Meyer Arana. — «Teoría social y jurídica del Estado: el sindicalismo», por Adolfo Posada.

NÚMERO 1301. — «Mis muñecos», por Roberto Giusti. — «Diario de un viaje a la Rusia soviética», por Alfonso Goldsmidt. — «Escuchando el silencio», por Federico A. Gutiérrez. — «Tradiciones peruanas», por Ricardo Palma (nueva edición Calpe). — «Memorias de un simple y los niños», por Arcadio Averchenko.

NÚMERO 1304. — «Cartas», por Clelia G. de Carelli. — «Córdoba del recuerdo» por Arturo Capdevila. — «Libro del gay vivir», por Luis L. Franco. — «Amor brujo», por Rosalba Aliaga Sarmiento. — «Este era un buey...», por Ismael Bucich Escobar. — «Química del espíritu», por Alberto Hidalgo.

NÚMERO 1305. — «El cántico espiritual», por Manuel Gálvez. — «Cancionero popular rioplatense: Lírica gauchesca», por Jorge M. Furt.

NÚMERO 1307. — «Las hermanas tutelares», por Alberto Arrieta. — «La revolución de diciembre y sus consecuencias», por M. de Mitre y Vedia. — «El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito», por Arturo Lagorio. — «Los juegos en Grecia», por César Viale. — «Amor y virtud», por Pedro Echagüe. — «El árbol fragante», por Horacio A. Rega Molina.

VARIEDADES

NÚMERO 1300. — El arma más poderosa de Francia. — Un caso curioso de exasperación telefónica. — ¿La civilización maya más antigua que la egipcia? — Bellos epitafios. — Los nidos de golondrina con que se hace la célebre sopa. — Las familias más ricas. — Spalla cuenta cómo se hizo pugilista. — Utilización de la electricidad atmosférica. — La telegrafía sin hilos para buscar metales.

NÚMERO 1301. — El palotófono. — ¿Hablan las moscas? — Los últimos granaderos. — Lucha de una locomotora eléctrica contra dos a vapor. — Un barómetro casero. — El día más nefasto. — El aeroplano maravilloso. — Papel de espinacas. — Los doce hombres más ricos del mundo. — Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo. — Máximas y pensamientos. — De una operación célebre.

NÚMERO 1302. — El clero católico. — Terremotos y maremotos. — Historia anecdótica. — ¿Es Méjico el rival de Egipto? — Algunos records notables. — El castigo de Scévola. — Un aire de hombres libres. — El beso. — Industria relativamente joven.

NÚMERO 1303. — El castigo de los profanadores de tumbas. — El apetito de los conquistadores españoles. — Una anécdota de Lavalle. — La palabra «cursi». — El fantasma de Broken. — Lo que condujo a la invención de los rayos X. — Terremoto de Mesina. — El trabajo del corazón. — El terremoto de Mendoza. — Una casa construída dentro de un tronco. — Breve historia del juego de dados. — Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo. — Mujeres arpías. — La pasta del papel y los bosques franceses. — Peces domesticados.

NÚMERO 1304. — Lo que es el somatén. — El libro más viejo del mundo. — Las observaciones de un chino. — Pan de hace 25 siglos. — Princesas camareras. — El Cristo de Burgos. — Filtraciones. — La ruta del oro de los aztecas. — Cómo la divina Sarah caracterizaba sus papeles. — El terremoto de la Martinica. — Mujeres policías. — ¿Deben los autores alabar sus obras? — El sistema decimal en Norteamérica. — El trust de las propinas.

NÚMERO 1305. — La ciudad donde nació Abraham. — Para proteger el neumático de socorro de los gases del escape. — Origen del nombre «banco» que se da a los establecimientos de crédito. — Recuerdo de las Cruzadas. — El inmenso porvenir de las industrias eléctricas. — Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo (continuación). — Electrocución. — Dote para feas. — La desvalorización del oro. — Las modas. — Cómo combatir las hormigas en los hogares. — La mano negra de San Martín.

NÚMERO 1306. — El fin del célebre navío «Victoria.» — Baños infantiles al aire libre. — Las chimeneas más altas del mundo. — El lenguaje científico. — Las mariposas del mar. — El calor y el frío a voluntad. — Una señora que viaja como equipaje. — ¿Lacteopatía? — La biblioteca pública de Nueva York. — Temblores de tierra en los mares del norte. — Las plantas medicinales. — Cómo matar los piojos de las aves de corral. — Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo (continuación).

NÚMERO 1307. — El rayo y la T. S. H. — La Tipografía Vaticana. — El reloj mayor del mundo. — La edad de los mares. — La música y los reptiles. — Retratos de Lotti. — El alumbrado de los faros. — La ceguera nocturna. — Aprovechamiento del alquitrán de madera. — El ejercicio mental prolonga la vida. — La energía eléctrica. — Caso raro de hipotiroidismo. — Muertes lentas. — Tipógrafos célebres. — El arte de fumar.

NÚMERO 1308. — Importante descubrimiento arqueológico. — Honor. — El progreso de la radiotelefonía. — El ingenio de Rousseau. — La rivalidad de dos mujeres terribles. — Vuelve a proclamarse a la Religión base del Progreso. — El barco más antiguo del mundo. — Sarah Bernhardt confitera. — La lección de Franklin. — El uso de la aspirina. — Una riqueza inesperada. — Los gases de los automóviles y la salud pública. — Los valiosos servicios de Parsons a la humanidad. — Ochenta millones de microbios en un billete.

ENLACES

NÚMERO 1300. — Angelina López Cabanillas con Jacobo Cordiviola Peuser. — María Raquel Bianco con Eugenio Brané. — María Celina Landívar con Mario Checchi.

NÚMERO 1301. — Adela Muchillo *con Miguel A. Pereira.* — Lugren-Jauregui. — Julia Gallego con Jaime Sendra. — Pedrotti-Castellano. — Hileri-Protto. — Graciela Ramos con Ricardo Goñi. — Delia Dassen con Juan Castro Bibiloni. — Ernestina Demaría con Octavio Rivarola. — Iride Rossi con Francisco San Juan. — Maschichi-Cornaglia. — Estela *Bianchi con Domingo Fussaro.* — Isabel Torres con Lorenzo Benedetto. — Luisa Viglioni con Nicolás Ricardino.

NÚMERO 1302. — Irene Denegre con Luis Jorio. — Herminia Chiavon con Juan Cesano. — Juana Celina Etchegoyen con Deraldo Michelini. — Elvira R. Marticorena con Luis Lemus. — Blanca Haudée Jiménez con Francisco Soto. — Dinorah Emilia Quiroga con Clodomiro Torres. — María Esther Orstein con Ricardo Múscari.

NÚMERO 1303. — Micaela Espatolero con Humberto Carabatti. — Antonia Mendiburu con Ricardo Basaldúa. — Manuela Calessi con Domingo Caruelli. — Quessi-Erro. — Sofía Burlando con Ricardo *Ruiz Huidobro. — María Juana Calvento con León* Losada. — María Magdalena D'Huicque con Alberto Luis Grondona. — Conchita Ordóñez con Julio A. Rey.

NÚMERO 1304. — Pilar Latorre con Jesús Campos. — Catalina Godano con José Gondoleo. — Florencia Capeletti con Domingo Taverna. — Dominga Pantullo *con* Rafael *Volpe.* — María Elena Krause Eastman con Federico Isaac Woodgate. — María Esther Raffo con Víctor Pini. — María Esther Ferreira Fourcade con Alberto Abbate. — Francisca Burgos con Isidro Mazzuchelli. — Gandini-Goitia. — Ana Sánchez Collado con Raúl Olivieri. — Fulvia A. Gocez con Juan Balbi. — Martínez-Faudry.

NÚMERO 1305. — Rosa Alivelli con Nicolás Placente. — Bosch-Caviglia. — María T. Alvarez con José

Aguadrini. — Teresa Casiello con Pedro Beltramino. — Celina Linch con Andrés Moreno.
NÚMERO 1306. — Matilde Bettoli con Cataldo Divito. — Josefina Giacone con José Consoli. — Haydée Lupano con Segismundo Kulberg. — Estrella U. Furundarena con Héctor Filibeeti. — Isabel Lizzie Aubone con Ernesto Salas. — María Mercedes Abelleyra con José Rafael Cabral. — María Cristina Rosende Mitre con César Corbellini.
NÚMERO 1307. — Emma L. San Martín con Juan Francisco Bianchi. — María Justina Frehner con José Capuzzi. — Lucía Pascuali con Juan Fariña. — María Nitti con Carporio G. Corio. — Herminia Fossatti con Alfredo Moro. — Zaida Sánchez Díaz con Tomás Rumi. — María L. Brandam Echegaray con Arnaldo Jofre. — María Emilia Ancell con Carlos Bosch Arana.
NÚMERO 1308. — Elvira Gismondi D'Hers con Guillermo Caimi Garmendia. — Pepita Ayaya con Alberto Cucullu Rivarola. — María Esther Achinelli con Luis. M. Barrenechea. — Felisa Gallo Irigoyen con Enrique Naranjo. — Julia Riera con Luis Ghio. — Irazábal-Magariños. — Ageret-Benítez. — Amelia Rosa García con Pedro Beltrame.

NECROLOGIA

NÚMERO 1301. — Fiorina Banfi de Latuada. — Inés M. de Goñi. — Domingo Echegoyen. — Marcelino Campana. — Angel Paroli. — Antonio Gassali. — Hipólito Dubor. — Juan Milich. — Bautista Julio Falciano. — Ernesto E. Osorio. — Conrado Fontova. — Angela Carmen Duva. — Joaquina Pérez de Cambre. — Federico B. Zuretti.
NÚMERO 1303. — Teresa M. de Balbi. — José Luis Alvarez. — Francisca M. de Jáuregui. — Catalina B. de Domecq. — Pascual di Primio. — Hugo Portinari. — Juan M. Capello. — Alejandro Lanatti. — Edgardo Rocha. — Félix Filonsi.
NÚMERO 1304. — Dr. Manuel Cristoforetti. — Carlos Gandolfo. — Luis C. Vila. — Francisco Guzmán. — Juan Iñurategui. — S. Penazzi. — Juan Lazzarini. — Amalia V. de Manrique. — Francisca Alessio de Mesurado. — Alcira Toscano Guedes. — Carmen H. de Sanz. — Emilia Quinteros. — María R. de Manissero. — Josefina T. de Ghiglione.
NÚMERO 1305. — Eladio Mendivil. — Angela Fariña. — María Lacoste. — Pascuala R. de Barragan. — Blanca Demastri. — Delfor H. Echeverría. — Eugenio Scheppers.
NÚMERO 1306. — Francisca M. de Carigliano. — María E. Moré. — Inocencia Vargas. — Teresa L. de Santoro. — Félix F. Rissotto. — Gerardo T. Bozzano. — Juan De Lorenzi. — Remigio Casado. — Mayor Gregorio Salvatierra. — Pascual Brignoli.
NÚMERO 1307. — Leonor Muñagurria. — Dominga C. de Avicoli. — *Herminia Ester Costar.* — *Federico* Muzzio. — José Costa. — Pedro Asesio. — Angel Bujarrabal. — Germán Girard.
NÚMERO 1308. — Juana Passadore de Campanella. — Leonadia San Miguel de Rivolta. — Benito Soto Fernández. — Francisco Tommasi. — Emma Lazzeri de Arroyo. — José Lazzeri. — Juan Mazzula. — Juan Barone.

GALERIA INFANTIL

NÚMERO 1300. — Bertita Peña Caranta. — Eduardo Colomer Taos. — Juan Carlos Trigo.
NÚMERO 1301. — Marta Elena y Alicia Adriana Alegre. — María Celia Barberis. — Hebé Carro Alvarez.
NÚMERO 1302. — Juan Carlos Luro Pueyrredón. — Elsa Aida Alvelda Marcó. — María Rosa Freyo Freye.
NÚMERO 1303. — Beba Carranza Devoto. — Ricardo P. Seitler. — Mercedes Sánchez Leguina.
NÚMERO 1304. — Elide Esther e Ilda Noemí Sande. — Lia Rocca. — Raquelita Angélica Pelayo Tagnard.
NÚMERO 1305. — Adolfo J. Granara Berisso. — Luis Ignacio Monge. — Alberto Padovan.
NÚMERO 1306. — Niño de Zanni. — Niña de Brickman. — Rosita Rivarola.
NÚMERO 1307. — Margarita y Haydée González Hevia. — Amalia Elvira Román. — Lita Tiraboschi.
NÚMERO 1308. — Elisa Alvear Quirno. — María Cristina Menéndez Behety. — Mary Gowland.

SECCIONES ALTERNADAS

BIBLIOGRAFÍA: en los números 1300, 1301 y 1305.
LA PÁGINA DE LA MODA: en los números 1300, 1301, 1302, 1303, 1304, 1305, 1306, 1307, y 1308.
CONSULTORIO CARAS Y CARETAS: en los números 1303, 1306 y 1308.
Correo sin estampillas.
TELEGRAFÍA Y TELEFONÍA SIN HILOS: en los números 1301 y 1303.
INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES: en los números 1301 y 1305.
PASATIEMPOS: en los números 1300, 1302, 1303, y 1305.
AJEDREZ: en los números 1301 y 1307.

SECCIONES PERMANENTES

EN TODOS LOS NÚMEROS: Comentarios.—Concurso infantil para colorear dibujos.—Concurso de dibujos infantiles.